SOLO LOS BUENOS MUEREN...
¡AUDA!
ASISTENTE DEL VILLANO
PLANES MALVA
VENENOS Y PURÉS
MONOLOGOS
ELIMINACIÓN DE DAMAS
MAL PARA IDIOTAS
HANNAH NICOLE MAEHRER

HANNAH NICOLE MAEHRER

ASISTENTE DEL VILLANO

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS

Para mamá y papá,
por las horas que pasasteis contándome cuentos cuando era pequeña
y los años que pasasteis escuchando los míos,
que sepáis que los vuestros siempre serán mis preferidos.

Y para todos vosotros,
así es como creo que sería ser la asistente
moralmente cuestionable de un villano fantástico

RENNEDAWN
FUEGO
¡AL ATAQUE!
COTO DE CAZA DE UNICORNIOS
BOSQUE DE HICKORY
IDEA PARA COMER: SUSHI DE SIRENA
LISTA DE COSAS SINIESTRAS QUE HACER:
ROBAR LETREROS
SECUESTRAR DAMISELAS
LOCURA
CAOS
ENVENENAR POZO DE LA ALDEA
GUARIDA DE FLUFFY
V_ _ L L A N_ _

PRÓLOGO

Érase una vez…

Evie conoció a El Villano un día cualquiera.

Un día más, su paso por la feria de empleo del pueblo no había sido fructífero. Un día más, no tenía una fuente de ingresos. Un día más, había decepcionado a su padre enfermo y a su hermana pequeña. Por culpa de estas preocupaciones, su mente andaba distraída mientras deambulaba en dirección a los árboles alineados como si fueran una valla que delimita el bosque de Hickory, hasta que acabó adentrándose en él.

Años atrás, mucha gente frecuentaba el bosque, pero ahora era el último lugar por el que alguien con sentido común elegiría pasear. Sobre todo si iba solo. Bueno, a menos que te llamaras Evangelina Sage y la idea de andar por un bosque prohibido te pareciera mucho más atractiva que la de volver a casa y admitir ante tu familia que por fin habías encontrado un trabajo… y se lo habías cedido a otra persona.

Evie suspiró y estiró el brazo para recorrer con los dedos la corteza rasposa de los árboles que le quedaban cerca. Aquel bosque era realmente precioso.

De todos los reinos encantados, el de Rennedawn era uno de los más modestos, y evitar el bosque de Hickory, teniendo en cuenta que ocupaba gran parte de su territorio, era todo un reto. Aun así, sus ciudadanos se las habían arreglado bastante bien hasta entonces.

La situación llevaba siendo así desde la aparición de un oscuro individuo conocido como El Villano, hacía casi diez años. Corrían demasiados rumores de que se escondía cerca de la linde del bosque para secuestrar víctimas a las que torturar. Evie sabía poco sobre esa malvada criatura, pero

estaba casi segura de que tenía mejores cosas que hacer que acechar entre los árboles como un duendecillo del bosque. Aunque tampoco había llegado a ver nunca a uno de esos; solían vivir más al norte.

—El Villano —se burló Evie mientras seguía adentrándose entre los árboles y metía las manos en los bolsillos de su sencillo vestido marrón—. Quizá no asesinaría tanto si no tuviera un apodo tan ridículo.

A menos, por supuesto, que el nombre le hubiera sido otorgado al nacer, en cuyo caso tenía que aplaudirle a su madre por ese increíble don para prever el futuro.

Entonces tropezó con una rama rebelde y tuvo que sacarse las manos de los bolsillos para agarrarse a un árbol cercano. Después empezó a caminar siguiendo el murmullo de un arroyo.

Mientras andaba, repasó lo poco que sabía sobre aquel hombre. La mayor parte lo había aprendido de los folletos de SE BUSCA, que incluían dibujos de una calidad cuestionable. En ellos, siempre aparecía retratado como un hombre mayor, con una barba gris interrumpida por grandes cicatrices que le habían provocado sus víctimas al forcejear con él, y sus dientes se dibujaban a menudo afilados, como si fuera capaz de arrancarte el corazón de un mordisco. O quizá solo le hacía falta ir al dentista.

Habían corrido tantos rumores por esas tierras sobre el mayor enemigo del reino que Evie no sabía qué creer. Sabía que El Villano había quemado uno de los pueblos pesqueros del oeste de Rennedawn hacía años. El reino estuvo devastado por el hambre durante meses debido a la pérdida de la pesca, hasta que finalmente lo reconstruyeron. Y había muchas otras historias de terror. Los pequeños hurtos también parecían ser un elemento básico en la lista de tareas de El Villano, puesto que a menudo robaba en casas nobles para asustar a las familias y hacerse con sus preciadas reliquias.

Mientras se acercaba lentamente al arroyo, más ancho de lo que pensaba, Evie quedó maravillada por la belleza del sol que se colaba entre los huecos de los árboles y les daba un resplandor etéreo a las flores que recorrían la orilla. Por un momento, casi se olvidó de su situación. Las vistas eran tan impresionantes… Pero entonces todos los recuerdos volvieron de golpe.

Su padre aún no sabía que el mes pasado había perdido el trabajo en la herrería. Estaba tan segura de que encontraría otra cosa antes de que su familia se diera cuenta de que la comida en la mesa era un poco más escasa o de que hacía más frío en su pequeña casita por la falta de leña… Pero ya no podía esperar más, iba a tener que contárselo esa noche. Se les habían acabado las escasas reservas de alimentos.

Con un pesado suspiro, se arrodilló junto a la orilla del arroyo y hundió las rodillas en el esponjoso musgo. Metió las manos en el agua cristalina y se echó un poco de ese frío líquido en la cara y el cuello con la esperanza de calmar su corazón acelerado.

Esta vez se había metido en una buena. Y no por culpa de un villano legendario.

No. Se lo había buscado ella solita.

Lo peor de todo era que había estado a punto de conseguir un buen empleo. En la feria de esa mañana, le habían ofrecido el único puesto de criada que había para una familia noble en una finca no muy lejos de su pueblo. No era lo ideal por la distancia, pero estaba dispuesta a aceptarlo encantada. Hasta que, cómo no, se giró y vio a otra mujer de pie a su lado con unos ojos rodeados de arrugas y tan llenos de esperanza que a Evie se le encogió el corazón. Más aún cuando vio a tres niños pequeños detrás de la mujer.

Le entregó el certificado de trabajo y vio como se le iluminaba la cara mientras la abrazaba y le daba un beso en cada mejilla.

Si he hecho lo correcto, ¿cómo es que siento este vacío en el pecho?

Suspiró y se echó otro poco de esa agua roja en la cara mientras empezaba a hacer una lista mental de las próximas ferias de empleo. Quizá podía ir a una de las villas vecinas y…

Espera… *¡¿Roja?!*

Evie ahogó un grito y retrocedió aplastando las flores. Sintió que los ojos se le abrían de par en par por el horror al ver el agua, antes de un azul clarito, ahora enturbiada con un profundo color carmesí.

Sangre.

Cerró los ojos y trató de controlar la respiración. Después de contar hasta diez, se puso en pie. Estuvo a punto de tropezarse con la falda de su

propio vestido, pero logró incorporarse y acercarse despacio al agua. Estaba claro que la sangre procedía de más arriba.

Dio un paso en esa dirección, poniendo una bota de cuero delante de la otra, sin tener ni idea de lo que iba a encontrarse.

Aquello, cuanto más subía, más empezaba a parecer un río de sangre, y el rojo opaco engullía cualquier resto de azul. Debía de tratarse de un animal herido, uno grande, a juzgar por la cantidad de sangre. Desde luego, no era algo que justificara esa necesidad de investigar por parte de Evie.

Y, sin embargo, ahí estaba, siguiendo un río de sangre en el bosque, que cada vez se iba oscureciendo más a medida que el sol comenzaba a descender tras los árboles.

Negó con la cabeza y sintió como sus pies aplastaban las plantas al detenerse de repente. Iba a darse la vuelta. De hecho, su cuerpo estaba a medio girar cuando divisó una bestia de pelaje negro encorvada y ligeramente oculta entre la hierba alta que rodeaba un árbol gigante junto al arroyo.

Fuera la criatura que fuera, estaba viva: se escuchaban gruñidos y quejidos ahogados desde esa dirección. Evie se agachó y se levantó un poco las faldas para coger la navajita que guardaba para emergencias en una funda alrededor del tobillo.

Iba a acabar con el sufrimiento de la pobre bestia. No le costaba nada tener algo de compasión con ella. Sin embargo, cuanto más se acercaba, menos parecía que fuera una criatura. Casi hubiera dicho que parecía…

Una mano humana salió de debajo del pelaje negro, que en ese momento se dio cuenta de que no era pelaje, sino una capa oscura. La mano la agarró por una muñeca y tiró de ella hacia abajo.

—¡Ay!

Evie se dio un fuerte golpe contra el suelo. Quedó con el hombro en contacto con la tierra mientras que un brazo la rodeaba por la cintura y tiraba de ella contra su cuerpo. Estaba tumbada de lado, apoyando la espalda contra algo sólido y cálido que tenía detrás, y fue entonces cuando su sentido común se activó y empezó a retorcerse y a gritar.

El brazo que le rodeaba la cintura la apretó más y una mano le tapó la boca. Una voz grave le llegó al oído, provocándole escalofríos por todo el

cuerpo:

—Cállese, señorita, o hará que nos maten a los dos.

Justo entonces, Evie vio otra figura amenazante en el lado opuesto del arroyo. Varias, de hecho. Todos hombres vestidos de plata. Llevaban armas muy grandes, algunas de ellas brillaban. *¡Los Guardias Valerosos del rey!*

Luchó para deshacerse de la mano, pero el otro brazo del hombre la aprisionaba contra él mientras le sujetaba los tobillos con la pierna, dejándola inmóvil.

—¡Suóltuemue!

Al caer se le había escapado el cuchillo, así que empezó a buscarlo entre la hierba con el brazo que tenía libre.

—Cálmese —le ordenó el hombre de nuevo.

Ya, claro. Cómo no se iba a calmar, teniendo en cuenta que un hombre extraño, que estaba segura de que era lo que esos guardias estaban tratando de cazar, la tenía inmovilizada en el suelo. Pero ella se lo había buscado, ¿no? Literalmente, había seguido un río de sangre, ¿qué pensaba que iba a pasar?

—Suerué tuontua… —Evie soltó un suspiro largo y tendido.

De repente, la mano ya no estaba sobre su boca y la voz volvía a estar en su oído.

—¿Cómo dice?

—Esto es tan típico de mí —susurró.

—¿Que la tire al suelo un desconocido? —preguntó él con un tono que sonó sospechosamente curioso.

—Bueno, no esta situación *exacta*. Pero si le contara a la gente cómo he acabado aquí, a nadie le parecería algo fuera de lo normal. —Entonces le dio un codazo en las costillas a su captor, a quien se le escapó un gruñido y algún insulto—. Uy, perdón. ¿Le ha dolido? —preguntó, y volvió a darle otro para dejar clara su postura.

—¡Basta! —susurró él antes de señalar a los hombres que lo buscaban entre los árboles desde el otro lado del arroyo—. A esos hombres no les importa que sea una pobre inocente que se ha tropezado con un demonio. La matarán sin dudarlo ni un instante y lo harán con una sonrisa en la boca.

—¿Un demonio? —Evie se rio en voz baja a la vez que intentaba girarse para echar un vistazo a ese hombre que tenía un concepto tan alto de sí mismo, pero sus brazos la rodearon una vez más, manteniéndola en su sitio.

—Sabe quién soy, ¿no? —preguntó sin un ápice de arrogancia en el tono.

Y, sin embargo, la despreocupación que mostraba ante la reputación que *sabía* que lo precedía hizo que el estómago de Evie diera un vuelco.

La habían llamado muchas cosas despectivas en su vida. Curiosamente, todas empezaban por la letra C. Cursi, cansina, chapucera… y, tras un extraño giro de los acontecimientos, por fin podía añadir la última C.

Condenada.

Lo sabía. No sabía por qué lo sabía, pero lo sabía.

El Villano, rey de las Tinieblas, Acechador de Sueños, la tenía rodeada con sus brazos. Y lo que es peor, no estaba todo lo asustada que debería. De hecho, no estaba para nada asustada, tanto es así que…

Madre mía. ¿Se estaba *riendo*?

Pues efectivamente. No podía evitarlo, y, si alzaba un poco más la voz, esos hombres se presentarían ahí en cuestión de segundos. El Villano también pareció darse cuenta, porque en un abrir y cerrar de ojos volvía a tener su mano sobre la boca de ella.

—Vamos a arrastrarnos muy despacito hasta llegar a ese árbol. —Incorporó un poco el cuerpo de Evie para que pudiera ver el gran roble en cuestión—. Y luego vamos a correr.

—¿Cuómuo que vuamuos? —preguntó ella.

De repente estaba girada bocabajo y alguien la estaba empujando en dirección al árbol. No había tiempo para discusiones, así que, tal y como le habían ordenado, se agachó y gateó hasta apoyarse detrás del tronco; a salvo. Con la respiración agitada y asustada tras ver que tenía el dorso del brazo lleno de sangre, Evie se volvió para ver si El Villano seguía allí.

Se había ido.

—¿Dónde diantres se ha…?

—Aquí.

Se giró en dirección a esa voz, aturdida.

—Pero cómo ha pasado por encima de… —Al verlo, se le cortó el habla.

En su defensa, hay que decir que había mucho que asimilar.

Lo primero que pensó fue que los carteles de SE BUSCA estaban mal. No era un hombre mayor con cicatrices y barba canosa. De hecho, no había ni una sola cana entre su espesa melena de color oscuro. Tenía unos pómulos altos que asomaban por encima de la barba de tres días que le recorría toda la mandíbula, extremadamente marcada. Supuso que no sería más de seis o siete años mayor que ella. Si tenía que decir un número, no le echaba más de… ¿veintiocho? ¿Veintinueve? Pero no podía ser. Seguro que existía algún tipo de norma que obligaba a los señores del mal a tener un mínimo de cincuenta años, sesenta si la apurabas.

Pero de ninguna manera podían ser jóvenes. Y menos aún guapos, ¡dónde va a parar!

Sin embargo, él lo era. Su piel estaba bronceada y parecía suave, como si, cuando se tomaba unos días libres en medio de su labor de aterrorizar a la gente, se los pasara tumbado en la hierba, puede que dando delicados sorbos a una taza de té y leyendo poesía con el meñique levantado.

La idea le provocó una risita histérica. El Villano levantó una de esas gruesas cejas que enmarcaban los ojos más oscuros que Evie jamás había visto. Ojos que la observaban con una pizca de confusión. Parecía que no acababa de ser consciente de que ella era otro ser humano que también vivía y respiraba, porque la miraba como si su mera existencia fuera un misterio.

—No debería tener este aspecto —le dijo, y se sorprendió a sí misma al pensar que la expresión de desconcierto que tenía él en el rostro le resultaba entrañable.

¡Es un asesino!, gritó su conciencia rebelde, pero el resto de su persona, las partes que no estaban unidas a su sabio cerebro, lo encontraban demasiado guapo como para que les importara.

Evie dio un paso vacilante hacia él y trató de buscar en su interior el miedo que sabía que había por algún lado. En cualquier momento se quedaría paralizada por el susto y empezaría a gritar y a correr en otra dirección, pero en ese instante él estaba a un brazo de distancia y todavía no había sentido ganas de darse la vuelta.

Hmm. No sentía miedo, pero sí una leve preocupación; un buen indicador de que no había perdido del todo el sentido común. Hasta que, por

supuesto, esa leve preocupación se vio empañada por los embarazosos pensamientos sobre a qué debía de oler él y qué pasaría si se acercaba y lo olfateaba.

—¿Hay algo en mi cara… que le desagrada? ¿O es acaso el hecho de estar sangrando por tres heridas distintas cortesía de los hombres de su aldea? —Su voz era tranquila y por fuera parecía calmado, pero Evie podía ver una furia silenciosa detrás de sus ojos.

¿Acaso creía que ella lo estaba juzgando?

—Emm… sí. La sangre no ayuda, pero me refería al hecho de que parece esculpido en mármol y es que creo que, como regla general, la gente intrínsecamente malvada debería tener un aspecto grotesco. —La furia que antes había visto se desvaneció como si nunca hubiera existido, y su única respuesta fue parpadear—. No puede matar a gente y ser atractivo. Confunde al personal.

Evie empezó a quitarse la bufanda de lana que su hermana pequeña, Lyssa, le había regalado en su último cumpleaños. Se acercó a él mientras la sostenía en alto en señal de paz.

—Para la sangre, Su Malignidad.

La agarró de un zarpazo, se la enrolló alrededor de la cintura y la apretó para detener la hemorragia.

—¿Cree que soy *atractivo*?

Por extraño que parezca, Evie tuvo la sensación de que hubiera preferido que le llamaran grotesco, solo hacía falta verle la mueca de desagrado en el rostro.

—La cosa no va de lo que yo piense, es un dato objetivo. Mire qué simétricos son sus pómulos. —Acortó la distancia que los separaba y le puso las manos a ambos lados de la cara.

Sus ojos se abrieron de par en par y los de ella también cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Me está tocando la cara —dijo él.

—... Sí.

—¿Está conforme con esa decisión? —Volvió a levantar una de las oscuras cejas.

Es un asesino profesional, ¿no? Quizá acabe conmigo ahora si se lo pido muy amablemente.

—Intentaba demostrar que tengo razón. —Evie se encogió de hombros y dejó caer las manos a los costados.

Él, mientras negaba con la cabeza y con una pequeña dosis de asombro en los ojos, dijo:

—Es usted un caos.

—¿Le importaría incluir eso en una carta de recomendación? Seguro que en cuestión de una semana conseguiría trabajo y lo necesito desesperadamente.

Antes de que pudiera responder, se oyó un ruido procedente de los arbustos que había junto a ellos y a ella se le erizó el vello de la nuca.

Giró la cabeza en dirección al ruido y dio un paso cauteloso hacia El Villano, que la agarró por los hombros con la rapidez de un rayo y tiró de ella hacia él.

—¡Qué…?

Oyó la flecha antes de sentirla.

El dolor le atravesó la piel de la espalda cuando el proyectil le rozó los hombros, haciéndola chocar contra la solidez del pecho de El Villano.

—Eso ha dolido. —Las palabras le salieron como si nada, como si acabara de clavarse una astilla.

Los habían localizado, pero seguía sin haber ni un ápice de pánico en la voz de él cuando dijo:

—Solo la ha rozado. Sé que duele, pero debemos huir.

Le hizo dar la vuelta rápido, pero con suavidad, y emprendieron la marcha. El Villano iba cojeando un poco a causa de sus heridas.

—Rodéeme con el brazo. —Hizo una mueca de dolor mientras corrían alrededor de varios árboles. Evie iba un paso por detrás.

—¿Por qué? —preguntó entre jadeos mientras él la acercaba hacia sí—. Va igual de lento que yo.

Un destello de diversión cruzó el rostro de El Villano como una estrella fugaz: un segundo de resplandor y belleza para luego desaparecer en el horizonte.

—Voy más despacio para seguirle el ritmo.

Fue entonces cuando Evie se dio cuenta. En un periodo alarmantemente corto, su situación había pasado de ser la hija desempleada del carnicero a la cómplice del mayor enemigo del reino.

Caramba, quizá *sí* que era un caos. ¿Cuánto había pasado? ¿Media hora como mucho?

Lo cual la llevaba a hacerse una pregunta muy delicada. Una que habría sido mejor guardarse para ella. Pero ya era demasiado tarde: la idea llegó a sus labios antes de que pudiera pararla.

—¿Por qué se molesta en seguirme el ritmo siquiera? Le sería más fácil dejarme tirada en el suelo y utilizar la ventaja para escapar.

Muy bien, Evangelina. Dale razones para dejarte atrás y trata de explicarle a esa gente del pueblo por qué estabas corriendo con El Villano. Firma tu sentencia de muerte, claro que sí.

El Villano le sostuvo la mirada durante un segundo y, sin romper el contacto visual, se las arregló para esquivar una flecha. Eso le dio envidia. Ella no sería capaz ni de esquivar un árbol muerto aun mirándolo de frente.

—Qué idea tan despiadada, ¿señorita…?

Ella se alegró al notar indicios de fatiga detrás de sus palabras. No era un corredor experto. No era perfecto, no era invencible.

Sea como fuere, le estaba preguntando su nombre.

—Evangelina Sage… pero puede llamarme Evie. —Vale, quizá la voz de él sonaba un poco cansada, pero es que la suya sonaba como si la hubieran pasado por un rallador de queso.

Nunca había sido muy amiga del correr, y correr *rápido*, creía ella, era su peor enemigo.

—Ajá. —Fue su única respuesta, lo cual era desconcertante, ya que no había revelado si iba a seguir el vil consejo de dejarla atrás.

Era probable que alguno de los hombres del pueblo la reconociera, pero las posibilidades de que la dejaran vivir cuando parecían tan sedientos de sangre eran escasas. Sobre todo teniendo en cuenta que corría al lado de la persona a la que estaban cazando, que probablemente estaba a punto de hacerle la zancadilla para dársela de comer a los lobos.

Por supuesto, como el universo estaba en su contra, no necesitaba esperar a que él hiciera nada. Había una rama oculta bajo la zarza que

sobresalía lo suficiente como para que la punta de su bota quedara atrapada, y entonces se estampó contra el suelo.

Los gritos de esas voces masculinas estaban casi encima ellos. Estaban jodidos.

O, mejor dicho, ella estaba jodida. El Villano probablemente se llevaría su bufanda de lana y correría con su malvado semblante hacia el horizonte. Le miró la nuca desde el suelo. Su cuerpo se movía de una forma limpia y eficiente, como si el mundo estuviera hecho para plegarse a su voluntad.

Observó cómo aquella cabeza ridículamente perfecta se giraba hacia el lugar vacío que había quedado a su lado y luego hacia donde estaba ella, indefensa, tirada en el suelo. La espalda le escocía, el hombro le dolía. Con el añadido de un gran moratón que se estaba formando tras golpearse contra el suelo por segunda vez ese día.

Las voces se acercaban y parecían enfadadas. Evie intentó ponerse en pie para, al menos, encontrar un escondite, pero una mano familiar apareció frente a ella y la agarró a pesar de que el shock había anulado su capacidad de decisión.

—Se cae a menudo. —El Villano la miró de arriba abajo mientras lo decía. Parecía que estaba catalogando el hecho, como si aquello fuera un descubrimiento científico—. En marcha, Sage.

Haciendo caso omiso de la formalidad con la que usaba su apellido, ella le espetó:

—¡La primera vez que me caí fue porque usted tiró de mí! —Se agarró al brazo que él le ofrecía para apoyarse y siguieron alejándose de sus perseguidores tan rápido como pudieron.

—Pero se cayó muy fácilmente. Casi ni tiré.

—No me puedo creer que me esté culpando por no ser lo bastante fuerte como para soportar que alguien me tire de la muñeca.

Él no tuvo el detalle de dignificar su comentario con una respuesta, simplemente la agarró con más fuerza mientras atravesaban el bosque como un par de bandidos. Al rato, el paisaje de árboles interminables comenzó a adquirir un tono más oscuro. No solo por lo rápido que se iba la luz del sol, sino porque el color de los árboles era diferente cuando te adentrabas tanto en el bosque. Ramas y troncos largos y retorcidos sostenían hojas de un

exuberante color musgo, y el agudo canto de pájaros extraños inundaba el aire, provocándole escalofríos profundos e inquietantes.

—¿Adónde vamos? —preguntó Evie, vacilante.

La poca luz que quedaba en el cielo pareció desvanecerse en cuestión de segundos y la noche los cubrió como un manto inoportuno. Inoportuno al menos para ella. El Villano miró a su alrededor, hacia la negrura, y, por primera vez desde que se lo había encontrado, vio un brillo realmente malvado en sus ojos.

Él formaba parte de esto, de la noche, de la oscuridad. Le pertenecía.

Y Evie… seguía sin tener miedo.

Qué raro todo.

—A un lugar seguro. A mi casa y al lugar desde donde llevo mis negocios.

Evie trató de tirar de su brazo y girar en la otra dirección.

—¿Seguridad en un lugar que la gente ha apodado Mansión Masacre? Gracias, pero no. Prefiero enfrentarme a los hombres del pueblo.

El brazo de él era un gancho de acero alrededor del suyo y no podía moverse ni un centímetro. Poco más y se podría considerar que estaban soldados.

—Si la quisiera muerta, la habría dejado atrás hace rato.

Ella arqueó una ceja. Avanzaban a un ritmo mucho más pausado que antes. El murmullo de las voces a sus espaldas se había ido desvaneciendo hasta casi desaparecer.

Les habían dado esquinazo. Por ahora. Esa sensación de seguridad hizo que la inapropiada curiosidad de Evie se apoderara de ella:

—Pero ¿por qué le perseguían? —preguntó. Inclinó la cabeza hacia él y hacia la bolsa que llevaba a su lado—. ¿Ha robado algo? ¿Armas? ¿Dinero? ¿El primogénito de alguien?

El Villano se detuvo un momento y Evie chilló al ver que la bolsa se movía. Antes de que pudiera decir nada, él metió la mano dentro y sacó una rana de un tamaño superior a la media, de un verde tan brillante que casi se confundía con sus ojos dorados. Se posó tranquilamente sobre la mano de él y se quedó contemplándola. Ella le devolvió la mirada.

—¿Lleva una corona o me lo parece a mí? —preguntó Evie tras unos instantes de silencio.

El Villano ignoró la pregunta y levantó un poco más a la rana.

—No negaré que robar es una de mis mayores habilidades. Sin embargo, en este caso, eran esos hombres quienes intentaban robarme *a mí*.

Se estaban atando los cabos, lo único que de una forma tan enrevesada que ni siquiera Evie lo entendía.

—¿Robarle… una *rana*… que lleva una corona?

El Villano se dio la vuelta y continuó caminando, y Evie le siguió en silencio.

—No es una rana cualquiera —le explicó—. Puede… entender y comunicarse con los humanos tan bien como si fuera uno de ellos. —La rana croó con ganas, como para demostrar sus finas habilidades comunicativas, pero El Villano la ignoró—. Y está bajo mi tutela. —Esas palabras hicieron que a Evie se le erizara la piel, como si de una advertencia se tratara—. Los animales mágicos se subastan por bastante dinero. Los hombres de su pueblo pensaron que sería prudente averiguar cuánto les costaría robármela durante mi paseo diario.

Evie ahogó un grito de horror.

—Y lleva corona porque…

El Villano hizo una pausa y levantó hacia Evie la mano que sostenía la rana, como si la razón fuera obvia.

—Se llama Reymundo.

Evie se quedó parpadeando un momento.

—¿Lo dice en serio?

—¿Le parece que estoy de broma?

Buen argumento. En realidad, Evie esperaba que no se le ocurriera hacer nunca una broma. Tal shock podría provocarle un jamacuco.

Levantó la bolsa y, con cuidado, volvió a meter a la rana Reymundo dentro. Después se giró hacia ella.

—No falta mucho para llegar a la mansión.

Evie continuó siguiéndolo, pero esa vez no en silencio.

—¿Cómo sé que no me está manteniendo con vida para poder matarme más tarde de una forma más entretenida?

—Me pregunto qué entenderá usted como una forma entretenida de matar a alguien. —Su rostro era inescrutable, pero ella se dio cuenta de que lo había vuelto a sorprender.

—Pues no lo sé, pero vaya, entiendo que si uno lleva a cabo una actividad tan a menudo será porque le encuentra cierto gusto. —Alzó un brazo para agarrarlo del hombro y estabilizarse tras pisar un tronco caído.

El hombro de El Villano se tensó al entrar en contacto con sus dedos (algo que a Evie no terminaba de disgustarle), pero su rostro permaneció impasible.

—Tiene razón. Hay algunas formas más entretenidas que otras —contestó, y se apartó hasta quedar fuera de su alcance una vez que ella hubo sorteado el tronco sana y salva, por lo que volvió a dejar caer el brazo a un lado—. Pero no creo que vaya a necesitar ponerlas en práctica porque con esos dos pies izquierdos que tiene dudo que sea necesaria mi intervención.

—Por última vez, no soy torpe. Solo me he caído una vez. Ah, y la primera ha sido culpa suya —dijo de brazos cruzados y pavoneándose mientras se ponía frente a él—. Tendré mis defectos, Su Malignidad, pero caerme no es uno de…

¡Plaf!

La cabeza de Evie se echó hacia atrás de golpe. *Ay*.

Se quedó parpadeando, totalmente confundida por lo que acababa de ocurrir.

El Villano soltó un fuerte suspiro detrás de ella y pasó por su lado para poner la mano contra el atacante invisible. Pero, en cuanto sus dedos tocaron la superficie, una barrera comenzó a disolverse mientras desprendía un destello de luz azul. Las esquinas del paisaje se fundieron y revelaron unos grandes muros empedrados y una puerta de hierro negro. Detrás se alzaban unas altas torres de piedra.

Su castillo estaba oculto por la magia, que era lo que le había dado el golpe a Evie en la cabeza.

La puerta se abrió y El Villano le hizo un gesto para que pasara ella delante. Como si estuviera resignada a lanzarse de cabeza a un foso de dragones marinos hambrientos, siguió sus indicaciones. A ver, llegados a este punto, ¿qué otra cosa podía hacer? Había agotado todas las opciones al

aceptar ayudarlo y dejar que él la ayudara a cambio. Ya puestos, mejor llevar esto hasta su amargo y sangriento final.

La Mansión Masacre era demasiado grande como para ser considerada solo una mansión. Es probable que ahí dentro cupiera todo el pueblo, más otros dos pueblos del mismo tamaño, cómodamente. Estaba en ruinas y algunas partes se estaban desmoronando, pero ese aspecto descuidado tenía cierto encanto. Las piedras que componían la estructura eran de colores grises y marrones apagados, y había musgo y enredaderas creciendo entre los huecos y grietas. Sin embargo, el estar desaliñada la hacía atractiva y misteriosa.

Puede que incluso un poco reconfortante.

Pasaron al lado de fuentes agrietadas cubiertas de más musgo mientras la mirada de Evie iba de aquí para allá, admirando el jardín circundante. Estaba sorprendentemente bien cuidado. De hecho, estaba segura de haber visto unos cuantos narcisos y casi se le escapa una risita.

No obstante, lo más aterrador era sin duda lo grande que era aquel sitio. No sabía cómo, pero parecía hacerse más grande a medida que se acercaban, como si fuera aumentando al mismo ritmo que el inminente final de Evie.

En resumen, era enorme; y menudo lugar para morir.

Evie tragó saliva y se quedó contemplando la madera oscura del portón. Entonces se volvió hacia El Villano y lo miró con ojos dubitativos.

—Si la empuja un poco, la puerta se abrirá. —Había una confusa sequedad en todo lo que decía. Como si tuviera un sentido del humor secreto o creyera de verdad que todo el mundo era un incompetente.

—Sé cómo funcionan las puertas —contestó ella, exasperada.

Él entornó los ojos, como si no acabara de creérselo.

—Entonces, ¿por qué no se ha abierto todavía?

Ya veo, Su Malignidad, todo el mundo es un incompetente para usted.

—¡Permítame, señor! —Una voz grave sonó desde la ventana que había encima de ellos.

Del susto, Evie soltó un gritó y volvió a tropezar con El Villano.

—Deprisa, Marvin. La señorita Sage parece estar sufriendo algún tipo de ataque.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí arriba? —preguntó mientras se apartaba de la solidez de su pecho y se alarmaba al percibir la frescura de su aroma. ¿No debería oler a muerte en vez de a una mezcla entre canela, whisky y clavo?

—Es uno de mis guardias. Siempre está ahí arriba.

Justo en ese momento, como si estuviera todo calculado, la pesada puerta se abrió con un ominoso crujido.

Evie lo siguió hasta el mal iluminado vestíbulo.

—Bien, ya estoy dentro de su guarida, Su Malignidad. ¿Por qué me ha traído aquí?

Él puso los ojos en blanco y avanzó por la enorme sala hacia unas escaleras de piedra que se recostaban contra la pared del fondo, que conducían a quién sabe dónde.

—Si va a trabajar para mí, Sage, no puede seguir llamándome así.

Sus zancadas eran largas y Evie se apresuró a alcanzarlo cuando empezó a subir.

—¿Trabajar para usted? —La idea era demasiado ridícula—. No puedo hacer eso. Usted es… es… malvado.

El Villano se quedó inmóvil al llegar al segundo piso y se apoyó en una vidriera.

—Así es —dijo, sin intentar negarlo. Se acercó a ella, amenazante. Evie sabía que estaba tratando de intimidarla—. Pero ha dicho que necesitaba un trabajo.

¿Le había dicho eso? Ah, sí, lo había dicho, cuando estaba divagando. Evie estaba acostumbrada a que la gente pasara por alto esas cavilaciones en vez de considerarlas solicitudes de empleo.

—Sí —admitió con cansancio—, pero ¿por qué iba a ofrecerme un trabajo? ¿Qué ha visto en mí que le haya hecho pensar que estoy cualificada para llevar a cabo cualquiera de las labores que hace usted?

—Tiene una forma de pensar despiadada que considero valiosa y me ha ayudado a pesar de conocer mi reputación —contestó, y entonces miró el pañuelo empapado de sangre que llevaba alrededor de la cintura.

—¡Sus heridas! —Evie dio un paso atrás y se lo quedó mirando con incredulidad—. Me había olvidado por completo. ¿Le duelen mucho?

Hizo una mueca, pero no se quitó la bufanda de la cintura.

—Me curo rápido. ¿Qué hay de sus heridas?

En la cadera le iba a salir un cardenal muy feo y muy morado. En cuanto al arañazo de la flecha que casi le había arrancado la piel de la espalda, le escocía, pero lo peor ya había pasado.

—Sobreviviré. —Se encogió de hombros, sin mencionar la herida adicional que llevaba en el hombro izquierdo. Se la había hecho su último jefe con un cuchillo.

Esa todavía dolía muchísimo.

Él asintió, extendió la mano y dijo:

—¿Qué me dice, Sage?

Evie hizo una pausa y, a pesar de saber que lo que iba a admitir podía costarle la vida, no se atrevía a mentir:

—¿Sigue en pie la oferta para el puesto… sea cual sea… aun sabiendo que mi padre en su día fue un caballero del rey?

Su rostro permaneció impasible; de hecho, parecía aburrido.

—¿Sigue siéndolo?

—¡No, no! Fue mucho antes de que yo naciera. Solo fue una forma de ahorrar dinero para abrir una carnicería. Se retiró después de casarse con mi madre. —La siguiente parte era dolorosa, así que la soltó rápido—. De todos modos, está demasiado enfermo como para seguir trabajando y su única lealtad es hacia su familia.

El Villano se encogió de hombros.

—Entonces no veo por qué debería ser un problema.

Bueno, aun dejando esa cuestión de lado, estaba segura de que no le costaría encontrar otros motivos de disputa.

—¿En qué consistiría trabajar para usted? —preguntó mirándole la mano como si fuera a la vez un salvavidas y una sentencia de muerte—. No tengo ningún interés en hacerle daño a la gente ni en ayudar a que usted le haga daño a la gente. Tampoco en ser una de sus… amiguitas.

Él dejó caer la mano a un lado y torció los labios hacia arriba, casi como si intentara… ¿sonreír?

—No es usted el tipo de mujer que me llevaría a la cama.

A Evie se le puso la cara hecha un tomate y, en ese momento, el escozor que sentía en el hombro no tenía ni punto de comparación con la sensación de rechazo que sentía en el pecho. Lo cual era ridículo porque ni siquiera quería que ese hombre la deseara, pero eso no quitaba que tuviera un poco de orgullo.

El Villano volvió a tenderle la mano y su bello rostro se convirtió en un muro impasible, vacío de emoción salvo por la leve suavidad en torno a sus ojos. Entonces dijo:

—Seré franco. No voy a forzarla a tomar esa decisión, pero hay que tener en cuenta que ahora ya sabe dónde se encuentra la «Mansión Masacre», un nombre muy elocuente, por cierto. También sabe que no soy inmune a la hoja de una espada y, lo peor de todo, me ha visto la cara. —Se quedó mirando fijamente un rizo que a ella le colgaba sobre la frente. Debía de estar hecha un cuadro después de correr por el bosque como una criminal —. Es un cabo suelto, y no tengo el tiempo suficiente para que Tatianna se pasee por su mente y elimine los recuerdos de este día. Mi camisa favorita está empapada en sangre. Necesita trabajo y estoy dispuesto a darle un buen puesto con un salario aún mejor. —Al ver que ella no se movía, suspiró y añadió—: Y puedo asegurarle que nunca he hecho daño a nadie inocente.

—¿Y qué hay de mi pueblo? —soltó ella antes de poder pensárselo mejor—. ¿Y si le tengo que ayudar a hacer daño a alguien que conozco?

—Sería una situación realmente incómoda para usted —respondió sin pizca de compasión.

Ella entrecerró los ojos hasta que él cedió.

—Dejaré a los aldeanos de su pueblo al margen de mis maquinaciones asesinas. —Su tono era complaciente, pero Evie no podía evitar tener la sensación de que sus palabras escondían más de lo que ella lograba entender.

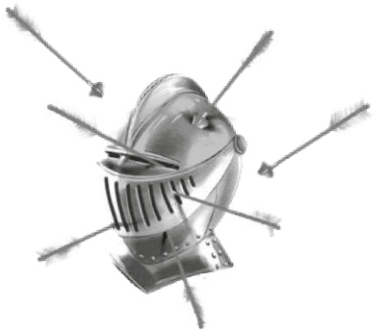
No podía creer que se lo estuviera planteando, pero la idea de ser capaz de mantener a su familia hizo que el corazón se le acelerara. Sin saber muy bien cómo, cuando se quiso dar cuenta, se estaban dando la mano.

Esperaba que estuviera fría, pero era cálida, y la sensación de esos dedos enroscados en los suyos la hacía sentir como bajo los efectos de alguna droga.

—Está bien, acepto su oferta. ¿Qué cosas depravadas voy a tener que hacer para usted, Su Malignidad?

Con las manos entrelazadas, y mientras seguían mirándose a los ojos, El Villano dejó que una sonrisa se dibujara en sus carnosos labios.

—Enhorabuena, Sage, a partir de hoy es usted mi nueva asistente personal. —Le soltó la mano y se dio la vuelta para subir las escaleras, pero apenas había dado tres pasos cuando se volvió hacia ella, que seguía aturdida—. Y si necesita dirigirse a mí de alguna manera, con que me llame «señor» me conformo.



CAPÍTULO 1

EVIE

Cinco meses después…

Había cabezas decapitadas colgando del techo *otra vez*.

Evie suspiró y saludó a Marvin con la mano mientras cerraba la pesada puerta del castillo tras de sí y cruzaba el vestíbulo principal a grandes zancadas; el leve tacón de sus zapatos resonando en el suelo de piedra al compás de los latidos de su corazón.

El Villano estaba de mal humor.

Una cabeza decapitada era lo habitual. Era preocupante lo mucho que Evie se había acostumbrado a ese hecho tras llevar un tiempo trabajando ahí. Pero ahora colgaban tres cabezas de hombre con la boca abierta en un grito silencioso, como si hubieran dejado atrás esta vida aterrorizados. Y si se acercaba lo suficiente…

Puaj, a uno de ellos le faltaba un globo ocular.

Evie inspeccionó el suelo exasperada antes de dar otro paso, pues quería evitar aplastarlo con el pie, tal y como había sucedido unas semanas atrás, cuando se había aventurado a entrar en la cámara de tortura del jefe para

entregarle un mensaje. El grito que soltó ese día no fue más que un leve pitido, pero si volvía a ocurrir, no estaba segura de poder mantener la compostura. Podía soportar un dedo de la mano cortado o incluso uno del pie, pero los globos oculares estallaban al pisarlos y allí es donde ella ponía su límite.

Resopló mientras seguía andando. *Un límite bastante razonable, en mi opinión*.

Pero no estaba por ningún lado. Los horrores con los que se cruzaba en su día a día no la alteraban como deberían. Su necesidad de normalidad había ido disminuyendo poco a poco desde que había empezado a trabajar ahí, pero no le importaba. Lo «normal» era para aquellos que no tenían la capacidad de llevar la mente más allá de lo inalcanzable. Era algo que su madre le había repetido mucho cuando era pequeña y, por alguna razón, era el único consejo que a Evie le resultaba imposible ignorar.

En cualquier caso, no podía evitarlo. Al fin y al cabo, era la ayudante personal de El Villano. Se rio entre dientes al pensar en el título de su puesto e imaginó lo ridículo que sería verlo anunciado en un panfleto de noticias.

SE BUSCA PERSONA MUY ORGANIZADA, QUE LE GUSTE TRABAJAR HASTA ALTAS HORAS DE LA NOCHE Y DISFRUTE REDACTANDO DOCUMENTOS EXTENSOS.
IMPRESCINDIBLE QUE SE SIENTA CÓMODA E INCLUSO APOYE LA PIROMANÍA, LA TORTURA Y EL ASESINATO.
ABSTÉNGANSE QUIENES NO PUEDAN EVITAR GRITAR SI DE VEZ EN CUANDO APARECE UN CADÁVER EN SU MESA.

En defensa del jefe, tenía que decir que eso último solo había pasado una vez desde que había empezado a trabajar ahí. Fue un día que llegó puntual, como siempre, cruzó la oficina y enseguida vio el cadáver de un hombre corpulento tendido sobre su mesa. Tenía cortes por todo el cuerpo y le faltaban trozos de carne.

Lo habían torturado antes de matarlo, eso estaba claro, y al jefe no se le había ocurrido otra cosa que dejarlo sobre el reluciente escritorio de color blanco y perfectamente organizado que tenía Evie, y que estaba pegado a la

puerta de su muy grande y desorganizado despacho. Nunca olvidaría la expresión de su cara cuando la vio entrar, percatarse de la presencia del cadáver y luego darse cuenta de que él estaba apoyado en el marco de la puerta de su despacho. Estaba de pie, con los brazos cruzados y la mirada fija en ella.

Ah, ya, pensó Evie. *Me está poniendo a prueba*.

El hecho de que él no estuviera dando por hecho que iba a fallar esa prueba ayudó bastante.

Evie ya se había acostumbrado a que los aldeanos la miraran de *esa* manera y lo había catalogado en su mente como una de las cosas que la hacían querer recurrir a la violencia.

Así que, en lugar de eso, repasó mentalmente cuáles eran las reacciones que mejor le podían venir en ese momento (es decir, aquellas que le permitirían conservar su trabajo) y, al final, optó por ser ella misma.

Bueno, ella misma con un cadáver mutilado en su mesa.

Miró a su jefe y se le encogió el pecho al ver la intensidad con la que le devolvía la mirada. Era casi como si estuviera *deseando* que no fracasara, lo cual no tenía ningún sentido. Tal vez solo tenía una indigestión; eso de torturar a alguien de buena mañana no puede ser bueno para la salud intestinal.

—Buenos días, señor. ¿Quiere que trabaje con este caballero al lado? ¿O es esta su manera sutil de decirme que le gustaría trasladar el cuerpo a un lugar más apropiado? —preguntó con una sonrisa amable.

Él se limitó a levantar una ceja, se apartó del marco y caminó hacia el escritorio (y el cadáver). Al inclinarse sobre la mesa, sus muslos hicieron que el cuero negro de los pantalones que llevaba se estirara y Evie tuvo que tragarse un suspiro. Que conste que fue porque se echó el cuerpo sin vida sobre el hombro con la misma facilidad que si fuera un saco de patatas, no porque tuviera unos muslos muy bonitos. No rompió el contacto visual con ella mientras se enderezaba y llevaba al hombre hacia la ventana más cercana para acabar arrojándolo por ella.

Evie se tragó también un grito, decidida a demostrar su valía. Además, este trabajo seguía siendo mucho mejor que el anterior.

Tomó una gran bocanada de aire y le sostuvo la mirada a El Villano mientras conseguía hacer caso omiso a su nuevo interés por la ropa de cuero o, más peligroso aún, por sus muslos.

—Un método de eliminación de residuos muy creativo, señor… ¿Le apetece que le traiga una taza del brebaje de Edwin?

El ogro que trabajaba en la cocina preparaba a diario tandas de ese líquido marrón hecho con semillas mágicas, además de dulces recién horneados. Nunca antes había oído hablar de esa bebida, pero aumentaba la productividad en el trabajo y parecía poner a todo el mundo de mejor humor a pesar de los cadáveres.

El Villano había levantado las comisuras de los labios y sus oscuros ojos danzaban de alegría. No estaba sonriendo del todo, aunque se había quedado lo bastante cerca como para que a Evie el corazón le latiera con fuerza en los oídos.

—Sí, Sage, ya sabes cómo lo tomo.

Desde entonces, no había vuelto a encontrarse otro cadáver en su mesa al ir a trabajar, pero eso no significaba que los últimos meses no hubieran sido difíciles. Normalmente, El Villano solía ausentarse mucho. Daba por hecho que era porque debía estar ocupado haciéndoles cosas de villano a los habitantes de los pueblos cercanos, cosas en las que ella no quería pensar mucho. Habían hecho una especie de pacto por el cuál él no llevaría a cabo sus maldades dentro del pueblo de Evie. Bueno, al menos ella tomó su gruñido como una confirmación. Pero, aun así, algo le decía que incluso un cadáver en su mesa iba a ser algo más divertido que el humor que él traía ese día.

Y es que los signos de decapitación excesiva solo podían significar una cosa: uno de sus planes había fracasado por tercera vez en los últimos dos meses.

Soltó otro suspiro mientras se acercaba a la interminable escalera de caracol. Se quedó mirándola un momento, preguntándose por qué había suficiente magia en las paredes de esa casa como para que los objetos se movieran por sí solos y se mantuviera una temperatura agradable, pero no la suficiente como para hacer que las escaleras fueran menos… en fin, horribles. Negó con la cabeza. Lo añadiría al buzón de sugerencias.

Nota mental: sugerir que se ponga un buzón de sugerencias.

Al comenzar a subir, como le tocaba hacer todos los días, evitó la puerta que quedaba a su izquierda después del primer tramo. Era la que conducía a los aposentos personales del jefe.

Solo los dioses sabían lo que ese hombre hacía en su espacio *personal* en ese gran y extremadamente sombrío edificio de piedra.

No pienses en su vida personal, Evie.

Otra buena norma que añadir a la lista que llevaba a rajatabla desde su primer día allí.

Deja de intentar hacer reír al jefe, Evie.

No le toques el pelo al jefe, Evie.

No encuentres atractiva la tortura, Evie.

No le digas a Edwin que el brebaje es demasiado fuerte, Evie.

Empezó a faltarle el aire cuando iba por el segundo piso. Rodeó la barandilla iluminada con velas en dirección al siguiente piso. Las pantorrillas le empezaban a arder bajo la gruesa falda azul que le rozaba la parte superior de los tobillos. Un grito estridente, que procedía de las cámaras de tortura de las mazmorras, hizo que se detuviera en seco. Se quedó parpadeando un momento, sacudió la cabeza y luego siguió subiendo las escaleras.

A pesar de sus otras conductas obviamente nefastas, el jefe tenía unas extrañas y confusas pautas morales que seguía con bastante diligencia; la primera de las cuales era no dañar nunca a inocentes, para alivio de ella. Su maldad era más bien del tipo vengativo. También le gustaba que sus pautas morales incluyeran tratar a las mujeres con el mismo nivel de respeto y estima que a los hombres. Lo cual, en perspectiva, no era mucho, pero al menos las normas en la oficina eran más coherentes que la forma en que funcionaba el mundo exterior.

Antes de trabajar para el señor del mal, Evie se ganaba la vida ayudando al herrero del pueblo, Otto Warsen. Le organizaba las herramientas y le pasaba cualquier instrumento que necesitara para que pudiera emplearse duro en la forja, sin distracciones. Era un trabajo decente que le permitía mantener a su padre enfermo y llegar a casa a tiempo para prepararles la cena a él y a su hermana pequeña.

O al menos fue un puesto bastante decente hasta que dejó de serlo.

Evie se palpó el hombro. Debajo de la camisa de lino se ocultaba una cicatriz hinchada y dentada. Si hubiera sido una cuchilla normal, se habría curado bien, pero la magia que había incrustada en esa daga blanca vivía ahora bajo su piel como una maldición. Una tan maligna que cada vez que sentía un ápice de dolor en cualquier parte de su cuerpo, la cicatriz brillaba. Era un fastidio, ya que los objetos inanimados parecían interponerse en su camino a un ritmo alarmante.

Si había algo con lo que tropezar, sin duda encontraba la forma de llegar a ella.

Se rio entre dientes a pesar de la falta de aire mientras emprendía el último tramo de escaleras. ¿Una guarida lo bastante grande como para albergar un pueblo y tenían que trabajar en el último piso? Ay, maldad, tienes nombre de villano. No obstante, continuó su marcha hacia la persona que había alterado el curso de su vida.

Parecía poco convincente referirse a su jefe como una «persona». En muchos sentidos, era un ser extraordinario, sin embargo, el hecho de que ella tuviera que encargarse de todos sus deseos y necesidades lo había humanizado. El velo de misterio que lo cubría cuando empezó a trabajar para él se había desvanecido y en su mente se había formado una imagen mucho más clara.

Aun así, le quedaba mucho por aprender.

Como qué clase de penurias lo acechaban para que hubiera *tres cabezas decapitadas* colgando del techo.

Llegó al último escalón y se pasó una mano por la frente sudorosa, desesperada por haber perdido el tiempo poniéndose presentable aquella mañana. No necesitaba un espejo para saber que tenía las mejillas sonrojadas y que los cabellos sueltos de la trenza se le habían pegado a la frente. Al avanzar por el pasillo, sentía las gotas de sudor deslizándose por el interior de los muslos.

Se le pasó por la mente la tentadora idea de ponerse unos pantalones anchos.

El jefe había dejado muy claro que no había reglas en la forma de vestir de sus empleados, lo que significaba que, por primera vez en la vida laboral

de Evie, se le permitía llevar algo que no fueran vestidos de colores monótonos. Pero temía que llevar algo tan escandaloso como unos pantalones llamara demasiado la atención.

¿Las mujeres? ¿Tienen piernas? ¡Alertad al pregonero!

No, ya despertaba suficientes sospechas en su pequeño pueblo por desaparecer a diario para acudir a su «misterioso» puesto de trabajo. Lo mejor era pasar desapercibida para que nadie se dignara a mirarla de cerca.

Si alguien preguntaba, decía que había conseguido un puesto de criada en una gran finca de un pueblo vecino.

No era del todo mentira. Siempre estaba limpiando desastres que El Villano iba dejando a su paso, aunque normalmente estos incluían sangre de por medio.

Al llegar al final del pasillo, tiró del candelabro de oro que estaba más cerca de la vidriera y retrocedió mientras la pared de ladrillo se abría lentamente, revelando el salón de baile oculto que servía de lugar de trabajo. Se apresuró a entrar en la gran sala, la pared se cerró tras ella y respiró hondo. El fresco olor a pergamino y tinta que impregnaba el aire le resultaba reconfortante y familiar, y siempre conseguía sacarle una sonrisa.

—Buenos días, Evangelina.

A la mierda su día.

Rebecka Erring estaba sentada a la izquierda con su grupo de profesionales administrativos y todos habían parado un momento de trabajar para mirar a Evie. Rebecka le sostenía la mirada desde detrás de unas gafas grandes y redondas. Evie respondió:

—Buenos días, Becky.

Con la palma de la mano se alisó la parte delantera del vestido de cuello alto que llevaba y que le quedaba dos tallas grande.

—Eso está por ver —contestó, y acto seguido los otros seis pares de ojos de la sala volvieron a centrarse en sus pergaminos, ya que todo parecía indicar que ese día no se iba a derramar sangre.

Lo cierto es que Becky era bastante guapa. Solo tenía dos años más que Evie, pero esos dos años, en su cabeza, debían de sumar como diez en cuanto a superioridad se refiere.

Su piel morena estaba impecable y su forma de sonreír con los labios apretados no le restaba nada a sus llamativos rasgos. Los pómulos y la mandíbula tenían la misma anchura, lo que atraía la mirada hacia todas esas partes que le sobresalían del rostro. Si su personalidad hubiera conseguido reflejar una pizca de su belleza física, Becky quizá hubiera sido la mejor persona que Evie había conocido nunca.

Pero, por desgracia, era odiosa.

—¿Trabajando duro esta mañana? —preguntó Evie mientras sonreía con dulzura y se colocaba un mechón suelto detrás de la oreja.

La otra mujer le devolvió la sonrisa, pero fue un gesto tan exagerado que se notaba a la legua que era forzado.

—He sido la primera en llegar esta mañana, así que he ido adelantando trabajo. —En la jerga de Becky, eso se traducía en: *He llegado antes que tú, por lo tanto, soy mejor que tú. Si quieres te enseño mi fantástico récord de asistencia*.

Evie mantuvo los ojos fijos al frente para no ponerlos en blanco y se abrió paso entre la multitud que se agolpaba en la sala a un ritmo vertiginoso. El jefe exigía eficiencia a todos sus empleados y todos los presentes estaban desesperados por demostrar que eran indispensables.

La sala oculta era grande y de concepto abierto, con mesas y escritorios por todas partes. Las vidrieras, que representaban diversas escenas de tortura y maldad, estaban espaciadas de manera uniforme a lo largo de las paredes de ladrillo beige y aportaban a la estancia una gama de luz cálida. La lámpara de araña repleta de telarañas que había sobre sus cabezas brillaba cuando la luz incidía en ella, lo cual le recordó a Evie que abajo todavía había cabezas decapitadas colgando de las vigas. Tenía la esperanza de que aquel grito procedente de las cámaras de tortura no significara que iba a haber otra cabeza a punto de ser exhibida.

Solo había estado en las mazmorras un par de veces, pero nunca el tiempo suficiente como para evaluar con precisión la sala de los horrores. Sin embargo, algunas de las becarias sí que la conocían bien. Era el tema principal de sus remilgadas conversaciones cerca de las cocinas.

—Huele a carne podrida y a desesperación —dijo una de ellas.

Evie no pudo evitar preguntar a qué olía la desesperación, pero las otras chicas se limitaron a seguir cuchicheando.

Nunca se le había dado bien hacer amigos.

Por alguna razón, desde que su madre desapareció cuando ella era una niña, Evie se había vuelto demasiado buena en eso de dejar que las cuestiones serias le resbalaran como aceite; era una buena forma de evitar que llegaran a hacerle daño.

Por un momento, pensó que ese trabajo le daría un aire más sombrío. Que la gente la miraría y vería a alguien sofisticado y con experiencia en la vida. Pero, a pesar de la cantidad de razones que tenía para convertirse en una persona oscura y amenazante, Evie seguía siendo exactamente la misma de siempre: una chica optimista, algo no muy recomendable si trabajas en la oficina de un villano, claro está. Desde luego, ella no quería volverse malvada, pero cuando te pasas la mayor parte de tu vida tratando de ver el sol, empiezas a desear que llueva.

En la intimidad, se preguntaba cómo sería no volver a sonreír, ser temida como lo era su jefe. Pero Evie Sage no era una villana y a cualquiera que lo sugiriera se le iban a reír en la cara.

Claro que, ¿acaso era de extrañar que todo el mundo siguiera viéndola igual cuando ella seguía sonriendo y soportando cualquier cosa que le echaran? Al igual que al resto de su pueblo, Evie le había mentido a su padre y les había ocultado a él y a Lyssa adónde iba cada día. En realidad, era por su propio bien. Su padre ya se preocupaba lo suficiente por la carga que les suponía a sus hijas, ya que, desde que contrajo el mal místico (una dolencia que había asolado el reino durante los últimos diez años), estaba enfermo y no podía trabajar.

Esa enfermedad atacaba sin ton ni son y, al parecer, seleccionaba a sus víctimas al azar. Había quien moría al cabo de poco tiempo de contraerla. A esos se los consideraba los más afortunados. Otros quedaban demasiado debilitados como para levantarse de la cama mientras la enfermedad les iba robando la vida poco a poco, como el peor de los ladrones.

Su padre la había padecido durante suficiente tiempo como para que el curandero les asegurara a ella y a Lyssa que no lo iba a matar, al menos por

ahora, pero estaba demasiado débil como para seguir ejerciendo la profesión a la que se dedicaba antes.

Por suerte, había sido carnicero, lo cual fue de gran ayuda para Evie, puesto que había crecido rodeada de sangre y cadáveres, y ahora ese mismo oficio era su profesión. Aunque ver cadáveres de animales era muy diferente a ver cadáveres de seres humanos.

Al sentarse en su mesa y empezar la tarea diaria de cuadrar los libros de contabilidad, se dijo a sí misma que al menos hoy el escritorio estaba limpio. Cuando solo llevaba una hora trabajando, algo se estrelló contra la pared que tenía detrás. Del susto, dio un salto y cayó de culo al suelo, emitiendo un ruido humillante. Además, al caer, los brazos se habían llevado por delante los papeles que había sobre la mesa, por lo que en ese momento había el equivalente a dos horas de trabajo organizando facturas cayendo a su alrededor como si fueran copos de nieve.

Muy de novata eso, Evie.

Al tener la mesa tan cerca del despacho del jefe, ya sabía que tenía que estar siempre alerta.

Observó cómo la última hoja le caía sobre el pecho. No se había molestado aún en levantarse ni en recoger los papeles. Con toda seguridad, algo o alguien se había chocado contra la pared… Se oyó otro golpe, seguido de dos golpes más suaves y cristales que se rompían.

Adiós al cuadro que volví a enmarcar y a colgar la semana pasada.

Evie se sentía ridícula ahí en el suelo, por lo que se dio la vuelta y se puso de rodillas para recoger los papeles.

—Ay —murmuró en voz baja mientras se frotaba el trasero.

Aunque bien podría haber gritado, dada la forma en que la puerta negra del despacho de El Villano se abrió, tan de golpe que hizo temblar las paredes y paralizó al resto de los trabajadores. Evie levantó lentamente la vista de los papeles que tenía en las manos y se fijó primero en la punta de una brillante bota negra. Luego fue subiendo hacia arriba. Los pantalones oscuros pretendían ser holgados, pero, en vez de eso, rodeaban unos muslos musculosos que se unían a un torso impresionante.

Sus ojos pasaron de largo el holgado cuello en V de su camisa negra, que le dejaba al descubierto la parte superior del pecho. Incluso así,

desarreglado, le resultaba extremadamente atractivo.

Cuando su mirada llegó por fin al rostro, tuvo que tragarse un suspiro y enterrarlo donde nadie pudiera encontrarlo. Pero ¿cómo no iba a suspirar? Su mandíbula era lo bastante afilada como para ser considerada un arma y estaba lo bastante marcada como para que a Evie le palpitaran todos los órganos.

No permitas que el jefe te haga palpitar ningún órgano, Evie.

Antes pensaba que lo que más le costaba era mirarlo a los ojos. Eran de un negro asombroso que te atraía como una red destinada a atraparte el alma. Eran el tipo de ojos que te suplican que apartes la mirada, pero Evie ignoraba esa súplica porque le resultaba agradable mirarlos.

Y su boca.

Tal vez la parte más expresiva de su rostro, todo cambio era leve pero rico en significado, tanto que había empezado a catalogarlos. Por ejemplo, ahora tenía la boca apretada. Cuando volvió a mirarle a los ojos, él la estaba observando. Tenía la cabeza ligeramente inclinada y le dio un vuelco el estómago al preguntarse qué estaría pensando al verla ahí de rodillas, como si estuviera fingiendo ser una rana.

¿Estará confundido? ¿Desconcertado? ¿A punto de matarme por ser tan torpe?

Lentamente, El Villano flexionó las rodillas y se arrodilló hasta quedar a la altura de sus ojos.

A falta del instinto que debería hacerla sentir intimidada, Evie le esbozó una gran sonrisa al hombre al que todo el reino temía.

—Buenos días, señor. —Se escuchó un gemido ahogado proveniente del despacho del jefe. Levantó las cejas e inclinó la cabeza para mirar detrás de él, y entonces añadió—: Una mañana ajetreada, por lo que veo.

El jefe también levantó las cejas.

—Bastante. —Sacudió la cabeza como si su propia respuesta lo hubiera desconcertado y empezó a recoger el resto de los papeles que ella había tirado para colocarlos sobre la mesa.

Evie apoyó el pie para levantarse e hizo una mueca de dolor, lo que hizo que la encarnación del mal que tenía delante le dedicara una mirada

mordaz. El Villano torció la boca y frunció el ceño. ¿Estaba… enfadado? Claro que estaba enfadado. Evie lo había interrumpido con su caída.

Empezó a levantarse apoyando una mano en el borde del escritorio, pero el jefe la agarró por la cintura y la levantó antes de que pudiera protestar. Tampoco es que hubiera tenido intención de hacerlo, de haber tenido tiempo, porque sus grandes manos eran… esto… muy bonitas.

Cuando por fin estuvo de pie, él apartó las manos enseguida, las dejó caer a los costados y apretó los puños. A Evie se le ruborizaron las mejillas mientras intentaba mirarle a la cara con torpeza y miedo a encontrarse una sonrisa o algo peor, por lo que posó los ojos en el cuello en V de su camisa negra.

Y entonces su boca, por alguna razón que solo los dioses sabrán, decidió producir un exceso de saliva.

Evangelina Celia Sage, si te pones a babear en este momento, te prohíbo volver a leer novelas subidas de tono.

Ese trozo de piel la distrajo tanto que estuvo a punto de no darse cuenta de la forma en que su jefe la estaba evaluando. No era igual que como lo habían hecho sus anteriores jefes, sino de una forma mucho más analítica. Como si buscara incoherencias.

—¿Cómo se ha caído, Sage?

Sus palabras tenían un toque sofisticado. Un suave acento que hacía que su voz sonara más seductora.

—La silla la ha tomado conmigo —contestó—. Y mi trasero ha hecho muy buenas migas con el suelo.

Sus comisuras se movieron hacia arriba y Evie se sintió como si acabara de encontrar un tesoro escondido. Al girarse para dejar el resto de los papeles, sintió otra punzada de dolor que le subía por la espalda. Hizo una mueca.

La sombra de una sonrisa que hasta entonces había en los labios del jefe se esfumó y Evie se maldijo a sí misma y a su torpeza por haberla hecho desaparecer.

—¿Necesita que la vea la curandera? —le preguntó mientras apoyaba una mano a un lado del escritorio y se inclinaba de una manera que realzaba el fuerte antebrazo que se escondía debajo de la manga.

Em… de repente su boca estaba completamente seca.

—No, señor, no quisiera molestar a Tatianna por culpa de una pelea con mi silla —respondió, y entonces se inclinó y le hizo un gesto para que se acercara a ella, como si fuera a contarle un secreto. Él giró ligeramente la cabeza y le ofreció la oreja. Evie disimuló su sorpresa al ver que le seguía el juego—. Es mejor que esto quede entre nosotros o podríamos provocar que las otras sillas se sumen a la revuelta.

Entonces el jefe hizo algo que casi provoca que el alma mortal de Evie abandonara su cuerpo: se rio. O más bien tosió, mucho, contra su mano.

Se había tapado la boca con ella, claramente para esconder una sonrisa que estaba luchando por mantener a raya como si le fuera la vida en ello.

Evie, sorprendida, murmuró:

—Ni siquiera ha sido tan gracioso…

La atenta mirada de los demás trabajadores hizo que ambos se percataran de dónde estaban. Antes de que el jefe se girara para lanzarles una advertencia, la multitud se dispersó como hormigas que ven un gran pie acercándose.

Excepto, por supuesto, Becky, que mantenía sus ojos de halcón fijos a la pareja desde el otro lado de la sala.

—Vaya a ver a la curandera, Sage. Tenemos una gran semana por delante y no puedo permitirme que caiga muerta ante mí.

—No creo que nadie haya muerto nunca por un moratón en el culo, señor.

Él entornó los ojos e hizo un movimiento con la boca que Evie sabía que significaba que se había pasado.

Dio un pequeño paso atrás.

—Pero no me gustaría ser la primera, así que voy a… Ahora mismo voy para allá.

Lo rodeó manteniendo las distancias y pasó por delante de su despacho. Dentro vio a un hombre escuálido tumbado bajo un ladrillo que se había desprendido. Estaba claro que se había caído tras golpear al hombre contra la pared.

Reymundo, inexpresivo, estaba sentado en el borde de la mesa del jefe, como siempre que Evie asomaba la cabeza. Levantó su pata palmeada para

mostrar uno de los diminutos cartelitos con los que se comunicaba. En este, con tiza roja, ponía: ¡AY!

Evie le había cogido cariño a esa pequeña criatura. La mayoría de las veces se quedaba allí sentado, observando y dando consejos con la pizarra que el jefe le daba para escribir. La pequeña corona de oro siempre estaba presente sobre su viscosa cabeza.

Sin duda, «ay», le contestó Evie moviendo los labios antes de volver a centrar su atención sobre el hombre destrozado que yacía en el suelo.

Intentó encontrar la compasión que debería sentir al ver a otra persona sufriendo, pero había visto entrar y salir a tantos hombres de aquella sala que intentaba reservar ese sentimiento solo para los que se lo merecían.

Aquel hombre con aspecto de bribón, al que estaba casi segura de haber visto la semana pasada en su pueblo lanzando piedras a un grupo de patos, no entraba en la lista. Se le dibujó una sonrisa en los labios a pesar de que en el fondo sabía que lo más probable era que el jefe no lo estuviera moliendo a palos para defender el honor de unos patitos. Sin embargo, su mente contraargumentó que, aunque no estuviera defendiendo a los patos en cuestión de forma directa, lo estaba haciendo de forma indirecta.

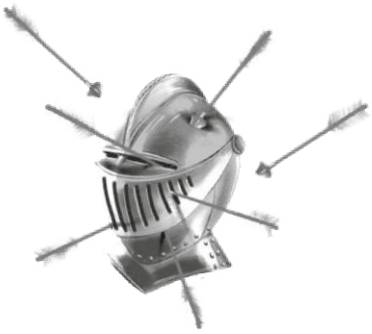
Lo cual, por alguna razón, le parecía igual de adorable.

Se obligó a sí misma a dejar de sonreír y continuó avanzando hacia el pequeño pasillo que conducía a los aposentos de la curandera. Porque tenía un moratón. Un moratón en el culo.

Antes de que pudiera llevarse las manos a la cabeza por el desastre que había sido su mañana, recordó a su jefe arrodillado ante ella, entregándole los papeles que se habían caído, el trozo de su pecho, su risa.

Quizá su mañana tampoco había sido *tan* desastrosa.

Aunque, por supuesto, no sabía cuál iba a ser su reacción cuando volviera a su mesa y tuviera que confesarle la discrepancia que había encontrado en los libros aquella mañana. Aún no lo sabía todo sobre El Villano, pero sí sabía que detestaba que no se llevara un registro bien organizado; casi tanto como ella odiaba encontrarse glóbulos oculares extraviados.



CAPITULO 2

EVIE

—Inclínate.

Evie no se movió.

—Pero invítame a cenar antes al menos, ¿no?

Lo cierto es que ni siquiera una cena en la mejor taberna del mundo habría hecho que le resultara más fácil enseñarle el culo a la curandera. Además, estaba segura de que la magia podía traspasar la tela de su falda. Si lo pensaba con suficiente fuerza, quizá podía hacer que se hiciera realidad.

Se sentó en la camilla y, al moverse, contuvo una mueca de dolor. Ella y la curandera se estaban aguantando la mirada como si fuera un juego y la primera que la apartara perdiese, pero Evie no tenía intención de ceder.

Desde que la conocía, no había día en que la curandera no llevara al menos una prenda de ropa o accesorio de color rosa. Hoy, ese delicado color hacía acto de presencia en forma de lacitos sujetos a lo largo de su preciosa melena, lo cual hacía que, a sus veintisiete años, pareciera más joven, pero no por ello una adversaria menos dura de pelar.

La curandera enarcó una de sus oscuras cejas ante la negativa de Evie a moverse.

—Vamos, Tati —dijo Evie con una sonrisa suplicante—. Ya he cumplido mi cuota de humillación hoy. Me temo que enseñarte el culo rompería el contador.

Finalmente, Tatianna suspiró y se pasó una trenza por detrás de la oreja. Entrecerró los grandes ojos marrones mientras sus manos empezaban a brillar con un cálido color amarillo.

Uf, gracias a los dioses.

La luz atrajo la atención de Evie hacia las mangas de gasa del lujoso vestido que abrazaba las generosas curvas de la mujer. Por regla general, Evie se sentía demasiado culpable como para gastarse el sueldo en algo tan frívolo como un vestido nuevo, pero eso no significaba que no envidiara el precioso atuendo de la curandera.

Tatianna movió las manos hacia Evie y las posó frente a sus hombros sin llegar a tocarla, y, de pronto, Evie tuvo la misma sensación en el trasero que aquella vez que se sentó sobre unas piedras de la plaza del pueblo que habían estado todo el día bajo el sol veraniego.

—Te has hecho daño en el coxis, amiguita. Te has dado un buen golpe, de hecho. —La voz de Tatianna era como agua clara, nítida y suave, y la sacó un poco del estado de pánico en el que se encontraba.

Exhaló un suspiro de alivio. Podía soportar un moratón.

—Cómo no —dijo Evie, y se frotó la frente—. ¿Y cuánto me va a costar que me lo cures?

Tatianna esbozó una gran sonrisa. De no haberla conocido, habría dicho que aquello era capaz de tranquilizar hasta a la persona más ansiosa. Pero sí que la conocía, y sabía que esa sonrisa era, a falta de una palabra mejor… aterradora.

—Veamos… —dijo la curandera mientras se daba golpecitos en la barbilla—. Si lo quieres curado del todo, quiero dos secretos.

—Pues no me queda otro remedio que darte dos secretos, porque a ver quién querría pasar el resto del día con un doloroso moratón en el culo. —Evie se frotó las sienes y levantó una ceja—. ¿De qué tipo de secreto estamos hablando?

Tatianna se rio mientras su vestido se movía de un lado a otro al andar en dirección a su mesa de bálsamos y pociones.

—Nada digno de chantaje, pero que sea mejor que un simple cotilleo que podría escucharse en cualquier cocina.

Evie hurgó en su cerebro en busca de algo que estuviera a la altura mientras Tatianna rebuscaba entre sus pócimas y movía las manos, que seguían emitiendo luz, sobre un pequeño cuenco. Compartir secretos no era algo que a Evie le costara; ella casi siempre era un libro abierto. A menudo le costaba guardarse cosas demasiado personales, sobre todo con Tatianna.

Si pudiera pagarle a todo el mundo con sus pensamientos privados y ridículos, nunca más tendría que trabajar.

Evie se levantó de la mesa, nerviosa, y se acercó al estante que había junto a la puerta. Había una botellita. Era minúscula y muy bonita. Pensó que sería un buen orname…

—¡No toques eso! —gritó Tatianna.

El corazón de Evie dio un vuelco.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué es? —Evie se quedó mirando la botella y la mano que casi la había tocado—. ¿Hace que te conviertas en rana o algo así?

—¿Qué? —Tatianna sacudió la cabeza, confusa—. No, es un sedante de acción lenta. Es muy potente.

Evie retiró la mano como si se hubiera quemado y frunció el ceño mientras Tatianna sonreía y decía con total indiferencia:

—Guardo las pociones para convertir a la gente en rana en otro armario.

Evie se atragantó con su propia saliva, pero antes de que pudiera preguntarle a la curandera si estaba de broma, ella continuó:

—Dejémoslo en un secreto, venga —dijo Tatianna, volviendo a su poción.

Evie se quedó pensativa y luego sonrió.

—Anoche soñé con el jefe.

Se oyeron una serie de golpes y un chillido provenientes de donde estaba Tatianna de pie, pero era tan impropio de ella perder la compostura que Evie se preguntó si habría alguien más en la habitación a quien ella no veía.

Entonces Tatianna se giró y tiró varias cosas más al suelo mientras se precipitaba hacia Evie.

Evie abrió la boca y se llevó la mano a la cara, como si pensara que alguien le había escrito algo en la frente.

—¿Qué pasa?

No había suficientes ladrones en los barrios bajos del este de Rennedawn para robar el brillo travieso de los ojos de Tatianna.

—Vaya, ¿y qué hacíais tú y el jefe en ese sueño, pillina?

Evie soltó una carcajada e intentó agacharse para recoger los pergaminos que se habían caído, pero se enderezó de inmediato cuando sintió que su herida protestaba.

—Qué desfachatez suponer que lo que estábamos haciendo no era algo meramente inocente.

Tatianna se mofó, indignada, y volvió a poner todos los utensilios sobre la mesa con un leve gesto de la mano. Un don poco común entre las curanderas, pero muy útil para Tatianna, que a veces necesitaba usar sus habilidades para sacar objetos de una herida sin tocarlos.

—¿Pero tú lo has visto? Dudo que se pueda hacer algo inocente con ese hombre. —Hizo una pausa dramática y levantó las manos haciendo un movimiento exagerado—. Es un vicio con patas.

Evie hizo unos círculos con la mano sobre su propia cabeza para formar una aureola, pero la curandera se limitó a reír y volvió a su labor de mezclar potingues en el cuenco emitiendo de nuevo ese cálida luz amarilla.

—Te adoro, Evangelina, pero tú de inocente no tienes nada. —Se dio la vuelta, le entregó a Evie un pequeño cuenco marrón que tenía un olor tan dulzón que resultaba enfermizo y sonrió—. Eres corrupta por asociación, querida. Ahora, úntate esto en el trasero, pero ponte primero los guantes o te deformará los huesos de las manos.

Evie se apresuró a ponerse los guantes, cogió el cuenco y se escabulló detrás de un biombo de tela que había en un rincón para tener algo de intimidad. Se bajó la falda unos centímetros y puso el ungüento entre la tela y la parte inferior de la espalda. Mientras lo hacía, Evie reflexionó sobre lo precaria que era su posición en ese trabajo. En el tiempo que llevaba ahí, había visto cosas verdaderamente horribles, a cada cual más espantosa que

la anterior, pero no había sentido la necesidad de detener nada ni una sola vez, solo el impulso de ofrecer ayuda donde podía y espacio donde estorbaba.

Aunque eso no significaba nada. Incluso los ciudadanos «más honorables» eran capaces de llevar a cabo actos de crueldad. No iba a sentirse culpable por aceptar dinero viniera de donde viniera. Sobre todo si venía de un lugar donde nunca la maltrataban ni la miraban como si fuera un juguete.

Las náuseas se apoderaron de ella cuando empezó a sentir como el trozo de hueso roto volvía a unirse. Era una sensación enfermiza y antinatural. El cuerpo no estaba hecho para curarse a ese ritmo, pero ella no tenía tiempo para esperar a que se curara un hueso roto.

Cuando el último fragmento de hueso encajó en su sitio como una pieza de puzle, Evie se enderezó, se giró e inclinó el cuerpo de izquierda a derecha para comprobar que tenía movilidad. El dolor agudo había desaparecido como la bruma en el viento y había sido sustituido por un dolor tenso, mucho más preferible.

—Te sentirás dolorida durante un par de horas, pero después ya debería de volver todo a la normalidad —dijo Tatianna mientras arrojaba lo que había sobrado del cuenco al fuego de la chimenea. Se arremangó y siguió —: Ten cuidado, ahora esos huesos seguirán siendo flexibles un rato. Si no te sientas correctamente, podrían moverse.

Evie arrugó la nariz y sacudió la cabeza para quitarse esa imagen de la mente.

—Qué asco.

Tatianna le entregó un pequeño vial con tapón y un líquido de color rosa.

—La próxima vez que alguien me pida que describa mi trabajo, le diré exactamente eso.

Antes de que Evie pudiera preguntar por el contenido del frasco, Tatianna la interrumpió con un tono de preocupación.

—Es para tu padre. —Levantó los hombros y miró por la ventana—. Para que pueda mantener el dolor a raya. Siento no poder hacer más por él.

Evie sintió que le escocían un poco los ojos. Tragó aire y se aclaró la garganta para tratar de evitarlo. Tomó con cuidado la botellita y se la guardó

en el bolsillo de la falda.

—Entonces, si me siento mal en la silla… ¿tendré la nalga derecha más grande que la izquierda?

Tatianna soltó una carcajada y le dio un suave empujón en el hombro.

—Eres demasiado crédula, amiguita. Mi magia es fuerte. Todo va a ir bien. Ahora vuelve al trabajo.

Evie ignoró la persistente melancolía, esbozó una amplia sonrisa y se dio la vuelta para salir por la puerta.

—¡Ah! —exclamó mientras volvía a girarse—. ¡El segundo secreto!

Tatianna levantó una ceja y parpadeó mirando a Evie.

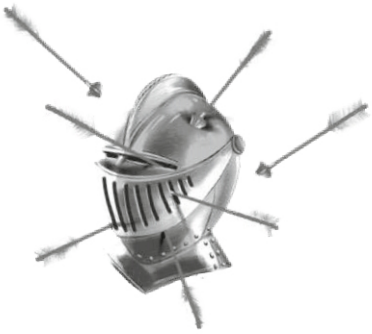
—¿El segundo?

—Sí —contestó Evie, confiada—. Ese sueño que tuve anoche con el jefe —empezó a decir, y entonces se inclinó más hacia ella— fue *muy* sucio.

Al ver la expresión conmocionada de Tatianna, Evie soltó una risita y se dio la vuelta, pero algo hizo que se detuviera en seco.

Se tragó el nudo que se le acababa de hacer en la garganta y, con los ojos abiertos como platos, dijo:

—Hola, señor… ¿No estará pensando en añadir mi cabeza a la colección de la entrada?



CAPÍTULO 3

EVIE

Evie siguió al jefe por el pasillo hasta la sala de concepto abierto que usaban como oficina. Le ardía la cara como si hubiera comido algo picante y el ritmo al que él se movía no ayudaba a que le bajara el enrojecimiento del cuello y las mejillas.

Se la había quedado mirando inexpresivo. Completamente desprovisto de toda emoción. De hecho, le había parecido ver que la poca emoción que había en sus ojos se había desvanecido en cuanto fijó su mirada en él. Como si su absurdo comentario no fuera digno de despertar en él vergüenza ni indignación.

Mi grado de idiotez es lo suficientemente elevado como para ser reconocido, maldita sea.

Abrió la boca para decirlo en voz alta, pero el jefe se detuvo ante los portones de madera que daban al parapeto, los abrió y le indicó que pasara delante de él. Evie se secó las palmas sudadas en la falda y dio un paso al frente. En seguida notó el calor del sol de media mañana sobre la piel.

No le apasionaban los lugares altos, así que al ver la distancia que la separaba del suelo retrocedió hasta el borde de piedra del parapeto y se

aferró a él.

—Se va a perder las vistas —le dijo su jefe.

Tenía la voz grave y ronca, como el repiqueteo de la lluvia contra el tejado.

—Ya sé cómo es el bosque de Hickory —contestó ella en tono seco mientras cerraba los ojos con fuerza.

Pero se le había quedado grabada la imagen de aquellos grandes árboles. El pueblo donde había crecido estaba a las afueras del bosque que ocupaba gran parte de las tierras de Rennedawn. Árboles gigantes cubrían los alrededores de la mansión, con un espeso follaje verde que contrastaba con el azul de aquel cielo despejado. El calor templado que le envolvía la piel era típico del indulgente clima de su reino, el cual atraía a todo tipo de seres a aquella modesta parte del mundo.

Evie encontró por fin fuerzas para abrir los ojos y captó una leve curvatura en los labios de su jefe.

Glorioso.

Uf, glorioso no, Evie.

Estaba claro que necesitaba que la sedaran.

El Villano continuó hablando como si ella no estuviera hecha un manojo de nervios.

—La he traído aquí porque dentro las paredes tienen oídos. —Se acercó un poco más. El pelo oscuro se le rizaba sobre la piel morena—. Es un asunto de suma importancia.

Algo en la forma en que estaba ahí plantado, con el viento ondeando la capa negra a su alrededor, hizo que Evie tuviera un mal presentimiento. Por supuesto, esa sensación totalmente racional fue superada por la parte menos sensata de su cerebro, que ignoró el peligro en favor de lo atractivo que le parecía.

Cualquiera que tuviera sentido común sabía que las espadas más bonitas eran siempre las más afiladas, pero para Evie no existía tal cosa. Su sentido iba y venía con el viento, no tenía nada de común.

Empezó a dibujar círculos nerviosos con la punta del zapato y miró al jefe directamente a los ojos.

—Vale, antes de que se ponga en modo conde de las Tinieblas, sí, fue un sueño sucio, pero me refería a sucio de… sucio. O sea, de que había suciedad, fango. El suelo estaba embarrado y pasaba un carruaje y nos salpicaba a los dos y usted decía: «Será mejor que limpie eso, Sage».

Cuando Evie estaba nerviosa o había un silencio incómodo, siempre empezaban a salirle las palabras a borbotones y no podía parar:

—En realidad, fue un sueño bastante normal para lo que estoy acostumbrada. Nada explícito ni inapropiado. —Ahora también agitaba los brazos, como si estuviera intentando despegar.

Y lo peor de todo era que, a medida que las palabras brotaban de sus labios, los prominentes pómulos de El Villano se iban poniendo cada vez más encarnados y sus ojos se iban abriendo más y más.

Una persona inteligente habría dejado de hablar ante aquella clara expresión de sorpresa, pero Evie no era inteligente. O, mejor dicho, era inteligente, pero su cerebro y su boca parecía que se habían ido cada uno por su lado.

—Ninguno de los presentes estaba desnudo —dijo como conclusión mientras se balanceaba sobre los talones.

¿Ninguno de los presentes estaba desnudo?

Él se quedó parpadeando y la retorcida imaginación de Evie tuvo el descaro de percibir una leve chispa en sus ojos que solo duró un instante antes de que volvieran a cerrarse. Carraspeó y se rascó la nuca, parecía un poco nervioso.

A ella, verle perder un ápice de su impecable compostura, le proporcionó una satisfacción desmesurada.

—No me refería a sus elucubraciones nocturnas, Sage —dijo y vio cómo tragaba saliva mientras caminaba hasta su lado para contemplar el paisaje que los rodeaba.

La mansión estaba en una parte del bosque con un follaje tan espeso que a nadie se le ocurriría acercarse. Todas las aldeas de Rennedawn estaban construidas intencionadamente en los grandes huecos naturales que se habían formado entre los árboles, casi como si los dioses hubieran diseñado el mapa de sus tierras a mano.

Pero la Mansión Masacre era la excepción. Estaba envuelta por aquel entorno como si fuera una armadura.

El jefe apoyó las manos a ambos lados de los pilares de piedra. A pesar de que la capa lo tapaba, Evie sabía que debajo debía de tener los hombros y la espalda tensos.

—¿Sage?

Ay, estaba hablando, ¿verdad? Estaba demasiado ocupada contemplándolo como si fuera el último trozo de pastel sobre la mesa como para escuchar.

—Ah, sí, estoy… de acuerdo —dijo Evie mientras asentía con énfasis y se balanceaba hacia delante y hacia atrás, haciendo todo lo posible para disimular la confusión con una falsa confianza.

—Ah, ¿sí? —Soltó un suave silbido y levantó una mano para frotarse la barba perfectamente recortada—. Bien, dado que tengo su aprobación, comenzaré los preparativos para que pueda casarse con uno de los gremlins del río y garantizar así una vía segura para nuestros envíos desde los reinos del sur.

—¿¡Qué!? —Evie ahogó un grito—. Señor, es que… No, es que no le estaba… ¡No puede hablar en serio! —Pero claro que podía. Evie le había visto hacer cosas mucho peores a otros empleados que no cooperaban, y ella había ayudado a llevar a cabo la mayoría de esas cosas.

El corazón le latía con fuerza, la sangre se le había acumulado en los oídos y hacía que todo sonara amortiguado.

Sin darse cuenta, se había acercado más a él con la esperanza de encontrar una pizca de humanidad en sus ojos negros. Cualquier cosa que pudiera apiadarse de esta humana incapaz de hacer magia y con nula capacidad de concentración.

No obstante, en lugar de humanidad, vio que entrecerraba los ojos y se le arrugaban las comisuras. Evie dio una zancada hacia atrás para observarlo mejor. Tenía los labios curvados hacia arriba y, al verlo, se le escapó un chillido.

—¿Era una broma? —preguntó, y casi le da un escalofrío al notar el evidente asombro en su voz, pero es que le había sido imposible contenerse ante algo tan imprevisible.

Su sonrisa se ensanchó más de lo que Evie nunca había visto en él, y un único hoyuelo la apareció en la mejilla izquierda.

—¿Y tiene hoyuelos?

El Villano puso los ojos en blanco y el hoyuelo desapareció.

—Solo uno. Bueno, ahora que me está prestando atención…

—¿Ha sido su primera vez? —lo interrumpió, incapaz de procesar tanta información de manera eficiente.

El jefe echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—¿Mi primera qué, torbellino?

—Su primera broma.

Él soltó un gruñido y abrió la boca para hablar. Para ser sincera, le pareció que estaba bastante indignado.

—De todas las cosas que… —Hizo una pausa para pellizcarse el puente de la nariz—. Sage, ¿de verdad me cree incapaz de tener sentido del humor?

—Claro que no —contestó ella con seriedad—. Al fin y al cabo, tuvo suficiente como para contratarme a mí.

El Villano dejó escapar un largo suspiro de sufrimiento y se puso un mechón de pelo en su sitio.

—No llevo ni tres minutos hablando con usted y ya estoy más alborotado que los becarios durante mi día favorito de la semana.

—Metafóricamente hablando, claro, dado que yo no me estoy dedicando a lanzarle flechas.

Evie lo atravesó con la mirada para reiterar lo mucho que desaprobaba su estilo de entrenamiento de «defensa personal» para las pobres almas que iban ahí de «prácticas». Constantemente llegaban solicitudes para ser becarios de parte de hijos de nobles arruinados, gente que tenía deudas de juego y otras almas en pena.

La Mansión Masacre estaba muy lejos de la capital del reino, Ciudad Radiante, que es de donde venía la mayoría de los becarios. La decadencia y la abundancia eran muy diferentes de la miseria con la que se topaban en su nuevo lugar de trabajo. Para la mayoría de ellos era su *primer* empleo. Evie estuvo una vez en la ciudad cuando era niña. Tardaron en llegar un día entero en dirección norte desde su pueblo, cuando el bosque todavía se consideraba seguro para viajar. Era demasiado pequeña para acordarse de

mucho, pero recordaba la energía contagiosa que vibraba en el ambiente. Tenía el vago recuerdo de haber conocido a un especialista en magia mientras iba con sus padres y, tal y como contaban las historias que compartían los niños de su aldea, fue un hombre amable y servicial, con una cantidad de conocimientos que parecía infinita.

Era bueno que hubiera bastantes becarios capaces de hacer magia, ya que eso les permitía llevar a cabo sus tareas con mayor rapidez.

Debe de ser muy útil a la hora de limpiar los baños. Evie se rio para sus adentros.

Pero la gente seguía mandando solicitudes y regresando después de dejarlo, a pesar de lo duro que era el trabajo.

La prueba estaba en la pila de cartas llenas de palabras de angustia sobre cómo el hijo de un noble con mala suerte se había endeudado con un burdel muy caro. Siempre se trataba de alguien desesperado por una segunda oportunidad y, aunque el peligro del trabajo era bien conocido en las zonas menos deseables del reino, también lo era la paga.

Evie estaba bastante segura de que los becarios ganaban solo un poco menos que ella. Lo que, en cualquier otra circunstancia, quizá le habría causado cierto grado de indignación, pero estaba trabajando para El Villano. Daba gracias por ocupar uno de los pocos puestos que no requerían su participación en la Jornada de Dispersión.

El evento tenía lugar al final de cada semana laboral, a menos, claro, que el jefe tuviera un mal día. Entonces podía ser a principio de semana, a mitad de semana, por la mañana, durante la hora de comer o… Bueno, la lista era larga. Al menos había cierta coherencia en las Jornadas de Dispersión, puesto que todas consistían en que el jefe enviaba a los becarios fuera y les hacía huir de algo. Hasta ahora, los había visto intentar escapar de una ballesta y de innumerables bestias mágicas. Pero el día que más le había gustado a Evie fue ese en que el jefe se hartó tanto de sus travesuras que empezó a perseguirlos él mismo por el patio trasero.

Nunca los había visto correr tan rápido.

—Le recuerdo que, de acuerdo con su petición, hace varios meses que no mato a ningún becario.

Evie negó con la cabeza con semblante de desesperación.

—Señor, no quisiera menospreciar sus logros, pero hay gente que se pasa toda la vida sin matar a *nadie*.

El rostro de El Villano permaneció serio.

—Qué aburrido.

—Y lo de que hace meses me da que no es del todo cierto, ¿a que no? La semana pasada empujó a Joshua Lightenston desde este mismo parapeto y se rompió el cuello.

—Bueno, se lo merecía.

Ella levantó las manos en señal de derrota.

—¿Por qué?

El jefe se frotó la barbilla e hizo una mueca, como si hubiera recuperado un recuerdo desagradable.

—Dijo algo que no me gustó.

—Si yo pudiera permitirme ese lujo, Becky ya habría volado varias veces. —Evie hizo una pausa reflexiva—. En realidad, ahora que lo menciono, señor…

—No.

—¿Pero y si hago una lista muy bien hecha y organizada de pros y contras? —suplicó.

—Dígame un contra de tener a Rebecka Erring como empleada.

Una suave brisa movió el mechón rebelde que a su jefe le colgaba por la frente.

—Se empeña en ser mi enemiga.

De repente, su expresión volvía a ser impertérrita, tan de repente que Evie soltó un sonido agudo al inhalar por la sorpresa.

—Mantenga siempre cerca a sus enemigos, Sage. Eso hace que la vida sea más interesante. —La sonrisa que le dedicaba ahora no contenía alegría, solo crueles promesas.

Evie tragó saliva, decepcionada consigo misma por tener que dar un paso atrás para salir de su espacio personal y volver en sí.

—Hablando de enemigos, ¿qué le parece si nos centramos en el motivo por el que la he traído aquí antes de que los demás empleados empiecen a creer que a usted también la he lanzado al vacío?

Evie puso los ojos en blanco e hizo un gesto con la mano para indicar que procediera.

—Adelante.

Él torció el gesto, se apartó de ella y volvió a observar el bosque.

—Otro cargamento se ha visto comprometido.

Evie trató de no soltar un gruñido, pero la frustración era palpable. Le había llevado semanas organizar aquel intercambio de envíos y planificar los puntos de control perfectos e indetectables entre la Mansión Masacre y Ciudad Radiante. La empresa se dedicaba a gestionar cargamentos ilegales que entraban y salían para venderlos o intercambiarlos. Casi siempre se los robaban al rey Benedict.

—Algo me he imaginado, desde que he visto la cantidad de… —Evie se dio unos golpecitos con el dedo índice en la parte superior de la cabeza.

—Eran Guardias Valerosos.

¿Guardias personales del rey Benedict? Nunca se involucraban en los asuntos de El Villano. De hecho, le resultaba extraño que, con la de veces que El Villano había atacado a Benedict y le había robado recursos y cargamentos de todo tipo, nunca le hubiera devuelto el golpe.

—Así que entiendo que no hemos conseguido hacernos con ninguna de las mercancías, ¿no? —preguntó Evie.

Esta estrategia comercial iba a traer al menos cuatro grandes cajas llenas de armas de la colección personal del rey Benedict. Despojarlos no solo de las espadas y armas de fuego en sí, sino también del valor que tenían, sería sin duda una enorme pérdida para su estimado gobernante.

O lo habría sido si el plan no se hubiera ido al traste.

—Mis Guardias Malévolos fueron capaces de llevarse dos.

Los Guardias Malévolos eran el selecto grupo de personas que se encargaban de las partes más violentas de los negocios de El Villano. Algunos becarios habían acuñado el término «trabajo de campo». Entre ellos se encontraban los guerreros más despiadados, muchos de ellos portadores de magia de diversa índole. La mayoría de los trabajadores mantenían la distancia con ellos, pero Evie ayudaba a Edwin a hacerles bocadillos.

Mierda, me he olvidado de reponer el queso. Les encanta el provolone.

—Mejor eso que nada, supongo —respondió Evie.

Le valía cualquier tipo de victoria que significara que no tenía que volver a escudriñar un mapa en busca de otra ruta por la que llevar a cabo negocios de forma discreta.

—Usted siempre tan optimista, ¿verdad, Sage? —Su tono era jovial, aunque su cara le daba a entender que no creía que aquello fuera algo bueno.

—Me gusta anticiparme a las cosas buenas, así es más fácil ver el lado positivo… incluso cuando ocurren cosas malas.

El jefe se la quedó mirando con una expresión ilegible.

—Ojalá todos pudiéramos ver el mundo a través de sus ojos.

—Sería muy colorido —contestó ella con una amplia sonrisa, y giró la cara para que le diera la brisa—. Así que ya van tres envíos comprometidos en los últimos dos meses.

—Cuando deberían ser cero. —Su tono era más grave de repente.

Tenía una voz mortífera que hacía temblar de miedo al más valiente de los caballeros. Ella, por alguna razón, la encontraba reconfortante, lo cual era… preocupante.

El peligro no es algo atractivo, Evie; da miedo.

O… ambas cosas, replicó su cerebro.

—Aparte de los nuevos adornos que cuelgan del techo de la entrada, ¿cómo piensa gestionar esto? —A Evie le daba miedo la respuesta, pero es que aquello se estaba convirtiendo en un patrón muy claro.

Los sistemas que les habían funcionado durante meses estaban fallando de repente y el denominador común era cada vez más evidente.

—Tenemos un traidor entre nosotros —dijo El Villano en voz baja.

Evie respiró hondo, porque él estaba ahí de pie, alto y oscuro, con claras intenciones destructivas, y lo único en lo que ella podía pensar era en…

—¿Cómo puedo ayudar?

Evie estaba segura de que el reloj de la pared sonaba más fuerte cuando ella trataba de concentrarse. Cada movimiento de la manecilla parecía

retumbar en su cerebro.

Tic-tac, tic-tac.

—Uf.

Apoyó la cabeza en el escritorio. Llevaba dos días repasando la lista de empleados en su libreta favorita de hojas doradas. Iba escribiendo pequeñas notas junto a sus nombres. Había que anotar cualquier indicio de sospecha o lealtad sesgada. Iba a averiguar quién los estaba saboteando y se lo iba a servir en bandeja de plata a su jefe.

—¿Qué estás haciendo? —Ah, sí, el otro ruido que le taladraba la cabeza.

Evie levantó la cabeza y cerró la libreta. Al hacerlo, casi le pilla la mano a Rebecka Erring. Rápidamente, volvió a meter la pluma en el bote de su tinta favorita, una que le había regalado su padre.

—Nada por lo que debas preocuparte. —Evie apretó los labios con fuerza para formar una sonrisa, tratando de que no se le escapara ninguno de los improperios que le venían a la mente.

—¿Por qué estás haciendo una lista con los nombres de los empleados? Necesito estar al tanto de todo lo que pasa en esta oficina —insistió Becky con un resoplido pomposo.

Evie estudió a la mujer y luego apoyó la barbilla sobre las manos.

—¿Significa eso que ya estás al tanto de que hay ciertos duendecillos por la oficina que se dedican a malgastar tinta para hacer autorretratos de sus traseros?

Los duendecillos se encargaban de llevar a cabo pequeñas tareas. Solían hacer de escribas. Para ellos era una tarea rápida, ya que eran muchos, pero su temperamento errático a veces hacía que se pusieran creativos con la tinta.

A Becky se le escapó un gemido de frustración mientras se enderezaba y negaba con la cabeza.

—¿Otra vez? —Se dio la vuelta rápidamente y entrecerró los ojos tras las gafas al localizar a las pequeñas criaturas revoloteando por la sala. Todas se estaban riendo mientras esparcían papeles por el suelo.

—¡Venid aquí, desgraciados! —gruñó Becky mientras se alejaba, y Evie respiró aliviada.

Cogió un caramelo de vainilla de la lata que le había dado Lyssa y se lo metió en la boca.

A pesar de la infinita animadversión que sentía por Becky, no envidiaba el trabajo de aquella mujer. Cada pequeño drama, cada conflicto entre los becarios o cualquiera de los trabajadores fijos, era responsabilidad suya.

Cuando Evie entró a trabajar, el jefe le informó sobre el resto de los trabajadores y le explicó el sistema de funcionamiento de la mansión. Cada empleado se encargaba de diferentes tareas en diferentes áreas. A Evie le recordaba a una colmena. La especialidad de Becky era servir de recurso para los humanos y otros seres para que el jefe no tuviera que lidiar con el constante melodrama.

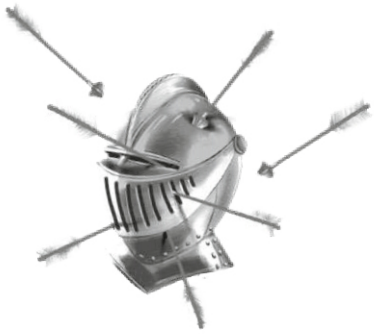
Al principio, Evie pensó que Becky y ella podían ser amigas, que la frialdad que había mostrado la mujer durante su primer encuentro se descongelaría. Pero, a pesar de sus esfuerzos, Rebecka Erring estaba decidida a no caerle bien. Seguía siendo un misterio si era debido a que Evie le resultaba obscenamente molesta o si el rumor que le había oído a uno de los becarios era cierto: que Becky quería ser la asistente de El Villano, pero en su lugar le habían dado el puesto a Evie.

En cualquier caso, estaba muy claro que Evie y Becky nunca serían amigas, y la idea le parecía bien.

Volvió a cerrar la libreta y se levantó de la mesa con su cáliz de cerámica en la mano, rezando para que Edwin hubiera preparado el brebaje de semillas mágicas lo bastante fuerte como para despertar a los muertos.

Sin embargo, mientras se dirigía a la cocina, no pudo evitar escuchar a la vocecita de su cabeza que se preguntaba si aquello era una disputa meramente inocente o si Becky era capaz de llegar a un cierto extremo.

El de ser una traidora.



CAPÍTULO 4

EVIE

Evie se pasó el resto del día ahogando sus penas en los efectos místicos del brebaje de Edwin mientras miraba con recelo a sus compañeros. *Alguien* era el culpable, y, por mucho que deseara que fuera Becky, la mujer era demasiado partidaria de seguir las normas a rajatabla como para considerarla capaz de llevar a cabo una traición así.

Soltó un quejido al enderezarse y sintió que la espalda le crujía al girar el torso y estirarse. Ese dolor muscular era un toque de atención, y ya había terminado el sospechosamente escaso trabajo que tenía pendiente antes de que acabara la jornada laboral.

En cualquier momento se escucharía la gran campana de la torre norte y todos los presentes se dispersarían, de vuelta a la monotonía de sus vidas fuera de ese lugar. Los duendecillos volverían al bosque, la criatura que estuviera causando estragos entre los becarios se escabulliría a su cueva, los becarios se arrastrarían de vuelta a cualquiera que fuera el tugurio que podían permitirse y los empleados restantes también se irían a casa.

Eran muy pocos los que residían en la mansión a tiempo completo: Tatianna era una de ellos, Edwin otro, y después estaba la única persona

capaz de mantener en calma al dragón que había en ese momento en el patio, un hombre llamado Blade.

Como si al pensar en él lo hubiera invocado, levantó la vista y ahí estaba el encantador domador de dragones, caminando a grandes zancadas por la oficina, con un gran tajo en la frente.

—¿Tatianna está disponible? —preguntó con una sonrisa tímida, la misma que ponía siempre que llegaba con una nueva herida de la bestia que habían adquirido poco después de que ella comenzara a trabajar ahí.

Evie negó con la cabeza, sonriendo.

—No lo sé, señor Gushiken. ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo?

Blade se inclinó sobre la mesa, dejando al descubierto una gran extensión de ese pecho que parecía cincelado y que normalmente se escondía tras su ajustadísimo chaleco. Evie nunca estaba segura de si lo hacía a modo irónico, pero el domador de dragones siempre parecía llevar colores drásticamente opuestos. Ese día su chaleco era de un verde tan intenso que le hacía daño a los ojos y sus pantalones de un naranja que le recordaba a las puestas de sol y a las mariposas.

Se puso la mano en el pecho con mucha teatralidad y dijo:

—¡Qué formal, mi dulce Evie! Eso me duele.

Evie soltó una risita ante aquel inútil coqueteo y cerró la libreta con la lista de nombres. Se levantó y caminó hasta quedar cara a cara con él. Sus ojos ámbar eran cálidos, como el resto de su personalidad. Sonrió y las comisuras de esos labios carnosos se levantaron, suavizando los ángulos afilados de los pómulos y el hoyuelo de su barbilla. De toda la oficina, Blade era la persona con una edad más similar a la suya; solo tenía un año menos que ella.

—No soy *tu* nada, don zalamero —contestó ella, y levantó la mano para apartarle el pelo de la frente. Era oscuro y le llegaba a la altura de los hombros. Al ver la piel arrancada del cuero cabelludo, se le escapó una mueca—. Esa cosa te va a matar cualquier día de estos.

El día que Blade llegó, a Evie el dragón le cabía en la palma de la mano, e incluso había cogido a la criaturita en brazos unas cuantas veces, arrullándola como si fuera un bebé indefenso. Pero la bestia había crecido en pocos meses hasta alcanzar un tamaño alarmante y le gruñía a todo el

mundo. Solo Blade se las apañaba para acercarse, pero ni siquiera él salía ileso de los encuentros.

Al fin y al cabo, fue él quien encontró el huevo en las montañas del este. Había ido de excursión, tan explorador como siempre, y encontró un nido abandonado por la madre. Le contó a Evie que, después de que la criatura naciera, se había encariñado con ella de inmediato.

Había creado un vínculo con la pequeña bestia, no podía soportar separarse de ella, pero tampoco podía permitirse correr con los elevados costes de mantenimiento. Afortunadamente, uno de aquellos días se encontró con un anuncio de alguien que se hacía llamar «El Villano» y que solicitaba que se le hiciera entrega de todas y cada una de las bestias mágicas. Así que Blade se presentó ahí dos semanas después de que Evie empezara y ofreció el dragón a cambio de un lugar donde dormir y un puesto como domador. El jefe había aceptado sus condiciones, pero el dragón, de momento, no les había sido útil por muchas razones.

Una de ellas era que, cuando no estaba intentando arrancarle la cabeza a Evie, el animal tenía miedo de *todo*.

La sonrisa de Blade se ensanchó.

—Esa *cosa* no es más que una dulce criatura que de vez en cuando tiene algún berrinche. —Sus ojos se iluminaron al ver a Becky pasar por al lado con una pila de papeles en dirección al tablón que había colgado en la pared —. ¡Igual que tú, mi preciosa Rebecka!

Becky paró en seco y les dirigió una mirada con los ojos muy abiertos.

—Esa no es una forma apropiada de dirigirse a una compañera de trabajo, señor Gushiken. —Se podían sentir las ondas expansivas de su desaprobación, pero hay que reconocer que Blade supo mantener la compostura como si no le afectara su desdén.

De hecho, parecía que el intento de censura lo animaba aún más.

—Tal vez deberíamos discutir esto más a fondo en la taberna Evergreen —respondió, y tuvo el valor de guiñarle el ojo—. Así podremos repasar tu larga lista de quejas.

Becky se colocó las gafas más arriba de la nariz, olfateó y lo miró como si hubiera pisado algo asqueroso.

—Prefiero beber pintura que conversar con gente como tú en mi tiempo libre. La única razón por la que lo estoy haciendo ahora es porque me pagan para decirte que tu higiene deja mucho que desear. —Miró la sangre que le chorreaba mejilla abajo y apretó la mandíbula antes de añadir—: Tu sangre resulta tan ofensiva como tu olor. Hazte cargo de ambas cosas inmediatamente o te quedarás sin sueldo a final de semana.

Evie puso los ojos en blanco mientras aquella malvada mujer se marchaba enfadada.

—¿Por qué la pinchas así?

Blade se encogió de hombros y se secó la sangre con una de las muñequeras de cuero.

—Porque me hace gracia cuando se altera. —Miró las puertas cerradas y bajó la voz—. He oído que ha habido otra redada en un cargamento. ¿Cómo lo lleva?

—¿Has visto la entrada? —respondió Evie con sequedad.

—Así que en su línea, ¿no? —Blade soltó una risita y luego se petrificó al recordar lo cerca que estaban del despacho de El Villano.

—Puedes hablar tranquilo. Lleva dos días sin pisar la oficina.

—¿Hoy no has provocado ningún incendio? —le preguntó mientras hacía un mohín fingido.

Evie soltó una carcajada, lo cual era inquietante porque tampoco es que el hombre estuviera completamente de broma. Había provocado bastantes incendios desde que había empezado a trabajar ahí, en sentido literal y figurado.

—No es mi única labor aquí, ¿eh?

Él asintió con vehemencia.

—Ya, ya, lo sé. Me ha dicho un pajarito que has reducido las invectivas destructivas del jefe a dos por semana.

—No le dejo hablar con ninguno de los becarios sin antes haber desayunado. Esa es la clave. Se pone de mal humor cuando está con el estómago vacío —le explicó ella mientras se preguntaba cuántos de sus compañeros de trabajo se habían salvado gracias a un pastelito glaseado.

Evie se recostó en el escritorio y miró el reloj de pared. El fuerte estruendo de la campana resonó por toda la sala, sobresaltando a algunos

trabajadores y haciendo que otros se levantaran de sus asientos, con todo ya recogido y listo para volver a casa con sus seres queridos.

Algunos se detuvieron a mirar la puerta cerrada del despacho de El Villano. No era frecuente que el jefe estuviera ausente al final de la jornada. Solía abrir la puerta para recordar que no iba a matar a nadie por irse a su hora.

Evie los miró y asintió con una cierta autoridad.

—Podéis iros. Hoy no ha venido.

Ella misma se haría cargo de las consecuencias si el jefe se enfadaba.

Nadie la cuestionó y todos se apresuraron hacia la puerta oculta. El fuerte ruido de las pisadas al bajar las escaleras resonaba a su paso. Evie fue a coger su bolsa y recogió sus pocas pertenencias, tratando de ignorar la inquietud que sentía.

¿Dónde diantres se había metido El Villano?

—Seguro que está bien —le aseguró Blade, y luego le hizo señas a Tatianna cuando esta entró en la sala—. ¡Eh, Tati!

—No es que esté preocupada por él… —empezó a decir Evie, pero Blade ya estaba corriendo hacia la curandera.

Tatianna le examinó la frente y luego puso cara de exasperación mientras le indicaba que fuera a su consulta.

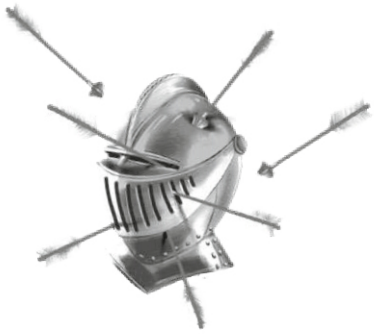
Evie recogió el resto de sus cosas y echó una última mirada a la puerta cerrada del despacho del jefe.

No te preocupes más de lo debido, Evie.

Suspiró mientras se dirigía a las escaleras.

Demasiado tarde.

Atravesó el umbral de la puerta sin poder evitar echar otra mirada a la puerta cerrada de El Villano, preguntándose si un día no volvería.



CAPÍTULO 5

EVIE

—Sabe a agua —murmuró en voz baja Lyssa, la hermana de diez años de Evie.

—Shhh. —Evie se llevó el dedo a los labios mientras su padre se acercaba lentamente a la mesa con su propio plato de sopa en la mano.

Al llegar a casa ese día, se lo había encontrado de muy buen humor, lo que significaba que iba a cocinar él.

Desde que cayó enfermo, le costaba disfrutar de las cosas, pero uno de sus placeres era prepararles la cena a sus hijas cuando se sentía con fuerzas. Era su forma de cuidar de ellas. Así que daba igual que lo que preparaba a menudo supiera a suela de zapato, Evie se aseguraba de que tanto ella como Lyssa se tragaban hasta la última gota.

Porque que su padre cocinara significaba que estaba bien y era como volver a como era su familia… antes.

Evie miró hacia las dos sillas vacías de la mesa, una a su lado y otra en el extremo opuesto al de su padre. Los asientos que su madre y su hermano mayor, Gideon, solían ocupar y que iban a estar vacíos para siempre. Pero las sillas seguían allí, como si su recuerdo los persiguiera.

—¿Os gusta, chicas? —preguntó su padre.

Griffin Sage era un hombre corpulento, de sonrisa cálida y una espesa cabellera de color castaño. En sus años mozos se lo consideraba un muy buen partido. Era un hombre que había fundado una exitosa carnicería desde cero. Su madre era una extranjera proveniente de los reinos al sureste del continente de Myrtalia, el hogar de Rennedawn junto con otros cinco reinos. Su madre había amado a su padre con locura… hasta que los abandonó.

Los primeros recuerdos de Evie eran de sus padres riendo juntos, cantando y bailando en su pequeña cocina.

Se aclaró la garganta y sonrió.

—Está delicioso, papá —contestó, y señalando a su hermana pequeña, dijo—: Creo que Lyssa quiere repetir.

Un pequeño pie chocó con fuerza contra su espinilla por debajo de la mesa. Entre risas, Evie sirvió otra gran cucharada del líquido grumoso en el cuenco de Lyssa. Sabía que esa sensación de serenidad que tenía al ver que todos los miembros vivos de su familia estaban bien y felices no iba a durar mucho, pero nada le impedía disfrutarla mientras tanto.

—¿Cómo va tu trabajo en la mansión? —Su padre le dedicó una sonrisa amable, con un brillo saludable en las mejillas que hacía meses que no tenía.

Evie tragó un trozo duro de patata y comenzó a remover la sopa con la cuchara, tratando de aparentar indiferencia.

—Bien, está todo bastante tranquilo últimamente.

—Ojalá yo también trabajara en un castillo —dijo Lyssa haciendo un mohín mientras daba otro bocado.

Evie empezó a toser y casi se atraganta.

—No es… No es un castillo, Lyssa. Es solo una casa señorial.

—Pero seguro que es tan grande como un castillo, ¿a que sí? —Su hermana la miró con los ojos muy abiertos y llenos de interrogantes.

Había demasiadas cosas que Evie amaba de su trabajo: la gente, el tener que pensar estrategias… Pero odiaba tener que mentir.

No podía decirle a su familia ni una sola verdad sobre a qué se dedicaba en realidad. En lo que a ellos y al resto del pueblo se refería, El Villano era

una criatura vil y repudiable. Cualquiera que diera a entender que tenía algún tipo de vinculación con él era castigado con todo el peso de la ley. Pero incluso sabiendo que un día podía ser descubierta, sabiendo que la ira del reino podía caer sobre ella, no estaba asustada. En todo caso, aquello la estimulaba.

Era tan imprudente como su madre.

—Es muy grande, sí. —Evie bebió un trago del vino que había comprado de camino a casa, haciendo todo lo posible por desviar el tema—. ¿Cómo van las clases?

Para su alivio, esa sola pregunta hizo que Lyssa comenzara una perorata sobre el chico de su clase que no paraba de tirarle de las trenzas. Suspiró ante la distracción que le brindaba la inocente vida de Lyssa. Qué no daría por sentir un poco de aquella felicidad juvenil.

Evie solo tenía veintitrés años y, sin embargo, se sentía como si hubiera vivido toda una vida. Entre tener que cuidar de su familia y la forma en que había sido maltratada por gente más cruel y grande que ella, era un milagro que no tuviera ya el pelo lleno de canas.

El solo hecho de haber llegado a los veintitrés ya es un milagro, teniendo en cuenta las situaciones ridículas en las que te metes.

Suponía que por eso le resultaba tan fácil conciliar ese trabajo con su vida. No tenía ni idea de cuál era el objetivo final de El Villano, aparte de hacer todo lo posible para tocarle las narices al rey, pero tenía claras las cosas importantes: no se aprovechaba de sus empleadas, pagaba justamente a todos sus trabajadores y pedía que su brebaje llevara al menos medio kilo de azúcar.

Ese último dato no era tan relevante como sus otras virtudes, pero era el favorito de Evie. Todas las mañanas tenía que sacar a escondidas de la cocina la cantidad de azúcar que él quería junto con la nata de la caja refrigeradora. Debía añadir ambas cosas a su bebida con la mayor discreción posible. No sabía por qué se avergonzaba tanto de sus preferencias, pero suponía que no era bueno para su reputación disfrutar de tales frivolidades.

Le gustaba aún más ser una de las únicas que lo sabía, tanto que, cuando se quiso dar cuenta, estaba mirando a la pared anonadada, con una sonrisa

en la boca y el pulso acelerado.

Su padre se terminó el plato, recogió la mesa y colocó los cuencos de madera en el cubo cerca de la estufa. Evie se levantó tan deprisa que su silla se tambaleó.

—¡Ya me encargo yo, papá! —dijo. Sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo, ignorando su ceño fruncido.

—Evangelina, soy perfectamente capaz de…

—¿Puedes contarme una de tus historias? —interrumpió Lyssa mientras le tiraba del brazo con una amplia sonrisa. Luego le dirigió a Evie una mirada cómplice que hizo que pareciera mucho mayor de lo que era.

Su hermana no era del todo ajena a lo dura que podía ser la vida, por mucho que Evie intentara protegerla.

Ambos volvieron a sentarse y ella se puso un poco rígida cuando su padre se acomodó en la silla de su madre. Lyssa se subió a su regazo y levantó la vista mientras él se sumergía en una de sus muchas historias de héroes que luchaban contra villanos. A Evie se le hizo un nudo en la garganta al tragarse la verdad: que ahora trabajaba para aquellos a los que él despreciaba.

Se dio la vuelta hacia el cubo, agarró el trapo y empezó a limpiar una olla con esmero. Sintió que le escocían las mejillas y que el corazón le latía con fuerza mientras se le entrecortaba la respiración. Con las manos metidas en el agua, cerró los ojos un momento y empezó a tararear una ligera melodía de una canción que su madre solía cantar cuando fregaba los platos.

De algún modo, aquello la reconfortaba, a pesar de todo el dolor que le causaba pensar en su madre. Aquella melodía era una de las últimas cosas buenas que le había dado antes de aquel día, antes de que pasara lo que pasó en el campo de dientes de león, justo antes.

Evie captó su reflejo en el cristal de la ventana que tenía delante, vio a su padre detrás llevando a Lyssa, ya adormilada, hacia su habitación. Al volver la vista a su propio rostro, sintió que sus labios esbozaban una sonrisa. Una que había practicado muchas veces. Incluso cuando sentía que sus pulmones iban a colapsar, incluso cuando sentía que el corazón le iba a

fallar por el esfuerzo, siempre conseguía levantar las comisuras de los labios.

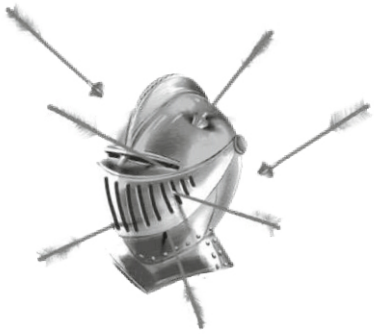
La voz de su madre resonó en su cabeza. *No te preocupes, hasibsi. Tu sonrisa es capaz de arreglar un mundo roto.*

Se equivocaba, por supuesto. Evie no había arreglado nada aquel día ni lo haría en los días que vinieran después.

Pero Evie seguía sonriendo.

Por si acaso.

Y, no por última vez, esperaba que aquello fuera suficiente para mantener a salvo a la gente que le importaba.



CAPÍTULO 6

EL VILLANO

La oía tararear de nuevo.

Trystan Arthur Maverine, o más cariñosamente conocido por el público como El Villano, estaba dando golpecitos con los largos dedos en su elegante escritorio de color negro. El ruido debería haberle irritado. Debería haberle retumbado en el cerebro. Ya le había empezado a doler la cabeza después de oír las risas de los demás trabajadores frente a su puerta. Se suponía que ser malvado no era algo alegre y su migraña era la prueba.

Pero contuvo su ira. De todos modos, la mayor parte la había descargado a principios de semana con los Guardias Valerosos que había masacrado y colgado de las vigas para que todos los vieran.

De nuevo, aquella suave voz se asomó a través de la pequeña rendija de la puerta de su despacho. Si fuera cualquier otra persona, estaba seguro de que la abriría de un tirón y exigiría que cesara de inmediato aquel sonido irritante. La amenazaría e intimidaría hasta que todos los presentes acabaran temblando de miedo, así consolidaría de nuevo su reputación. Era la opción más segura para él. Y para ellos.

Pero no era cualquiera; era Sage. Y solo podía pensar en ella como tal. Tener que trabajar tan cerca de ella como para que le llegara su olor a vainilla ya suponía un grado de intimidad mayor del que cualquier persona debería necesitar. Como si fuera tonto, se acercó a la puerta y pegó la oreja. Quería saber qué canción era. Tenía que ser algo que le gustara lo suficiente como para memorizar la melodía.

O tal vez fuera…

¡Pam!

Se llevó la mano a la nariz mientras se le escapaba un grito de dolor. Estaba tan centrado en averiguar qué canción era que ni siquiera se dio cuenta de que el sonido se iba acercando cada vez más.

Ya no estaba tarareando, solo se escuchaba el silencio y su desconcertada asistente estaba de pie al otro lado de la puerta, ahora abierta, mientras hacía contacto visual directo con él.

Evie arrugó su elegante nariz mientras daba un cauteloso paso atrás y agitaba las manos.

—Ups —dijo, y entonces sus labios esbozaron una amplia sonrisa, y de repente él sintió que el dolor de su cara no era nada comparado con la sensación que tenía en el pecho—. Lo siento mucho, señor. Debería haber llamado primero —dijo mientras se encogía de hombros como diciendo: *¿Qué le vamos a hacer si soy un desastre?*

Se le ocurrían unas cuantas ideas.

Sacudió la cabeza y la miró desde arriba. Era bastante más alto que ella.

—¿Hay alguna razón por la que ha decidido entrar en mi despacho como si fuera una bola de demolición, Sage? ¿O solo intentaba atacarme con mi propia puerta?

Sus ojos claros se abrieron de par en par mientras daba un paso para rodearlo y se adentraba aún más en su espacio personal. Como si no estuviera invadiendo ya todos los demás ámbitos de su vida.

—«Atacar» es una palabra un poco fuerte, ¿no? Estoy segura de que le han dado golpes más duros y en lugares mucho más vulnerables.

Se detuvo un momento, como si justo entonces cayera en las palabras que acababa de pronunciar. El funcionamiento de su mente no se parecía a nada que él hubiera visto antes. Era casi como si cada pensamiento, cada

palabra que salía por su boca, hiciera girar el engranaje sin sentido de su mente hasta que les encontraba sentido a su manera. Era sorprendentemente intrigante. Era…

Una distracción innecesaria, y lo odiaba.

Y, de repente, soltaba cosas que lo dejaban sin palabras, como:

—¡No es que esté pensando en sus lugares vulnerables! Bueno, ahora sí porque lo acabo de mencionar, pero vaya, que me refería a lugares vulnerables tipo… —Hizo una pausa y, por alguna razón que escapaba de la lógica, El Villano sintió que *necesitaba* saber cómo iba a terminar esa frase. Así que esperó—. ¿Su oreja?

Le recorrió aquella sensación tan familiar y molesta que le hacía sentir cosas tan repugnantes como la alegría y la inconfundible necesidad de reír.

Se la quedó mirando fijamente. Observó el brillo de satisfacción que tenía en los ojos, el saliente de sus pómulos, la leve curvatura de sus labios, como si siempre estuviera preparada para sonreír en cualquier momento. El Villano soltó un suspiro, se pasó la mano por el pelo y se giró hacia su escritorio. Necesitaba recuperar la compostura.

—Voy escaso de paciencia esta mañana, Sage.

—¿A diferencia del resto de mañanas, señor?

Trystan rodeó el escritorio y se sentó en su silla, ignorando a Reymundo. La rana pareció acercarse un poco a Sage. Llevaba casi diez años sentándose en su escritorio a diario. Se dedicaba a darle consejos silenciosos y no solicitados con sus ridículos cartelitos que solo contenían una única palabra. Era increíble la capacidad que tenía el anfibio para irritarlo con solo una palabra. Todo un talento.

Trystan hizo un gesto con la mano para que Sage ocupara uno de los pequeños asientos que había frente a su escritorio. Nunca le había mencionado que esas sillas no estaban ahí antes de que ella empezara a trabajar cinco meses atrás. No quería animar a ninguno de sus trabajadores a relajarse lo suficiente en su presencia como para sentarse.

Pero era práctico tenerlas ahora que tenía una mano derecha con la que compartir información a diario. No tenía nada que ver con que quisiera que estuviera cómoda.

Para nada.

Sage enarcó una ceja y se acomodó en el asiento, con la falda de un amarillo muy vivo ondeando alrededor de sus piernas. Llevaba el pelo oscuro recogido en una trenza, como era habitual en ella, pero siempre se le escapaba un rizo que se le posaba en la mejilla. Sonrió al ver que Reymundo daba un salto hacia ella y acercaba la cabecita verde a su mano.

—Buenos días, mi pequeño rey —le dijo mientras le ajustaba la corona —. Qué guapo estás esta mañana.

Reymundo emitió un sonido de aprobación.

Sage cogió con suavidad a la rana entre las manos y la acurrucó contra su mejilla. Por supuesto, al ver aquello, Trystan empezó a planear la muerte del anfibio.

—Sage, no trate a mis prisioneros como si fueran una mascota.

—Para eso tendrá que dejar de tener prisioneros tan adorables —contestó guiñándole el ojo a Reymundo antes de volver a colocar a la traicionera criatura sobre el escritorio.

—Lo tendré en cuenta —cedió él levantando ambas manos en señal de rendición.

Suspiró y trató de volver a ser quien era antes de que aquel desastre natural en forma de persona entrara en su hemisferio.

Eres la encarnación del mal. El mundo te teme con solo oír tu nombre. Eres un asesino a sangre fría.

De repente, ella emitió un pequeño chillido que sonó sospechosamente parecido a un estornudo. Después alzó la vista con timidez para mirarlo.

A esas alturas, Trystan se había derretido y todas las motas de polvo de aquella habitación eran su enemigo.

—Proceda —dijo con la mandíbula apretada.

Ella posó las pálidas manos en el escritorio y le pasó una hoja de papel.

—He hecho una lista de todos los empleados con todos los detalles que he podido averiguar sobre ellos. Seguro que Becky o Tatianna tienen más información, si la necesita. Tatianna es la reina de los secretos y Becky mantiene registros tan ordenados que creo que el consejo del reino haría bien en contratarla.

Le sorprendió que Sage le hiciera un cumplido a la señorita Erring; era consciente de la extraña enemistad que existía entre ellas. Aunque se

resistía a admitirlo, le parecía moderadamente entretenido.

Miró el primer papel de la pila. Su pulcra letra estaba por toda la página, con los nombres de todos los empleados y varias anécdotas escritas al lado de cada uno. Había muchos detalles y probablemente le había llevado horas.

Se aclaró la garganta y le dirigió una rara mirada de aprobación.

—Bien hecho, Sage. —Recogió el resto de los papeles y empezó a ojearlos—. Esto será de gran ayuda.

Ella le sonrió y él sintió que le subía una sensación repugnante y purulenta. Entonces vio en sus ojos cómo el engranaje carente de sentido empezaba a girar una vez más.

—Señor…

Él dejó los papeles para poder prestarle toda su atención.

—¿Sucede algo?

Ella se cruzó de brazos, inquieta.

—Me preguntaba si, en lugar de hacer todo este trabajo de fondo, no sería mejor *interrogar* a todo el mundo hasta encontrar al culpable.

Y por eso mismo la había contratado. Bueno, esa era una de las razones. Era inteligente y capaz de confabular de una forma que ni ella misma sabía, pero había en ella una silenciosa crueldad que resultaba muy desconcertante viniendo de alguien que parecía repartir amabilidad como si fueran caramelos.

—¿Lo que quiere preguntarme es por qué no torturo a todos mis empleados hasta que alguien confiese?

Se puso roja y eso lo conmovió. Una expresión de indignación fingida cruzó sus delicadas facciones.

—¡Cla-claro que no! —exclamó.

A él se le escapó una risita grave y seca antes de que pudiera volver a toser. Entonces se inclinó hacia delante y se apoyó sobre los codos.

—Tenga por seguro, Sage, que esa idea se me ha pasado por la cabeza, pero no solo quiero encontrar a la persona que ha estado arruinando todos los planes que tanto esfuerzo nos han costado. —Hizo una pausa y vio que ella también se inclinaba, como si estuviera hipnotizada por él, pero eso era imposible—. No quiero que me vea venir.

Ella alzó las cejas en señal de comprensión y él añadió:

—Quiero que ahora mismo esa persona esté sentada dondequiera que sea su sitio en esta oficina, pensando que se ha salido con la suya. Que *seguirá* saliéndose con la suya. Mientras tanto, nosotros iremos descubriendo su identidad a puerta cerrada. Quiero que se sienta segura y, justo cuando crea que está totalmente a salvo, la destruiré.

Esperó a que el miedo se reflejara en el rostro de Evie. Esperó a que el asco se apoderara de ella. Pero, en lugar de eso, esbozó una sonrisa de complicidad. Sus ojos brillaban mientras se reclinaba en la silla y se cruzaba de brazos.

—Y también sabe que, si el traidor se entera de que lo está buscando, informará a la persona ante la cual responde. Y a ese individuo también quiere cogerlo por sorpresa.

No pudo evitar que se le cayera la mandíbula a tiempo.

—Lo ha… Sí, es justo eso.

Su sonrisita se convirtió en una de sus grandes y radiantes sonrisas. Como si entender cómo funcionaba la mente de El Villano le proporcionara alegría.

—Por cierto, no hay que descartar a nadie. Yo también estoy en esa lista —aclaró Evie.

Eso lo sorprendió más que cualquier otra cosa, porque por supuesto que ella debía estar en la lista. Nadie era plenamente inocente. Y mucho menos ese huracán que había sentado frente a él, aunque estuviera seguro de que no era ella.

—Quite su nombre de la lista —dijo con brusquedad.

Sage negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—No debería recibir un trato especial. Podría ser yo perfectamente; soy la que trabaja más con usted.

—No, literalmente no puede ser usted —replicó.

El Villano desvió la mirada hacia la pequeña marca dorada que Evie tenía alrededor del meñique y luego volvió a centrarse en su cara.

Ella le siguió la mirada y un atisbo de comprensión se apoderó de sus facciones.

—Ah, sí, el pacto de contratación.

No era fácil encontrar a gente que creara pactos, como tampoco lo era dar con la tinta mágica que se usaba para hacerlos. El que Trystan tenía en plantilla le costaba una fortuna cada vez que recurría a sus servicios. Por eso, de todos sus empleados, solo hacía pactos en verde con los Guardias Malévolos.

Trabajaban como sus guardias y espías personales cuando la situación lo requería. Con los pactos de tinta verde, Trystan se aseguraba de que nunca lo iban a traicionar. Una vez que un nuevo guardia firmaba que aceptaba el puesto, quedaba ligado a la fuerza vital de Trystan con aquel anillo tatuado. Si uno de ellos, con sus propias manos, provocaba que le sucediera algo malo a El Villano, la tinta verde se convertía en veneno, se filtraba en su sangre y lo mataba rápidamente.

Era fácil obtener lealtad cuando la única alternativa era la muerte.

En un principio había pensado en hacerle un anillo verde a Sage con la poca tinta que le quedaba de la última vez que compró. Pero cuando llegó el encargado de crear los pactos, no fue capaz de hacerlo.

Eligió la dorada en su lugar.

—No podría traicionarlo aunque quisiera —dijo ella convencida, mirando esa marca con una pizca de tristeza—. Tampoco es que me desagrade que me haya eliminado de la lista de sospechosos. Solo de pensar en las horas de mi trabajo que esta persona ha tirado a la basura me entran ganas de torturar a alguien yo misma.

A veces disfrutaba metiéndose con ella, un hábito del que le habría gustado deshacerse.

—Tengo a un par de soplones en las mazmorras de abajo, si le apetece probar —le contestó, aunque no hablaba en serio.

Ella se levantó de la silla y se giró hacia la puerta con cara de estar desconcertada.

Así me gusta.

Cuando estaba a punto de llegar, se detuvo y volvió a mirarlo.

—Lo haría, ¿eh? Eso de torturar a alguien —aclaró con una sinceridad alarmante en el rostro—. Si supiera que eso le ayudaría, si fuera alguien que le estuviera haciendo daño… lo haría y puede que hasta disfrutase un poco.

Entonces volvió a darse la vuelta para marcharse mientras el colorido vestido que llevaba le quitaba hierro a sus palabras.

Trystan se frotó el pecho. Sentía que todo lo que Evie había dicho estaba rompiendo en pedazos los muros que había construido. Sintió cómo se abrían las grietas hasta que la sangre le rugió en los oídos. Soltó algún improperio, se apartó de la silla y se giró hacia la ventana de la esquina para observar el horizonte.

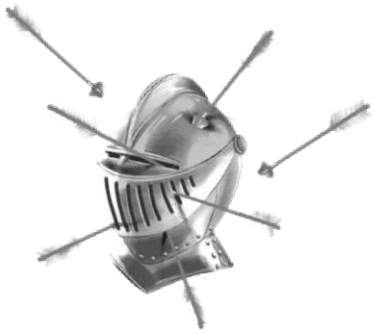
Miró de reojo hacia el escritorio, donde Reymundo lo observaba con expresión compasiva mientras levantaba uno de sus cartelitos en el que se leía PROBLEMAS.

No me digas.

Trystan volvió a girarse hacia la ventana, tratando de controlar la respiración.

El maldito órgano entre sus costillas seguía latiendo implacable. Soltó algunos improperios más con las manos agarradas al alféizar hasta que los nudillos se le pusieron blancos, pero su corazón no se ralentizó.

Como si insistiera en recordarle que tenía uno.



CAPÍTULO 7

EVIE

Evie estaba a punto de gritar.

Se había pasado todo el día paseando discretamente de un lado a otro por los distintos departamentos de la oficina, con la oreja puesta en las conversaciones, intentando dar con algo. Pero el único tema de conversación entre los empleados era en qué taberna se iban a reunir para tomar algo al final del día o quién se acostaba con quién en el guardarropa.

Tenía que admitir que sentía cierta curiosidad por esto último.

Deseaba desesperadamente contarle a Tatianna lo del topo que había en la oficina, pero, para su desolación, no había forma de descartarla como sospechosa. Al menos por ahora. De hecho, al observar el entorno, que a esas alturas ya le resultaba tan familiar como esos guantes que se pone uno a diario, Evie se dio cuenta de que no había ni una sola persona en aquella sala en la que pudiera confiar. Bueno, salvo el propio Villano, por irónico que pareciera.

La impotencia y el sentimiento de traición que la invadían era preocupante. Tenía la sensación de que todo era muy *personal*. No tenía planeado desapegarse tanto, pero lo parecía. Había dedicado una gran parte

de su valioso tiempo a asegurarse de que cada gramo de esfuerzo y concentración se destinara al éxito de la empresa.

Pero no era solo por el trabajo en sí, era por la gente que la rodeaba. Aquí nadie pretendía ser mejor que nadie. Todos eran lo bastante imperfectos como para descartar cualquier utopía moralista en favor de la supervivencia.

Era muy reconfortante, sobre todo teniendo en cuenta que el mundo siempre había hecho todo lo posible para que se sintiera trágicamente sola.

Suspiró y se levantó de la silla con su pequeño diario en la mano, dio una vuelta por la sala y luego se dirigió a la sorprendentemente espaciosa cocina de la oficina. Saludó a Edwin al entrar y disfrutó de notar el calor del horno.

—¡Señorita Evie! —saludó Edwin con una alegre reverencia antes de sacar una bandeja con hojaldres del horno—. Tome un pastelito. ¡Insisto!

Como todos los demás ogros, Edwin era tan alto que casi tocaba el techo y tenía la piel de un color turquesa radiante. Tenía una sonrisa grande y amigable, y todo ello se complementaba con unas gafas que le quedaban un par de tallas pequeñas. También era listo como un zorro y siempre decía cosas que a ella la dejaban pensando durante horas. Y a los dos les encantaban los libros.

Evie señaló con la cabeza la novela abierta que había sobre la mesa.

—Luego, quizá. ¿Qué leemos hoy?

—Este le gustará, señorita Evie —contestó. Le guiñó un ojo y la montura de las gafas se movió también—. Es un romance.

—¿De veras? —Evie le sonrió.

—Vaya a sentarse al lado de su ventana, enseguida le traigo un cáliz —dijo mientras señalaba con la cabeza hacia el otro extremo de la cocina, por donde asomaba una tenue luz.

Evie sonrió con complicidad y se dirigió hacia allá.

Había muchas ventanas con diseños hermosos por toda la mansión, pero esta zona escondida en un rincón era su favorita. Los azulejos estaban colocados al azar formando un sol brillante que iluminaba un viejo libro. En su opinión, aquella representación era muy realista, ya que un buen libro a

menudo le hacía sentir el mismo confort que el calor del sol rozando sus mejillas.

Pasaba gran parte de su tiempo en esa cocina, compartiendo sus frustraciones con Edwin, pero sobre todo con aquella deslumbrante obra de arte. A veces, en el silencio de la estancia, casi parecía que le respondía. Becky entraba de vez en cuando en la cocina y hacía algún comentario sarcástico, por lo que Evie se veía obligada a devolvérselo. Se había convertido en parte de la rutina a la que, por raro que fuera, ya se había acostumbrado.

Al cabo de un rato, Evie se levantó y regresó a la oficina. Al llegar a su mesa, le pareció oír unos ligeros clics procedentes de algún lugar de la estancia.

Su mirada se desvió hacia el gran reloj de la pared. El segundero avanzaba mientras una sensación de inquietud le retorcía las entrañas.

Miró a su alrededor para ver si alguien más se había percatado del sonido, pero el murmullo de las voces y las cabezas inclinadas sobre los escritorios le dieron a entender que era la única que lo había notado.

Seguro que no es nada.

Aunque aquella inquietud le provocaba un torrente de ansiedad que le dificultaba concentrarse en otras cosas.

Estuvo tentada de ir a buscar al jefe. Dondequiera que estuviera. Tras la reunión informativa de la mañana, se había marchado a toda prisa y no se había molestado en decirle a nadie adónde iba.

Lo cual cualquier otro día no la habría molestado. Siempre había tenido secretos, ese aire de misterio que contribuía a su oscura reputación. Sin embargo, últimamente le fastidiaba que le confiara tantas cosas y a la vez tan pocas. Tenía el atrevimiento de querer más y ese era un pensamiento demasiado peligroso como para profundizar en él.

Clic. Clic. Clic.

Evie dejó escapar un pequeño gruñido de frustración e intentó ignorar el ruido que había en la sala para oír mejor ese sonido rítmico. ¿Iba sonando cada vez más fuerte? Lo quiso comprobar moviéndose a un lado de la habitación y luego a otro. Esperó a que el ruido pasara de tenue a estridente

allí donde sonaba más fuerte. Si sus sospechas eran ciertas, que lo eran, el ruido la conducía directamente a su escritorio.

Bueno, no exactamente, pero cerca.

Se oyó un pequeño graznido por encima de esos clics y, al mirar hacia abajo, se encontró a Reymundo sentado junto a la punta de su zapato. Tenía los ojos muy abiertos y buscaba los suyos, intentando transmitir algo que no podía expresar.

—Hola, mi querido amigo. —Evie se arrodilló y le tendió la mano. La rana dio un saltito y se subió a su palma—. Debes tener más cuidado cuando vayas saltando por los suelos de la oficina, Reymundo. ¿Qué haríamos sin ti si alguien te aplasta? —dijo con una sonrisa, olvidando el chasquido solo por un momento.

Parecía que Reymundo también lo oía, porque la rana saltó desde su mano hacia el único lugar donde Evie esperaba no tener que mirar: las puertas que había detrás de su mesa, las del despacho del jefe.

Suspiró, se dirigió hacia la puerta, ahora algo entreabierta, y la empujó hasta abrirla del todo.

Su instinto le gritaba que no diera un paso más. Pero era como si hubiera una cuerda atada entre ella y el misterioso ruido, una cuerda que no se rompería hasta que lo encontrara.

La gran estancia parecía más pequeña sin El Villano dentro. No sintió palpitaciones al ver el escritorio, que es lo que le solía pasar, seguramente porque no había nadie ocupando la silla al otro lado. Pensó que era mejor salir de ahí. Sí, iba a salir.

Hasta que Reymundo saltó sobre el escritorio con otro de sus cartelitos. Y este mostraba una única palabra que la dejó helada: PELIGRO.

Una vocecita en su cabeza le dijo que debía hacer caso a la advertencia de la rana. Fuera como fuese, no debería estar en aquel despacho sin permiso y, desde luego, no debería estar rebuscando en esa mesa lo que probablemente no era más que un reloj roto o… ¿quizá un arma particularmente ruidosa?

Pero era demasiado tarde para escuchar esas vocecitas cuando la suya propia le estaba gritando: *MIRA EN LOS CAJONES DEL ESCRITORIO. ES UNA RANA, NO VA A CHIVARSE*.

—Uf… —murmuró.

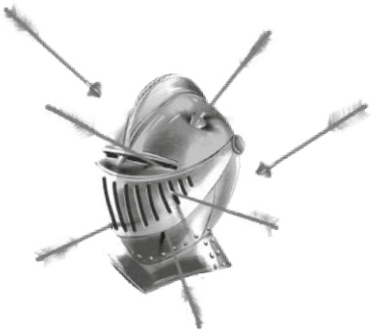
La palabra resonó en el silencio mientras se frotaba la cabeza.

Al acercarse, sus nervios se dispararon a pesar de la extraña sensación de satisfacción que tenía por haber encontrado por fin la fuente.

Se agachó y la falda de su vestido rozó el suelo. Levantó una mano vacilante y agarró un objeto pequeño y frío, lo sacó con cuidado y lo levantó para inspeccionarlo. Tenía la sensación de que ahora el ruido le estaba chillando a la cara, aunque el objeto en sí no parecía gran cosa.

Al darle la vuelta, la sensación de triunfo de Evie fue de golpe sustituida por un miedo abrumador.

—Cómo no —dijo con una voz sorprendentemente tranquila. Exhaló un suspiro entrecortado que denotaba fastidio y se dijo para sí misma—: Cómo no, tenía que ser una bomba.



CAPÍTULO 8

EVIE

Al principio pareció que el tiempo se ralentizaba. El aire se quedó estático, igual que ella, mientras contemplaba horrorizada el pequeño artefacto que tenía en la mano.

Entonces su corazón empezó a funcionar acorde con la inminente fatalidad y los latidos se volvieron tan fuertes que sintió que le faltaba el aire. Se agarró el pecho con la mano libre, suplicándole que se calmara. No podía ni pensar. No podía hacer *nada*.

El artefacto era dorado y rectangular, y de la parte inferior colgaba un pequeño reloj. Temblando, pero con delicadeza, Evie movió la mano para darle la vuelta. Cuando sus ojos encontraron lo que buscaban, se le heló la sangre, que ya de por sí estaba fría, y se le tensó el cuerpo entero.

Tres minutos. Solo *tres minutos* antes de que las pequeñas flechas con la punta dorada señalaran las doce.

En sus oídos empezó a sonar un zumbido tan agudo que le dieron ganas de tirar el artefacto al suelo y taparse las orejas con las dos manos. Se le escapó un suspiro entrecortado y un leve sollozo.

Estaba histérica y…

Estaba perdiendo tiempo.

¡Deshazte de eso!

Se aferró al artefacto y volvió a mirar el reloj.

Quedaban dos minutos y treinta segundos.

Pensó en lanzarlo por la ventana, pero Blade y el dragón entrenaban justo debajo del despacho de El Villano, así que esa opción quedaba descartada. Quizá si conseguía contener la explosión, podría salvar a algunas personas. O mantener el castillo en pie, al menos. Levantó la vista y vio que Reymundo la observaba con una palabra escrita en su pequeño cartel: CORRE.

Abrió las puertas con una sola mano e irrumpió en la oficina principal. Hizo caso omiso de la gente que se la quedó mirando. Algunos vieron el artefacto entre sus pálidos dedos y ahogaron un grito. Se apartaron de su camino mientras ella buscaba un lugar donde meterlo.

Una voz que, en otras circunstancias, le habría molestado escuchar, hizo que volviera en sí.

—¡El parapeto!

Evie se giró hacia Becky, que había abierto de golpe el portón que daba al exterior y agitaba las manos frenéticamente para que Evie se moviera.

Así que Evie se movió.

Echó a correr y salió al aire libre. Soltó un «gracias» entre jadeos al pasar. Supuso que la adrenalina le habría nublado la mente, porque le pareció ver preocupación en la cara de Becky.

El calor del sol de verano le dio en la parte superior de la cabeza. Había salido de detrás de las nubes por primera vez en toda la mañana. Tenía el corazón desbocado y la falda se movía de aquí para allá con cada paso. El artefacto permanecía frío en sus manos, a pesar de que la temperatura de su cuerpo aumentaba por momentos.

El tic-tac es una buena señal, se recordó a sí misma. *¡Si no hay tic-tac significa que estás muerta!*

Si conseguía llegar hasta el final, podría lanzar el artefacto por encima de la pequeña elevación que había al fondo del parapeto. Podría salvar la mansión, o al menos la mayor parte. Y lo que era más importante, podría salvar a la gente de dentro.

¿Siempre había sido tan largo el parapeto? Le parecía que ni siquiera estaba cerca del final. Concentró todas sus fuerzas en las piernas y corrió más rápido, viendo su destino cada vez más cerca. Seguía sin ser lo suficientemente veloz, pero se esforzó al máximo y estaba a punto de llegar al final cuando… *¡No!*

El tacón de aguja de su bota se había enganchado con un bloque de cemento suelto y se había doblado el tobillo al tropezar.

Evie vio con horror como la bomba se le escapaba de los dedos y surcaba el aire. La vio elevarse, lo bastante como para rozar la cima del muro de piedra, pero no lo suficiente como para sobrepasarla. Cayó con estrépito, aterrizando demasiado cerca como para que la explosión no la alcanzara.

—Dioses, no —susurró Evie mientras intentaba sacar el tacón del agujero en el que ahora estaba atrapado.

Le costaba tanto respirar que empezó a ver borroso y las puntas de sus dedos empezaron a sangrar por el roce contra la superficie rugosa del ladrillo donde tenía atascada la bota.

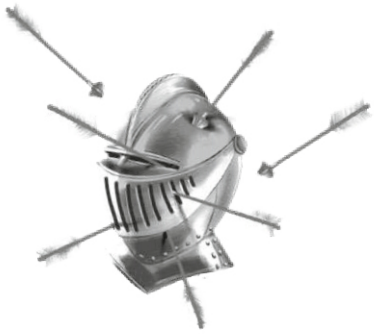
Pero ni siquiera se movía. Entonces cayó en la cuenta. Se volvió hacia el extremo opuesto del parapeto, hacia el portón que daba al interior.

Se acabó. No iba a conseguir llegar a tiempo.

Se había olvidado de darle un abrazo a Lyssa antes de enviarla a la escuela aquella mañana. Por supuesto, había dado por hecho que tendría otra oportunidad. Le había gritado a su padre que lo quería antes de irse, pero ¿la había oído? ¿Él sabía que ella lo quería?

Una cara diferente se le cruzó por la mente: su jefe, El Villano. Evie no podía creer que lo estuviera abandonando cuando más la necesitaba. ¿Quién le haría sonreír a regañadientes ahora?

Mientras una lágrima solitaria le recorría el rostro, pensó que aquello debía de ser lo más triste de todo.



CAPÍTULO 9

EL VILLANO

Un rato antes…

Trystan se abría paso a través de la zona oeste del bosque de Hickory. En esa parte del reino las montañas eran más rocosas, por lo que era fácil desviarse.

Y aún más fácil esconderse.

O al menos eso pensaba cuando empezó a construir sus refugios de almacenaje bajo el musgoso suelo del bosque. Sus Guardias Malévolos habían cavado pequeños escondites en varios puntos de control a lo largo del terreno irregular para poder guardar sus posesiones más valiosas.

La mayoría contenían cargamentos robados que los reinos vecinos habían enviado al rey. Todos esos aliados tenían intención de «ayudar» al monarca en su lucha contra el «hombre oscuro» que había aparecido hacía casi diez años para sabotear el reinado del rey Benedict.

Los labios de Trystan esbozaron una sonrisa. Le encantaba su trabajo.

Cuando empezó con esto años atrás, no se imaginaba el imperio que iba a construir ni cuánta gente iba a trabajar para él o lo iba a ayudar a alcanzar

su meta.

Para los ciudadanos de Rennedawn, eso significaba interferir en la economía del reino e ir empobreciéndolo lenta pero inexorablemente, tanto al rey como al resto de habitantes. Para Trystan, significaba asegurarse de que el rey Benedict nunca obtuviera lo que quería, sin importar el coste.

A sus Guardias Malévolos cada vez se les daba mejor interceptar cargamentos de armas, licores y mercancías, pero él seguía buscando algo más grande, algo que hiciera peligrar todo lo que Benedict apreciaba…

Apartó una rama de su camino. Había dejado al caballo atado a un árbol que estaba más cerca de la base de la colina. La magia se revolvió bajo su piel, como si percibiera el peligro al que se acercaba.

No era su intención, pero aquella mañana había salido con prisas. Uno de sus espías (o cuervos, como les gustaba llamarse) le había enviado una misiva urgente en la que le informaba de que otro refugio importante había sido comprometido.

La frustración rugió en su interior mientras se apartaba el pelo de la frente. Se acercó poco a poco a la puerta oculta y se quedó inmóvil cuando vio el destello plateado de la armadura de los Guardias Valerosos.

Ellos. Estaba furioso.

¿Cómo habían logrado encontrar otro refugio? Los únicos que conocían aquella ubicación eran sus guardias, que no podían revelar sus secretos aunque quisieran; Reymundo, que no iba a soltar prenda por razones obvias; y Sage, que dijo que estaría dispuesta a torturar a alguien por él.

No era el momento de pensar en eso, sobre todo después de ver a uno de sus guardias más veteranos tendido bocabajo entre los árboles que rodeaban la entrada y con una daga clavada en la espalda. Los demás guardias se mantenían firmes, luchando contra los soldados restantes. Se dio cuenta de que había sido él quien les había pedido a todos que estuvieran aquí esa mañana para cargar mercancía extra, al aire libre, donde podían encontrarlos fácilmente.

Había sido culpa suya.

La magia de Trystan no quiso esperar más. Tomó vida propia y salió de la punta de sus dedos como el agua que se escurre por las grietas de una presa. Nadie más podía verla, pero él sí; él veía la niebla gris que rodeaba a

los Guardias Valerosos mientras seguían masacrando alegremente a sus hombres y mujeres, a sus guardias, a su gente.

El primer Guardia Valeroso tardó en darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo, pero cuando la niebla gris lo rodeó, Trystan vio exactamente cómo hacerle daño. Su poder mostraba los mejores puntos donde atacar iluminándolos con colores vivos entre el gris.

El rojo alrededor del abdomen del caballero era la oportunidad perfecta para El Villano; aquel era su punto débil. Su magia rodeó al soldado, la niebla gris formó una nube afilada y salió disparada hacia ese punto. El guardia soltó un grito ahogado, cayó de rodillas y acabó desplomándose en el suelo.

El hecho de haber matado a alguien le dio fuerzas, alimentó su poder, lo hizo más fuerte. Lo bastante como para mover la niebla gris alrededor de los demás soldados. Encontró sus puntos débiles y los masacró a todos. El Villano sintió una satisfacción enfermiza al ver cómo se iban amontonando los cuerpos recubiertos de plata, hasta que no quedó ni uno solo en pie.

El jefe de su guardia, Keeley, se apartó y examinó a un camarada que se quejaba de un dolor en el costado.

Trystan dio unos pasos al frente para evaluar los daños.

—¿Se han llevado algo? —preguntó, manteniendo el rostro inexpresivo mientras contaba los muertos. Cuatro.

Tres hombres y una mujer muertos. Por su culpa.

Apretó la mandíbula, ignorando el ardiente sentimiento de culpa que lo invadía. Era una emoción inútil. No servía de nada sentir presión por la gente que moría por él sabiendo que no era merecedor de tal sacrificio.

—No —respondió Keeley, distraído—. Pero tendremos que trasladarlo todo, señor. Uno de los caballeros se ha escapado para llevar el mensaje antes de que usted llegara.

Asintió, asimilando la información lentamente. El resto de sus guardias lo miraron, pero no había tiempo para lamentarse. Necesitaban sus instrucciones, necesitaban a El Villano.

—Trasladadlo todo a uno de nuestros refugios más seguros —les ordenó —. Traed a los muertos de vuelta a la mansión para que… —Su humanidad hizo que se detuviera—. Para que podamos enterrarlos.

Los guardias asintieron. Le miraban con una veneración que él no buscaba. Otro guardia rompió el silencio.

—¿Qué va a hacer al respecto, señor?

La mandíbula de Trystan se tensó mientras recorría con la mirada al grupo que seguía en pie, a los guardias que yacían muertos y a los Guardias Valerosos que estaban a su lado.

—Lo que hay que hacer —respondió sin dar más detalles.

Les dio unas últimas órdenes y se puso en marcha de vuelta a su montura.

Mientras balanceaba la pierna sobre el corcel y lo guiaba de vuelta a la mansión, la pregunta resonó en su cabeza una vez más.

¿Qué va a hacer al respecto?

No se había planteado la pregunta, porque ya sabía la respuesta.

Mientras cabalgaba hacia el sur, acelerando ligeramente al sentir un extraño cosquilleo en la nuca, se hizo una promesa.

Habrá venganza para todo aquel que haya sufrido en mi nombre.

Cuando por fin llegó a la mansión y cruzó la pared secreta para entrar a la oficina, supo que algo iba mal, podía sentirlo, algo… No había recorrido ni medio metro cuando Rebecka apareció ante él con un aspecto inusualmente desaliñado en vez de su habitual serenidad.

—¡Señor! —lo llamó entre jadeos.

Una extraña sensación le recorrió el brazo.

—Bomba. Había una bomba en su oficina… Evie…

Su nombre hizo que volviera a concentrarse mientras agarraba a la pequeña mujer por los hombros.

—¿Dónde está? —Sabía que su voz sonaba ahogada y ronca, pero no era el momento de suavizarla.

—El parapeto. ¡Se la ha llevado fuera!

Bajó los brazos y empezó a correr antes de que pudiera pronunciar las últimas palabras. Atravesó las puertas y no se detuvo. Su capa negra ondeaba a su alrededor mientras subía las escaleras y llegaba al parapeto, donde divisó la pequeña figura de Evie a lo lejos, con aspecto desolado y resignado.

Bomba… ¿dónde estaba la bomba? Siguió la mirada de Sage hacia lo alto del muro, al final del parapeto. Sus ojos distinguieron el pequeño artefacto dorado, tan cerca, demasiado cerca.

—¡Corra! —Empezó a mover las piernas más rápido, permitiendo que el pánico fuera el combustible que lo llevara hasta ella.

Sus grandes ojos se posaron en él y se quedó parpadeando, como si no creyera que fuera real.

—¡Se me ha atascado el pie! —gritó ella. Sonaba tan frenética como él.

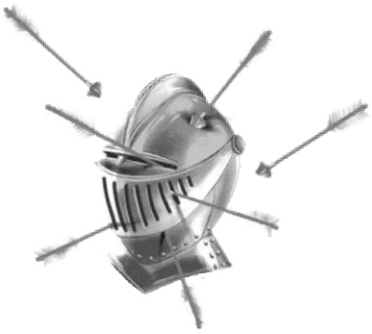
Con incredulidad, le contestó:

—¡Pues sáquelo! —Sus palabras se convirtieron en un gruñido y vio con la respiración contenida como ella seguía tirando de su pierna sin conseguir absolutamente nada.

El sudor le corría por la frente y la holgada camisa negra empezaba a pegarse a su cuerpo mientras el sonido de sus botas resonaba en la piedra y el cemento. No es que tuviera miedo, solo estaba corriendo muy rápido.

Cuando estaba a punto de llegar sintió la vibración en el aire. Parpadeó mirando el artefacto dorado mientras seguía corriendo. El reloj que colgaba del explosivo empezó a temblar y sintió que la torre junto a ellos retumbaba. Justo entonces la alcanzó, la agarró por la cintura, la tiró al suelo y presionó su cuerpo sobre el de ella. Los envolvió en toda la magia que fue capaz reunir y, sin embargo, supo que quizá no sería suficiente.

Y entonces el mundo se volvió rojo.



CAPÍTULO 10

EVIE

Evie estaba sangrando.

Sentía el líquido cálido chorreándole por el cuero cabelludo mientras abría poco a poco los ojos. No veía gran cosa. Un pecho musculado cubierto con ropa negra le tapaba la vista. El olor a humo le inundaba los sentidos, pero también había algo más. Algo cálido y reconfortante.

Le estaban acunando la cabeza y, cuando por fin pudo ver con claridad, se dio cuenta de que unos ojos negros la estaban mirando, pero estaba demasiado desorientada como para leer la emoción que había en ellos.

—¿Sage? —Su nombre venía acompañado del suave acento de El Villano y eso hizo que se le pusiera la piel de gallina.

—Hola, señor —murmuró débilmente, tratando de encontrarle sentido a sus pensamientos a pesar de lo rápido que iban.

Él relajó el entrecejo y exhaló un suspiro entrecortado. Una de las manos que le acunaban la cabeza se movió hasta su mejilla y escuchó cómo soltaba algún improperio al ver la sangre.

—¿Dónde más se ha hecho daño? —preguntó con tono brusco, furioso incluso.

Intentó determinar de dónde provenía exactamente el dolor, pero, para ser sincera, el placer que sentía al estar entre sus brazos de aquella manera eclipsaba casi todo. Él debió de interpretar ese silencio como una señal de angustia, así que se movió hasta quedar ambos sentados.

Se arrancó un trozo de capa y se lo puso a ella en la cabeza para detener la hemorragia. Volvió a mirar hacia el extremo destruido de la pasarela. La pequeña torre adyacente estaba derruida.

—Por favor, dígame algo. Resulta inquietante verla callada. —Su voz era firme, pero también parecía algo alterado.

—Me alegro de no haber salido volando.

Se le enterneció la mirada y las comisuras de sus labios se alzaron. El hoyuelo que tan poco se dejaba ver hizo acto de presencia.

—El sentimiento es mutuo.

Soltó un quejido al recordar que casi lo mata al hacerla venir a por ella.

—¿Por qué no salió corriendo? —No había un tono acusador en su voz, solo curiosidad.

Ella se miró el tobillo. Su cuerpo pareció recordar que debía sentir mucho dolor y ahogó un grito cuando empezó a palpitarle.

El Villano se echó hacia atrás, le agarró la mano y la colocó donde tenía la suya para que ella siguiera sujetando el trozo de tela sobre la herida de la cabeza. Después le cogió el pie y lo levantó con suavidad.

—¿Puedo?

Evie sentía que le faltaba el aire, pero asintió.

Le levantó la falda amarilla, ahora sucia por el humo, hasta dejarla justo por encima del tobillo. Agarró con cuidado la desgastada bota de tacón y tiró lentamente de ella. Evie soltó un grito de dolor y él se quedó inmóvil.

—Perdón —dijo haciendo una mueca.

Le quitó el zapato y el calcetín de lana. Debajo apareció un tobillo inflamado que no tenía buena pinta. Sus manos cálidas y llenas de callos le agarraron la pantorrilla por encima de la herida y Evie pensó que, si la soltaba, era posible que su cuerpo empezara a flotar.

—¿Puede moverlo?

Este hombre que le hablaba no era el mismo de siempre, o quizá sí, pero sin su habitual máscara de pretensión que se esforzaba por mantener como

si su vida dependiera de ello.

Ahora era él de verdad. Esa barrera de seguridad que le brindaba un esplendor de otro mundo se había desvanecido y, para vergüenza de Evie, aquello la dejó sin aliento.

Él se la quedó mirando, esperando una respuesta, y ella se apresuró a intentar mover el pie antes de que él viera lo que escondían sus ojos.

—Puedo, pero me duele.

—Bien, no está roto.

Evie pensó que debía ser cosa de su imaginación, pero habría jurado que las manos de él se detenían en las líneas de su tobillo más tiempo de lo necesario. Pero no era así. El pobre hombre estaba intentando comprobar si tenía alguna herida, y Evie no podía evitar sentir escalofríos ante aquel contacto.

Tras entregarle el zapato que le había quitado, la cogió de la mano. Con cuidado, la puso en pie y ella se apoyó en la pierna que no estaba herida. Cometió el error de cambiar el punto de apoyo al otro pie por costumbre, por lo que tuvo que ahogar un grito y perdió el equilibrio. Cayó hacia delante contra su pecho y se agarró a sus hombros con ambas manos.

—Perdone —dijo con un tono agudo.

Él se aclaró la garganta una, dos —*ay, por favor*—, tres veces antes de ponerle la mano a un lado de la cadera.

—No… no pasa nada.

Al contemplar la destrucción a su alrededor, Evie se estremeció, horrorizada.

El humo y el polvo se habían disipado, lo cual les brindaba unas vistas perfectas de la torre en ruinas. La parte superior directamente había desaparecido. Estaban rodeados de grandes trozos de piedra y era evidente que otros habían caído al patio. Más allá de la torre, una gran parte del lado oeste de la muralla de la mansión estaba completamente derrumbada. Desde esa distancia, Evie veía los restos de lo que parecía ser un estudio o quizá una pequeña biblioteca.

Los libros no. Cualquier cosa menos los libros.

El final del parapeto había desaparecido. Ambos estaban a dos pasos de caer por el borde. Tenía las puntas del cabello cubiertas de polvo y

sospechaba que también la parte superior. Cuando miró al jefe, vio que su pelo parecía casi blanco por las cenizas.

A Evie se le empezaron a acumular lágrimas en los ojos y sintió que el horror de lo que acababan de vivir se le colaba por todos los poros.

—Ay, no, la mansión.

Odiaba llorar, sobre todo delante de otras personas. Sobre todo delante de su *jefe*.

Pero ya era demasiado tarde; las lágrimas descendían por su cara.

—No puedo creer que haya pasado esto. Por qué querría alguien… Ojalá no hubiera… No me puedo creer que… Lo siento tanto. —Las manos de Evie seguían apoyadas en los hombros de El Villano, así que debía de notar cómo le temblaban, pero no se atrevía a mirarlo a la cara.

Había conseguido contener la explosión. Los destrozos que los rodeaban eran descorazonadores, pero la mansión seguía en pie. Podría haber sido mucho peor. Aun así, una parte ya no estaba, y aquel era su hogar, y ella había tenido tanto miedo.

Un sollozo la desgarró y se llevó una mano al estómago para tratar de contenerlo, pero pareció tener el efecto contrario. Se le escapó otro. El Villano le puso las manos en los hombros y la empujó hacia atrás lo suficiente para examinarle la cara. Evie no tenía fuerzas para evitarlo.

—¿Está… llorando? —Estaba horrorizado, se le notaba en la voz, y ella tenía tantas ganas de apartarse, pero, claro, su tobillo herido la mantenía fija en el sitio.

—No. Tengo una enfermedad que hace que mis conductos lagrimales produzcan un exceso de agua caliente y salada cuando estoy cansada o angustiada.

Pero el comentario pasó desapercibido mientras él buscaba tranquilamente en su bolsillo un pañuelo. Para sorpresa de Evie, no era negro como el resto de su atuendo, sino cian.

—Tome. —Se lo acercó a la mano y señaló con el brazo los restos de la torre—. Nada de lo que había ahí era valioso, no tanto como… No había nada importante.

Se estaba callando algo, era evidente, pero Evie estaba demasiado aliviada por el hecho de que hubiera decidido ignorar su arrebato emocional

como para seguir preguntándole. Soltó un sollozo y esbozó una leve sonrisa a pesar de las lágrimas. Por un momento, creyó captar una mirada de dolor en sus ojos.

Fuera lo que fuera lo que había en esa torre debía de significar mucho para él.

Carraspeó otra vez, pasó un brazo por debajo de las piernas de Evie y el otro por detrás de su espalda.

—Permítame —dijo, y ese fue el único aviso que le dio a Evie antes de levantarla en volandas contra su pecho.

—¡Guau! —exclamó ella, rodeándole el cuello con los brazos.

Por supuesto, aquella parte del cuerpo también la tenía gruesa y musculada, y, como su cara estaba a solo unos centímetros de distancia, podía ver cómo le latía el pulso.

Evie sacudió la cabeza y puso las manos en su nuca, tratando de tomarse la situación con la mayor naturalidad posible.

—No me extraña que tenga tanto complejo de superioridad. Yo también lo tendría si pudiera ver el mundo desde este punto de vista.

Él puso los ojos en blanco y empezó a caminar hacia el portón, aún abierto. Se había formado una multitud de curiosos y ella vio que El Villano entrecerraba los ojos. Se oyeron varios gritos ahogados por el susto y muchos volvieron a entrar y se dispersaron.

—Solo soy un poco más alto que la media de hombres —dijo en un tono neutral.

—Me siento como si me llevara un árbol. —Un árbol considerablemente cálido cuyos brazos estaban tocando sus piernas y cuya espalda hacía que su cerebro se convirtiera en papilla.

Ajustó su agarre y la elevó un poco, lo suficiente como para que los labios de Evie rozaran su hombro por accidente. El contacto debió de repugnarle, porque se desequilibró tanto que casi se cae.

—Perdone —murmuró ella con la cara ardiendo.

—Deje de pedir perdón —espetó él. Estaba claro que estaba enfadado; la situación debía de parecerle intolerable—. Lo hace demasiado a menudo. Me pone de los nervios.

Casi habían llegado a la puerta, pero el comentario hizo que Evie diera un respingo. La expresión de El Villano seguía siendo sombría y tenía la mirada fija al frente.

—No puedo evitarlo. Me sale natural pedir perdón.

Esto pareció enfadarle aún más.

—Pues si es innecesario no quiero volver a oírlo o se lo descontaré de la paga.

Evie farfulló algo mientras cruzaban el portón y suspiró al ver la oficina. Realmente pensaba que no la volvería a ver.

Aún sosteniéndola en brazos, El Villano dejó que su voz resonara en el espacio, con un deje de autoridad.

—Parece que alguien ha colocado un explosivo en mi despacho. —Un escalofrío recorrió la sala mientras continuaba—. Menos mal que la señorita Sage ha encontrado el artefacto antes de que pudiera causar daños permanentes.

Notó como si, de repente, le agarrara las piernas con más fuerza, aunque seguro que era cosa de su imaginación.

—Si alguien sabe algo de esto, por favor, que venga a buscarme. Si no… iré yo a buscarlo.

Sus palabras escondían una clara amenaza. Una amenaza que hizo que los empleados se dispersaran por sus mesas mientras él pasaba junto a ellos hacia los aposentos de Tatianna.

El trajín de papeles arriba y abajo se quedó resonando tras ellos mientras salían.

Ella se inclinó hacia él una vez más, intentando disfrutar de esos últimos momentos en sus brazos.

—Alguien ha intentado matarlo.

Su boca se apretó hasta formar una fina línea.

—Sí.

—No parece muy alterado al respecto —dijo incrédula.

—No permita que las apariencias la engañen, Sage.

—¿Así que sí está enfadado?

Se detuvo justo delante de las puertas de Tatianna y se la quedó mirando tan de cerca que Evie tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartar la

mirada. Él desvió los ojos una vez más hacia el corte que tenía en la cabeza, que seguía sangrando, pero no tanto como antes.

—Mi ira no tiene límites ahora mismo —admitió—. Pero tampoco es que… me sorprenda.

Ella alzó las cejas.

—¿Sabía que esto iba a pasar?

Él suspiró y abrió las puertas de la sala de curas de un empujón. Tatianna no estaba ahí, así que entró y colocó a Evie sobre la mesa de exploración con cuidado, poniéndola de forma que la cabeza volvía a estar a la altura de su pecho.

—No, pero esta mañana me han enviado fuera por un motivo. Han querido que me ocupara de otro refugio comprometido el mismo día que alguien ha colocado un explosivo en mi despacho. Quienquiera que lo haya hecho no quería que yo estuviera aquí cuando estallara. —Se pasó una mano por la cara, frustrado—. Querían darme donde más duele.

—¿Y por eso intentaron hacer volar por los aires las figuritas de su escritorio?

Soltó algo parecido a una carcajada, lo cual hizo que el hoyuelo de su mejilla izquierda reapareciera. Sacudió la cabeza.

—Entre otras cosas.

Evie quería saber más, pero antes de que pudiera hacer otra pregunta, Tatianna entró por la puerta, con su suave túnica de color rosa arremolinada en torno a los tobillos.

—¿Me ausento cinco segundos para ir a suturarle una herida a Blade y tiene que venir uno de los becarios a decirme que has salido corriendo con una bomba en la mano?

Tatianna pasó junto al jefe como si no estuviera allí. Le apartó el pelo de la cara a Evie antes de darle un abrazo.

—Hay que ser tonta para ser tan valiente.

—Los becarios son muy melodramáticos —contestó Evie con la voz ligeramente amortiguada contra el hombro de Tatianna.

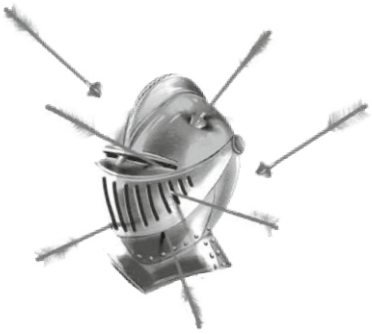
—Se ha torcido el tobillo, Tatianna. —La voz de El Villano sonó más lejos. Evie se giró y lo vio de espaldas, dirigiéndose hacia la puerta—.

Encárgate de que se cure lo antes posible y luego acompañaré a la señorita Sage a casa.

Al oír eso, las dos mujeres levantaron la cabeza y se lo quedaron mirando boquiabiertas.

—¿Se refiere a donde vivo? —preguntó Evie.

—Por lo general, es a eso a lo que la gente llama su casa, ¿no es así, Sage? —No le dio tiempo de responder antes de que se diera la vuelta y saliera, no sin antes decir—: La espero aquí fuera.



CAPÍTULO 11

EVIE

El camino estaba lleno de baches y se estremeció al darse un golpe contra el hombro malo. Evie había tenido suerte, demasiada, de que el resplandor de la cicatriz no fuera visible bajo su vestido. Los dolores del tobillo y de la cabeza, como cualquier dolor, habían hecho brillar la cicatriz lo suficiente como para cegar a quien se atreviera a mirar bajo la gruesa tela de su ropa. Pero Tatianna había sido eficaz y solo había trabajado con las partes que sabía que Evie necesitaba que se curasen.

Era irresponsable tardar tanto tiempo en tratar una herida infligida por la magia como aquella, pero cuando una estaba desesperada por dejar algo atrás, resultaba bastante molesto quedarse atascada por limitaciones inútiles. Si iba a que le trataran la herida, le iban a hacer preguntas y no estaba preparada para afrontarlas. Se prometió a sí misma que lo haría cuando estuviera lista.

La situación que vivió Evie con su antiguo jefe no distaba mucho de lo que muchas jóvenes experimentaban por parte de jefes lascivos que les hacían propuestas inapropiadas. Si lo miraba en perspectiva, había tenido

bastante suerte de poder escapar de aquel altercado con solo un rasguño mágico.

Ese pensamiento por sí solo, que debería sentirse *afortunada* por haber salido con solo una pequeña herida, por no mencionar que cualquier mujer se sentiría igual, era tan horrible, tan ridículo y tan injusto que era como si estuviera presenciando a alguien robándole algo de valor y, encima, tuviera que darle las gracias.

La ira se apoderó de ella tan rápido que tuvo que aguantarse el aliento para no gritar. El aire fresco de la tarde le rozó las mejillas mientras echaba la cabeza hacia atrás y eso la calmó. Se lo contaría a Tatianna cuando la herida no estuviera tan abierta ni sus emociones tan a flor de piel. Era una tontería sentirse avergonzada por haberse puesto a sí misma en una posición vulnerable. No era culpa suya. Y tal vez había llegado el momento de pedir ayuda.

Sacudió la cabeza, apartó ese pensamiento de la mente y miró a su alrededor en busca de otra cosa en la que centrar su atención. El elegante carruaje negro en el que iban trotando por la carretera era de diseño sencillo, descubierto y sin necesidad de adornos extra que lo hicieran resaltar. Más o menos como su jefe.

El piar de los pájaros y otras criaturas desconocidas sonaba distinto al de sus paseos matutinos hacia la mansión; a estas horas el bosque estaba totalmente despierto.

Después de que Tatianna le hubiera curado el tobillo y la hubiera acosado con un millón de preguntas, el jefe la había escoltado hasta la puerta principal, donde les esperaban el carruaje y los caballos.

No habían vuelto a hablar desde entonces.

Por lo general, Evie tardaba una hora cada mañana y cada tarde en tomar todos los atajos ocultos fuera de los caminos habituales para llegar a la barrera oculta del castillo de El Villano, pero ahora estaban tomando el camino largo, el que iba por el sendero de tierra, y Evie estaba desesperada por llenar el incómodo silencio.

Odiaba el silencio.

Había silencio la última vez que vio a su hermano. Había silencio el día que su madre se fue. Había silencio cuando su padre enfermó. El silencio le

había causado mucho dolor. Una parte instintiva de Evie se encogió de miedo esperando el siguiente golpe.

Se distrajo mirando las riendas de cuero entre aquellas manos cubiertas con guantes negros. Su jefe manejaba el vehículo con determinación, con la mirada fija en la carretera y en el sol poniente.

Evie apartó la mirada para fijarse en Reymundo, que estaba sentado en un pequeño soporte. Estaba segura de que se había colocado allí exclusivamente para que la rana pudiera hacer uso de él.

—¿Suele llevarse a Reymundo a pasear en carruaje? —le preguntó.

Su jefe no la miró ni a ella ni a su amigo de patas palmeadas al contestar:

—Ni siquiera yo soy tan malvado como para no permitirle que disfrute un poco de… la luz del sol. —Hizo una pausa. Casi se ahoga al pronunciar la última palabra—. Además, cuantas más libertades le doy, menos intentos de fuga comete y menos murga da.

El Villano y la rana se fulminaron mutuamente con la mirada. Reymundo fue el primero en rendirse y se volvió a girar de cara al paisaje.

—Le agradezco que haya querido hacer esto, pero ya tengo bien el tobillo; podría haber ido andando —dijo Evie.

Su trenza estaba casi deshecha, varios mechones sueltos le hacían cosquillas por el cuello.

—No me había dado cuenta de que no montaba —contestó sin mirarla, y tensó el agarre de las riendas.

—Alguna vez lo he hecho. Una o dos, pero mi familia no puede permitirse una montura. Y mucho menos un lugar para albergar al pobre animal. Además, me gusta caminar.

Él asintió, aparentemente para sí mismo.

—Por supuesto. A quién no le apetece hacer una excursión de dos horas todos los días.

A Evie no se le ocurrió ninguna respuesta apropiada a eso, ni siquiera una inapropiada, lo que significaba que la situación era crítica.

Pero, al parecer, el silencio le resultaba tan insoportable a él como a ella, porque empezó a hablar antes de que pudiera soltar otra frase sin sentido.

—¿Todavía guarda esa daga en la bota?

Tardó un momento en procesar lo que le estaba preguntando y cómo era posible que supiera de su única arma, pero entonces recordó lo que había pasado meses atrás.

—Sí… Lleno una, aunque no es la misma. Nunca volví a por ella después de…

Él asintió antes de que ella terminara la frase.

—Bien. No debería andar por estos bosques sola y sin protección —contestó. Por fin giró la cabeza en su dirección con una sonrisa socarrona en los labios—. Nunca se sabe qué clase de individuos peligrosos se va a encontrar.

Ella quiso responder con una pequeña broma, pero las palabras le salieron mucho más serias de lo que pretendía:

—No sé. La última vez que me encontré a uno la cosa salió bastante bien.

Fue un error decir eso.

La sonrisa se le esfumó de los labios y el ambiente jocoso que había entre ambos se vio de repente lastrado por los acontecimientos del día.

—No sé yo si «bien» es la palabra indicada, teniendo en cuenta que casi muere, Sage.

Hizo un leve chasquido con la lengua y los caballos pasaron a ir al galope. Se moría de ganas de librarse de ella.

—Bueno, pero no me he muerto, así que ha salido todo lo bien que se podía esperar. Sobre todo teniendo en cuenta lo del nuevo trabajo y tal. Menos mal que estaba buscando empleo, ¿a que sí?

Cállate, Evie.

Su jefe pareció pensarse muy bien cuáles iban a ser sus siguientes palabras. Inclinó la cabeza hacia un lado como si tratara de encontrarles sentido.

—Si quisiera dimitir… Sería un gran inconveniente para mí, pero, dado su rendimiento laboral y la dedicación que ha mostrado hacia la empresa, me haría cargo de su petición.

El pánico rugió en las entrañas de Evie y floreció en su pecho como una hierba venenosa.

—¡No quiero dimitir! —Con las prisas por soltar esas palabras, se levantó de golpe y estuvo a punto de caerse cuando el carruaje pasó por encima de un gran bache.

Reymundo emitió un sonido de indignación mientras Evie se tambaleaba.

Rápidamente, El Villano agarró ambas riendas con una mano, la agarró a ella del brazo y tiró hacia abajo.

—No pretendía disgustarla. Solo quería ofrecerle esa opción.

—¡Bueno, pues estoy disgustada! Aunque a un sinvergüenza egoísta como usted le cueste entenderlo, *necesito* este trabajo.

Las cejas de su jefe se alzaron ante aquellas palabras, pero a Evie no le importó; estaba demasiado disgustada y con el corazón acelerado ante la idea de no poder alimentar a su familia ni pagarle las medicinas a su padre.

—Por supuesto, le pagaría una indemnización por despido. Suficiente para que usted y su familia vivieran cómodamente durante los próximos dos años mientras encuentra otro empleo. —Dijo las palabras demasiado a la ligera, como si las hubiera estado practicado.

Lo cual la hizo enfurecer todavía más.

—No necesito limosnas —contestó con sequedad.

—¿Acaso hay algo de mí que le haya dado la impresión de que voy por ahí dándole limosnas a la gente? —respondió él, y parecía tan ofendido como ella—. Le estaba dando esa opción porque ha hecho un buen trabajo y ha sido leal. Además, hoy ha salvado mi oficina y a mi personal de una bomba. No es ningún ataque personal, así que no se lo tome como tal.

Las palabras no sirvieron para calmar su ira, no solo contra él, sino contra sí misma por haber rechazado una oferta tan generosa y que le habría salvado el pellejo. Con el dinero extra, podría permitirse un profesor particular para Lyssa, quizá incluso un curandero especializado para su padre. Sin embargo, no sentía gratitud.

La idea de no volver a disfrutar del aire fresco de la mañana mientras paseaba por el bosque de Hickory, de no tener que subir las molestas pero familiares escaleras, de dejar de oír el clamor de la oficina, de no ver cómo Blade conquistaba a todas las personas de la oficina, de dejar atrás a

Reymundo y sus cartelitos. Incluso de ya no ver a Becky mostrando su desdén hacia, bueno, toda ella…

Aquello se había convertido en… su hogar.

Lo necesitaba. Era suyo. Todo lo demás tenía que compartirlo con su padre y su hermana. Pero trabajar para El Villano le había dado la oportunidad de guardarse unas pocas cosas para ella misma.

No iba a renunciar a aquello, por muy egoísta que fuera.

—No. Agradezco la oferta, pero debo rechazarla.

Una fuerza cósmica debió de apiadarse de ella, porque su jefe no cuestionó más su elección, solo exhaló con un poco de brusquedad y dejó de apretar la mandíbula.

—Está bien.

El familiar ruido procedente del bullicio de la plaza del pueblo se hizo cada vez más nítido. Evie señaló a la izquierda en la pequeña bifurcación.

—Tome este camino, lleva directo a mi casa y nadie nos va a ver.

Le hizo caso sin rechistar y condujo el carruaje por el sendero que ella se conocía tan bien y que llevaba a la casita que compartía con su familia. Los tulipanes amarillos que bordeaban el caminito de entrada le resultaron extraños desde la posición en la que estaba: encima de un carruaje… que pertenecía a un pretencioso asesino.

Qué rara era la vida.

Cuando El Villano se detuvo al lado del caminito, Evie se dio cuenta de que la había llevado *a casa*. Lo cual era ridículo porque durante todo el viaje sabía que aquello era lo que estaba haciendo, pero, por alguna razón, su mente no procesó que aquella situación tan absurda era la realidad.

Por el amor de todos los dioses, su jefe estaba viendo *su casa*. Peor aún, se había fijado en los tendederos que colgaban del lateral de la vivienda, varios de los cuales tenían su ropa interior ondeando al viento.

Se puso roja y se giró hacia él, tratando de desviar su atención.

—¿Y si alguien le ve?

Él inclinó la cabeza hacia ella y puso cara de estar pasándoselo bien. Ese tipo de expresiones le hacían parecer más joven.

—Nadie, salvo mis empleados, sabe qué aspecto tengo. Si alguien me ve, pensará que soy un noble como otro cualquiera.

Como otro cualquiera.

Esas palabras estaban tan lejos de ser una descripción precisa de su persona que Evie casi se echó a reír. Pero antes de que lo hiciera, le vino un pensamiento a la mente.

—¿Qué hay de esos hombres que lo perseguían por el bosque el día que nos conocimos?

Su rostro no perdió ni un ápice de despreocupación al sonreír y decir:

—No me perseguían porque fuera El Villano. Me perseguían porque querían a Reymundo. Recuerde, los animales mágicos se venden a un precio muy alto. Pero ese día calculé mal el tipo de armamento que llevaban.

—Bueno, gracias por…

—¡Evie! ¡Has vuelto pronto! —La voz de su hermana pequeña cortó la calma y la sobresaltó.

Ay, por el amor de…

Evie soltó un quejido cuando vio aparecer a Lyssa con el pelo negro revuelto y cubierto de tierra.

—Emmaline me ha dicho que te había visto montada en un buen carruaje y yo le he dicho que no debías de ser tú, pero… —Su hermana se detuvo al verlos a los dos, uno al lado del otro—. Ah, hola —saludó, e hizo una reverencia.

Evie empezó a preguntarse si es que había muerto y aquello era una especie de tortura en el más allá.

El Villano se irguió, bajó del carruaje y se giró hacia Evie para ofrecerle la mano. Después de que ambos estuvieran sobre tierra firme, Evie dijo:

—Emm, Lyssa, este es mi… o sea, es el… emm…

—Trystan Maverine. —Su voz profunda parecía tranquila, aunque fue desconcertante oírle decir un nombre.

¿Cómo se lo ha podido inventar tan rápido?

Se inclinó y continuó:

—Soy el patrón de su hermana mayor. Ha tenido un pequeño accidente en el trabajo, así que la he acompañado a casa.

Los ojos castaños de Lyssa se abrieron de par en par y luego hizo una reverencia.

—¡Ah! Sí, Evie es la reina de los accidentes.

Qué gracioso que su hermana dijera eso cuando estaba a punto de sufrir uno también… a manos de Evie.

Pero su jefe no parecía tan molesto como ella por la presencia de aquel incordio de diez años, porque pudo ver cómo sus labios se curvaban ligeramente hacia arriba.

—Lamento oír eso.

Lyssa no se dio por vencida.

—Ah, sí, se cae cada dos por tres. Una vez se cayó al pozo. ¿Te lo puedes creer? ¡Un pozo de verdad! Intentaba salvar a un pajarito y se cayó dentro. Estuvo horas atrapada ahí y, cuando por fin la sacamos, ¡estaba empapada y arrugada como una pasa!

Su jefe se volvió lentamente hacia ella con una extraña expresión de satisfacción después de escuchar aquella historia.

—Era un pájaro muy mono —dijo Evie a la defensiva.

Él asintió, imperturbable.

—Estoy seguro de que lo era.

—¿Eres un príncipe? —preguntó Lyssa.

Venga ya, ¿su hermana se había comido medio kilo de azúcar antes de que llegaran o qué?

—No, no lo soy —contestó él.

Su voz sonaba normal. Por algún motivo, aquella interacción no parecía irritarlo, pero supuso que se debía a que ya se había acostumbrado a lidiar con sus propias divagaciones a diario.

Lyssa no parecía estar escuchándolo, se limitaba a contemplarlo con cara de asombro.

Evie entrecerró los ojos al ver la ropa desaliñada que llevaba su hermana.

—¿No se supone que deberías estar en la escuela?

—Es festivo —se apresuró a decir Lyssa con cara de culpabilidad.

—Ah, ¿sí? —Evie se dio golpecitos en la barbilla mientras se agachaba para mirar a su hermana a los ojos—. ¿Qué festivo es hoy concretamente?

—Tienes el pelo hecho un desastre, Evangelina —contestó ella, arrugando la nariz.

—Estás cambiando de tema.

—¿Y? Tú lo haces cada dos por tres.

—¡No a propósito! —Evie levantó las manos y entonces se acordó de que tenían público.

El Villano, o *Trystan*, las estaba mirando como si fueran una exhibición del zoo, con un leve brillo en los ojos oscuros.

—Discutiremos sobre esto más tarde. ¿Dónde está papá? —preguntó frotándose las sienes para tratar de evitar que comenzara a dolerle la cabeza.

—Ha ido al pueblo a tomar una copa con algunos amigos.

—¿Una copa? —exclamó Evie con incredulidad.

Su humor y su salud habían mejorado una barbaridad en los últimos días, pero hacía *años* que no tenía ni la energía ni las ganas de aventurarse a ir al pueblo para otra cosa que no fueran visitas al curandero.

No duraría, y Evie no se permitía albergar esperanzas. Pero podía ver la alegría que irradiaba Lyssa, que por fin parecía tener un padre sano, y se negaba a ser ella quien se la quitara basándose nada más que en sus sospechas.

—Eso está… genial.

Lyssa asintió, lanzando una amplia sonrisa hacia El Villano como si fuera un arma.

—¿Se quedará a cenar, señor Maverine?

Los majestuosos caballos del carruaje resoplaron, impacientes, y eso atrajo la mirada de su jefe.

—Me temo que no puedo. Hay mucho trabajo por hacer y el día aún no ha terminado. —Se quitó uno de sus guantes negros y le tendió una mano a Lyssa. Ella enseguida puso la suya encima mientras él se inclinaba—. Ha sido un placer conocerla, lady Lyssa.

Su hermana soltó una risita y Evie sintió que el corazón le iba a estallar de lo rápido que iba.

Se escuchó un «croac» de fondo que llamó la atención de Lyssa. Se asomó entre Evie y El Villano para mirar el carruaje. Arrugó la cara, pero sus jóvenes ojos parecían estar encantados.

—¿Esa rana lleva una corona?

Evie y su jefe se volvieron hacia el carruaje. Reymundo estaba sosteniendo otro de sus carteles, en el que ponía: AIUDA.

El Villano echó la mano hacia atrás y le arrancó el cartelito al animal de un tirón.

—Dame eso, pequeño traidor. —Sus palabras salieron en un gruñido que en seguida se transformó en tos cuando vio las expresiones de diversión de Evie y su hermana.

Tras hacer una pequeña reverencia, Lyssa se dio la vuelta y corrió hacia una esquina de la casa donde la esperaban otras dos niñas. Todas soltaron una risita mientras salían corriendo.

—Se ha metido en un buen lío —dijo Evie malhumorada.

—No sea tan dura con ella, es joven —contestó El Villano con diplomacia.

Evie se giró hacia él con las manos en las caderas y una expresión de indignación fingida en el rostro.

—¿No se supone que es usted malvado?

—Animar a los niños a descuidar su educación entra dentro de esa categoría, ¿no? —replicó, e inclinó la cabeza como si estuviera considerando esa posibilidad.

Mientras arrancaba una mala hierba del caminito y luego otra, Evie preguntó:

—¿De dónde viene el nombre de Trystan?

—De mi madre, imagino.

Evie se enderezó como una vara. Dejó caer la maleza y se puso de pie, mirándolo fijamente con aquellos ojos grandes e impávidos.

—¿Está diciendo que… el nombre que acaba de darle a mi hermana pequeña… es su verdadero nombre?

La incredulidad se apoderó aún más de sus sentidos cuando él entrecerró los ojos, confundido.

—No hace falta ser exagerados, torbellino. No es más que un nombre.

—¡Anda que no! —espetó ella.

Trystan. Su nombre era *Trystan Maverine*.

—Si está teniendo algún tipo de ataque, ¿puedo sugerirle que se siente antes de desmayarse y aplastar los tulipanes?

—No le está dando suficiente importancia a todo esto. Acaba de decírselo a una niña de diez años que apenas sabe mentir sobre un festivo escolar, mucho menos sobre la identidad de mi «patrón».

Evie empezó a ir de arriba abajo por el caminito de entrada intentando recuperar la calma, pero su frenético cerebro era un bullicio que le impedía pensar con claridad.

—He dado un nombre. Uno por el que nadie más me conoce. Mi identidad como «El Villano» y como Trystan Maverine nunca han estado conectadas. —Su rostro era todo calma y su voz se mantenía neutra—. Nadie va a saber que trabajar para mí significa trabajar para El Villano. No se preocupe.

—No es eso lo que me preocupa —contestó ella—. Me preocupa que esto pueda ponerle en peligro.

Él echó la cabeza hacia atrás, como si le hubiera dado una bofetada.

—No debe preocuparse por mi seguridad, Sage. Su trabajo consiste, literalmente, en «asistirme» en lo que le pida. Mi protección, como puede comprobar, no está incluida en esa lista.

—De acuerdo. Me mantendré al margen —resopló ella. Entonces se dio la vuelta en dirección a la puerta principal, pero su enfado se disipó al repetir su nombre mentalmente—. ¿Trystan? —dijo, y de giró de nuevo.

El hecho de escuchar cómo pronunciaba su nombre debió de despertar algún sentimiento negativo en él, porque Evie vio que apretaba el puño de la mano en la que no llevaba guante hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—¿De verdad se llama… Trystan? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿No le gusta mi nombre? —respondió él con sequedad.

—No… es que… no es lo que esperaba. —Se apoyó sobre los talones y vio las nubes oscuras que se acercaban por el horizonte.

—Estoy totalmente seguro de que voy a lamentar y mucho esta pregunta, pero ¿qué es lo que esperaba? —Tenía la cabeza un poco inclinada hacia atrás, como si estuviera preparado para esquivar otra bofetada.

Evie esbozó una media sonrisa, dio un paso hacia él y le asestó su primer golpe:

—Fluffy.

La respuesta fue magnífica.

La boca de Trystan parecía la de un pez. La abría y cerraba, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Pero, por supuesto, no existían. Ella se llevó las manos a la espalda, esperando.

Tras unos instantes de silencio que, por una vez, a Evie no le molestaron, dijo:

—¿Fluffy? ¿Me miró y pensó: *Tiene cara de llamarse Fluffy*?

El nombre pronunciado con su áspera voz, que se estaba volviendo cada vez más aguda debido a la indignación, la hizo titubear.

—Fluffy es un nombre precioso. Una vez tuve un perro que se llamaba Fluffy —contestó, y asintió brevemente. Luego puso cara seria—: Solía gruñirles a las pelusas.

Los ruidos que emitió El Villano en ese momento no pertenecían a ningún idioma que ella conociera.

—Supongo que Trystan es una buena alternativa —continuó Evie—. Sin embargo, me ofende un poco que le confiara esa información a mi hermana antes que a mí.

En ese momento, su jefe pareció volver en sí. Negó con la cabeza. Parecía un poco mareado.

—No creí que fuera necesario decírselo. Mi verdadero nombre está grabado en una pequeña placa que hay en mi escritorio.

Evie frunció los labios.

—No es cierto. Me habría dado cuenta.

Él murmuró algo en voz baja que ella no logró discernir, pero le pareció que decía algo así como:

—Eso mismo pensaba yo.

Pero entonces Evie repasó mentalmente su despacho y visualizó la disposición de su mesa. En su defensa, tenía que decir que era difícil fijarse en otras cosas cuando lo tenía delante, porque su presencia captaba toda su atención. Pero recordó un pequeño rectángulo negro en una esquina y…

—Bueno, puede que sí esté ahí.

—No es que puede que esté —replicó él con incredulidad—. Es que está.

Ella agitó la mano como para quitarle importancia.

—Ya, ya, claro.

—Me está… —Hizo una pausa y se giró un poco hacia el carruaje—. Creo que debería irme antes de que me explote la cabeza.

Evie asintió. Su trabajo aquí había terminado.

—Muy bien. Que tenga buen viaje de vuelta. Gracias de nuevo por traerme a casa. Ah, y también por todo aquello de salvarme la vida y tal.

—Aceptaría su agradecimiento si no fuera porque lo que ha puesto su vida en peligro ha sido, precisamente, el hecho de trabajar para mí. —Subió al carruaje y Evie se sorprendió de la oleada de tristeza que la invadió al ver que se marchaba.

—Entraré a trabajar temprano mañana, señor, para compensar el día de hoy.

—No es necesario, Sage. Tómese el día de mañana libre. —Volvió a ponerse el guante en la mano y se ajustó la capa al cuello.

—Pero ¿por qué? Estoy bien —replicó ella.

—Soy muy consciente de ello. Sin embargo, el trabajo para el que necesito su ayuda no será en la oficina, sino sobre el terreno.

Esas palabras hicieron que Evie se quedara de piedra.

—¿Sobre el terreno? ¿Va a obligarme a prenderle fuego a una cabaña vacía? ¿A robar una camada de cachorros? ¿O a algo… peor?

Trystan se rio entre dientes.

—Relájese, Sage. No será nada horripilante. Puede dejar de imaginarse escenas morbosas llenas de sangre y destrucción.

—Yo no diría que mis escenas de sangre y destrucción son morbosas —le corrigió arrugando la nariz.

—Si a usted le va bien, necesitaré su ayuda mañana por la noche en la taberna Redbloom, a las ocho.

La taberna Redbloom no era el establecimiento más sórdido de la zona, pero, desde luego, tampoco era ningún palacio. Evie había ido solo una vez, el día que cumplió dieciocho años, con unas cuantas chicas del pueblo. La cerveza estaba rancia, el vino sabía a vinagre y la gente iba mugrienta y gritaba mucho. Aun así, se lo pasó bastante bien.

—Está bien, pero ¿puedo preguntarle qué tiene una taberna que le pueda servir a usted, laboralmente hablando?

Se frotó la mandíbula antes de coger las riendas con ambas manos.

—La bomba que pusieron en mi despacho.

Aquella mención le trajo de vuelta el humo, el pánico y los frenéticos latidos de su corazón. Tragó aire de golpe.

—Pude reconocer el reloj. Solo hay un hombre capaz de hacer y vender ese tipo de relojes, de los que se pueden enganchar y conectar con explosivos.

—¿Y trabaja en la taberna Redbloom?

Trystan torció los labios hacia abajo. Las nubes oscuras arrojaban una pálida luz grisácea sobre él.

—Es el dueño.

Miró a Evie una vez más con esa actitud cautelosa pero expectante, como si estuviera esperando algo, como si se preguntara si esa iba a ser la gota que colmaría el vaso, la información que la haría salir corriendo.

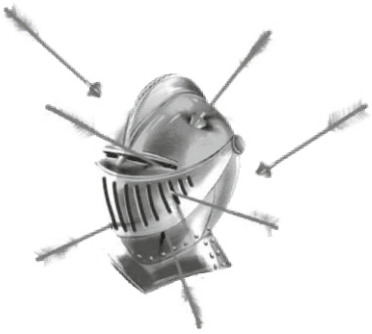
Sin embargo, su terquedad y su falta de instinto de supervivencia ya la habían llevado muy lejos. Dio un paso al frente y asintió.

—Le veré mañana por la noche, señor.

Un destello de alivio brilló en el rostro de su jefe durante un instante antes de esfumarse tras una máscara de indiferencia. Un ruido repentino salió de su boca, instando a los caballos a moverse, y luego desapareció.

Evie se quedó mirando el lugar donde había estado aparcado el carruaje. Donde él había estado de pie un rato. Su jardín nunca volvería a ser el mismo.

Y entonces empezó a llover y no pudo evitar la sensación de que aquello era un muy mal presagio de lo que estaba por venir.



CAPÍTULO 12

EVIE

Hacía frío aquella noche.

Evie se ciñó la capa marrón que llevaba. No era la de marfil que se había regalado a sí misma por su cumpleaños, sino la que tenía desde los dieciséis.

Estaba desgastada y remendada, era prácticamente inservible. Lo cual era lo más sensato si iba a un establecimiento como ese. Abrió las puertas de un empujón y miró el reloj que había colgado en la pared. Llegaba pronto, pero solo unos minutos.

Los gritos estridentes de la mesa más cercana le indicaron que alguien acababa de perder una valiosa mano de cartas, y las risas coquetas le hicieron suponer que había alguien que estaba a punto de tener suerte en otros sentidos.

Evie se sentó en una silla en el extremo más apartado de la sala, junto a la ventana, y se quitó la capa de los hombros. Además de esa prenda, había elegido ponerse su vestido más soso. El único inconveniente era que tenía que llevar el corsé por encima y no por debajo, lo que hacía que sus pequeños pechos se elevaran hasta el cielo.

En cualquier otra circunstancia eso no le supondría una molestia. De por sí, tenía tan poco material con el que trabajar que siempre le resultaba divertido llevar un corsé que le creara la ilusión de tenerlo. Pero esa noche estaba en una taberna de mala muerte atrayendo las miradas lascivas de más de una persona y quería tratar de mantener la discreción.

Al fin y al cabo, era una excursión de trabajo.

Su ritmo cardíaco se aceleró cuando vio entrar en la sala a una figura envuelta en una capa oscura. Se bajó la capucha y ella exhaló al darse cuenta de que no era su jefe. Veía a El Villano todos los días y nunca se ponía tan nerviosa como en ese momento, pero, por alguna razón, aquello era diferente.

Ya fue lo bastante horrible tener a ese hombre delante de su casa, pero es que ahora estaban en un lugar de risas y alcohol. Había parejas teniendo encuentros en cada esquina y…

¿Por qué se estaba sonrojando?

—¿Cómo tú por aquí, nena? —Aquella voz le resultó dolorosamente familiar y, cuando levantó la vista, confirmó sus sospechas.

—Rick —exclamó Evie, sintiendo que el corazón se le aceleraba. Se le encendieron las mejillas y subió tanto las cejas que casi le llegaron al nacimiento del pelo—. ¿Qué haces aquí?

Él se rio de una forma que a Evie le dio un poco de grima. Su efímera relación había sido un error de juventud, fruto de la soledad por la pérdida de su madre y su hermano, de la que Evie siempre había tenido problemas para escapar. Fue una dura lección aprender que a veces es mejor quedarse sola que malgastar tiempo y energía en alguien que no se lo merece.

—Lo mismo me pregunto yo —contestó, y apoyó un brazo en el respaldo de la silla de Evie.

Ella se apartó de él. No es que Rick no fuera atractivo. De hecho, objetivamente hablando, era muy guapo, pero su personalidad anulaba todo lo que las cualidades externas pudieran haber salvado. Le sonrió de una forma que ella sabía que pretendía ser seductora, pero que en su lugar le provocó arcadas.

—¿Desde cuándo frecuentas lugares como este, Evie?

Ella suspiró, a punto de perder la paciencia, y se encogió de hombros.

—He quedado con alguien. —Sus palabras fueron cortantes. Esperaba que él notara el desdén que desprendían y se fuera.

Para su disgusto, su flagrante negativa solo parecía animarlo.

—Vaya, no me digas. —Le pasó un dedo por la mejilla y se rio cuando Evie se lo apartó de un manotazo—. Antes no eras tan peleona, ¿eh? —comentó—. De ser así, habría prolongado nuestra *amistad* un poco más.

Evie se calló el hecho de que había sido ella la que había puesto fin a su noviazgo tras darse cuenta de lo egoísta que era él. Los aspectos físicos de su relación no habían causado en ella gran impresión; no tenían nada que ver con las interminables escenas románticas de algunos de sus libros favoritos. Tras desvanecerse la euforia inicial por atraer la atención de un hombre tan codiciado, Evie se sintió vacía, hueca. No tardó en dejarlo y se reafirmó en su decisión cuando él le dijo que estar con ella era una pérdida de tiempo.

—Si la vida se construyera a base de arrepentimientos, tendríamos monumentos del tamaño de gigantes. —Los vítores de la multitud después de que otro cliente ganara una mano de cartas ahogaron un poco sus palabras.

Rick se rio y Evie hizo una mueca de desprecio que, por supuesto, él no supo detectar.

—Tú siempre tan encantadora —respondió, y la miró como si fuera una exposición de artilugios graciosos, una de esas que te quedas mirando maravillado mientras comes algodón de azúcar.

Necesitaba que se fuera, a poder ser antes de que llegara su jefe. No era necesario que El Villano supiera que había tenido *tan* mal criterio.

—Bueno, ha sido un placer volver a verte, pero, como te he comentado, he quedado con alguien. —Evie sonaba firme y segura. Se sentía una mujer totalmente diferente desde la última vez que había hablado con Rick. Como si no solo supiera que se merecía algo mejor, sino que lo creyera de verdad.

Estaba tranquila, relajada, serena.

Bueno, lo habría estado si Rick hubiera dejado de hablar.

—¿No será un… noviete? —Sus ojos mostraban un asombro que la molestó—. He de decir que estoy sorprendido.

—¿Por qué? —El tono de Evie era dulce, incluso dócil, pero cualquiera que la conociera percibiría el peligro en esa pregunta, vería la ira que se acumulaba tras los ojos.

—Bueno… —Rick inclinó la cabeza hacia ella, como si la respuesta fuera obvia—. Porque eres *tú*.

Hay que ver cómo unas palabras tan pequeñas y aparentemente inocentes tenían la capacidad de dejarla sin aliento. Eran afiladas, con tantas posibles interpretaciones que su mente empezó a lanzar palabras al azar.

Irritante. Irracional. Fracasada.

Si aquel imbécil arrogante se hubiera guardado su opinión, ella no habría levantado la vista con tanta sed de venganza. Habría ignorado a su jefe entrando por la puerta con la capa cubriéndole la cabeza. Habría intentado algo para deshacerse de Rick antes de que El Villano llegara a la mesa.

Pero nada de eso ocurrió. Rick le había puesto una etiqueta que decía que era una carga demasiado pesada para ser amada. Y a sus emociones lo único que les importaba era demostrarle que se equivocaba.

Cuando El Villano la vio, asintió con la cabeza a modo de saludo y se bajó lentamente la capucha. Al ver a Rick mirándola, frunció el ceño. Empezó a caminar hacia ellos tan decidido que a ella se le curvaron los dedos de los pies. Evie tragó aire con fuerza y se agarró al borde de la mesa antes de casi dar un salto para levantarse.

Llegó a la altura de su jefe en dos grandes zancadas y lo rodeó con un brazo, acurrucándose a su lado.

A él se le tensó todo el cuerpo, fue tan rápido y se quedó tan rígido que, por un momento, Evie pensó que se había congelado. Pero sintió que bajaba la cabeza para mirarla, aunque ella no se atrevió a levantarla. Ni siquiera cuando formuló lentamente la pregunta:

—Sage… ¿puedo preguntarle por qué se aferra a mí como si fuera un percebe?

No le contestó, solo miró a Rick, cuya mandíbula llegaba hasta el suelo. Evie se acercó más y acarició con torpeza el pecho de El Villano.

—Este es, em… mi no… novio. —Se trabucó con las últimas palabras y su jefe emitió un sonido que le hizo pensar que se iba a ahogar.

Entonces Evie lo miró y vio que su rostro era puro horror. Todavía tenía la boca un poco abierta y las cejas tan fruncidas que se tocaban entre ellas.

—Este es Rick —dijo Evie con los ojos muy abiertos y llenos de súplica —. Estuvimos quedando una temporada.

El Villano examinó su rostro y Evie forzó una sonrisa que trataba de enmascarar el pánico que sentía. Pero cuando su jefe volvió a girarse hacia Rick, su rostro era pura neutralidad.

—Hola —saludó de una forma que evidenciaba que aquello era una advertencia.

Rick miró a El Villano de arriba abajo y tuvo suficiente sentido común como para guardarse la sonrisa chulesca.

—Vaya, hola.

Su jefe no sabía qué hacer con la mano que se cernía sobre el hombro de Evie. Cuando por fin apoyó el rígido brazo a su alrededor, ella tuvo que fingir que no lo disfrutaba. Su jefe apretó los labios al ver que Rick seguía el movimiento con los ojos.

—Bueno, Rick, ha sido un placer hablar contigo, pero deberías irte —insistió Evie—. Tenemos que hacer cosas para las que es mejor estar a solas. —La mirada de escrutinio hizo que sintiera vergüenza—. ¡Como comernos la boca! —añadió entre risas, pero notó que su jefe se sacudía como si le hubiera dado una bofetada, otra vez.

Rick tosió antes de sacudir la cabeza y reír con sorna. Empezó a andar con aires de superioridad junto a ellos, pero se detuvo para darle una palmada en el hombro a El Villano.

—Buena suerte.

La vergüenza inundó a Evie hasta tal punto que sintió que tenía que sentarse. Se encaminó despacio hacia la mesa, pero se dio la vuelta al oír los gritos de dolor de Rick.

El Villano tenía a su exnovio cogido del hombro y estaba apretando tan fuerte que Rick no podía disimular lo asustado que estaba mientras intentaba zafarse.

—*Suerte* es lo que sin duda vas a necesitar tú si vuelves a molestarla. —La oscura aspereza de su voz hizo que a ella se le pusiera la piel de gallina.

Rick asintió frenéticamente antes de tropezarse consigo mismo al intentar moverse.

Evie se sentó justo cuando llegaba la camarera.

—Vino, whisky, ron, lo que tenga, tráigalo.

—Para mí también, tráigame lo mismo que a ella —añadió El Villano, y se sentó con un pesado suspiro en el asiento de al lado.

Evie se echó unos mechones sueltos a la espalda, se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza entre las manos.

—Buenas noches, señor. Gracias por este pequeño rescate.

Sus ojos se abrieron de par en par y se tapó la boca para toser.

—Buenas noches, Sage. Mejor… no hablemos del tema.

Ella frunció el ceño, confundida, hasta que notó que él estaba desviando los ojos hacia el techo, como si estuviera evitando mirarla.

—¿Qué…? —Pero antes de que pudiera terminar la frase, recordó lo mucho que enseñaba su vestido y se tiró hacia atrás en el asiento con tanta fuerza que casi lo vuelca. Su jefe extendió rápidamente la mano para sujetarlo y ayudó a que las patas delanteras volvieran a estar sobre suelo firme. Después lo soltó.

—Gracias por ayudarme con esto. Seguro que tiene mejores cosas que hacer los fines de semana por la tarde.

Evie resopló.

—Por supuesto. Lyssa iba a leerme una nueva novela que está escribiendo llamada *Trystan y la princesa perdida*.

—Parece una historia intrigante. —Hizo una mueca, cogió las bebidas de la bandeja de la camarera y puso una delante de ella.

—Ah, sí, y luego tenía pensado tomar el té y ponerme cómoda para leer un libro de verdad. —Evie sonrió recordando los bocetos que Lyssa había hecho de su jefe para la portada. Sonrió aún más cuando recordó que había convencido a Lyssa para que lo dibujara con un gran sombrero de plumas.

—¿Qué clase de libro? —preguntó El Villano mientras daba un trago.

—No lo sé. Me gustan los romances, sobre todo los que son un poco picantes.

Y, de repente, Trystan se atragantó y escupió parte de su bebida en la mesa.

Se llevó otro pañuelo de colores vivos, en ese caso amarillo, a la boca.

—Disculpe… No me esperaba una respuesta tan sincera.

Ella negó con la cabeza con un gesto de desaprobación.

—Cualquiera diría que no se ha dado cuenta de que está hablando *conmigo*.

Él asintió, resignado.

—Buen argumento.

Evie echó un trago de aquel líquido asqueroso con el que le habían llenado la jarra de madera y empezó a inspeccionar la habitación.

—Entonces, ¿dónde se esconde el tabernero que en sus ratos libres se dedica a fabricar relojes… para bombas?

—Va a venir. —Su boca formó una línea sombría—. Siempre llega unos minutos después de las ocho.

—¿Ya había venido a este sitio antes? —preguntó ella con un tono de sorpresa.

—No, pero mi gente sí.

Ah, sus guardias.

—No pretendo quejarme, pero ¿qué hago yo aquí? —Llevaba todo el día dándole vueltas. En los últimos meses había descubierto que tenía muchos talentos ocultos, pero, para sorpresa de nadie, entablar conversación en un entorno social no era uno de ellos.

—*Usted* sí que había venido antes —dijo él en tono acusatorio.

—¿Cómo lo…? Da igual. ¿Y qué pasa? —replicó ella.

—Que un desconocido llegue aquí, solo, y pida ver al tabernero levantaría sospechas, y no quiero que quede ningún cabo suelto.

Pensó que estaba exagerando, pero cuando miró al resto de la sala, había varios ojos curiosos puestos en ellos, en *él*. O quizá lo que pasaba era que toda esa gente estaba tan obsesionada con la cara de Trystan como lo estaba Evie.

¡No te obsesiones con la cara de tu jefe, Evie!

—Pero ¿por qué yo? —insistió—. Seguro que otros de sus empleados han frecuentado también este local.

Evie no estaba segura de por qué le importaba, pero era adicta a sentirse útil. Si no, ¿qué valor tenía?

—Porque ahora mismo hay muy pocos en los que pueda confiar y resulta que usted es uno de ellos.

Cualquier halago que pudiera sentir ante aquella afirmación se esfumó cuando vio que clavaba la mirada en el anillo de oro tatuado en su dedo.

No es que quisiera confiar en ella, es que tenía que hacerlo. No estaba segura de por qué esa diferencia le resultaba tan desagradable, pero así era.

Se esforzó por esbozar una amplia sonrisa y dio otro trago.

—Así que, cuando la gente le ve con alguien como yo, tan ordinario, ¡puf! Adiós interés —dijo Evie riendo entre dientes ante aquella descripción tan acertada, pero se quedó de piedra cuando levantó la vista y vio que la mirada de su jefe se había vuelto fría.

—La gente tiene una tendencia crónica a subestimarla. —Se quitó la capa, por fin, y mostró la camisa de lino almidonado color hueso que llevaba debajo. En contraste con el pelo y los ojos oscuros, aquella camisa era un claro esfuerzo por pasar desapercibido y funcionó igual de bien que un nido de cigüeñas sobre un campanario… en llamas—. Vamos a usar eso a nuestro favor.

—Lo dice como si usted no formara parte de esa gente —contestó ella mientras jugueteaba con un mechón de pelo, nerviosa.

—Nunca cometería el error de subestimar a una mujer como usted. Las consecuencias serían fatales. —Sus ojos eran lava pura y su barbilla firme e inflexible.

A Evie el corazón le latía con fuerza en el pecho. Era el mejor cumplido que le habían hecho nunca.

Pero salió de su ensueño cuando la espalda de El Villano se enderezó y todo él se tensó.

—Ya está aquí.

Evie giró la cabeza, a pesar de que él le susurró que no lo hiciera. Vio a un hombre tan distinto de lo que se había imaginado que se tuvo que morder el labio para no mostrar su sorpresa. El tabernero era joven, de rostro amable y con hoyuelos en la barbilla. Esbozaba grandes sonrisas y parecía amigable.

—¿Es ese? —preguntó Evie con incredulidad.

—Llámelo y dígale que venga, como si lo conociera —le pidió el Villano, sin apartar los ojos de aquel hombre al otro lado de la sala, que ahora saludaba y sonreía a los clientes.

—Ni siquiera sé cómo se llama —replicó ella.

—Malcolm —dijo El Villano con veneno detrás de cada sílaba—. Solo tiene que decirle que venga en un tono casual, como por ejemplo…

—¡Malcolm! ¡Acércate! —gritó Evie levantándose ligeramente de la silla y ahuecando las manos alrededor de la boca.

El Villano se llevó dos dedos a la sien.

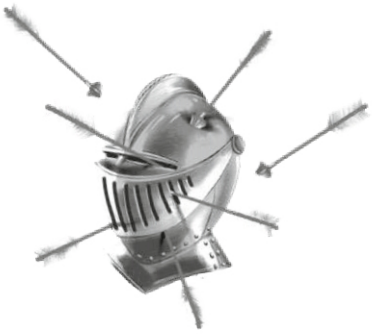
—Me doy rabia a mí mismo por haber querido intentarlo siquiera.

Evie hizo caso omiso de la gente que la miraba con cara de pocos amigos por haber llamado su atención. Le sacó la lengua a uno de ellos y pensó que su jefe se iba a desmayar.

Malcolm levantó la vista de entre el grupo de hombres cuyos ojos centellearon al verla, cogió una jarra de cerveza y se dirigió hacia ellos.

Llegó a su mesa en un abrir y cerrar de ojos y, con una sonrisa jovial en la cara, dijo:

—¡Buenas noches, señorita! —Pero se le borró la sonrisa al percatarse de quién la acompañaba—. Por el amor de los dioses. —Los ojos de Malcolm se abrieron de par en par—. ¿Qué cojones haces aquí, hermano?



CAPÍTULO 13

EL VILLANO

Su hermano lo miró con desdén, lo cual era de esperar, teniendo en cuenta que la última vez que se vieron Trystan intentó ensartarlo con una lanza.

En realidad, así solían ser la mayoría de sus interacciones.

Incluso en ese momento, sentía un impulso abrumador al recordar que su hermano era el responsable de que hubieran puesto un explosivo en su despacho, de que todo por lo que había trabajado casi volara en pedazos, de que estuviera a punto de matar a…

No, no iba a pensar en eso.

Ella seguía viva, respirando frente a él, con los ojos muy abiertos y llenos de confusión y con un vestido que él se negaba a mirar ni un segundo más porque no quería partir la mesa que tenían delante por la mitad.

Trystan se puso en pie y entrecerró los ojos. Era un poco más alto que su hermano.

—He pensado que ya iba siendo hora de tener una pequeña charla —dijo con sorna.

Los ojos marrones de Malcolm seguían muy abiertos y empezaban a mirar detrás de los hombros de Trystan.

—¿Sobre qué? ¿Sin lanza esta vez?

—Sabes perfectamente que no la necesito si quiero hacerte daño.

La mirada de Malcolm se ensombreció.

—Créeme, hermano, lo sé.

Recordarle la naturaleza destructiva de la magia de El Villano ya no le dolía como antes. En su lugar, había ira. Los ojos de Sage se turnaban entre el uno y el otro mientras trataba de seguir el hilo.

—¿Sabes por qué estamos aquí? —preguntó Trystan, sombrío.

Se dio cuenta de su error en cuanto la palabra salió de sus labios. *Estamos*.

La atención de Malcolm se dirigió hacia Evie. Ella ni se inmutó.

—No sé por qué estás aquí, pero me encantaría conocer a esta arrebatadora muchacha que has traído contigo.

Su hermano levantó la delicada mano de Evie y apretó los labios contra el dorso.

Ella se rio con nerviosismo y Trystan se preguntó cómo lo haría su hermano para seguir sirviendo copas después de que le separara la mano de la muñeca y se la lanzara al otro lado de la sala.

—Me llamo Evie. —Sus ojos se desviaron hacia los de Trystan. Le estaba preguntando algo, pero él no supo distinguirlo—. Soy su… Soy la asistente de su hermano —sentenció con cautela, como si no estuviera segura de que aquella fuera la respuesta correcta.

A juzgar por la intriga que despertó en Malcolm, no lo fue.

—¿Su asistente? —Malcolm volvió a centrar su atención en Trystan, que se había llevado las manos a los costados en un esfuerzo por no darle un puñetazo—. ¿Tan bien van los negocios?

La mirada de Trystan recorrió la concurrida taberna.

—No soy el único, al parecer.

Malcolm dio un paso atrás extendiendo las manos.

—No me puedo quejar. Más cerveza, mujeres y juegos de cartas de los que jamás habría podido desear. Alguien como yo no puede pedirle mucho más a la vida.

Trystan se atrevió a sonreír, aunque estaba seguro de que Malcolm podía percibir la malevolencia en la curvatura de sus labios.

—No te subestimes; tu habilidad para fabricar relojes es digna de admiración.

Las fosas nasales de Malcolm se hincharon y una emoción indescifrable le cruzó el rostro. ¿Culpa? ¿O vergüenza por haber sido descubierto?

Ardía en deseos de arrojar a su hermano contra la pared y ver cómo se le escapaba la vida de los ojos, pero sabía que había una estrategia para los traidores, sobre todo cuando se trataba de un familiar. Quería que su hermano sufriera como una rata atrapada en una trampa. Se regodearía con ello, lo disfrutaría hasta límites indescriptibles.

Malcolm debió de captar la sed de sangre en sus ojos, porque dio un cauteloso paso atrás.

—Venga ya, Trystan. No sé lo que crees que sabes, pero te aseguro que te equivocas.

Trystan sintió el poder oscuro latente en su interior. Salió en busca de todos los puntos débiles de su hermano. La niebla gris invisible rodeó su cuerpo, dejando pequeños rastros de luz de colores en todos los lugares donde podía infligir dolor. Cuando se disipó, vio la luz azul que le rodeaba la rodilla. Una herida que se había hecho de pequeño y que, si golpeaba de cierta forma, le causaría un daño inmenso y permanente. Como siempre, el punto al lado de la yugular de su hermano brillaba en negro: el punto mortal. Si atacaba ahí, moriría en cuestión de segundos.

No debería haber traído a Sage.

Trystan quería matar a Malcolm, pero era una pena que su asistente tuviera que presenciarlo. No estaba seguro de por qué le había propuesto que viniera de primeras; podría haber encontrado fácilmente una manera de infiltrarse en la taberna y pasar desapercibido sin su ayuda. Pero tenía la sensación de que tomaba mejores decisiones cuando ella estaba cerca; era menos impulsivo, más estratégico. Ella lo estabilizaba como un ancla a un barco que va a la deriva, y él no podía resistirse a tenerla cerca para no dejarse llevar demasiado por su odio.

Se atrevió a mirar en su dirección, pero supo que era una pésima decisión en el momento en que posó su mirada en su rostro, carente de cualquier muestra de miedo.

Nunca veía miedo en su cara. Y aquello lo desarmaba y lo confundía, lo suficiente como para sacarlo de las sombras de su poder y soltar el control que tenía sobre su hermano, que cayó de rodillas entre jadeos. La taberna permaneció imperturbable. A simple vista, Trystan apenas había movido un dedo.

—¡Ibas a matarme! —le acusó Malcolm, aún jadeando y con la cara desencajada tras haberse dado cuenta.

Trystan se inclinó sobre su hermano y se contuvo las ganas de escupirle.

—Es lo mínimo que te mereces después de la imprudencia que cometiste.

Malcolm se puso en pie y empujó a Trystan por los hombros.

—¡No sé de qué coño me estás hablando!

Él apenas se había movido un centímetro tras el empujón de su hermano.

—Acabas de cometer un error —gruñó, y levantó el puño para asestarle un golpe.

Pero entonces sintió que una mano cálida envolvía la suya y la bajaba. La descarga eléctrica que le subió por el brazo al notar ese contacto lo desarmó por completo.

—Señor, si va a asesinar a su hermano, ¿puedo sugerirle que no lo haga en un lugar lleno de testigos? —La voz de Sage no iba acompañada de censura, solo de preocupación y tal vez un toque de curiosidad.

Estiró los músculos del cuello para poder salvar la diferencia de altura y mirar a su asistente. Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa tranquilizadora mientras seguía rodeándole el puño con la mano. Casi se le doblaron las rodillas cuando sintió que movía el pulgar por el dorso de la mano para acariciarlo.

Se aclaró la garganta y apartó la mano, estirando los dedos para aliviar la sensación.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado? —le preguntó a su hermano.

—Una forma muy creativa de decir «un lugar donde pueda matarte», pero ya que somos de la misma sangre y tienes a una mujer hermosa a la que entretener, supongo que te complaceré. —Malcolm se frotó la nuca, un gesto nervioso que Trystan le había visto hacer innumerables veces desde

que eran niños. Se sacudió aquel ápice de compasión—. Por aquí —dijo señalando con la cabeza las puertas detrás de la barra—. Cruzando la cocina, al fondo.

Trystan se giró hacia Sage con la intención de decirle que…

—Yo también voy —saltó ella, justo cuando él había abierto la boca para hablar—. No me diga que me quede aquí. No cuando me ha hecho venir durante el fin de semana y no se ha molestado en decirme que era a su hermano a quien veníamos a ver.

Se estremeció al oír ese tono cortante, tan extraño y poco común viniendo de ella.

—¿Está… enfadada?

No estaba seguro de que Evie fuera capaz de sentir esa emoción. Aquel acontecimiento le resultaba interesante y, por la forma en que su cuerpo reaccionó cuando ella arrugó la nariz, también un inconveniente.

—¡Claro que estoy enfadada! —Puso los ojos en blanco y se llevó las manos a las sienes. Tenía las mejillas enrojecidas—. ¡Me ha mentido!

—No le he mentido —contestó él como si nada—. Solo he ocultado parte de la verdad.

—Es lo mismo.

—No, no lo es. —Trystan notó que se le fruncía el entrecejo por la confusión—. Mentir habría sido decirle que íbamos a un baile de máscaras a conocer al rey de las hadas.

Sage dio un paso atrás y entrecerró los ojos.

—Ese ejemplo ha sido *muy* específico. —Inclinó la cabeza y la comprensión afloró desde detrás de los ojos azul claro—. ¿Tiene un fetiche con el rey de las hadas?

El hecho de que momentos antes hubiera estado a punto de asesinar a su único hermano y que ahora se le acusara de tener fantasías sexuales con criaturas con las que ni siquiera se había llegado a topar le arrancó una carcajada indeseada.

Ocurría tan poco a menudo que el sonido resultaba extraño, incluso para sus propios oídos. Era un ruido ronco y oxidado, como el marco de una puerta de una casa vieja y abandonada.

No obstante, la alegría eclipsó cualquier resto de ira en los ojos de su asistente y aquello le hizo sentir como si se hubiera abierto una puerta con tanta fuerza que hubieran temblado hasta las paredes, y ahora no sabía ni por dónde empezar si quería cerrarla.

—¿Venís? —preguntó Malcolm.

Su voz rompió el hechizo que se había creado entre ambos, uno en el que solo eran dos personas con poco sentido común que se sonreían mutuamente.

—Sí, venimos —contestó Evie sonriendo con satisfacción al pasar junto a él.

Trystan cogió la capa que Evie se dejaba olvidada y se la colgó del brazo. Después empezó a seguirla de mala gana.

Malcolm hizo un gesto con la mano para que Sage cruzara la puerta de la cocina. Al ver cómo la oscura cabellera rizada desaparecía tras la puerta, se dispuso a seguirla, pero Malcolm le puso una mano en el pecho. Con un tono demasiado amigable, dijo:

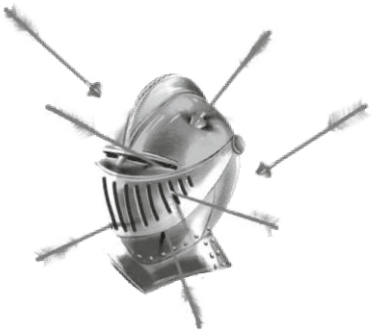
—Te has reído.

—Lo sé —respondió Trystan, y sacudió la cabeza con la esperanza de evitar que empezara a dolerle.

—Estás jodido.

Trystan empujó a Malcolm contra la puerta con fuerza. Después la atravesó y gritó tras él:

—Cállate.



CAPÍTULO 14

EVIE

Evie se quedó mirando los tablones de madera que cubrían la pared del fondo de la taberna, esperando a que los dos *niños* se reunieran con ella en la fría estancia.

Primero vio a su jefe, que, a la luz de las antorchas, parecía un dios de la muerte que venía a reclamar su alma.

Llévate mi alma y todo lo que quieras.

Se le escapó un hipo y gruñó para sus adentros:

—Demasiada cerveza.

El Villano la miró inquisitivamente.

—Era vino —la corrigió.

Evie bajó las comisuras de los labios y casi no se dio cuenta del momento en el que Malcolm se unía a ellos.

—Ay, dioses —murmuró.

Malcolm dio una palmada y señaló el espacio vacío y tranquilo que los rodeaba.

—Bueno, si vas a matarme, aquí sería un buen lugar, creo. Lo único que te pido es que te asegures de que estoy muerto antes de enterrarme.

Evie abrió la boca para objetar, pero Trystan ya había arrojado a Malcolm contra una pared y lo sujetaba con un brazo contra el cuello.

—¿Has colaborado con la persona que intenta sabotearme o es que todo es cosa tuya?

Malcolm balbuceó y empezó a ponerse morado.

—No sé de qué me estás hablando —dijo como pudo—. Si es por el reloj que vendí hace unas semanas, no tenía ni idea de para qué lo querían.

Una vena empezó a palpitar en la frente de El Villano y sus labios soltaron un gruñido.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque —jadeó Malcolm— soy tu hermano.

El Villano mantuvo el brazo en su garganta durante un rato más. Evie extendió una mano, insegura de qué hacer ante tal situación. Aparte de presenciar cómo su jefe asesinaba a un miembro de su familia que hacía una hora ni siquiera sabía que existía.

Pero antes de que la vida abandonara los ojos de Malcolm, Trystan lo soltó y se dio la vuelta con una rabia que apenas podía disimular.

Mientras tosía y se agarraba el cuello, Malcolm miró la espalda de Trystan con los ojos muy abiertos.

—No lo has hecho… Esta vez creía que ibas a hacerlo de verdad, Tryst.

—Yo también, imbécil. —El Villano se dio la vuelta y caminó hacia Evie como si estuviera aturdido. Le echó la capa sobre los hombros y le abrochó todos los botones hasta arriba.

—Hace frío —murmuró, y se giró hacia su hermano.

Evie apenas notaba el frío. Entre la mezcla del alcohol y el hecho de que su jefe acabara de hacer algo tan poco habitual, casi se cae de culo.

El Villano no vio la mirada de desconcierto de Malcolm, pero Evie sí.

—¿Así que me crees cuando digo que no tenía ni idea de para qué querían ese reloj? —preguntó Malcolm.

Trystan se volvió a girar hacia ella.

—¿Le parece que esté diciendo la verdad?

—Es *su* hermano… ¿Cómo quiere que lo sepa? —contestó ella parpadeando.

Evie percibió la inquietud detrás de sus ojos negros. Notó que necesitaba su ayuda, así que giró hacia donde estaba Malcolm y lo observó con detenimiento.

Miraba a su hermano con el tipo de reverencia que alguien mostraría ante el rey Benedict, pero intentaba disimularlo levantando la barbilla y apretando la mandíbula.

Evie dio un paso hacia Malcolm. Empezaba a ver el parecido entre ellos. Tenía rasgos que veía todos los días frente a un escritorio lacado en negro.

—Ese reloj que sabías que iba a ir conectado a un explosivo casi me mata.

Ambos hermanos inhalaron con fuerza. Ella continuó:

—Habría dejado atrás a un padre enfermo y a una hermana pequeña sin medios para subsistir. Así que voy a pedirte que seas sincero, porque tus acciones no solo estuvieron a punto de causar mi muerte, sino que también estuvieron a punto de condenarlos a ellos.

Se acercó aún más, sin apartar la mirada, mientras su voz sonaba firme y decidida.

—¿Lo sabías? ¿Sí o no?

Malcolm la miró fijamente a los ojos.

—No. No lo sabía.

Evie asintió y esbozó una leve sonrisa.

—Entonces, por favor, dinos lo que *sí* sabes, para que podamos averiguar quién lo hizo. Me gustaría tener una charla con él.

Él le correspondió con otra sonrisa, una genuina que no se parecía en nada a las sonrisas arrogantes que le había mostrado hasta entonces. Con la mirada puesta en Trystan, pero el dedo señalándola a ella, dijo:

—Me cae bien.

—Únete al club. Ahora escúchala y empieza a hablar —respondió él.

Evie intentó no sentirse ofendida por el sarcasmo que había en su voz.

Malcolm asintió y empezó a contarles una historia. Se notaba que había verdad en sus palabras.

—Un hombre vino a verme la semana pasada. Yo estaba un poco… ebrio.

—Estabas borracho como una cuba —interrumpió Trystan—. Continúa.

Evie se mordió el labio para no reír mientras el hermano continuaba.

—Cierto, bueno, el caso es que no le vi la cara. Llevaba una capucha y, como ya he dicho, yo no estaba muy fino. Me preguntó si todavía hacía mis «relojes especiales». Yo, vulnerable como estaba, le dije que tenía uno en mi oficina. Pagó en efectivo y eso fue todo; se lo llevó antes de que pudiera hacer ninguna pregunta. Me desperté a la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza y un inmenso arrepentimiento por no haber hecho más preguntas ni haber identificado al hombre antes de darle la clave para crear un artefacto tan letal. Juré no volver a venderlos después de la última vez, cuando esos horribles chiquillos decidieron utilizarlo para gastarle una broma a su abuela.

Evie ahogó un grito ante tal crueldad.

Porque ver a alguien asesinar a su hermano está bien, pero por poner a pobres ancianas en peligro no pasas, ¿no? ¿Es ahí donde está tu límite moral?

Malcolm continuó:

—Incluso pregunté a los demás clientes la noche siguiente, además de a mis trabajadores, pero nadie vio quién había debajo de esa capucha. Se movía como un fantasma.

Evie sintió una sensación de vacío y un escalofrío le recorrió la espalda.

Sin respuestas, sin nombre, sin una descripción siquiera. Lo peor era que, pronto, quienquiera que estuviera haciendo esto sabría que su intento había fracasado. Vería que no había conseguido acabar con quien pretendía y volvería a por él.

Evie no podía permitirlo.

—Tiene que haber más —dijo—. Seguro que recuerda algo más, por pequeño que sea. —Podía oír el tono de súplica en su propia voz y lo detestaba, pero estaba desesperada.

Malcolm negó con la cabeza, mirándola a ella y luego a su hermano, que estaba detrás.

—Os pido disculpas a los dos, de verdad. Tryst, sé que tenemos nuestras rencillas, pero hubo un tiempo en el que éramos uña y carne. Nunca te haría daño de verdad. Hay una razón por la que hemos intentado matarnos durante años y ninguno de los dos lo ha conseguido.

—¿Porque se te da mal matar? —espetó El Villano.

—No. —Malcolm soltó una carcajada, se acercó a su hermano y le puso una mano en el hombro—. Porque en realidad ninguno de los dos quiere hacerlo.

—Ah, no, yo sí he querido. Varias veces. Sueño con ello todas las noches, de hecho.

Su hermano sonrió con complicidad.

—Entonces, ¿cómo es que sigo vivo, hermano?

El Villano puso los ojos en blanco y se volvió hacia Evie, que estaba a punto de derretirse. Porque, para ser sincera, aquella escena era adorable. Dejando de lado las amenazas de muerte, claro.

—¿Lista para irnos? —le preguntó.

El vino o la cerveza o lo que quiera que fuera aquella bazofia le había dado a Evie demasiada confianza.

—Si ya ha terminado de jugar con su hermanito —respondió sin poder contener una sonrisa.

Él entrecerró los ojos y empezó a caminar hacia el otro lado de la estancia.

—Gracias por nada, Malcolm.

—Vuelve y tómate una copa otra noche. Te prometo que no venderé más explosivos a gente que tenga la intención de matarte —dijo con una sonrisa pícara—. Encantado de conocerla, Evie. Espero que vuelva pronto.

Evie le hizo una pequeña reverencia.

—Volveré cuando sus bebidas dejen de saber a vinagre podrido —dijo arrugando la nariz, y él se rio mientras ella se daba la vuelta para alcanzar a su jefe antes de que desapareciera en la noche.

Pero se detuvo en seco cuando Malcolm la llamó una última vez.

—¡Evie! —Se dio la vuelta hacia él. Tenía los ojos muy abiertos, tanto que casi logró ver cómo tomaba forma el recuerdo—. Tenía tinta azul brillante alrededor de las uñas. Cuando le di el reloj, vi que le brillaban las manos.

Su corazón se inundó de esperanza.

—¿Tinta azul brillante? Bueno, al menos tenemos algo.

Él asintió, claramente satisfecho, y llamó de nuevo a su hermano.

—Ambos sabemos quién la vende, Tryst. No es una coincidencia.

Evie le dedicó una última sonrisa y se fue corriendo tras su jefe. El frío del aire nocturno le dio vigor. El Villano avanzaba a paso de tortuga, hasta el punto de que tuvo que detenerse para seguir a su lado y no adelantarlo.

—¿Lo ha oído?

—Sí.

—¿Y? —insistió.

—Las manchas de tinta no dicen gran cosa, pero que fuera azul brillante… supongo que al menos nos deja una pista que seguir.

Empezó a dar pasos más largos a medida que se acercaba a unos grandes árboles. Su caballo negro lo esperaba debajo, leal. Pasó una mano entre los ojos del animal, de cuya boca salió un sonido de satisfacción.

—Tiene que ser magia, ¿verdad? ¿Qué tipo de tinta brilla? —Evie hizo una pausa, frotándose la barbilla, pensativa—. A menos que su hermano estuviera más borracho de lo que nos ha contado.

La mandíbula de El Villano se tensó, pero no dejó de acariciar suavemente al caballo.

—Ah, sí, eso seguro, pero no creo que se equivoque en esto. Tiene sentido, teniendo en cuenta todo lo demás.

Evie ladeó la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

Pero él ignoró su pregunta y tiró del caballo para adentrarse más en el bosque.

—¿Es seguro el camino hacia su casa?

Evie inclinó la cabeza hacia él, curiosa ante la preocupación que se sobreentendía en sus palabras, como cuando escribes en una hoja fina y la tinta traspasa a la siguiente.

—Sí, sé qué camino tomar. Está iluminado con farolas y es totalmente seguro.

Trystan asintió antes de montar al animal y después la miró con una expresión ilegible.

—Gracias por acompañarme esta noche.

Ella asintió con una sonrisa en los labios.

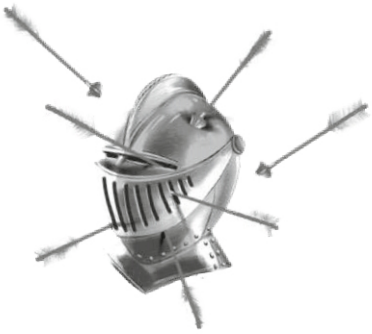
—Por supuesto, señor. Es mi trabajo.

Le dio la impresión de que él quería decir algo más, pero entonces cerró la boca con fuerza. Con un movimiento brusco de cabeza, dio media vuelta y se adentró en la noche, dejándola a ella en la oscuridad.

Pero mientras Evie caminaba hacia su casa, no pudo evitar sentir que él seguía cerca, asegurándose de que regresaba sana y salva. O tal vez solo eran fantasías provocadas por el exceso de vino. En cualquier caso, aquello hizo el trayecto más llevadero y le dibujó una ligera sonrisa en la cara.

Hasta que llegó a casa y se dio cuenta de que la persona que quería matar a El Villano no solo quería acabar con su vida. Había recurrido a su hermano, alguien cercano a él. Lo que quería era destruirlo.

Después de cambiarse y meterse en la cama, pasó horas ahí tumbada, con el estómago revuelto porque no podía parar de darle vueltas al mismo pensamiento: ¿y si el enemigo intentaba utilizarla también a ella para llegar hasta él?



CAPÍTULO 15

EVIE

El Villano nunca se perdía el amanecer cuando estaba ella por ahí.

Evie había decidido ir a la oficina temprano ese día. Había pasado el fin de semana en la minúscula biblioteca del pueblo. Había tragado mucho polvo mientras hojeaba todas aquellas páginas buscando cualquier cosa que pudiera encontrar sobre tinta mágica y explosivos. Pero la sección dedicada a esos temas era muy limitada y solo había un libro que tratara sobre magia.

Su pueblo era pequeño, por lo que, con el incremento de los precios, cada vez costaba más conseguir textos informativos sobre magia y pocas personas la desarrollaban. Había aún menos especialistas en magia, que eran quienes se encargaban de educar a los portadores. Documentaban el proceso y ofrecían asistencia cuando a alguien se le despertaba la magia para ayudar a comprender cómo funcionaba. Evie no conocía a ningún nuevo portador de magia en su pueblo, pero sabía que hoy en día tener un especialista era un privilegio del que no muchos gozaban fuera de Ciudad Radiante.

El libro que había conseguido encontrar en aquella triste pseudobiblioteca era inútil. Toda la información era genérica, cosas que uno

aprendía con solo escuchar lo que decía la gente. El colmo fue cuando llegó a los últimos cinco capítulos, en los que se explicaba cómo controlar la magia antes de que ella te controlara a ti.

Cerró el libro de un golpe y lo volvió a colocar en la estantería, ignorando la persistente sensación que tenía de que su madre y su espíritu rebelde estaban presentes. La magia no solo había tomado el control de Nura Sage, sino que la había destruido y, a su vez, había hecho que Evie dejara de sentirse segura y protegida. Su infancia había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Esto es lo que pasa cuando no lees libros con palabrotas.

El trinar de los pájaros la devolvió al presente y decidió que ese iba a ser un buen día.

Lyssa había pasado la noche anterior en casa de una amiga y el padre de Evie esa mañana se encontraba tan bien que pensó que era una buena idea dedicarse el tiempo extra a sí misma.

En un principio, su plan era salir a pasear un rato. La niebla matutina aún no se había disipado, lo que le daba a la atmósfera un toque gélido. No obstante, como una polilla atraída por una brillante llama, el deambular sin rumbo de Evie la llevó justo donde más quería estar: en el trabajo.

Qué vida más triste, Evie Sage.

No era el primer día que llegaba tan temprano, de vez en cuando iba a esa hora para ayudar con ciertas tareas o para registrar los envíos de armas a la mansión. Evie miró su reloj cuando vio que empezaban a aparecer colores en el horizonte. Sabía que la oficina estaría llena de gente antes de que el reloj diera las nueve y en el suyo aún no daban ni las cinco y media. Negó con la cabeza, tocó la reluciente barrera con las yemas de los dedos y esperó a que reconociera sus huellas. Acto seguido, se adentró en el lugar en el que se sentía más ella misma.

Cuando por fin terminó de subir las malditas escaleras, encontró a su jefe donde siempre estaba a esas horas de la mañana.

El gran balcón se encontraba justo un piso por debajo de la oficina principal y, hasta donde Evie sabía, casi nadie salía ahí. Probablemente porque se accedía a él a través de la gran sala de entrenamiento para los guardias y el resto del personal. Pensó que debía de ser difícil encontrar

tiempo para disfrutar del aire fresco entre trifulca y trifulca. Sus grandes ventanales de cristal eran transparentes, a diferencia de las vidrieras del resto de la mansión, y daban mucha luz al espacio cuando daba el sol. Las puertas, chapadas en madera blanca, eran tan altas como los techos abovedados y, en vez de estar cerradas, que era lo más habitual, en ese momento estaban abiertas de par en par.

Evie no tenía forma de saber que eso era lo que hacía El Villano todas las mañanas, pero las pocas veces que estaba en la mansión a esa hora, cuando los rayos del sol empezaban por fin a rozar la barandilla de piedra gris, ahí estaba él.

Como no quería molestarlo, Evie se dio la vuelta y empezó a alejarse lentamente de puntillas.

No había dado ni tres pasos cuando escuchó:

—Sage, si quería acercarse sigilosamente, quizá debería haber llevado zapatos más silenciosos.

Evie frunció el ceño y se giró. La estaba observando y eso casi la deja sin aliento. La camisa negra le quedaba tan holgada que el cuello en V le dejaba al descubierto la mayor parte del pecho, lo que revelaba mucho más que unos pocos músculos. Pero fue pelo lo que hizo que Evie abriera los ojos como platos.

Estaba despeinado por haber dormido y, aunque Evie lo había visto en diferentes estados, nunca lo había visto así, libre de ataduras, un poco salvaje. Al menos desde que ella lo había conocido. La barba incipiente estaba algo más larga de lo habitual y Evie deseaba en silencio que apareciera el hoyuelo.

—La gente que quiere acercarse con sigilo a otra gente no suele andar en dirección contraria, señor —dijo Evie mientras levantaba una ceja.

Resistió el impulso de preguntarle qué había hecho durante el resto del fin de semana, después de que conocieran a su hermano. Pero entonces él empezó a caminar hacia ella y Evie se puso tensa cuando vio la luz dorada de la mañana posarse en su mejilla, iluminándole solo la mitad del rostro.

—A menos que estén tratando de ganarse tu confianza. Que estén intentando que mantengas la calma y la guardia baja para, entonces, poder atacar —replicó él levantando un poco la comisura del labio.

Ningún hoyuelo a la vista.

Maldita sea.

La sonrisa de Evie se ensanchó.

—¿Está diciendo que le hago sentir calmado y que conmigo puede bajar la guardia, señor? —Ladeó la cabeza y lo miró con condescendencia—. Qué tierno.

Él negó con la cabeza y la miró muy serio, aunque ella no entendía por qué.

—Desde que la conozco, estoy más inquieto de lo que nunca había estado, Sage.

Y entonces apareció el hoyuelo.

Los colores del amanecer empezaban a extenderse por el resto del rostro y le bajaban por la espalda, iluminándolo desde dentro hacia fuera.

El Villano sacudió la cabeza como si saliera de una ensoñación y pronunció las que Evie creía que eran sus palabras favoritas:

—Tráigame una taza del brebaje de Edwin, Sage.

Después de dejar lo que, para ser honestos, no era más que azúcar líquido sobre el escritorio de su jefe, aún faltaba mucho para que llegaran el resto de trabajadores, así que Evie se tomó la libertad de hacer lo que más le gustaba: deambular por la cocina. Empezó a comer una de las últimas creaciones de Edwin mientras se tomaba el brebaje matutino. Era un dulce de masa frita en forma de anillo. Lo había glaseado y Evie estaba segura de que nunca había probado algo tan rico.

Su siguiente mordisco fue interrumpido por una serie de golpes y los gritos de indignación de Blade.

El dragón está despierto.

Evie llenó una segunda taza con el brebaje para su amigo y se dirigió al patio trasero para decirle hola. Vio a Blade y al dragón casi enseguida.

La criatura era enorme, con relucientes escamas de color púrpura y verde intenso que le recorrían la espina dorsal de arriba abajo. Sus ojos estaban desorbitados mientras tiraba e intentaba zafarse de su collar, mientras Blade forcejeaba con una mano puesta en la cadena y la otra extendida para intentar calmar al pobre bicho.

—Hola, Blade. Hola, Dragóóón.

Las últimas palabras fueron más bien un alarido porque la criatura se había abalanzado sobre ella. Se detuvo cuando Blade se puso enfrente y le dijo:

—¡No! ¡Los amigos no se comen; ya hemos hablado de esto!

El dragón se calmó un poco ante la reprimenda de Blade. Se apartó de ambos y se dejó caer bajo la sombra de uno de los balcones más altos, haciendo temblar el suelo bajo él.

—Siento el alboroto —dijo Blade, y le dedicó una amplia y deslumbrante sonrisa.

Su chaleco era como la rosa más rosada del jardín y sus pantalones de cuero eran de un rojo vivo, lo cual hacía una combinación extraña pero encantadora.

El corazón de Evie se había ralentizado lo suficiente como para poder sonreír, aún temblando, y entregarle el cáliz de cerámica que le había traído, pensando que era un milagro que no se hubiera derramado ni una gota.

—¡Eres un sol! —Blade le devolvió la sonrisa y levantó la taza como para darle las gracias.

—¿Cómo es que está tan nervioso esta mañana? —Evie enarcó una ceja y miró al animal.

Habría jurado que vio cómo le devolvía la mirada y ponía los ojos en blanco.

¿Me está juzgando un lagarto grandullón?

—Ha visto un ratón —contestó Blade muy serio, y Evie estalló en carcajadas.

—¿Vamos mejorando en lo de volar? —le preguntó una vez hubo recuperado la calma.

El pánico cruzó la cara de Blade, pero inmediatamente después volvió a su expresión chulesca habitual.

—Ah, sí, no te preocupes. Volar, volará, lo único que se está tomando su tiempo, eso es todo.

—¿Y qué tal va lo de escupir fuego?

El rostro de Blade permaneció inmutable, pero Evie se dio cuenta de cómo cerraba el puño.

—Estornudó lo bastante fuerte como para encender unas velas la semana pasada.

Evie enarcó una ceja y esbozó una sonrisa alentadora.

—Bueno, algo es algo, ¿no?

—En realidad, Evie, ¿te importaría ir a mis aposentos y traerme el libro que trata sobre eso? Iría yo, pero no me gusta dejarlo solo cuando está así —le pidió Blade, dirigiendo una mirada acusadora hacia el animal.

—Por supuesto, pero ¿dónde están tus aposentos? —contestó Evie mientras echaba un vistazo a su alrededor.

Blade señaló con el dedo hacia unas escaleras de caracol que había en el lado oeste de la mansión.

—Si subes por ahí te llevarán directa. Debería estar en mi mesilla de noche. Es rojo con letras doradas en la cubierta.

Evie asintió y Blade le dio un beso en la mejilla.

—¡Me salvas la vida, mi dulce Evie!

—Iré, pero para ya —dijo Evie riendo entre dientes y haciendo ademán de limpiarse el beso de la piel.

Se dio la vuelta y se fue en dirección a la escalera de caracol. Una vez arriba, se encontró con una puerta y la empujó con cuidado para abrirla, revelando una habitación pequeña pero acogedora.

Había un escritorio de madera pegado a la ventana, junto a un estrecho somier que Evie sabía que crujía con solo mirarlo. Sonrió al ver un pequeño dragón de lana sobre la mesilla de noche, junto a una vela de cera que casi había consumido toda la mecha.

Evie hizo un sonido de victoria cuando vio el libro de color burdeos con el título: *Entrenamiento de criaturas mágicas para principiantes*. Negó con la cabeza y cogió aquel armatoste. Se dio cuenta de que Blade debió de maquillar su currículum en la parte que hablaba de sus «experiencias de élite» con criaturas mágicas de todo tipo si esto era lo que leía antes de irse a dormir. Se guardó el libro bajo el brazo, enderezó el dragón de lana, que parecía llevar muchos años recibiendo cariño, y se giró hacia la puerta.

Pero entonces la luz que entraba por la ventana se reflejó en un pisapapeles dorado que asomaba por debajo del escritorio de Blade. Evie se acercó y se inclinó para recogerlo y colocarlo en su sitio y, justo entonces,

vio que tenía un trozo de pergamino debajo. Al inclinar la cabeza y sostener el pergamino frente a la ventana, se quedó paralizada.

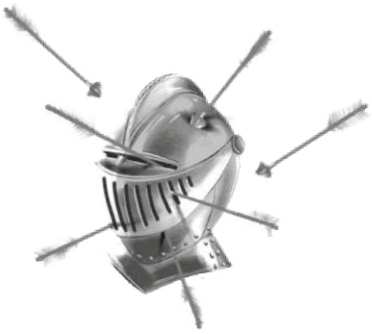
Era una carta de solicitud de empleo y el nombre firmado en la parte inferior hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Rey Benedict.

El corazón de Evie empezó a latir con fuerza mientras leía el certificado. ¿Blade? No podía ser Blade; ¿por qué haría tal…?

Una mano se cerró sobre su boca y Evie se quedó de piedra.

—Por favor, no grites.



CAPÍTULO 16

EVIE

Evie no gritó.

Sin embargo, alzó el brazo y le dio un codazo a Blade en el estómago.

—¡Ay! —gruñó Blade mientras la soltaba para poder doblarse de dolor.

Evie se dio la vuelta con el certificado en la mano.

—¿¡Se puede saber qué es esto!?

—No es lo que piensas, ¿vale? ¿Me dejas explicártelo? —Los ojos de Blade se movían de aquí para allá, presos del pánico—. Por favor, no se lo digas al jefe, Evie. Te lo ruego.

Su desesperación era palpable y a ella, por un momento, le dio lástima, pero un segundo después Blade hizo ademán de lanzarse para arrebatarle el certificado de las manos. Ella se agachó rápidamente para escapar y la mano de Blade acabó dándole una bofetada en la mejilla.

—¡Ay! —gritó Evie. Blade se echó hacia atrás con una expresión de horror—. ¡Me has dado en la cara!

—¡Lo siento mucho, ha sido un accidente! ¿Estás bien? —preguntó mientras se acercaba a ella, pero Evie dio un paso atrás.

—Me has dado en la cara —repitió con una mano en la mejilla.

—¡Lo sé, lo siento! —dijo Blade con ambas manos a los lados de la cabeza—. Vale, a ver. —Tragó aire y le acercó la cara—. Devuélvemela. No te cortes.

Evie lo miró con exasperación.

—No pienso pegarte.

Blade la miró con ojos de desesperación.

—¡Sí! ¡Hazlo! Me lo merezco.

—Blade, no voy a…

—¡Pégame! —suplicó a gritos.

—¡Que no! —sentenció Evie alzando los brazos—. Esto es ridículo. ¿Por qué tienes esto? —Levantó la carta y esperó.

Y esperó.

Y siguió esperando.

Entonces Blade suspiró y se sentó en su cama, que, efectivamente, crujió bajo su peso, y la miró con una sonrisa avergonzada.

—Pues, verás, resulta que eso de que encontré el huevo de dragón cuando estaba de excursión por el este no es del todo cierto.

Evie frunció el ceño tratando de encontrarle sentido a sus palabras.

—Ah, ¿no?

Blade cogió el dragón de peluche de la mesilla y empezó a tirar con nerviosismo de los bordes deshilachados.

—Me crie en Ciudad Radiante.

—Creía que eras de la costa. —El cerebro de Evie estaba frito, el pico de adrenalina la había dejado mareada ahora que se estaba calmando.

—Mentí. Tuve que hacerlo —admitió Blade, y ella juraría que vio cómo sus ojos marrones se llenaban de lágrimas—. Necesitaba un lugar donde llevar al dragón, un sitio lo bastante grande para esconderlo y protegerlo. El jefe nunca me habría contratado si hubiera sabido la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Que trabajabas para el rey Benedict?

—¡No! —contestó Blade—. No, para nada. Me crie en Ciudad Radiante y mi padre trabajaba como asesor político del rey. En realidad, nunca lo llegué a conocer, solo lo vi un par de veces cuando era pequeño. Detestaba todo aquello.

Evie tenía más preguntas y se le retorcía el estómago por los nervios, pero esperó a que Blade terminara.

—Mi padre estaba muy involucrado en la corte y quería que yo también lo estuviera. Tenía la esperanza de que en algún momento empezaría a interesarme por el entramado político del reino, que sentiría inquietud por cosas que no fueran los bichos. Sin embargo, nunca he entendido a la gente tan bien como entiendo a los animales.

Evie se cruzó de brazos, negándose a sentir simpatía por él por si planeaba hacerle daño a su jefe.

—Yo tampoco entiendo a la gente, pero eso no justifica que la traicione.

Blade resopló mientras negaba con la cabeza.

—Evie, se te da genial la gente. Le caes bien a todo el mundo.

—¡Tú también le caes bien a todo el mundo! —lo interrumpió Evie, confundida.

—Claro, y a mí me caen bien también, pero la realidad es que no entiendo a las personas —continuó Blade mientras frotaba la punta de su bota contra el suelo de madera—. En cambio, a los animales siempre los he entendido. Tienen reglas, hacen exactamente lo que su instinto les dice que hagan y viven con ello. Son honestos.

Evie levantó la carta de nuevo.

—Menuda ironía.

—¡Lo sé! —Blade soltó un quejido y se pasó la mano por los ojos—. Creía que mi padre se había dado por vencido con eso de querer que trabajara para la corte, pero hace unos meses me insistió para que fuera con él y, al menos, *asistiera* a una reunión. Así que lo hice y fue aburrido. No presté atención, mi concentración iba y venía, hasta que uno de los tesoreros de Rennedawn empezó a hablar de que el reino ganaría una gran suma de dinero con la venta de un huevo de dragón a un reino lejano del que nunca había oído hablar.

Evie empezó a entender por dónde iban los tiros.

Blade continuó:

—No podía creer que tuvieran un huevo de dragón de verdad y que fueran a cambiarlo por… ¿qué? ¿Dinero? —Negó con la cabeza—. No podía parar de pensar: *Si yo tuviera un huevo de dragón, nunca lo*

regalaría. *Haría todo lo posible para asegurarme de que el animal estuviera a salvo y recibiera cariño*. Pero entonces sacaron el huevo.

Evie se acercó y se sentó a su lado, ignorando el escozor de la mejilla.

—Nunca me había sentido tan atraído por algo en toda mi vida, necesitaba poseerlo. Era mío; lo sabía desde antes de que lo pusieran sobre la mesa. Sabía que tenía que llevármelo. Tenía que llevármelo y desaparecer con él.

—¿Le robaste el dragón… al rey? —preguntó Evie. Su corazón comenzó a latir con furia.

—Me enteré de qué día lo iban a transportar, me colé y mentí. Cuando llegué les dije que había ido por un tema de negocios de mi padre. Esperé a que todo el mundo estuviera distraído, cogí la caja con el huevo y me lo llevé. Nadie me paró, nadie me dijo nada, y me fui.

—Y viniste aquí —concluyó Evie.

—Había oído hablar a mi padre sobre El Villano, así que sabía que era la única persona que no temía al rey. Por supuesto, por la forma en que ese grupo de vejestorios hablaba de él, me daba un poco de miedo lo que me iba a encontrar. Pero era demasiado importante como para no intentarlo. Cuando el dragón salió del cascarón, era aún más urgente, y cuando me enteré por el boca a boca de que se podía trabajar para él, redacté un currículum y el jefe me contrató ese mismo día.

—Blade, debes decirle la verdad. Tiene que saberlo. Puede que este sea el motivo por el cual… —Evie cerró la boca antes de que se le escapara demasiada información y se levantó para caminar por la habitación.

—¿Por el cual alguien está tratando de sabotearlo? —adivinó Blade.

Evie se lo quedó mirando boquiabierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Los becarios se han dado cuenta… y no hacen más que hablar —dijo Blade riendo entre dientes, y Evie se puso tensa.

—¡No tiene gracia! ¡Por un momento he pensado que eras tú, idiota! —Evie cogió una almohada que estaba contra la pared y se la tiró a la cabeza.

—¿Yo? —Blade se agachó para esquivar la almohada y se rio—. No sería capaz de hacer tal cosa ni aunque me lo propusiera.

—¡Pero si ya le has colado una enorme mentira! —insistió Evie.

—No es enorme, es solo una mentirijilla. Más bien he maquillado la verdad. En realidad nunca le dije al jefe de dónde había sacado el huevo, y él tampoco me preguntó, así que creo que es mejor que mantengamos esto entre nosotros, por favor, Evie.

Ella respiró hondo y consideró qué opciones tenía.

—Te creo —dijo—. De verdad que sí. Pero no podemos ocultarle esto al jefe, Blade. Si lo acaba descubriendo él mismo, lo cual es muy probable, tú parecerás todavía más culpable.

Blade suspiró y abrazó al dragón de peluche un poco más fuerte.

—Lo sé, lo sé. ¿Puedes darme un poco de tiempo? ¿Y podrías hablar antes tú con él para preparar un poco el terreno?

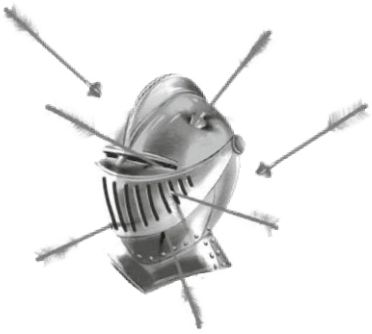
Evie se guardó la carta en el bolsillo de su vestido verde pastel. No creía que Blade fuera el traidor, pero no quería arriesgarse a devolverle aquel papel por si acaso.

—No puedo preparar el terreno con El Villano, Blade, no tengo tanto poder. Díselo, y no tardes o lo haré yo.

Evie salió por la puerta y empezó a bajar las escaleras de caracol, pero antes de marcharse oyó que Blade murmuraba algo en voz baja. No pudo distinguir del todo las palabras, pero le pareció que decía algo así como:

—Todavía no te has dado cuenta, ¿a que no?

Se le retorció el estómago al preguntarse si seguir confiando en sus amigos sería lo que acabaría con todos.



CAPÍTULO 17

EVIE

—No.

El Villano suspiró y Evie sintió una suave punzada de compasión al ver el cansancio en sus ojos.

—Tatianna, no me hagas repetírtelo. Deja a un lado tus vendettas infantiles y entra a hablar con Clarissa.

Los tres se encontraban sobre un campo de césped con flores de colores, lejos de la mansión.

El sol brillaba sobre sus cabezas y aportaba un calor al ambiente que hacía que Evie quisiera tenderse en la hierba y absorberlo como si fuera una flor.

—¿Me vas a dar tú lecciones sobre vendettas infantiles, *Villano*?

Tatianna enfatizó la palabra como si se hubiera atragantado. Las cuentas amarillas que adornaban sus trenzas reflejaban la luz del sol. Evie se apartó y observó a aquellas dos personas tan bellas que estaban a punto de matarse con cierta diversión.

—¿Seríais tan amables de decirme quién es Clarissa? —intervino Evie.

Ambos giraron la cabeza hacia ella y la fulminaron con la mirada. Dio un paso atrás.

Había hecho todo lo posible para dejar de pensar en el enfrentamiento con Blade. El chico acabaría contándoselo al jefe y, llegado ese momento, ella se interpondría para que El Villano no lo matara allí mismo. Pero eso era un problema para la Evie del futuro.

Después de volver a su mesa aquella mañana, había tenido tiempo de ordenar los documentos que los duendecillos reorganizaban cada dos días. Después vino su jefe y le pidió que lo acompañara a la pradera de Rosewood, la parte del bosque de Hickory donde crecían las plantas más mágicas y curativas. Había la teoría de que uno de los dioses, Ashier, había derramado por accidente una gran cantidad de pigmento mágico en esa zona cuando él y el resto de dioses y diosas estaban pintando las tierras. La pradera Rosewood tenía una abundancia de magia y de colores asombrosamente vivos.

A pesar de que Evie había escuchado hablar sobre su esplendor, estuvo a punto de declinar la invitación. Quedarse en la oficina era la única forma que tenía de enterarse de cosas por los demás trabajadores. Pero cuando miró a su jefe, le pareció ver un destello de vulnerabilidad en su petición. Así que aceptó tan rápido que le dio hasta vergüenza.

Se sorprendió cuando, al salir de la mansión, se encontró a Tatianna apoyada en un árbol cercano y con cara de preferir arrancarse las pestañas una a una antes que participar en aquella pequeña excursión.

Llevaban más de una hora caminando en un silencio sepulcral y eso para Evie era una verdadera tortura. Quería hacer muchas preguntas, pero había tanta tensión en el aire que no quería tirar más de la cuerda. Cada vez que le venían ganas de decir algo, se mordía la lengua con fuerza.

—Clarissa es la única persona en el reino de Rennedawn que vende esa tinta que vio Malcolm —dijo El Villano con los brazos en jarra mientras daba un paso decidido hacia la curandera.

Evie se asomó por encima de su hombro para contemplar la pequeña cabaña que había detrás. Era rara, pero tenía encanto. La parte superior del tejado estaba desconchada y la habían invadido unas enredaderas cubiertas de setas que colgaban sobre una puerta de madera clara, con margaritas

amarillas pintadas en la parte exterior. Era justo como Evie se imaginaba que decoraría su propia casa.

Cuando se echó hacia atrás y miró a El Villano, la pregunta se le escapó de los labios como si fuera el agua que sale de una fuente.

—¿El fabricante de esa tinta es un duendecillo del bosque? —Estaba de broma, pero no del todo. La gente sabía que frecuentaban esa zona.

—Se podría decir que sí —murmuró Tatianna con amargura mientras alzaba la cabeza hacia el cielo y se cruzaba de brazos.

—Basta ya. Necesitamos que nos dé respuestas y necesito tu ayuda para conseguirlas. —La vena de su frente había resurgido y palpitaba por la frustración.

—Estás usando mi pasado romántico en mi contra —protestó ella levantando los brazos. La hierba pareció erizarse con el movimiento—. Y como escudo contra tu propia hermana.

Al oír eso, Evie ahogó un grito y le dio un manotazo en el brazo a El Villano.

—¡Tienes una hermana!

Él se frotó el brazo ahí donde ella le había dado el golpe, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Eso no es motivo de conmoción, Sage.

—¿Cómo que no? Todavía estoy haciéndome a la idea de que no salió de un huevo.

Él se mordió ambos labios. Claramente, no sabía qué responder a eso. Entonces Evie se giró hacia Tatianna.

—¡Y tú! ¡Sinvergüenza! Después de todos los secretos que he compartido contigo, ¿cómo no me cuentas que tuviste un amorío con la hermana del jefe?

Una sensación de ardor le subía por el cuello. Normalmente se sentía así cuando la excluían de una conversación o la hacían sentir que no era digna de recibir cierta información, pero no solía molestarle tanto como ahora. La sensación le recorrió todos los rincones el cuerpo hasta llegar a la garganta y allí creó un nudo que le fue imposible tragar.

—Clare no es un tema del que merezca la pena hablar. Es una bestia horrible y egoísta que lo único que sabe hacer es destrozarte el alma y

arrancarte la humanidad de los huesos.

La Tatianna tranquila y racional que Evie conocía se estaba desmoronando, y presenciar aquello hizo que a Evie le entraran ganas de abrazarla un poquito.

—También comía tierra cuando era pequeña. —La boca de El Villano estaba en una posición neutral, pero sus palabras escondían un inconfundible humor seco que hizo que Evie se tuviera que morder la lengua para evitar que Tatianna se la cortara.

—Eso solo pasó una vez. —Una voz suave como la nieve fresca había llegado flotando hasta ellos.

Los tres se giraron. La hermana de El Villano era una mujer alta, con aspecto debilucho, y Evie pensó por un momento que le habían mentido y que, de hecho, estaba viendo a un duendecillo del bosque.

Tenía el pelo oscuro cortado por encima de los hombros y recogido con rosas a los lados. Llevaba un vestido minimalista, una fina camisa marrón que le colgaba de los hombros y un corsé verde claro poco apretado que se ataba en la parte delantera. Iba descalza, avanzando por la hierba hacia ellos, con un brillo curioso en los ojos oscuros.

—¿Mi exprometida y mi hermano, al que nunca le veo el pelo, en una misma tarde? Tendré que abrir una botella de vino —dijo con voz cantarina mientras pasaba junto a ellos y abría la puerta de aquella casita.

Llevaba una cesta con plantas de aspecto extraño colgando del delgado brazo.

El Villano entró tras ella y su larga capa rozó los tobillos de Evie. Se le puso la piel de gallina. Inspiró hondo antes de agarrar la muñeca de Tatianna y arrastrar a la tensa mujer detrás de ella.

—Estáis en vuestra casa —dijo Clare cuando traspasaron el pequeño arco de la entrada.

Los ojos de Evie se abrieron de par en par al ver el interior. Fuera cual fuera el hechizo que tenía aquella casa, hacía que la estructura pareciera mucho más pequeña por fuera en comparación con el gran esplendor que tenía delante.

Aquella habitación tenía ventanas desde el suelo hasta el techo que daban a una gran sala de estar frente a una pared llena de estanterías.

Estanterías repletas de botellas y botellitas, muy parecidas a las de la consulta de Tatianna.

—Muy amable por tu parte, teniendo en cuenta que esta antes era *mi* casa —dijo Tatianna con una sonrisa mientras daba un vistazo a la sala con desdén—. ¿Has cambiado la decoración? No me gusta.

—Bien —dijo Clare con tono alegre y una expresión maníaca en la cara —. Eso es exactamente lo que quería conseguir cuando te fuiste.

—Cuando me echaste —corrigió Tatianna.

—¡Cuando decidiste trabajar para mi hermano! —La voz de Clare, antes suave, ahora sonaba más fuerte, aguda y un poco chillona.

—Eso fue después de que me echaras y me dejaras sin elección.

Una silla cometió el error de interponerse en el camino de Tatianna mientras se acercaba a Clare. Tuvo un final violento después de que Tatianna la barriera con tanta fuerza que chocó contra la pared y una pata se desprendió y cayó al suelo.

—¡Serás niñata! ¡Esa era mi silla favorita! —chilló Clare antes de lanzarse a por Tatianna, pero El Villano apareció detrás de ella y la agarró por los hombros para retenerla. No pudo zafarse por mucho que se agitó.

—Te compraré veinte sillas como esa si te calmas. —El tono imperativo de su voz era más suave de lo normal.

—No acato tus órdenes, imbécil, y desde luego no quiero tu dinero manchado de sangre. —Evie vio cómo su jefe se estremecía mientras su hermana le clavaba las uñas en las manos.

—Todo el dinero es dinero manchado de sangre —dijo antes soltarla.

Como Clare aún estaba haciendo fuerza, al quedar libre se cayó de rodillas. Tatianna dio un paso adelante instintivamente para ir a ayudarla y después volvió atrás.

Pero no antes de que Evie captara el sutil movimiento y sonriera con complicidad.

Al parecer, las cosas entre ellas estaban lejos de haber acabado.

—Hola, Clare. —Evie le tendió una mano a la mujer y la ayudó a ponerse de pie—. Soy Evangelina, la asistente de su hermano.

Los ojos de Clare brillaron con picardía mientras miraba a su hermano y esbozaba una sonrisa de complicidad.

—Por supuesto. Malcolm me ha hablado de ti.

Las mejillas de Evie se pusieron rojas como un tomate. Fuera lo que fuese lo que Malcolm le hubiera dicho, a juzgar por aquella mirada traviesa, no podía haber sido nada bueno.

—Me siento halagada —dijo Evie, aunque era evidente que no—. ¿Mencionó también por qué fuimos a verlo?

Clare entrecerró los ojos. Evie llegó a la conclusión de que no quería renunciar a tener cierta ventaja sobre ellos.

—Me dijo algo sobre una explosión. —Se giró hacia su hermano—. Y que alguien estaba intentando matarte, ¿puede ser?

—¿Vas a fingir que no sabes nada sobre el tema? —La voz del jefe seguía siendo tranquila, pero tenía un deje peligroso.

—No finjo nada. Solo sé lo que sé, que es muy poco.

Clare le dio unas palmaditas en el hombro a El Villano con falsa simpatía. Después pasó junto a él y depositó las palmas en la gran mesa que había frente a la pared.

Tatianna se acercó con una mirada furiosa y apoyó las manos a ambos lados del banco.

—No es solo tu hermano el que ha estado en peligro, Clarissa.

Los ojos de Clare se turnaron entre Evie y Tatianna por un momento antes de que su coraza de indiferencia se cerrara de nuevo.

—¿Y qué me importa a mí eso?

—Te importa porque has hecho negocios con esa persona —le espetó Trystan. A juzgar por lo mucho que se le marcaba la mandíbula, lo que le quedaba de paciencia se estaba desintegrando por momentos—. Malcolm le dijo a mi asistente que quien le compró el desdichado reloj tenía manchas de tinta en los dedos.

Clarissa soltó una carcajada que resonó en los techos abovedados.

—¿Y qué? Mucha gente vende tinta.

—Pero no todo el mundo vende tinta de colores extraños, menos aún brillante —la cortó Evie—. La tinta es cara, y la tinta negra por sí sola puede ser difícil de encontrar, por no hablar de colores como el azul y… —Inclinó la cabeza hacia un pequeño frasco que le había llamado la atención —. ¿Esa es dorada?

Tatianna sonrió con satisfacción.

—¿Dorada, Clare? Te estás volviendo muy ambiciosa, ¿no?

Clarissa agarró la botella antes de que Tatianna pudiera cogerla y se la metió en los bolsillos del delantal que acababa de ponerse.

—¿Quieres encargarme un pacto? Te haría precio por ser tú.

Evie se tambaleó al notar el brillo sobrenatural de la botella. Después puso una buena distancia entre ella y el resto del grupo.

—Creo que voy a pasar por ahora. Pero ¿de dónde has sacado la tinta mágica?

—Puedo integrar magia en cualquier objeto. Hacerlo con la tinta me resulta muy fácil. —Sus delicados dedos echaron chispas mientras los arrastraba por el aire. Parecía una luz con vida propia.

—Qué bonito —dijo Evie asombrada, y extendió la mano para sentir el calor de la magia.

De repente, la luz desapareció y Clarissa cogió con fuerza la mano izquierda de Evie.

—Vaya, vaya. Parece que no has desperdiciado la tinta que te envié por tu cumpleaños, ¿verdad, Trystan?

Evie siguió su mirada hacia la marca dorada que envolvía su dedo meñique, su pacto de contratación.

—¿Esto está hecho con tu tinta?

La persona que El Villano había contratado para crear el pacto era un viejo asustadizo que movía la tinta como si fuera un líquido que podía doblar y controlar a su antojo. Evie sabía que había magia en el pacto que había hecho, pero no tenía ni idea de que estaba integrada en la propia tinta.

Clare entrecerró los ojos y esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Ya lo creo. No me imaginaba que lo utilizaría para esto. —Dio la vuelta a la mano de Evie, inspeccionando de cerca el otro lado.

Evie apartó la mano y la volvió a apoyar a un lado del cuerpo. Se había puesto a la defensiva tras notar el tono con el que hablaba de su jefe.

—Es algo necesario para alguien en su posición.

El Villano la miró desde la esquina de la habitación. Casi parecía agradecido por su ayuda.

Su hermana, sin embargo, parecía que no había oído las palabras de Evie.

—Ya, claro, seguro que te dice que todo lo que hace es necesario. Todo tiene una razón, por muy perverso que sea.

—Perverso es mi segundo apellido. Y ahora, ¿te importaría dejar de andarte con rodeos y decirme el nombre de las personas que te han comprado tinta azul en los últimos tres meses? —dijo El Villano. Estaba apretando los dientes, se había puesto de pie y su ira había creado hasta sombras a su alrededor.

Por primera vez desde que habían llegado, Clare miró a su hermano como si fuera alguien a quien temer, alguien de quien huir. Evie sabía que eso era exactamente lo que él quería.

—Solo he vendido dos tarros en el último mes, Trystan. El primero fue a un viudo desamparado, y el otro…

—¿Qué? ¿El otro qué? —presionó Tatianna.

Clare hizo una mueca de dolor antes de sacar un libro andrajoso de debajo de las tablas del suelo.

—No sabía quién era hasta que firmó con su nombre.

La mano de El Villano cayó pesadamente sobre la mesa.

—Dímelo. Ya.

—El hombre se presentó como Lark Moray. —Se mordió el labio y señaló la firma debajo del nombre—. Pero firmó el libro con uno de los sellos de los Guardias Valerosos.

El jefe estudió con detenimiento el libro, hojeando una página tras otra hasta que todos los músculos parecieron bloquearse a la vez. Luego se dio la vuelta y pasó por delante de ambas, abrió la puerta de un tirón y salió a grandes zancadas.

Clare se fue tras él y lo agarró por la camisa negra a la altura de los antebrazos.

—¿Cuándo va a parar, Tryst? —Su voz se alzaba con cada palabra—. ¿Qué hace falta que pase para que pares?

Evie y Tatianna los siguieron afuera y se quedaron de pie observando la escena con impotencia.

Su jefe se quedó callado un momento antes de apartar con cuidado los dedos de Clare del brazo.

—El rey Benedict ha ido a por ti y a por Malcolm y a por todo lo que he construido para luchar contra él. Ya sabía que, cuando llegara este día, solo uno de nosotros saldría con vida. Y he aprendido a vivir con ello.

—¡Llevas una década sembrando odio y venganza! ¡No tienes por qué seguir! Ahora apenas te reconocería. Puedes pasar página. —La voz de Clare se rompió mientras hablaba y aquello hizo que a Evie se le quebrara un poco el corazón.

—¿Conoce al rey Benedict? —preguntó Evie en voz baja.

Él frunció el ceño mientras una sombra atormentada se apoderaba de sus ojos oscuros.

—Trabajé para él… durante un tiempo. —Respiró hondo, como preparándose para el dolor.

Evie echó la cabeza hacia atrás antes de mirarle con los ojos muy abiertos.

—¿*Trabajó* para el rey Benedict? ¿Cuándo?

Trystan, El Villano, miró a Evie con tanto dolor en los ojos que a ella se le hizo un nudo en la garganta.

—Antes.

—¿Antes de qué? —insistió Evie, exasperada y con un poco de miedo a escuchar la respuesta.

—Antes de convertirme en… lo que soy ahora. —Dijo aquellas palabras con un tono cortante, como si solo pensar en ello le doliera.

—Un monstruo —espetó Clarissa con una expresión de amargura y dolor.

Sin embargo, antes de que Evie pudiera evaluar la reacción de su jefe, Clarissa se dio la vuelta y entró en su casa. Dio un portazo y las margaritas pintadas en la superficie de madera parecieron moverse por el golpe.

—Señor, eso no es… No creo que usted sea… Eh… —A Evie no se le ocurría nada adecuado que decir, así que en su lugar se conformó con preguntar—: ¿Qué pasó entre usted y el rey Benedict?

La cara de El Villano era ilegible cuando respondió:

—No veo por qué debería contarle eso *a usted*, Sage.

Las palabras no fueron dichas con crueldad, Evie era consciente de que las había dicho como una afirmación seca y lógica. Sin embargo, le dolió. El golpe debió de notarse en su cara, porque la máscara que él llevaba pareció resquebrajarse un poquito.

—Sage, no pretendía decir que…

—Creo que es hora de volver, ¿no os parece? —le cortó, y echó a andar hacia el bosque sin esperar a ver si alguien la seguía.

Mantuvo los hombros echados hacia atrás, ignorando las punzadas que sentía en el cuello y las mejillas. La hierba crujía bajo sus botas mientras caminaba, ayudando a ahogar el sonido de los gritos de Tatianna, que la llamaba para que los esperara. Evie solo quería volver a la mansión antes de que se le escapara otra ridiculez.

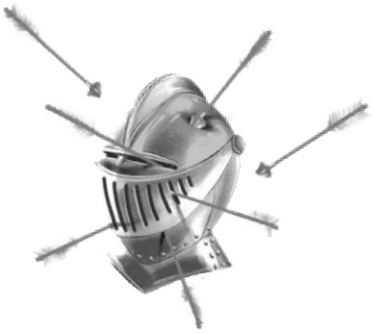
La voz de Tatianna se hizo cada vez más distante, pero Evie llegó a oír cómo decía:

—¿Siempre has sido así de tonto, Trystan? ¿O es una habilidad que has adquirido hace poco?

—Como siempre, gracias por tu ayuda, Tati —respondió El Villano mientras sus pesadas botas la alcanzaban.

La luz del sol le daba a Evie en la mejilla, pero ya no sentía el calor con tanta intensidad como antes. Las ramas le rozaban los brazos y, de pronto, se dio cuenta de la cantidad de cosas que ignoraba.

Y de todas las formas en que esa falta de conocimiento podía desembocar en la muerte de Trystan si no encontraba pronto una forma de detener todo aquello.



CAPÍTULO 18

EL VILLANO

Su asistente estaba tan callada que se le hacía hasta incómodo.

Ambos se habían puesto en marcha para volver a la «Mansión Masacre» después de otra desastrosa reunión familiar. ¿A qué dios perverso había hecho enfadar Trystan para tener que ver no solo a uno, sino a dos de los miembros de su familia en tan poco tiempo?

Miró por encima del hombro para ver por dónde iba Tatianna, pero su curandera, una de las pocas personas a las que toleraba, se había quedado mirando fijamente la puerta de la casa de su hermana con expresión nostálgica.

Se encogió de hombros y siguió caminando detrás de su asistente. Tatianna los seguiría cuando estuviera lista.

Lo más importante era que las intenciones de Benedict empezaban a ser claras ahora que habían confirmado que el traidor intentaba implicar a los miembros de la familia de Trystan. ¿Con el objetivo de hacerle daño, quizá? Posible pero improbable. El rey sabía muy bien que la forma de ser de Trystan le impedía sufrir por jueguecitos como esos.

Aunque si algo lo había escocido era la rabia en la voz de Clarissa al llamarlo «monstruo». No era la primera vez que escuchaba esa palabra. De hecho, se sentía muy a gusto con ella; había aprendido a disfrutar de cómo sonaba. Sin embargo, no la había oído venir de alguien con la cara de Clare ni con una voz tan parecida a la de su madre. Se sentía como si le hubieran partido el pecho en dos.

En sus pensamientos más profundos e íntimos, Trystan se imaginaba cómo sería entrar en la taberna de su hermano si fuera un hombre diferente. Clare y Tatianna estarían sentadas allí, cogidas de la mano, haciéndole señas para que se acercara y con un vaso de vino esperándolo. Trystan se sentaría, disfrutaría de su compañía y sentiría que de verdad pertenecía a aquella familia.

Pero eso nunca iba a ocurrir.

Una prueba más de que las emociones eran un estorbo inútil que debía procurar mantener siempre a raya. Era precisamente por culpa de las emociones que las cosas seguían yendo mal en todos los sentidos. Malcolm parecía creer que había una especie de tregua entre ellos, su hermana lo miraba como si fuera escoria, sus trabajadores estaban cada día más inquietos por las amenazas y su asistente…

Su asistente iba dando grandes zancadas y moviendo los brazos con tanto vigor que parecía un molino de viento.

—Está muy callada… lo cual no es habitual —soltó, y le dieron ganas de darse un golpe en la frente con la palma de la mano.

Ella se detuvo de golpe y le lanzó una mirada de incredulidad.

Sí, acabo de hacer el ridículo. Me alegro de que te hayas dado cuenta.

El arrepentimiento que sentía debía de ser consecuencia directa de pasar demasiado tiempo con ella, pues nunca perdía el tiempo sintiendo eso si podía evitarlo.

Trystan parpadeó para acallar sus pensamientos e intentó escuchar las palabras que brotaban de los labios de Sage. Pero tenía la nariz arrugada, y eso parecía ser una confusa fuente de distracción para él.

—¿Me está escuchando? —le preguntó, sacándolo de sus cavilaciones.

La punta de mi espada parece un buen lugar donde tumbarme a descansar.

Desde un punto de vista empírico, su asistente era bella. Sería inexacto por su parte intentar negarlo. Lo pensaba desde que se habían encontrado en el bosque, al ver la luz del sol cayendo sobre sus hombros y la nitidez de sus ojos suavizada por aquella amabilidad tan fuera de lugar. Pero la belleza era irrelevante para él. Bueno, normalmente lo era.

Las mujeres con las que se permitía intimar cuando se le despertaba el deseo de hacerlo poseían, igual que él, una visión hastiada del mundo. Veía el sexo como el medio para satisfacer una necesidad básica, como comer o dormir. No le veía sentido al afecto ni a la admiración, aunque sentía una punzada de pánico cuando miraba a su asistente a la cara y reconocía ambos sentimientos.

Sin embargo, en ese momento estaba mirándolo como si le hubiera dado una patada.

Y eso, por alguna razón, era… intolerable.

—Le pido disculpas —dijo él, y se aclaró la garganta—. Había una abeja y me ha distraído.

Sabía que no había ni la más mínima posibilidad de que se creyera esa excusa.

—Cómo no —contestó ella, y siguió mirándolo con los ojos entrecerrados.

Trystan empezó a sentir que aquella mirada estaba calando en él.

Respiró hondo, se pasó una mano por el pelo y… cedió.

—La historia de lo que ha pasado entre el rey Benedict y yo es larga. Solo mi familia la conoce en su totalidad. No es que no quiera compartirla con usted. Lo que pasa es que creo que no sabría cómo hacerlo. —Al menos se estaba esforzando por ser sincero.

La expresión de su asistente se relajó y él sintió como si su pecho estuviera conectado a ella a través de un hilo y hubiera tirado de él con fuerza.

—Yo también tengo un pasado. Lo comprendo.

Hay que decir que aquello despertó en él una curiosidad tan intensa que casi pierde el equilibrio, pero se limitó a asentir.

—¿Entonces hay tregua entre nosotros, Sage? —Extendió una mano vacilante y ella sonrió de un modo que hizo que le saltaran todas las

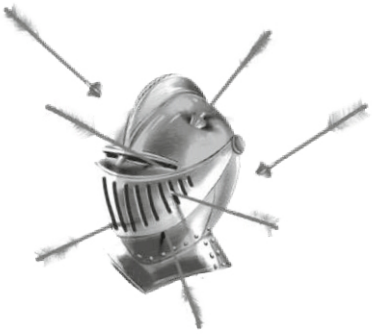
alarmas.

Sin embargo, al notar el calor de su mano se distrajo.

Se inclinó un poco hacia él, con un brillo en los ojos azules.

—Pero eso haría que se perdiera toda la gracia, ¿no le parece, señor? —dijo en un pseudosusurro antes de soltarlo y darse la vuelta.

De repente, le daba más miedo no saber qué planes de venganza tenía su asistente que no saber quién era el traidor al que estaba tratando de dar caza. Aunque lo más probable era que ambas cosas acabaran pronto con él.



CAPÍTULO 19

EVIE

Estaba a punto de caerse.

Levantó los pies hasta quedar de puntillas y extendió un brazo para estabilizarse. Con el otro intentaba abrir la rejilla situada encima de la mesa del jefe. Gruñó de frustración al ver que solo le faltaban unos centímetros. El sistema de ventilación de toda la mansión estaba pensado para calentar y enfriar las habitaciones de modo que se mantuvieran a una temperatura agradable, y todas las rejillas conducían a las profundidades de aquel edificio de piedra.

Sin embargo, rara vez se usaban o se abrían debido a lo impredecible que era la varita de fuego y hielo, una varita mágica de contrabando que les habían traído los tritones. Se suponía que enfriaba y calentaba según fuera necesario, pero el objeto parecía estar maldito y disparaba la temperatura que le daba la gana. Rara vez era la correcta.

Así que la varita estaba encerrada bajo llave y las rejillas de ventilación no se abrían. Excepto esta. Evie necesitaba abrir esta. Al analizar la distribución arquitectónica de la mansión, había visto que el conducto de ventilación situado encima de ese escritorio estaba conectado con el que

había en la sala donde la mayoría de los trabajadores comían a mediodía. Si conseguía abrir la maldita rejilla, era posible que la información llegara sola a la mesa del jefe.

Literalmente, ya que todavía estaba de pie sobre ella.

No había ni rastro del jefe cuando se le ocurrió la idea y, dado que la mayoría de los trabajadores se habían ido al comedor, esta parecía ser su única oportunidad. En retrospectiva, usar una escalera habría sido lo más inteligente. Reymundo se lo había recordado al verla subir al escritorio, sosteniendo un cartel que decía MALA y otro que decía IDEA.

—No me gusta tanta negatividad —le respondió Evie.

Dio un salto decidido y sus pies descalzos pero con medias se apoyaron sobre la superficie del escritorio. Sintió que la rejilla de ventilación cedía bajo sus dedos y, en cuanto volvió a aterrizar sobre la mesa, comenzó a llegar el revoloteo de voces.

—Guau. No me puedo creer que haya funcionado.

—Yo tampoco.

Aquella voz seca interrumpió su momento de victoria. Se giró hacia la puerta abierta del despacho y vio al jefe apoyado en el marco y con una ceja levantada.

—He abierto el conducto de ventilación —anunció Evie mientras señalaba el agujero, como si no fuera ya obvio.

—Eso veo.

Él desvió los ojos hacia sus zapatos, tirados por el suelo, y luego hacia sus pies, que seguían sobre el escritorio. Después volvió a mirarla a la cara.

—No quería poner las suelas de los zapatos sobre su mesa. Pensé que sería de mala educación —explicó ella.

—Por supuesto, cuando uno se sube a muebles ajenos hay que seguir el protocolo adecuado.

Evie asintió y fingió que se tomaba en serio aquel comentario sarcástico.

—Exacto. En cuanto a la rejilla, ahora podemos oír lo que los trabajadores dicen sobre usted cuando no está presente.

—Meras maldades, espero —dijo mientras caminaba hacia ella.

Debía de haberse aseado durante la mañana, ya que llevaba la holgada camisa negra metida por dentro de los pantalones de cuero, resaltando su

ceñida cintura. Evie tosió y levantó la cabeza hacia la rejilla. Se puso de puntillas para intentar oír bien las voces.

—No se escucha lo suficientemente fuerte —comentó. Cuando volvió a mirarlo, él la estaba observando con una expresión ininteligible—. Debería subir usted, seguro que lo escucha mejor, ya que… —Y entonces pisó un trozo de pergamino y se resbaló.

Soltó un pequeño chillido y vio que se iba de bruces, pero el jefe se lanzó hacia ella para intentar evitar la caída. En lugar de eso, cómo no, ambos acabaron en el suelo. El Villano fue el que cayó primero, recibiendo la mayor parte del impacto, y Evie quedó encima de él.

La humillación que sentía era palpable, casi podía tocarla. Sus manos habían acabado a ambos lados de la cabeza del jefe, impidiendo que terminara de caer sobre él.

—Ups.

—En efecto. Ups —contestó él. Las palabras sonaron como si las hubiera arrastrado por la grava, pero no parecía estar herido. Suspiró y volvió a apoyar la cabeza contra el suelo de piedra—. ¿Está ilesa?

—Sí, usted ha amortiguado mi caída.

—Qué suerte la mía —respondió con un tono neutral. Después alzó la mano para echarse el pelo hacia atrás.

Evie había notado que se lo tocaba a menudo. Casi como si fuera un tic nervioso, aunque no tenía pinta de ser el tipo de persona que tiene tics nerviosos.

—¿Eso es una calva? —preguntó con tono inocente, inclinando la cabeza hacia un lado y frotándose la barbilla mientras se incorporaba hasta quedar sentada sobre él.

—¡¿Qué?! —exclamó él.

Fue tal el pánico en su cara que Evie no tuvo valor para seguir con la broma.

—Le estaba tomando el pelo, señor del mal. Su melena está impecable.

—Es solo pelo; tampoco es que me importe —se excusó, pero el tono infantil en su voz hizo sonreír a Evie.

De repente, la temperatura de la habitación subió y no tenía nada que ver con que la rejilla de ventilación estuviera abierta. Se quedaron quietos un

momento antes de que él esbozara una sonrisa torcida. Evie le correspondió con otra tan grande que creyó que se le iban a partir las mejillas.

—¿Sage?

—¿Qué? —contestó un poco avergonzada por notar que tenía la respiración algo acelerada.

—¿Le importaría, em… desmontarme?

—¡Ay, claro! —exclamó ella. Se quitó rápidamente de encima y se puso de pie para recoger sus zapatos. Soltó una risita nerviosa—. Casi se me había olvidado que estaba encima de usted.

El Villano se levantó despacio, ayudándose con la mesa. Estaba de espaldas a ella cuando dijo:

—Me alegro de que estuviera cómoda.

—Debería haberle preguntado antes de abrir el conducto de ventilación —dijo, e hizo una mueca.

Era evidente que estaba molesto con ella.

—No —respondió él para su sorpresa—. Ha sido una buena idea. Lo que pasa es que estoy distraído por culpa de… el pasado, supongo.

A Evie se le encogió el pecho y se acercó al borde del escritorio para poder verle la cara.

—Puede hablar de ello conmigo, si quiere. —Levantó el meñique—. He hecho un juramento que me obliga a guardar los secretos, ¿recuerda?

Él clavó aquella mirada oscura en sus ojos, bajó hasta su sonrisa y volvió a subir hasta los ojos.

—Supongo que podría contárselo…

Y entonces Becky irrumpió en la sala.

De verdad, era como si la mujer tuviera una campanita que sonaba cada vez que alguien sentía alegría.

—¡Vaya! —dijo con los ojos muy abiertos al verlos a ambos a escasos centímetros de distancia—. Lo siento. He llamado antes de abrir. ¿Interrumpo algo… importante?

—De hecho… —empezó Evie.

—Por supuesto que no —se adelantó el jefe. Parecía haberse desprendido de aquella especie de hechizo que los había poseído a ambos

—. Sage estaba haciendo alarde de su dosis habitual de impertinencia y yo le estaba siguiendo el juego.

Evie lo fulminó con la mirada, pero no alcanzó a ver el destello de remordimiento en los ojos de El Villano.

Los ojos de Becky siguieron abiertos de par en par durante un segundo, pero rápidamente reemplazó esa expresión por la de triunfo.

—Lo siento mucho, señor. Pensé que Evie querría recuperar esto. He visto cómo se le caía del bolsillo antes. —Becky levantó el pedazo de papel y el estómago de Evie dio un vuelco al ver lo que era.

Se trataba de la carta que había encontrado en la habitación de Blade en la que el rey Benedict le ofrecía trabajo.

Evie observó horrorizada y en silencio cómo su jefe inclinaba la cabeza, cogía la carta de las manos de Becky y luego la leía con furia en los ojos.

—Sage, explíqueme esto —le pidió sin una pizca de humor.

Evie suspiró.

No quería ser ella quien le contara el engaño de Blade, pero no le quedaba otra opción.

—Señor, eso es… Bueno, se trata de…

Pero El Villano la cortó antes de que le salieran las palabras.

—Qué interesante que quiera conocer los secretos de mi pasado cuando usted parece tener muchos más.

Tenía una mirada burlesca que Evie no estaba acostumbrada a ver en él y que hizo que la ira aumentara y se expandiera por su interior, de forma que el resto de sus sentimientos tuvieron que desplazarse para hacerle sitio.

—Permítame que se lo explique, señor. Le habría dicho lo de la carta antes, pero no me correspondía a mí. Quería darle a… otra persona la oportunidad de decírselo primero.

Evie no había llegado a leer toda la carta, pero sabía que no tenía buena pinta. El saludo en la parte superior no incluía el nombre de Blade y la lista de habilidades para el trabajo también era increíblemente vaga.

Por la mirada acusatoria en los ojos de su jefe, Evie sabía a qué conclusión estaba llegando. Aunque era consciente de que no debía tomárselo como algo personal, aquello hizo que se sintiera como si alguien

le agarrara las entrañas y las retorciera con fuerza. Tanta que estuvo a punto de doblarse de dolor.

Antes de que pudiera recuperarse, El Villano continuó:

—Debería darle las gracias. Por demostrarme que las promesas de lealtad también pueden romperse.

Evie miró la tinta dorada que le rodeaba el dedo y lo levantó para que él lo viera.

—¿Cómo puede decir que no le soy leal?

El Villano soltó una risa llena de desprecio.

—La magia solo le impide hacer cosas que me hagan daño. Hace tiempo que dejó de importarme quién me miente.

Ella ahogó un grito, la cabeza le daba vueltas.

—¿No confía en mí?

¿Cómo era posible que un simple malentendido hubiera desembocado en aquello? Evie se estaba dando cuenta de que todos los momentos que había compartido con él, todas las veces que había sentido que había un respeto mutuo, eran experiencias unilaterales. Y si no confiaba en ella, ¿qué *más* pensaba realmente de ella?

Su padre siempre le había dicho que tenía un don para mantener unida a la gente y la animaba a utilizarlo siempre que pudiera. Volcó mucha confianza en ella después de que su madre tuviera a Lyssa y se despertara su magia. Cuando Nura Sage cayó en estado de desesperación, era Evie quien la sacaba de la cama. Era Evie quien se encargaba de arreglar aquel desastre. Y lo hizo sin ayuda de su padre ni de su hermano, Gideon.

Ella creía que El Villano la valoraba. Y que la consideraba útil. Que agradecía su ayuda.

Pero bastaba con ver cómo se había desmoronado su familia, cómo se había roto, cómo había fracasado. Quizá El Villano simplemente se había apiadado de ella y la había acogido cuando nadie más la quería. Al fin y al cabo, fue ella la que mencionó que necesitaba trabajo el día que se conocieron…

Evie dio unos pasos atrás y se tapó la boca con una mano mientras la ira, la impotencia y la vergüenza hacían que todo empezara a desdibujarse a su

alrededor. Le pareció ver que él se estremecía. Incluso Becky guardó silencio mientras Evie tomaba varias bocanadas de aire.

Pero el jefe recuperó la compostura y frunció el entrecejo mientras volvía a preguntar:

—¿Y bien? ¿Qué tiene que decir en su defensa? —Estaba apretando la carta con tanta fuerza que empezó a arrugarse, y Evie sintió que ya no podía escuchar más palabras hostiles.

Le sostuvo la mirada mientras se le revolvía el estómago. Se abrió paso para llegar a su mesa lo más rápido posible mientras no paraba de negar con la cabeza. Becky al menos tuvo el detalle de parecer un poco arrepentida cuando Evie pasó furiosa por su lado.

—¿Adónde va, Sage? —le preguntó el jefe.

—¡Me voy a mi casa! —espetó ella sin aminorar el paso.

El bullicio que se escuchaba a su alrededor paró en seco cuando salió del despacho, seguida de cerca por él.

—¿En plena jornada laboral? —insistió furioso.

—Yo ya no estoy en plena jornada laboral —contestó con la voz entrecortada. Una horrible amargura le obstruía la garganta.

—Ah, ¿no? —preguntó él, incrédulo.

—No —se las arregló para contestar. Sus palabras y su corazón estaban llenos de veneno.

—¿Y cómo es eso posible? Todos los demás empleados hacen *lo que se les dice*. —El Villano volvía a estar casi cara a cara con ella, pero Evie levantó la mano y lo detuvo en seco.

Y entonces soltó unas palabras que parecieron succionar todo el oxígeno que había en la habitación.

—Menos mal que ya no soy una empleada. —Las lágrimas le escocían en las comisuras de los ojos, pero se las enjugó manteniendo una expresión neutra.

—¿Cómo dice? —La voz del jefe era grave y distante.

—Dimito.

Abrió de un tirón el cajón del escritorio y cogió su bolsa. Se echó el asa al hombro mientras caminaba hacia el perchero y cogió su abrigo. Al llegar

a la altura de la puerta tuvo que ahogar un sollozo, pero no dejó de mantener la barbilla alta. Y entonces emprendió la huida.

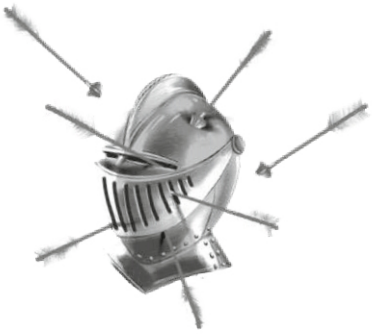
Voló escaleras abajo, sin dejar más que dolor a su paso. Rezaba para que se la tragara la tierra y tal vez renaciera como un árbol. Así, lo único que se esperaría de ella sería que creciera.

Se ató la capa a los hombros y empezó a repasar cada momento en su mente, como siempre hacía. Analizó cada movimiento, cada palabra. Una y otra vez, hasta que le entraron ganas de ver su reflejo en algún espejo solo para poder romperlo y verse a sí misma hecha pedazos.

A esas alturas, las lágrimas le caían libremente por la cara. Se pasó el dorso de la mano para secárselas. Traspasó la verja y siguió caminando hasta que empezó a correr otra vez. Los pulmones le ardían y sintió que las lágrimas empezaban a mezclarse con el sudor que le goteaba desde la frente, pero no le importaba, quería sentir el peso de sus propias acciones.

Levantó la mano para mirarse el meñique. Sentía como aquella marca le palpitaba bajo la piel. Había roto el pacto. El pavor le inundó el cuerpo. Había dimitido. Cuando juró trabajar para El Villano, serle leal, sabía que, si fallaba, las consecuencias serían nefastas. Según le había contado uno de los miembros de la Guardia Malévola, la tinta con la que se hacían los pactos tenía la capacidad de convertirse en veneno en cuestión de segundos; un veneno que se liberaba por todo el cuerpo al menor indicio de traición.

Al dejar el trabajo, Evie quizá había firmado su propia sentencia de muerte.



CAPÍTULO 20

EL VILLANO

A la mañana siguiente, la voz de Blade Gushiken estaba impregnada de regocijo.

—Va a acabar haciendo un agujero en el suelo, jefe.

Trystan casi le arranca la cabeza al pobre hombre.

No obstante, dejó de pasearse por el despacho. No le importaban las miradas nerviosas que le dirigían sus empleados desde el otro lado de la puerta. ¿O sí?

Se pasó una mano por el pelo. No podía pensar bien en esas condiciones.

Al no estar Sage, había tenido que volver a beberse el brebaje sin azúcar, como Edwin creía que hacía siempre. El ogro era el panadero de su aldea cuando Trystan todavía era un niño, y realmente creía que era uno de los pocos seres en este mundo que eran todo bondad. Por eso Sage se pasaba las mañanas endulzando su brebaje a escondidas. Si Edwin descubría que a Trystan no le gustaba, con lo que le había costado dar con la fórmula, corría el riesgo de herir sus sentimientos.

Tener que preocuparme por los demás resulta muy molesto.

Se puso a pensar en su asistente y empezó a andar de nuevo. Aquella mañana había llegado con la esperanza de verla cruzar las puertas de su despacho con una modesta disculpa en los labios y tal vez un pastelito para él en la mano.

Después le iba a dar una explicación sensata de por qué tenía esa carta y todo iba a volver a ser como antes.

Trystan se había pasado la noche despejando la mente y estaba preparado para responder a las súplicas de Sage de forma lógica y razonable. Al fin y al cabo, había estado a pocos segundos de contarle un secreto que apenas había hablado con nadie.

Lo peor de todo era que había *querido* confiar en alguien. Si te mantienes indiferente, nadie ni nada puede fallarte, por lo que estás a salvo. Trystan había *querido* confiar en ella, y eso no era culpa de Sage, sino suya.

Además de ese problema, todo indicaba que la oficina se iba a pique.

Rebecka le había informado de que esa mañana tres becarios habían estado a punto de matarse entre ellos porque los habían colocado en el mismo equipo de limpieza de los calabozos. No se había dado cuenta de que Sage conocía a los becarios lo suficiente como para evitar juntar a quienes habían tenido algún rifirrafe. Muy inteligente por su parte, pero no lo suficiente como para conseguir que obviara que se había pasado de la raya.

Después vino una trágica historia sobre que la prometida de uno de ellos se había acostado con el primo de su futuro marido, y Trystan desconectó de lo que estaba diciendo su coordinadora de Recursos para Humanos y Criaturas Mágicas antes de que el melodrama le pudriera el cerebro.

Pero ese solo había sido el primer problema del día. Parecía que, en los pocos meses que Sage llevaba ahí, se había metido en casi todos los engranajes de su empresa, como una enredadera que se entreteje en los cimientos de una casa muy antigua hasta pasar a formar parte de ella. El Villano tenía un negocio que funcionaba a la perfección antes de que ella llegara, ¿no? Nadie lo habría dicho, ya que llevaban toda la mañana con la sensación de que el edificio se les caía encima.

Había llegado un cargamento de armas, pero solo Sage, que siempre lo anotaba todo en su cuaderno de hojas doradas, tenía idea de qué estaban

esperando. Tuvo que pedirles a veinte empleados que abandonaran sus tareas para abrir todas las cajas y así catalogar el contenido.

Se había roto el archivador mágico que todos envidiaban por su capacidad para ordenar alfabéticamente cualquier documento que se metiera dentro. Las A estaban donde deberían haber estado las X y los archivos L, M, N, O y P simplemente habían sido… devorados por la máquina.

Cuando Trystan por fin se atrevió a preguntar si había alguien que supiera cómo arreglarlo, le contestaron: «La señorita Sage sabía cómo hacerlo», como si lo hubieran ensayado para torturarlo.

Evitaba a Tatianna siempre que podía, y con razón, ya que la mujer se dedicaba a pedir cotilleos a cambio de sus servicios. Pero una hora antes, Trystan, desesperado por demostrar que tenía razón al desconfiar de su asistente, había asomado la cabeza por los aposentos de la curandera para preguntarle si alguien de la oficina había compartido con ella algún secreto incriminatorio sobre Sage. Ella le había dedicado tal mirada asesina que Trystan había temido por su vida.

Incluso había sentido como si la piel le quemara.

—No —había contestado ella tajantemente—. No me ha llegado nada.

El Villano había asentido con la cabeza, se había aclarado la garganta y había salido de la habitación sintiéndose casi… ¿avergonzado?

Aquello era una pesadilla.

Y como si no estuviera ya todo al borde del abismo, ahora Blade quería que Trystan le prestara atención para contarle algo que sabía que acabaría de pudrir su ya de por sí agrio estado de ánimo.

—¿No tiene una bestia que domar? —le espetó Trystan, rogando a los dioses que el domador de dragones lo dejara para poder seguir enfadado en paz.

—Precisamente de eso quería hablarle. —Blade se dio la vuelta cuando Rebecka entró para dejarle otro cáliz de ese asqueroso brebaje sin azúcar a El Villano—. Buenos días, Rebecka.

—Sí que hace un buen día, ¿verdad? —respondió ella mientras asentía con alegría y esbozaba una amplia sonrisa entre sus gruesos labios.

Blade frunció el ceño mientras ella le daba la espalda para volver a su nuevo escritorio, justo al lado del despacho de Trystan. El entrenador de dragones se acercó hasta la entrada y cerró la puerta antes de girarse de nuevo hacia Trystan.

—Da igual lo mucho que tenga que suplicarle a Evie para que vuelva, hágalo, se lo pido por favor. Esto que acaba de pasar ha sido aterrador. —Se estremeció como si la felicidad de la señorita Erring fuera una señal de que se acercaba un final apocalíptico.

—Yo no le suplico nada a nadie —replicó El Villano. Al cruzarse de brazos, notó que su camisa no era tan suave como cuando Sage se encargaba de la lavandería. Ahora sus camisas eran ásperas y le irritaban la piel—. Fue Sage quien se puso dramática y dimitió. Es ella la que debería disculparse, si es que me convence de que se merece trabajar aquí a pesar de su evidente traición con esa carta.

El domador de dragones se puso rígido y no supo qué hacer con las manos. Entonces desvió los ojos hacia la barba incipiente de Trystan.

—¿Una noche dura? —le preguntó.

—No me haga cortarle la lengua —amenazó Trystan.

—Bueno. —Blade asintió—. Haga lo que tenga que hacer, pero antes, ¿podría hacerle una pregunta?

Trystan se pellizcó el puente de la nariz. Estaba luchando contra un inmenso dolor de cabeza.

—¿Cuál?

—Quisiera que me diera permiso para ponerle nombre al dragón.

El Villano entrecerró los ojos, confundido.

—¿No le había puesto nombre ya?

—Todos los libros dicen que no se les debe poner nombre hasta que hayan completado su formación —explicó Blade.

—¿Y cuán fiable es ese libro por el que tanto se deja aconsejar?

—Bueno… —Soltó una risita nerviosa y se rascó la nuca—. No lo tengo muy claro. Más que nada porque todo lo que dice que tengo que hacer hasta ahora solo consigue asustarlo o enfadarlo. Pero me imagino que yo también estaría de mal humor si ni siquiera tuviese una palabra con la que identificarme.

—Se me ocurren algunas palabras con las que identificarlo a usted —respondió Trystan con un intento de tono amenazador, pero todos sus sentidos estaban ofuscados aquella mañana, como si hubiera pasado demasiado tiempo en la oscuridad.

—¿Qué tal si primero piensa en un nombre para el dragón?

A Trystan, la mirada esperanzada en los ojos del adiestrador le recordó a alguien en quien tenía que dejar de pensar cuanto antes si no quería acabar lanzando una silla por la ventana.

—No lo sé —dijo, e hizo una pausa. Entonces se le ocurrió algo extraño —. Fluffy. Pongámosle Fluffy.

Blade echó la cabeza hacia atrás con la boca ligeramente abierta.

—¿Fluffy… señor?

—Me han comentado que es un nombre adecuado —contestó a la defensiva. A Trystan no le gustó la mirada inquisitiva del adiestrador—. Ahora desaparezca de mi vista, Gushiken. Estoy muy ocupado.

Blade asintió mientras daba un paso atrás.

—Por supuesto, señor. —Se dio la vuelta para ir hacia la puerta, pero se detuvo con la palma de la mano sobre el picaporte. Tragó saliva y volvió a girarse hacia Trystan con cara de estar a punto de ser degollado.

—¿Qué…?

Pero Trystan no llegó a terminar la frase porque las palabras de Blade empezaron a salir tan deprisa que hasta se le marcaron las venas de la frente.

—¡Fui yo, señor! La oferta de trabajo del rey Benedict… era para mí.

Trystan se quedó inmóvil, preguntándose cómo era posible que el corazón le latiera con tanta fuerza si, a la vez, sentía que se le había helado la sangre.

—Explícate —dijo en un tono tan frío y cortante que hizo estremecer a Blade.

Gushiken dio un paso al frente y echó los hombros hacia atrás, tratando claramente de hacer acopio de valentía. Trystan no abrió la boca hasta que estuvo seguro de que el domador de dragones había terminado.

Blade le habló de su infancia en la capital del reino, de la carrera política de su padre en el consejo de Rennedawn, de la afinidad por los animales y

las criaturas mágicas… Le dijo que solo había guardado la carta para recordarse a sí mismo que había tomado la decisión correcta al venir aquí.

Trystan se tensó cuando Blade mencionó a Evie. Mientras él hablaba, mantenía el rostro impasible, pero su mente iba a toda velocidad, la adrenalina lo recorría por dentro.

—Ella decidió guardar la carta para asegurarse de que iba a contarle a usted lo sucedido. Me dio la oportunidad de decírselo yo mismo porque es buena persona y buena amiga. Pero no debe equivocarse, señor; ella le es leal. Todo esto es culpa mía. Si quiere despedirme o, bueno, asesinarme y tal, que sepa que lo entiendo perfectamente.

«Quería darle a… otra persona la oportunidad de decírselo primero.»

La voz de Sage atravesó la negrura que inundaba la mente de El Villano como un arco iris que se abre paso al final de una tormenta feroz.

«Debería darle las gracias. Por demostrarme que las promesas de lealtad también pueden romperse.»

Sage había dado unos pasos atrás tambaleándose al oír eso, como si le hubiera dado una bofetada. Y es que se la había dado. Pero El Villano era demasiado tozudo y las malas experiencias del pasado le habían impedido ver más allá de su propio dolor.

Trystan la había llamado hipócrita cuando resultaba evidente que el único hipócrita era él.

Sage quería que él tuviera suficiente fe en ella, que confiara, y en lugar de eso la había castigado.

Trystan le sostuvo la mirada a Blade.

—No debería haberme ocultado esto, Gushiken.

Blade asintió agachando la cabeza.

—Si hubiera sabido los problemas que traería, créame, no lo habría hecho.

—¿Que le crea? —La voz de Trystan se iba impregnando de algo oscuro mientras se daba cuenta, para su disgusto, de lo que se sentía al estar equivocado. Era *horrible*—. No sé qué creer ahora mismo, pero usted sí puede creerme cuando le digo que si vuelve a mentirme o a perjudicar a un compañero de trabajo por su imprudencia, su cabeza acabará colgada del techo.

El chico tenía cara de estar a punto de desmayarse y Trystan resistió el impulso de arrojarlo por la ventana.

Gushiken agitó ambas manos delante de la cara.

—¡No, no! Prometo no volver a ocultarle ningún secreto, señor. Iré ahora mismo a ver a la curandera para que me grabe un juramento mágico en la piel —dijo Blade, y se dio la vuelta para ir hacia los aposentos de Tatianna.

Al abrir la puerta, volvió a mirar a El Villano con timidez y una expresión de vulnerabilidad.

—Señor… ¿significa esto que conservo mi trabajo? ¿Que el dragón y yo podemos quedarnos?

No fue piedad lo que llevó a Trystan a decir lo siguiente, pero sí fue algo que se le acercaba demasiado:

—Sí. A pesar de que es probable que me arrepienta, puede quedarse.

—¡Gracias, señor! —exclamó Blade.

Su voz ya sonaba alejada, pues Trystan se había desplazado hasta una de las ventanas con vidriera, había quitado el pestillo y la había abierto de un empujón para dejar que el aire veraniego lo envolviera.

La luz del sol le daba en la cara, pero no sentía el calor. Era como si Sage también se hubiera llevado el poder del sol.

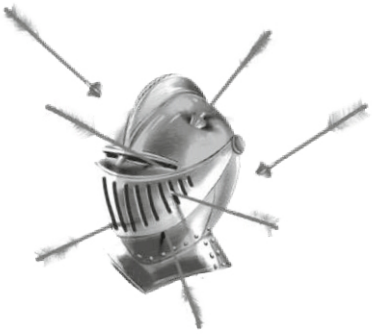
No se dio cuenta de que el domador de dragones seguía en su despacho hasta que le escuchó hacer una pregunta tan bajito que casi ni lo oye.

—Señor… ¿qué va a pasar con Evie?

Trystan guardó silencio y poco después oyó como los pasos de Blade se iban alejando hasta desaparecer por completo.

Pero la pregunta empezó a resonarle en la mente y se la repitió tantas veces que le dieron ganas de arrancársela.

¿Qué va a pasar con Evie?



CAPÍTULO 21

EVIE

Evie siempre supo que la causa de su muerte sería su propia estupidez. Se había metido en demasiados líos sin querer como para que no llegara el día en que las probabilidades jugaran en su contra.

Se había sentado encima de su jefe y había dejado el trabajo, todo en un mismo día.

Se tapó la cara con las manos y soltó un gemido. Se revolvió en la cama e ignoró a Lyssa cuando esta abrió la puerta disimuladamente.

—Me tengo que ir al colegio. —Colocó algo con cuidado sobre la mesita que había junto a la cama de Evie—. Te he hecho un té… A papá siempre le ayuda cuando se siente mal.

Evie se dio la vuelta de un salto para poder mirar a su hermana a los ojos y se apresuró a asegurarle que no se encontraba mal. Estaba desesperada por quitarle aquella expresión desolada de la cara.

—Tranquila, Lyssa, te prometo que no estoy enferma como papá.

Los hombros de su hermana se relajaron.

—¿Qué clase de enfermedad tienes entonces? Nunca faltas al trabajo.

Evie se dio un golpecito en el pecho con la palma. Sintió que el nudo que tenía en la garganta se desplazaba hasta situarse a la altura de esa mano.

—Tengo una sensación de malestar justo aquí. En el corazón. —Si de por sí ya le costaba descifrar sus propios sentimientos, intentar explicárselos a una niña de diez años era todavía más difícil.

—Ah, estás triste —afirmó su hermana mientras asentía.

—Bueno… —Reflexionó sobre aquellas palabras—. En realidad, sí, supongo que eso lo resume bastante bien.

—Usas demasiadas palabras para decir cosas simples, Evie. —Lyssa le dio unas palmaditas en la cabeza antes de coger un libro que había dejado en el suelo—. Es mejor usar solo un par. La gente lo entiende mejor así.

Evie sonrío. Se sentía un poco mejor, así que se levantó de la cama y se despidió de su hermana con la mano. Vio por la ventana como Lyssa corría en dirección al colegio, y luego caminó descalza por el suelo de la cocina y tiró de la espita para llenarse un vaso con agua.

Bajó la mirada hacia el pacto de contratación que llevaba impreso en el meñique y entrecerró los ojos. Esperaba algún tipo de consecuencia por incumplir la promesa. Al fin y al cabo, había renunciado. ¿Dónde estaba su castigo? ¿O es que se trataba de una muerte lenta? ¿Iba a parársele el corazón un día de repente? Tenía que arreglarlo o Lyssa se iba a quedar sola y…

Detrás de ella se oyó una tos áspera que la sobresaltó e hizo que derramara la bebida por el suelo.

—Lo siento —dijo su padre, y volvió a carraspear. Después se desplomó con fuerza en la silla, con el rostro pálido y demacrado—. No quería asustarte.

—Papá. —Se puso a su lado en cuclillas—. ¿Te has ido tomando la medicina que mi amiga preparó especialmente para ti?

Él sonrió con cara de culpabilidad y se llevó una mano temblorosa a la frente para secarse el sudor.

—No creí que fuera necesario. Últimamente me siento mucho mejor.

Evie negó con la cabeza, intentando aguantarse las ganas de regañarlo. Su padre no siempre prestaba atención a lo que debía. Tras la muerte de Gideon y la partida de su madre, había sucumbido a tal desesperación que

ni siquiera se atrevía a abrazar a Lyssa. Hablaron y decidieron entre todos que Evie continuaría su educación en casa, lejos de la escuela y de todos sus amigos, para ayudar en la crianza de su hermana pequeña. Sacrificar su infancia no era más que una pequeña penitencia por haber fallado a su familia, a su madre, a Gideon. Se preguntaba si por eso era tan impulsiva, tan testaruda. Su lado infantil debería haber tenido la oportunidad de cambiar y madurar, pero, en lugar de eso, fue reprimido, como una flor que se corta justo cuando está a punto de florecer.

Los ojos de su padre se abrieron de repente e intentó ponerse en pie a pesar de tener las piernas temblorosas.

—¿Lyssa sigue por aquí? No quiero asustarla. Estos últimos meses la he notado más contenta al ver que me encontraba bien.

—Ya se ha ido al colegio —le confirmó, y se pasó el brazo de su padre por encima del hombro para ayudarlo a ir hasta el dormitorio—. Papá, tienes que cuidarte más. Si no lo quieres hacer por ti, hazlo por Lyssa.

Con cuidado, lo ayudó a tumbarse en la cama, lo tapó con las sábanas hasta la barbilla y se puso a rebuscar en el cajón de la cómoda. No tardó en encontrar el frasquito de medicina y dosificó unas gotas.

—Abre la boca —le ordenó.

Después de unos minutos, el medicamento hizo efecto y los ojos de su padre empezaron a cerrarse.

—¿Cómo es que hoy no has ido a trabajar, cielo?

Evie cogió la manta de lana del sillón acolchado que había junto a la cama, se sentó y se tapó hasta la cintura.

—Me he peleado con mi jefe —contestó, contenta de poder compartir al menos una pizca de sinceridad con su padre.

Él hizo una mueca.

—Sea lo que sea, seguro que no ha sido para tanto —dijo sonriéndole—. Quizá sería buena idea que fueras a verlo y te disculparas.

Evie trató de ignorar el pinchazo de dolor que le provocaba que su padre supusiera que era ella quien había hecho algo mal.

—No creo que eso ayude mucho, por desgracia.

Él le dirigió una mirada dubitativa. Sus ojos empezaban a cerrarse de nuevo.

—Si quieres mi sabio consejo, sé sincera. —Carraspeó una vez más y, tras ponerse una mano en el pecho, la mirada de su padre se desenfocó—. Hay tantas cosas que se pueden arreglar con sinceridad… Siempre y cuando seas lo bastante valiente como para recurrir a ella. A veces desearía haber sido más sincero con tu madre.

La mención de Nura sorprendió a Evie.

—Nunca hablas de mamá.

Su padre le sonrió con tristeza y ella notó un dolor sordo en el pecho.

—Todavía siento pena al pensar en lo que tu madre le hizo a tu hermano. En lo que podría haberos hecho a ti y a Lyssa.

—No creo que quisiera hacernos daño aquel día, papá.

Después de que su madre diera a luz a Lyssa, su magia se despertó como una ráfaga de luz divina. Nura Sage había sido bendecida por los dioses con el poder de la luz de las estrellas, una magia tan pura y rara que, cuando el especialista vino a evaluarla, le trajo recuerdos hasta del mismísimo rey Benedict. Pero lo que se suponía que era una bendición divina acabó convirtiéndose en la perdición de su familia.

Los meses que siguieron al nacimiento de Lyssa estuvieron llenos de una tristeza interminable. La magia parecía estar drenando la vida de su madre. Había perdido hasta el color de las mejillas. Su padre le pedía a Evie que la distrajera para que no pensara tanto en eso. Gideon necesitaba concentrarse en sus tareas escolares, algo que a ella también le habría gustado hacer, pero eso Gideon no lo sabía. Era uno de esos hermanos que te daba su juguete si veía que querías jugar con él. Evie sabía que, si se lo pedía, iba a estar dispuesto a renunciar a muchas cosas por ella, así que nunca le pedía nada.

Y entonces todo se fue a pique.

—Detesto hasta *pensar* en ese día —dijo su padre, e hizo una mueca de amargura antes de volver a relajarse—. Yo estaba trabajando cuando tu madre os llevó a los tres a los campos de dientes de león, y todos los días de mi vida me arrepiento de haber querido entrar más temprano aquella mañana.

Un día, la madre de Evie por fin se levantó de la cama y se ató un pañuelo alrededor del cuello para poder cargar con Lyssa. Tenía ojos de loca, pero había recobrado la vida. Por eso Evie y Gideon accedieron a dar

un paseo con ella esa mañana. Fueron al que era su lugar favorito antes de que naciera Lyssa. Su madre estaba preciosa. Tenía una piel morena que brillaba bajo el sol naciente, los ojos delineados con kohl y los labios tintados de rojo.

—Solo quería jugar un poco con su magia —dijo Evie con un hilo de voz que prácticamente era un susurro.

Su madre hizo que los dientes de león brillaran y que el resplandor que emitían se moviera como se movían las plantas. Creó una bola de luz estelar con la mano y se la tiró a Gideon para que la atrapara.

Evie observó cómo su hermano corría a través del campo y tardó demasiado en darse cuenta de que la pequeña bola de luz se hacía cada vez más grande. Nadie supo lo que estaba pasando hasta que los gritos de Gideon inundaron el campo y la tierra quemada ocupó su lugar.

—Asesinó a tu hermano, Evie —dijo su padre con una rabia que la hizo estremecer.

Era cierto. No había sido a propósito, de eso Evie estaba segura, pero es lo que había ocurrido. Su hermano había muerto allí mismo. En ese momento, Evie se desplomó entre gritos de horror. Se agarró al suelo con ambas manos y no levantó la vista hasta que oyó los lloros de Lyssa. Su hermanita estaba a su lado, en el pañuelo que su madre se había atado al cuello.

Y su madre ya no estaba.

Evie cerró los ojos con fuerza y exhaló un gran suspiro, deseando dejar de sentir aquel peso en el corazón.

—¿La odias, papá?

Una única lágrima descendió por la áspera mejilla de su padre.

—Hay días en los que desearía odiarla. —Sacó el medallón que escondía dentro de su camisa y lo frotó con los dedos—. Me lo dio cuando nos conocimos. Siempre lo llevo encima porque, muy a mi pesar, la echo de menos.

—Yo también, a veces. —Echaba de menos la risa de su madre y que la casa siempre pareciera más acogedora cuando estaba ella, pero sobre todo echaba de menos el antes.

Antes de que la vida se volviera más dura, antes de que las circunstancias se volvieran desesperadas, antes de que Evie se viera abocada al cambio. ¿Quién era antes de esos últimos diez años?

Su padre parecía estar haciéndose la misma pregunta.

—Pero también es un recordatorio, Evie, para que protejas tu corazón. No sabes lo fácil que se rompe.

Su mente se vio invadida por pensamientos sobre Trystan, El Villano. Se preguntó cuánto tiempo habría guardado el secreto si no hubiera dimitido, se preguntó cuántas veces habría sido capaz de mirar a las personas que más apreciaba en el mundo y seguir engañándolas.

A Evie le recordó a un jarrón que Lyssa había tirado sin querer desde el alféizar de la ventana unos años atrás. Las dos hermanas Sage se habían sentado una al lado de la otra para pegar los trozos.

Pero el esfuerzo fue en vano.

Uno o dos meses después, Evie le dio un golpe sin querer y volvió a caerse, haciéndose añicos por segunda vez.

—¿Podemos arreglarlo? —preguntó Lyssa—. ¿Volvemos a pegarlo con pasta?

—No, cariño —contestó Evie entre suspiros—. Ya cuesta lo suficiente recomponer algo una vez. Una segunda, me temo, es pedir demasiado.

Tiraron todos los pedazos.

Su cabeza y su corazón se habían trasladado a ese momento y se le empezó a acelerar la respiración. Notaba el pelo pegado a la frente por el sudor. Demasiadas mentiras. Una cosa era llevar una doble vida y otra muy distinta que no confiaran en ella, como si su palabra y sus opiniones no valieran nada.

Luchar constantemente por tener un lugar, uno donde sentirse valorada, era lo más agotador que Evie había tenido que hacer nunca.

Y es que sí, realmente estaba agotada; lo notaba por cómo le dolía el cuerpo y por lo mucho que le pesaban los párpados mientras se recostaba contra el cómodo sillón y cerraba los ojos.

Poco después la despertó un gemido de su padre. Se levantó y se inclinó sobre él. Tenía los ojos cerrados y la tez pálida.

—¿Papá?

—No te preocupes. Todavía no ha llegado mi hora —contestó su padre con una leve sonrisa en la boca mientras abría los ojos.

—No tiene gracia, papá.

Los dos se rieron igualmente y Evie le cogió la mano y se la acercó para besarle el dorso.

Su padre era fuerte. Tras la muerte de su hermano y la marcha de su madre, hizo todo lo posible por mantenerse ocupado en la carnicería, asegurándose de que a las dos hijas que le quedaban nunca les faltara de nada. Lo veían menos por casa, pero eso daba igual. Contrató a un profesor particular para Evie, para que pudiera seguir sin ir al colegio y así evitar tener que conversar con las otras chicas del pueblo. Aquellas chicas le recordaban al pasado y Evie ya no sentía que tuviera nada en común con ellas.

Eso era lo que pasaba cuando una familia sufría una tragedia, que se aislaba. Su padre parecía el único que aún se sentía cómodo entre los vivos. Tuvo muchos amigos del pueblo a su lado que lo consolaron durante esos meses y los años que vinieron después. En cuanto a Evie, se había contentado con vivir con los fantasmas.

Lyssa había crecido y se había convertido en una mariposa social: conquistaba a todas las personas a las que les ponía el ojo encima. La tragedia que presenció de pequeña no parecía haberla afectado en absoluto. Y Evie había seguido siendo como era: rara.

Siempre decía lo que no debía, su mente y sus pensamientos no estaban hechos para la gente fina. Eso hacía que se preocupara demasiado cada vez que tenía que interactuar con alguien, así que al final dejó de intentarlo. Dejó de vivir.

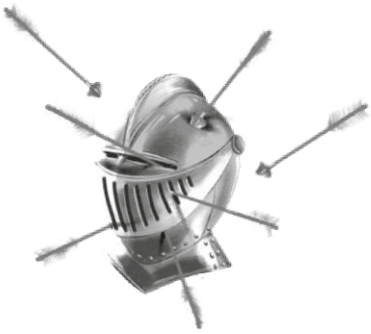
La cosa empeoró cuando su padre se puso enfermo. Era una excusa más para dedicarse a sus labores en vez de a ser una persona. Hasta que empezó a trabajar para El Villano.

Era irónico que un hombre rodeado por tanta muerte le hubiera devuelto la vida, pero ahora todo aquello se había acabado. Evie iba a ir desintegrándose poco a poco hasta quedar reducida a cenizas, como aquellos dientes de león ennegrecidos.

Se le saltaron las lágrimas, pero supo disimularlo y esbozar una sonrisa para su padre.

—Todo va bien —dijo repitiendo las palabras que le había dicho a Lyssa en aquel campo de deseos quemados hacía tantos años.

Todo iba bien.



CAPÍTULO 22

EL VILLANO

—¡¿Qué demonios es esto?!

El hombrecillo se puso a temblar y empezó a alejarse con cautela del escritorio de Trystan.

—Es… es el brebaje de Edwin, señor.

El Villano agarró el cáliz de plata que contenía aquel asqueroso líquido negro.

Sin espuma, sin azúcar, sin los ridículos dibujos que Sage intentaba hacer con la leche. Todo mal.

—Yo no he pedido que me trajerais brebaje —dijo en tono sombrío.

—Claro que no, señor, aunque, bueno, hace diez minutos me ha dicho: «Tráigame un vaso de brebaje inmediatamente, Stuart, o le voy a arrancar la piel de los huesos».

Ah, sí, había dicho eso, ¿verdad? Se había planteado dejar el brebaje hasta que pudiera volver a ponerle un poco de leche sin que nadie lo viera, pero para cuando llegó el mediodía ya tenía un dolor de cabeza tremendo y estaba desesperado.

—¡No quiero esta bazofia! ¡Apártela de mi vista *ahora mismo*! —Se levantó y empujó el vaso.

El pobre hombre estaba aterrorizado y por poco no consigue cogerlo a tiempo antes de salir corriendo de la habitación.

Trystan miró a Reymundo de reojo. La rana se estaba riendo y tenía un cartel levantado donde solo ponía: ZOQUETE.

Por una vez, la rana había conseguido plasmar la realidad a la perfección.

Trystan ignoró al anfibio y volvió a su escritorio para poder centrarse en sus planes malvados. Sin duda, pensar en caos y destrucción apaciguaría su mal humor.

Para cuando se hizo media tarde, Trystan no sabía ni cómo era posible que la oficina siguiera en pie.

Había habido un incendio en el pasillo sur de la mansión que casi había calcinado una sala entera llena de mapas cartográficos. Había empezado porque dos de los duendecillos del fuego estaban teniendo una discusión que había acabado en llamas y estas se habían propagado rápidamente. Y resulta que solo Sage sabía dónde estaban los dispositivos de irrigación porque ella misma había presionado para que los instalaran durante su primer mes de trabajo.

—¡Ni siquiera los va a ver! —le dijo Sage por aquel entonces con los rizos brincando por la emoción de saber que se iban a instalar.

En ese momento empujó la manguera (que estaba hecha con un material llamado «goma» en el que ella había insistido que debían invertir) hacia la pared. El mecanismo entró en su sitio, el tubo de goma empezó a girar y desapareció detrás de los ladrillos blancos.

—¡Están escondidas por toda la mansión! Cuando un edificio es tan grande, es importante tener en cuenta los incendios, sobre todo por la cantidad de vidas que están en juego. —Sonrió y sacó el cuaderno de su bolsa—. Bien, he marcado en un mapa dónde están los treinta dispositivos, y le voy a enseñar cada uno de ellos para que sepa exactamente dónde encontrarlos.

¿Treinta?

—Sage, por maravilloso que suene hacer un tour por todas las mangueras, tengo trabajo, trabajo de verdad.

Ella frunció el ceño, lo cual a él le provocó una sensación extraña e incómoda en el pecho.

—Pero ¿qué va a hacer si hay un incendio?

—Peguntarle a usted dónde están las mangueras —respondió Trystan como si nada.

Sage volvió a fruncir el entrecejo, como tantas otras veces, y se lo quedó mirando con una curiosidad que casi le resultaba… ¿entrañable? Tuvo un escalofrío.

—Pero ¿qué va a hacer si yo ya no estoy? —insistió ella.

—Siempre va a estar, Sage.

Trystan parpadeó. Le escocían los ojos. Atravesó el despacho y abrió de un empujón las puertas de madera que daban al parapeto en ruinas. Las puertas se cerraron de golpe tras él y volvió a parpadear al sentir la cálida humedad del ambiente. Al otro lado, la estructura estaba cubierta y apuntalada por vigas de madera que ayudaban con la reconstrucción que se estaba llevando a cabo.

Se detuvo justo antes de llegar al extremo que estaba destrozado y el calor del aire volvió a quemarle los ojos. Había decidido que ya no le iba a importar que ella se hubiese ido. No se atrevía a ir tras ella y ella no se iba a atrever a volver después de la crueldad con la que le había hablado.

El calor en ese momento era implacable y había tanta humedad que una gota de agua le empezó a descender por la mejilla. Se la enjugó con rabia y se miró la mano indignado.

—¿Señor?

La voz de la señorita Erring interrumpió el silencio e hizo que aquel calor que le humedecía los ojos se secara en cuestión de segundos. Aspiró por la nariz como si hubiera olido algo desagradable, frunció el ceño y giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó con brusquedad.

La mujer siempre parecía que llevara un palo en el culo, pero en ese instante tenía la cara tan desencajada que parecía estar a punto de tragarse

su propia lengua. Sacudió la cabeza y sus grandes gafas se deslizaron un poco hacia abajo.

—Uno de los hombres a los que les ha mandado encargarse de las finanzas de la mansión está enfadado porque dice que la letra del tasador es ilegible.

Trystan frunció aún más el ceño, confundido.

—¿Qué es lo que valoraba el tasador en ese informe?

—Varias cajas enviadas desde Roselia, uno de los reinos del norte, que iban llenas de joyas y de camino al rey Benedict. Han sido interceptadas por los Guardias Malévolos esta mañana.

Qué plan tan brillante, lástima que no recordara habérsele ocurrido.

—¿Quién diablos lo ha organizado? Los reinos del norte suelen enviar sus cargamentos acompañados de un ejército de guardias.

La señorita Erring torció la boca y lo miró directamente a los ojos:

—Evangelina mandó hacer los planos hace un mes y usted firmó el consentimiento, señor.

No, no podía ser… Pero sí, podía ser y era. Sage había propuesto que algunos de los Guardias Malévolos vistieran uniformes de Roselia y fueran abriéndose paso lentamente entre la multitud y abatiendo uno a uno a los verdaderos soldados de ese reino.

Era un suicidio, pero ella parecía tenerlo muy claro. Así que aprobó el plan y asignó a algunos de sus mejores guardias para llevarlo a cabo; no hacía falta condenar a los novatos a una muerte prematura. Al menos sus guardias más experimentados tenían posibilidades de salir vivos.

Pero no solo habían salido vivos, sino que el plan había sido todo un éxito.

—Bueno, eso está muy bien, pero sigo sin entender el conflicto. ¿Por qué motivo el asesor financiero no puede leer la letra del tasador?

Hacía dos años que conocía a Rebecka Erring y nunca había dejado de mantener la compostura. Incluso el día que la conoció, a pesar de las desagradables circunstancias. Por eso Trystan se sorprendió cuando vio que ponía los ojos en blanco.

—La letra es atroz, señor. Haría falta un traductor para descifrar ese jeroglífico.

Su paciencia era tan escasa como el suelo que quedaba en pie al final del parapeto.

—Bueno, y ¿cómo nos las hemos arreglado hasta ahora?

Supo cuál era la respuesta antes incluso de que ella abriera la boca con evidente incomodidad.

—Evie siempre era capaz de leerlo sin problemas —contestó—. Solía hacerlo mientras comía los pastelitos que Edwin le daba. —Por el tono se notaba que a la mujer no le parecía bien eso último.

Sin embargo, a Trystan le importaba más bien poco. Estaba ocupado dándose cuenta de que, básicamente, su empresa no era funcional sin Sage. O se suponía que sí, pero, para ser sinceros, todo era un desastre.

Las emociones de aquella mañana se estaban transformado en lo que eran en realidad: una forma de racionalizar el arrepentimiento. Detestaba con toda su alma estar equivocado, pero suponía que si había alguien a quien no le dolía tanto darle la razón era a Sage. Quien probablemente no iba a volver a pasarse por la mansión nunca más… Lo que significaba que era él quien tenía que ir hasta ella.

Trystan trató de disimular el nerviosismo en sus palabras mientras miraba a la señorita Erring y decía:

—Que los de finanzas dejen eso; yo mismo intentaré traducir la letra.

Ella asintió y se dio la vuelta para marcharse, pero antes miró hacia las ruinas del final del parapeto.

—¿No le parece curioso lo mucho que nos apresuramos a reparar algunas cosas y lo mucho que esperamos para otras?

Esas palabras escondían una acusación que hizo que Trystan entornara los ojos.

—¿Qué está insinuando, señorita Erring?

Notó que la pregunta le había salido en un tono cortante, pero Rebecka se irguió y no vaciló ni un momento al contestar:

—Que quizá necesite dejar a un lado el orgullo para poder ver con más claridad qué es lo que hay que reparar.

Era su osadía al hablar lo que hacía que Trystan la respetara. Rebecka Erring no tenía miedo a decir las cosas cuando creía tener razón. Fue ese respeto lo que la salvó.

—Debería preocuparse de sus problemas en vez de los míos, señorita Erring. Tiene usted potestad para darles consejos a mis empleados; a mí, sin embargo, no.

Ella asintió, obediente. La osadía abandonó sus ojos en cuestión de segundos, y eso a él lo dejó confundido. ¿Rebecka Erring estaba insinuando que el hecho de que Sage dejara el trabajo era algo que había que reparar? Trystan habría puesto la mano en el fuego por que la enemistad entre ellas era bastante mutua.

—Señorita Erring, ¿usted quiere que vuelva la señorita Sage? —preguntó con curiosidad.

Ella se giró y le dio la espalda mientras abría la pesada puerta.

—No, no es que quiera —dijo en voz baja—. Es que creo que se lo merece.

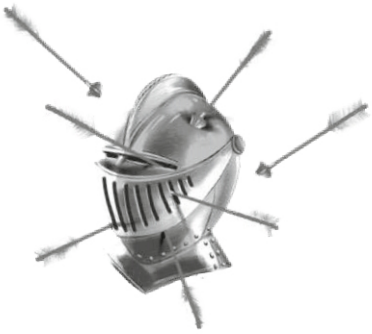
Esas palabras fueron tan directas y sinceras que Trystan se tuvo que apoyar en el murito de piedra por la conmoción. El portazo de la mujer lo dejó con un ruido sordo y apagado en los oídos. Se pasó una mano por la boca y la bajó hasta dejarla apoyada en la barbilla.

Miró la parte destruida del parapeto una vez más antes de volver a su despacho.

Hay que repararlo.

Por desgracia, Trystan no tenía las habilidades necesarias para reparar nada. Se le daba mucho mejor destruir todo lo que tocaba.

Motivo por el cual no las tenía todas consigo sobre si, al final de aquel horrible día, cuando él terminara de hacer lo que tenía que hacer, la mansión seguiría en pie.



CAPÍTULO 23

EL VILLANO

Alguien llamó a la puerta del despacho de Trystan y esa fue la gota que colmó el vaso.

Faltaba casi una hora para que acabara el día y se moría de ganas de que el sol se pusiera y el día diera paso a la noche. Quería sumergirse en la oscuridad.

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Estuvo a punto de perder los estribos cuando oyó que la puerta se abría sigilosamente a pesar de no haberle dicho a ese alguien que podía pasar.

—A menos que haya otro incendio, no quiero que me molesten —dijo con hostilidad.

La magia más oscura de sus adentros latía, ansiosa por encontrar un punto débil y destruir a quienquiera que se atreviera a entrar en sus dominios sin invitación.

—Hice que la mitad del parapeto volara por los aires la semana pasada. —Todo su cuerpo se puso rígido como una tabla y, a la vez, la parte más profunda, más intrínseca de su ser se relajó al escuchar esa voz—. ¿Eso cuenta?

Al girarse para verla se quedó inmóvil y una incómoda sensación se agitó en su pecho. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y la miró a los ojos.

Su antigua asistente tenía el mismo aspecto, seguía siendo bajita y morena. Mantenía esa mirada que parecía saber demasiado y esos labios que se le curvaban constantemente por las comisuras. Pasaba más tiempo sin verla los fines de semana que el tiempo que había pasado desde su encontronazo, así que la reacción que estaba teniendo su cuerpo era ridícula.

Pero es que estaba tan *feliz* de verla. Qué emoción tan obscena e innecesaria, y, sin embargo, ahí estaba. Se sentía feliz… Qué abominación tan buena.

Y el cosquilleo en su pecho no hizo más que aumentar cuando ella empezó a hablar de nuevo.

—No me gusta sentirme incapaz de hacer algo. —Por cómo salieron las palabras de su boca, se notaba que no las había practicado, pero que eran sinceras.

—Comprendo… —dijo él en tono neutro.

—Me provoca una reacción irracional. Es como si despertara algo en mí que…

—Pare. —Levantó una mano para interrumpirla con la mirada puesta detrás de ella. La puerta se había quedado abierta—. Aguarde un momento.

Se dirigió hacia ahí y vio la multitud de curiosos que intentaban asomarse por el umbral y que se dispersaron cuando los fulminó con la mirada.

Todos menos Blade, que iba con un nuevo vendaje en la cabeza. Se fijó en que Sage estaba ahí y miró a Trystan. Alzó el puño para chocarlo, pero Trystan le dio la espalda, cerró la puerta y se giró hacia Reymundo, que permanecía inmóvil sobre el escritorio. Por lo menos no estaba sosteniendo otra vez el cartelito de antes.

—¿Podrías irte a… cualquier otro sitio? —le preguntó. La criatura saltó de la mesa y aterrizó unos metros más allá, sobre el alféizar de la ventana. El Villano suspiró y luego miró a Sage—. Proceda.

—Sé que hay cosas que no quiere contarme. Incluso sé que hay cosas que soy incapaz de hacer.

Él lo dudaba y mucho, pero no dijo nada.

Ella se movió hasta la silla donde solía sentarse; él prefirió permanecer de pie, apoyado en el escritorio.

—Pero no poder hacerme cargo de las cosas y de la gente que me necesitan… me da pavor.

Aquello despertó su curiosidad e hizo que alzara las cejas, sorprendido.

Desde luego, no era posible que aquella mujer se creyera de verdad que era incapaz de hacer algo. Además, sabía que la reacción que él había tenido y el modo en que la había tratado estaban mal, que se había equivocado con aquella carta. Entonces, ¿por qué le estaba dando explicaciones?

—Sé que no puedo saberlo todo, y lo respeto. Es usted un hombre con muchos secretos, no como yo. —Se rio un poco al final de la frase.

Era de esas personas que tienden a menospreciarse a sí mismas. Él en eso tenía mucha práctica.

Ella continuó hablando mientras sus ojos claros se encontraban con los oscuros de Trystan y él flexionaba las manos con nerviosismo para aliviar esa especie de cosquillas que se le extendían por las extremidades.

—Pero cuando me acusó de ser desleal… —Al escuchar eso, los hombros de El Villano se tensaron—. Me dolió. Ni siquiera me dio la oportunidad de explicárselo.

«Me dolió.»

Trystan se preguntó si verlo saltar por la ventana la dejaría marcada de por vida.

—Sin embargo… —Hizo una pausa—. No debería haberme precipitado con lo de la dimisión. Me dejé llevar por mis emociones. Si me hubiera permitido a mí misma tener tiempo para procesar el dolor de la forma adecuada, no hubiera tomado esa decisión.

Respiró hondo con la mirada fija en él.

—Por eso he venido a disculparme y a pedirle que me permita volver a mi puesto de trabajo.

Se hizo el silencio mientras se seguían mirando fijamente. Trystan se dio cuenta de que sus labios se habían entreabierto mientras ella hablaba y de que la estaba mirando como un pez perturbado. Tragó saliva y movió la mandíbula de un lado a otro para tratar de aliviar la rigidez.

—¿Quiere volver? —le preguntó.

El ansia en su voz estaba pidiendo a gritos ser aplastada como una cucaracha.

Ella asintió con los últimos rayos de sol que entraban por la ventana iluminándole los ojos.

—Me encanta trabajar aquí.

Debería haberlo dejado ahí. Con ambos reconociendo que él tenía razón y que ella había actuado de forma absurda, y dejando que las piezas de sus vidas volvieran a encajar sin obstáculos.

«Me dolió.»

Culpabilidad. Se sentía culpable, muy culpable, y no podía soportarlo. Verla allí sentada, tan razonable y tan dispuesta, envuelta en un aura de valentía, hacía que le escociera la piel y le provocaba un martilleo en la parte frontal del cráneo.

Trystan fue hasta su silla y se sentó despacio. No quiso que el silencio se alargara más.

—Sage, yo…

Tatianna debía de haber envenenado su brebaje, seguro que era eso. Era la única explicación para lo que sentía cuando la miraba. Tenía que serlo.

La angustia de Trystan no hizo más que aumentar cuando miró hacia Reymundo, que desde el otro lado de la sala sostenía un cartelito que decía: HABLA.

Volvió a levantarse de repente y ambos dieron un respingo. Sage se levantó también. Él dio la vuelta alrededor del escritorio sin apartar los ojos de ella. Se preguntó si existía una palabra para describir esa sensación que tienes cuando sabes que vas a fracasar en algo, una palabra para cuando sabes que, por mucho que te resistas, el camino te llevará a un sitio en concreto.

A él lo había llevado a Evangelina Sage.

—Perdón. —La disculpa salió rápido, y estaba casi seguro de que su tono había subido una octava, lo cual, además de ser humillante, era suficiente para que volviera a considerar la idea de tirarse por la ventana.

—¿Perdón… por qué? —Sage tenía la boca tan abierta que Trystan se preguntó si llegaría a tocar el suelo.

—No nos pongamos dramáticos tampoco. Ni que le hubiera dicho que duermo con la luz encendida.

Sage entrecerró los ojos ante esas palabras y Trystan maldijo en voz baja.

La mirada perversa la delataba. Entonces se empezó a frotar la barbilla como si fuera un viejo especialista en magia.

—Señor, ¿duerme con la luz encendida?

Trystan negó con la cabeza y se frotó los ojos con el dorso de la mano, mientras murmuraba:

—No digo que… No duermo con todas las luces apagadas.

Ella estalló en una carcajada tan grande y aguda que no le habría extrañado ver a pájaros acudiendo a la ventana en respuesta a la llamada de uno de su especie, pero seguía siendo adorable y Trystan esperaba poder escuchar esa risa más veces.

Joder.

—¡Duerme con la luz encendida! ¿Por qué? ¿Para quemar insectos? ¿Intenta atraerlos hacia su muerte? —Sus palabras salían tan rápido que su boca apenas podía seguir el ritmo.

Él suspiró y negó con la cabeza de nuevo, asumiendo que aquello era su penitencia.

—Duermo con la luz encendida por el mismo motivo que cualquiera que duerme con la luz encendida: para que haya más… luz. —Hizo una mueca nada más terminar de decirlo.

Dioses, eso ha sonado ridículo.

—Hoy es el mejor día de mi vida. —Sage arrugó la nariz y soltó una risita mientras empezaba a dar saltitos de emoción, como si su risa iniciara su lanzamiento hacia el sol—. ¿Por qué necesita que «haya más luz» de noche? —preguntó imitando su voz.

Trystan se puso una mano en la cadera y otra en la frente. Estaba agotado.

—La oscuridad despierta mis miedos, sobre todo cuando estoy solo o en mi alcoba… o ambas cosas.

La mandíbula de Sage volvió a tocar el suelo y se quedó en silencio. Aquello era preocupante.

Trystan se puso erguido.

—¿Acaso es eso un problema?

—No. Por supuesto que no —contestó ella. El regocijo fue transformándose en ternura—. ¿Desde cuándo tiene miedo a la oscuridad?

—No le tengo *miedo* a la oscuridad, Sage. Soy El Villano; la oscuridad me tiene miedo a mí —dijo mientras hinchaba el pecho para demostrar su argumento, aunque eso lo único que provocó fue que ella se volviera a reír.

—Mis disculpas, señor —dijo arrepentida—. ¿Desde cuándo le tiene miedo a la oscuridad… *sobre todo en su alcoba*? —Al decir estas últimas palabras, Evie puso una voz profunda para imitarlo.

—Desde pequeño —admitió él, pero no mencionó que había empeorado con los años ni por qué.

Ella debió de notarlo, porque extendió la mano y la puso encima de la de Trystan. Él se puso rígido ante aquel contacto, como le pasaba siempre que otro humano lo tocaba, y bajó la cabeza para mirar esa mano tan pequeña apoyada sobre la suya.

—A mí me dan miedo las mariquitas —dijo ella asintiendo y con cara seria.

El Villano se quedó boquiabierto y miró al techo, preguntándose cómo demonios había llegado hasta esa situación. Una conversación que había empezado con él pidiéndole disculpas a una empleada (sin mucho éxito, debía añadir) había acabado, sin saber ni cómo, con ella hablando de insectos.

Como se quedó callado, ella añadió:

—Es por las manchas esas que tienen.

—Claro, por qué iba a ser si no —dijo él derrotado—. Sage, estaba intentando disculparme.

—¡Ah, sí! Lo siento, siga, siga.

Dio un paso atrás con cara de estar avergonzada y le hizo un gesto con las manos para que siguiera.

Él suspiró y continuó:

—No ha hecho nada que me haga pensar que es usted incapaz de hacer algo o indigna de mi confianza. Mi reacción con lo de la carta fue exagerada, y también fue muy injusto por mi parte…

Ella lo interrumpió de repente.

—La carta no era…

—Lo sé —dijo Trystan, levantando una mano para detenerla—. Blade me lo ha contado.

Sage frunció el ceño.

—Señor… no habrá… Es decir, ¿Blade sigue…?

—Sigue respirando, sí.

—Bueno, después de presenciar cómo tortura a los hombres que va arrastrando por aquí, no sé si esa afirmación me hace sentir mucho mejor —replicó ella.

—Está vivo, ileso y aún trabaja aquí. —Trystan no quería seguir hablando de la misericordia que había tenido con él porque le revolvía el estómago. Rápidamente añadió—: Igual que usted. Si es que quiere volver al puesto.

Las comisuras ya de por sí curvadas de la boca de su asistente se levantaron aún más, iluminando todo su rostro. Eso les devolvió la flexibilidad a las rígidas extremidades de Trystan. Era como si esa mujer le estuviera licuando los huesos. Sage se acercó a él y le tendió la mano.

Él dudó un momento y después se la estrechó.

—Me llamo Evangelina Sage. Encantada de conocerle. ¿Puedo llamarle «señor»? ¿O prefiere «señor del mal»?

Él sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa. Los ojos de Sage se desviaron hacia su mejilla izquierda con cara de satisfacción. No era normal la obsesión que tenía esa mujer con su hoyuelo.

—Ambas me parecen bien siempre y cuando vaya a la cocina y me traiga uno de esos pastelitos fritos. Y un cáliz del brebaje de Edwin con mucho azúcar.

—¡Adjudicado! —gritó Evie, y casi se tropieza con ella misma de camino a la puerta.

—Sage —la llamó Trystan, arrepintiéndose de inmediato nada más ver cómo se daba la vuelta y lo miraba expectante—. Solo por curiosidad… ¿por qué quiere tener mi confianza?

Ella se puso la mano en la mejilla y levantó una ceja, pensativa.

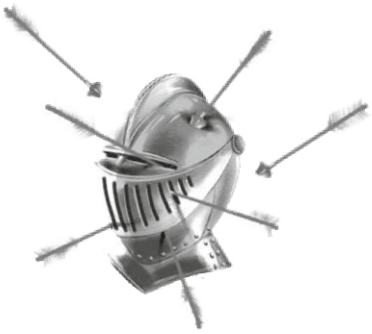
—Quiero conocerlo, sin más.

¿Sin más? Como si esa frase por sí sola no bastara para volverlo loco. Sage desapareció tras la puerta y Trystan se apoyó en la pared y se deslizó hacia abajo hasta quedar sentado en el suelo con los brazos apoyados en las rodillas.

«Quiero conocerle.»

Ahí sentado, Trystan sintió un miedo irrefrenable porque, por primera vez en una década, la idea de que alguien lo conociera no sonaba tan mal.

Y, sin embargo, algo le decía que esa mujer iba a ser su perdición.



CAPÍTULO 24

EVIE

Las cosas estaban demasiado tranquilas.

En el trabajo, esa última semana y media todo había ido al ritmo habitual. El jefe paseaba a hombres mugrientos arrastrándolos por las orejas, siempre por razones que ella desconocía. Dos importaciones de armas y otros bienes robados pasaron de estar bajo la custodia del reino de Roselia a estar en la mansión sin el menor contratiempo.

El informante de la oficina estaba durmiéndose en los laureles.

Evie estaba disfrutando de una galletita de vainilla junto a la ventana de la cocina que tanto le gustaba y que últimamente no había podido visitar mucho. Siempre iba bien pasarse por ahí después de que Edwin terminara una nueva tanda de pasteles de hadas, todos con un glaseado perfecto. Estaba disfrutando de ponerse al día hasta que Becky le arruinó el momento.

—Qué suerte tienen algunas; actúan de una forma totalmente carente de profesionalidad y son bienvenidas de nuevo como si nada hubiera pasado.

Evie puso los ojos en blanco. Miró a Becky, que estaba de pie en la puerta con los brazos cruzados.

—Qué suerte tienen algunas; son capaces de justificar el ser unas arpías criticonas con que eso es parte de su personalidad —replicó Evie con una sonrisa descarada.

Sin dejar de sonreír también, Becky se acercó al caldero humeante y le tendió el cáliz a Edwin para que lo llenara. El ogro era el doble de grande que ella y no se atrevía a mirarla a los ojos.

—Prefiero ser una arpía criticona que una ingenua que siempre anda metiéndose en problemas.

A Evie empezaba a temblarle el párpado.

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Como ir a robarles los caramelos a los niños, quizá?

Con los ojos entrecerrados, Becky agarró su bebida calentita y salió de la cocina con la falda ondeando de un lado a otro mientras andaba.

Justo en ese momento entraba Blade y dio tal salto para apartarse de su camino que parecía que le iba la vida en ello. Después siguió caminando en dirección a Evie, pero con la cabeza girada para poder ver cómo Becky se iba a toda prisa en la dirección contraria.

El domador de dragones esbozó una amplia sonrisa.

—Menos mal que has vuelto, porque Rebecka estaba que se subía por las paredes. Me alegra ver que vuelve a ser ella misma.

Eso Evie lo dudaba.

—Ya, claro, porque esta semana ha sido un encanto de persona —contestó con sarcasmo, y volvió arrastrando los pies hacia su mesa, brebaje en mano.

Blade la siguió.

—Olvídate del encanto de Rebecka. Quiero enseñarte algo impresionante —dijo con una sonrisa. El blanco de los dientes en contraste con su piel bronceada le daba un aspecto saludable y vigoroso—. ¿Crees que el jefe podrá prescindir de ti veinte minutos?

—Estoy bastante segura de que no le va a importar, sobre todo teniendo en cuenta que hoy no está en la mansión —respondió Evie. Suspiró y se guardó sus preocupaciones—. ¿Qué es eso tan impresionante que me quieres enseñar?

—Ven —le pidió agarrándola de la mano y tirando de ella.

Tatianna apareció junto a ellos con cara de estar aburrida.

—¿Adónde vamos? Hoy se me está haciendo el día largo.

—¿No hay becarios a los que curar? —preguntó Evie cuando los tres empezaron a bajar las escaleras—. ¿Ni hermanas del jefe a las que atender? —Sonrió al notar que Tatianna le daba un empujoncito.

—¿Hermanas de quién? —preguntó Blade enarcando las cejas. Pasó uno de sus musculosos brazos alrededor de los hombros de Tatianna y se inclinó hacia ella—. Venga, dilo en voz alta, el resto de la clase también quiere escucharlo. A mí me encantan los cotilleos.

—No me he unido a esta excursión para ser interrogada, solo me apetece entretenerme un poco.

Evie levantó la mano.

—Yo diría que estoy bastante entretenida. —Bajó la mano cuando captó la mirada asesina de Tatianna.

Salieron al patio. Se notaba que Blade estaba emocionado.

—No os vais a creer lo mucho que hemos progresado Fluffy y yo. Nada que ver con lo que llevamos intentando estos últimos meses.

Ambas mujeres se detuvieron en seco en la entrada e intercambiaron una mirada de confusión.

—¿Has dicho… Fluffy? —preguntó Evie.

Blade se rio entre dientes.

—¡Ya ves! Pero créeme cuando te digo que… ¡Jefe!

A Evie le dio un vuelco el corazón al ser consciente de la formidable presencia que se cernía tras ella. Sus sospechas se confirmaron cuando oyó una voz grave cerca del oído.

—¿Están escaqueándose de sus labores a mitad de la jornada laboral, panda de ingratos? —No había ira detrás de esas palabras, solo cansancio y preocupación.

Evie se giró y lo vio de pie justo detrás de ella. Tenía ojeras y una expresión sombría.

—Blade quería que viéramos algo —le contestó. Hizo una pausa, levantó la mano y pasó el dedo por encima de uno de los semicírculos oscuros que había debajo de los ojos de El Villano. Ambos debieron de

sorprenderse por igual ante aquel atrevimiento, porque los dos se quedaron completamente quietos—. ¿Duerme por las noches?

Tatianna enarcó una ceja con una sonrisa en la boca y Blade de repente se interesó mucho por sus propios zapatos.

—Dormir no es mi prioridad —contestó Trystan mientras le apartaba la mano y la dejaba caer de nuevo a un costado.

Es posible que Evie tuviera la sensación de que el contacto de sus dedos se había alargado un segundo más de lo necesario.

Se puso la mano en la cadera y replicó:

—No es usted una máquina, señor. Dormir las horas que tocan no está reñido con ser un hombre malvado y siniestro.

—No sé, a mí me parece que este aspecto cansado le da un toque más amenazador —dijo Blade mientras asentía y le daba una palmada en el hombro a El Villano.

Retiró la mano de inmediato al ver la mirada asesina que este le estaba dedicando como resultado.

—Pues yo creo que lo único que hace es que parezca que tiene sueño —sentenció Tatianna inclinando la cabeza para tener mejor ángulo.

—¿Podemos dejar de discutir mis hábitos nocturnos un momento y escuchar qué explicación tienen ustedes para justificar que mis supuestamente respetables empleados abandonen sus puestos de trabajo en medio de la jornada? —dijo con una ceja levantada, y se cruzó de brazos a la espera de una explicación.

Blade abrió la boca, pero se quedó callado al oír como el viento azotaba la puerta trasera. Giró la cabeza y esbozó una amplia sonrisa.

—¿Habéis oído eso?

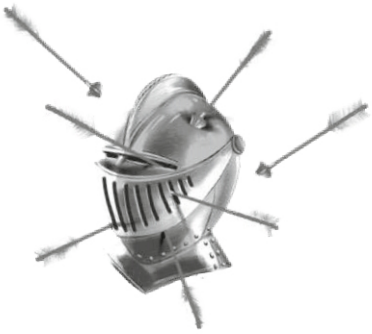
—¿Las inclemencias del tiempo? —preguntó El Villano en tono burlesco.

El viento volvió a sacudir la puerta, esta vez con más fuerza. El ruido hizo que Tatianna y Evie dieran un respingo. También que El Villano agarrara a Evie y la pusiera detrás de él.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gruñó.

Blade se dirigió hacia la puerta trasera con aire chulesco y extendió el brazo como si fuera a presentar al rey Benedict.

—Eso, mis queridos amigos, es Fluffy.



CAPÍTULO 25

EL VILLANO

A El Villano le retumbaba el pulso en los oídos solo de sentir la mirada penetrante de Sage a sus espaldas. Carraspeó y se dio la vuelta lentamente, pero ella ya estaba pasando por su lado agarrada del brazo de Tatianna.

La curandera exclamó con expresión atónita:

—¿Por qué le has puesto ese nombre al pobre animal?

Blade desvió los ojos hacia Trystan y él lo fulminó con la mirada. *Más le vale no…*

—Ah, fue el nombre más tonto que se me ocurrió, sin más. Quise vengarme un poco por todos los quebraderos de cabeza que me ha causado.

Y aquí tenemos el ejemplo perfecto de qué no hay que decir. Excelente.

A El Villano le pareció que casi habría sido mejor admitir que quien propuso ese nombre fue él, dada la forma en que los hombros de Sage se tensaron.

Soltó el brazo de Tatianna y se encaminó hacia el patio con la curandera pisándole los talones.

—¡Cómo te atreves a ponerle un nombre por despecho a esa pobre criatura, Blade Gushiken! —El entrenador de dragones pareció sentirse

culpable ante la reprimenda.

Trystan les siguió sintiéndose un poco patético.

El patio de atrás era una de sus zonas favoritas de la mansión. Estaba todo cubierto de piedras con hierbas y plantas que asomaban por las grietas. Los arcos de piedra habían sufrido mucho desde que la criatura había empezado a crecer y a atacar todo lo que la rodeaba a base de dar golpes con la cadena del cuello.

A diferencia de ahora, que, para su sorpresa, vio que estaba tranquila.

Demasiado tranquila.

—¿Dónde están las cadenas? —preguntó El Villano tratando de mantener la compostura ante esa bestia escupefuego que se había quedado mirando fijamente a Sage con las fosas nasales dilatadas.

Trystan sintió que el poder que tenía se revolvía en su interior como una nube oscura. Su visión cambió y pasó a ver los puntos vulnerables en la piel escamosa del dragón.

En el lado izquierdo de una de sus patas había un punto débil. Si le daba ahí, se caería al suelo y quedaría paralizado para siempre. Pero entonces vio las marcas de las cadenas alrededor del cuello. Las heridas, ahora cicatrizadas, tenían un cierto brillo. Aquello le hizo reflexionar.

El poder volvió a guardarse en sus adentros y justo entonces Sage levantó una mano temblorosa hacia la bestia.

—Sage… —susurró él en medio de aquel silencio fantasmal—. Yo que tú no lo haría.

Pero ella siguió mirando a la criatura con asombro y hablándole en voz baja:

—Eh, dragón…

La criatura resopló como respuesta y ella se llevó un susto.

—No tengas miedo —le dijo Gushiken—. Desde que empecé a llamarlo por su nombre está más calmado. Es tan inofensivo como un gatito.

—Un gatito con alas… que respira fuego —lo corrigió Tatianna mientras daba un paso atrás con cuidado para apartarse de Fluffy.

—Es probable que tenga más que ver con el hecho de haberle quitado las cadenas —dijo El Villano mientras se acercaba a la bestia y se posicionaba sutilmente entre ella y Sage—. Estoy seguro de que eso aplacó su furia. No

era consciente… —Sintió que la culpa le oprimía el pecho—… de que le resultaban tan dolorosas.

Blade frunció el ceño, chasqueó la lengua y le hizo señas a la criatura para que se acercara. Fluffy se giró con torpeza sobre sus patas traseras y acercó el hocico a la mano de Gushiken.

—Yo tampoco, pero, aunque no le hubieran provocado dolor físico, a nadie le gusta estar encadenado. Debería haberme dado cuenta antes.

Trystan lo entendía mejor que nadie, pero apartó ese recuerdo de la mente antes de que pudiera formarse por completo y tumbara el muro que había construido para mantenerlo a raya. Entonces añadió:

—Me satisface ver… que tiene mejor aspecto.

La criatura se volvió hacia él con una mirada rasgada que escondía una profunda sabiduría. El Villano estuvo a punto de inclinarse para concederle a la criatura el respeto que merecía.

Sin embargo, mantuvo las piernas firmes, intentando ocultar la reverencia tras una fachada de desinterés, y en su lugar se giró hacia la puerta de la mansión, incapaz de seguir mirando al dragón ni un segundo más después de saber el daño que le había causado.

—¡Espere, jefe, no ha oído la mejor parte! —gritó Blade. El Villano no se dio la vuelta, solo se detuvo y se quedó dándoles la espalda a los tres—. Cuando le quité las cadenas, vi que había algo interesante grabado en la parte interna.

El ruido del metal hizo que Trystan girara la cabeza y vio al domador de dragones arrastrando un enorme anillo de plata. Tal era su tamaño, que el hombre necesitaba abrir los brazos lo máximo posible para poder cargar con él. Lo dejó caer a los pies de El Villano y señaló el interior, donde había unas pequeñas letras grabadas.

MUERTE A EL VILLANO.

Pasó un dedo por encima de las palabras mientras con la otra mano apretaba el puño y se le clavaban las uñas en la palma. Ambas mujeres vieron la inscripción y ahogaron un grito.

Sage se agachó a su lado y le puso una mano en el brazo con delicadeza. Aquello aplacó de inmediato su magia, que estaba a punto de volver a estallar.

—Estas cadenas las tenemos desde antes de que llegara Blade. Alguien firmó el resguardo de entrega de una caja que contenía armas y equipamiento y esto estaba dentro. Venía en un cargamento que le sustrajimos al rey Benedict y que iba destinado a Groena, el reino que hay al este. Fue durante mi primera semana aquí.

A Trystan todo aquello le olía mal, pero se le escapaba algo y no había forma de desenredar aquel retorcido misterio. Parecía que todo eran cabos sueltos que no llevaban a ningún lado y, mientras, su peor enemigo seguía teniendo a alguien infiltrado en algún lugar del castillo; un lobo con piel de cordero.

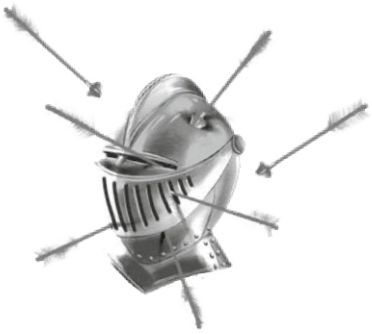
Ya sabía que el rey Benedict estaba detrás de los ataques. Después de todo, fue quien empezó esa pequeña guerra entre ellos. Sin embargo, a pesar de que Benedict mandó su flota antes, fue Trystan quien disparó el primer cañón. Y lo volvería a hacer. A eso se dedicaba El Villano, al fin y al cabo.

—Benedict sabía que esto acabaría en mis manos. Sabía que Blade se llevaría al dragón, mandó fabricarlo y le encargó a su traidor que lo trajera hasta aquí. —Dio una patada a las cadenas. Un destello de ira impulsó su poder hacia los confines del patio. Su magia quería cargarse a alguien apuntando a cualquiera de sus puntos débiles—. Está jugando conmigo. —Con un tono duro y frío añadió—: Pero seré yo quien gane esta guerra. Pienso quemar su cabeza en la hoguera.

Tras eso, volvió a encaminarse hacia la puerta del castillo, esta vez con un oscuro propósito en cada paso que daba. Esperaba que Benedict hubiera saboreado bien las escasas ventajas que había conseguido hasta el momento, porque su racha de victorias estaba a punto de llegar a su fin.

Al frotarse el cuello, habría jurado que notaba el peso de aquellas cadenas a pesar de ya no llevarlas. Entonces sonrió. Aniquilaría toda posibilidad de esperanza que Benedict o cualquiera de sus simpatizantes tuvieran. Se sentaría a ver cómo corrían para salvar sus miserables vidas y luego acabaría con ellos, uno a uno.

Benedict había sido la primera persona que había mirado a Trystan a la cara y le había llamado monstruo, y el mayor placer de su vida iba a ser recordarle al rey exactamente lo que eso significaba.



CAPÍTULO 26

EVIE

—¡Es él! ¡Este es El Villano! —gritó Jayne Fairmond. Aquello llamó la atención de varios aldeanos que pasaban por la plaza.

Era un día ajetreado de mercado, con las calles llenas de carros y vendedores. Había telas de colores colgadas que brillaban al reflejar la luz del sol. Procedían de los mares de Lavanda y habían llegado hasta allí traídas por sus habitantes, los tritones. La nariz de Evie captó el aroma a pan recién hecho. Quizá no estaba tan rico como el de Edwin, pero consideraba que lo seguía de cerca.

Sin embargo, la tranquilidad de su día libre se vio interrumpida por alguien delirando sobre su jefe. Ahora tenía que ponerse la máscara.

—¿Un retrato de El Villano? —Tenía que sonar aterrorizada si no quería levantar sospechas.

No era un secreto para nadie que El Villano tenía simpatizantes, y a ellos también se los consideraba escoria malvada. Evie pensó que sería buena idea chillar al ver el cartel. Casi le sale solo al ver el triste retrato de lo que fuera que aquella dibujante trataba de transmitir.

El hombre que salía representado en el folleto con las palabras SE BUSCA no es que fuera viejo, es que era ancestral. La nariz ni se le parecía y el pelo estaba mal por muchos motivos; por ejemplo, porque estaba en llamas. En el dibujo se le veía sacando la lengua, que era bífida como la de una serpiente, y Evie soltó un gritito al ver una barba tan larga que cubría casi toda la parte inferior de la página.

—¿No tendrás otro de estos? —Estaba esforzándose tanto por no reír que se le saltaban las lágrimas. Tosió y añadió—: Me gustaría asegurarme de no olvidar nunca la cara de este traidor.

Jayne asintió con una mirada de aprobación y se puso a rebuscar en su bolsa para poder darle otro de esos horribles carteles a Evie. Tenía pensado enmarcar uno y ponerlo en la mesa del jefe.

—Gracias —dijo mientras hacía como que se tragaba los mocos y se secaba una lágrima imaginaria—. Es tan malvado…

—No te preocupes, Evie. Algún día los Guardias Valerosos darán con él y ya no podrá seguir destruyéndolo todo —insistió Jayne mientras agarraba el folleto con tanta fuerza que hasta llegó a arrugar el papel.

—¿Qué es lo que ha destruido exactamente? —preguntó Evie con inocencia.

Jayne se echó hacia atrás con cara de estupefacción.

—¿Cómo se te ocurre preguntarme eso, Evangelina? —Se llevó la mano al pecho de forma dramática; parecía que iba a desmayarse—. Ha cometido crímenes demasiado horribles como para hablar de ellos en voz alta.

Ah, ahora Evie lo entendía todo.

—O sea que no me sabes decir ni uno, ¿verdad?

Jayne cruzó los brazos sobre su gran busto.

—¡Claro que sí! Lo que pasa es que tengo suficiente decencia como para no hablar del tema —replicó mientras la fulminaba con la mirada. Tenía pinta de estar a punto de arrancarle el folleto de las manos—. La única razón por la que tienes el lujo de poder trabajar es gracias a la benevolencia del rey Benedict. Si fuera por El Villano, a lo mejor ni siquiera tendrías trabajo.

—Cuánta razón tienes, Jayne. Cuánta razón —dijo Evie mientras asentía con aire de sabiduría.

Ya no podía contener la risa ni un segundo más, así que se dio la vuelta antes de que la mujer la viera. Entonces se dirigió al centro de la ciudad, donde había menos gentío de… bueno, de gente.

Unos minutos más tarde, Evie estaba sentada en el borde de la gran fuente que marcaba el centro del pueblo. Otro fin de semana llegaba a su fin y ella seguía sintiendo que se ahogaba, como si todas las preocupaciones fueran un peso atado en los pies que la iba empujando hacia el fondo del agua hasta que ya no podía respirar.

Vio a su padre sentado con varios amigos del pueblo y pensó que estaba claro que se encontraba mucho mejor. Mientras conversaba con los demás, se fijó en que su tez ese día tenía un color saludable. Lyssa le había rodeado una de las piernas con ambos brazos y tenía la cabeza inclinada hacia arriba, como si estuviera pendiente de todo lo que decía. Cuando estaban juntos, aparentaban ser una familia feliz y sana que no tenía secretos oscuros rondándoles como buitres a la espera de una matanza.

Apretó los labios y se levantó. Todavía quedaban unas horas para que el día acabara. Pensó que quizá sería buena idea repasar sus notas una vez más para ver si se le había escapado algo.

Jayne estaba rodeada por un grupo de chicas con las que Evie había ido al colegio de pequeña. Todas ellas eran de las que, en su día, cuando murió su madre, se la quedaban mirando, susurraban y se reían de ella. Solo fingían simpatía cuando les convenía.

Evie suspiró, negó con la cabeza, y se dio la vuelta para volver a casa. Ya no podía seguir haciendo el papel de ser sociable.

Le tocó el hombro a su padre y pasó la otra mano por una de las trenzas de Lyssa.

—Me voy a casa, papá. ¿Te parece bien si Lyssa se queda contigo?

Los hombres con los que su padre estaba charlando la saludaron amablemente mientras este asentía y le acariciaba la mejilla.

—Por supuesto, cariño. ¿Me dejas el monedero? Quiero invitar a mis amigos a un par de copas.

—Supongo. —Escuchó el tintineo que hacían las monedas al depositar la bolsita en la palma de la mano de su padre—. Por favor, no…

Pero, nada más dárselas, su padre empezó a contar otra de sus historietas, y tanto Lyssa como el resto de los hombres se olvidaron de inmediato de la presencia de Evie y volvieron a las risas y el bullicio.

Empezó a andar arrastrando los pies, levantando tierra y piedras a su paso, mientras canturreaba para sí misma y se imaginaba que era una hechicera con un poder que la gente de su entorno no comprendía.

Y también hizo como que no se daba cuenta de que imaginarse ese escenario era un grito de auxilio.

Se apartó un rizo de la cara y resopló, molesta. Se había dejado el pelo suelto, colgando por la espalda, y se arrepentía cada vez que le rozaba el rostro. Algo le decía que las hechiceras no tenían que preocuparse por su imagen, puesto que con un solo chasquido de dedos se veían pulidas y perfectas.

¿De verdad chasqueaban los dedos?

Evie nunca había deseado poseer magia, aunque, a veces, cuando veía la facilidad con la que la gente la utilizaba, como si fuera una compañera siempre presente, no podía evitar preguntarse si la suya todavía estaba dormida. Como le pasó a su madre. O si llegaría el día en que a ella también la consumiría.

No sabía si la magia demasiado poderosa siempre se volvía en contra de su dueño o si solo se debía a la falta de control del portador. ¿Y la magia de El Villano?

Salió de la plaza principal, pasó por una calle con árboles altos antes de girar a la derecha, hacia un enorme campo de margaritas. Siguió caminando hasta que se detuvo frente a un enorme árbol en medio del claro. De pequeña trepaba y se subía a él. Se apoyó en la áspera corteza, dejando que soportara su peso, y suspiró.

Sabía que El Villano tenía una magia oscura, más oscura que la de su madre, aunque no comprendía del todo cómo funcionaba. Lo que *sí* sabía era que con ella era capaz de matar. ¿También le costaba evitar que se apoderara de él? ¿Era eso lo que le había hecho elegir vivir una vida tan mortífera?

Dobló las rodillas hasta quedar sentada, apoyó la cabeza contra el árbol y cerró los ojos.

¿Cómo era su jefe antes de convertirse en El Villano? ¿Qué lo había llevado a tomar ese camino? ¿Qué situación traumática había despertado la magia en él?

Evie volvió a suspirar y sacudió la cabeza. Fuera cual fuera la triste historia que su mente se estaba imaginando, aquello no era más que una distracción para no pensar en los problemas de verdad.

Problema número uno: se estaba encariñando del jefe.

Problema número dos: al mismo tiempo, el jefe era el hombre más odiado del reino.

Problema número tres: alguien quería matar al jefe, lo cual afectaría gravemente al problema número uno.

—Eso de no saber controlar de quién te encariñas es de ser muy tonta —murmuró.

—¿Está hablando con el árbol o con usted misma? —preguntó una voz familiar.

—¿Señor? —exclamó Evie con el corazón acelerado mientras se ponía en pie de un salto—. ¡No puede estar aquí! —dijo en voz baja, y lo empujó detrás del árbol.

Luego se sorprendió de haber sido capaz de mover su enorme cuerpo.

—Sage, ¿qué está haciendo? —preguntó él con una ceja levantada, pero siguió retrocediendo hasta que ambos estuvieron ocultos.

—¿Es que ha perdido ya del todo lo que le quedaba de su malvada cabeza? —contestó, y volvió a empujarlo.

Él la agarró con cuidado de las manos para detenerla. No había guantes de por medio que separaran su piel y el roce de la palma del jefe contra el dorso de su mano le produjo escalofríos. No ayudaba el hecho de que, por el ángulo en que la sujetaba, ella hubiese quedado a la altura de sus labios.

Labios que le pareció ver que se acercaban un poco más y levantaban las comisuras.

Pero enseguida la soltó y dio un paso atrás para alejarse medio metro. Vio que flexionaba ambas manos, como si el contacto con ella le hubiera resultado ofensivo.

—No he perdido nada. He visitado su pueblo otras veces. ¿A qué viene esta reacción tan exagerada?

Tras esas palabras, se ajustó el cuello de la camisa. Era evidente que la prenda había sido confeccionada a medida. Tampoco es que fuera nada del otro mundo, pero el cuero negro de sus pantalones y el lustre de su camisa limpia y planchada indicaban que tenía dinero suficiente como para vivir bien.

—¿No se da cuenta de que el rey Benedict ya ha debido de relacionar que Trystan Maverine y El Villano son la misma persona? Sabe que es usted. Sabe dónde y a quién buscar y estoy segura de que está dispuesto a llamar a todos los Guardias Valerosos en un radio de varios kilómetros para que se le lancen encima y acaben con usted.

¿Cómo podía ser tan descuidado y estar tan tranquilo?

El Villano se quedó ahí plantado, mirándola fijamente, sin que sus oscuros ojos revelaran nada significativo.

—Si Benedict quisiera que su gente me buscara, no permitiría que se publicaran carteles con nombres falsos y descripciones inexactas de mi aspecto.

Levantó el cartel que ella había conseguido hacía un rato. Lo había cogido de su bolsa y ni se había dado cuenta.

Evie se mordió el labio para no reír.

—No sé, a mí me parece que hay un parecido bastante razonable. Tenía pensado enmarcarlo.

Él seguía serio e inexpresivo.

—Muy graciosa, Sage. —Arrugó el cartel y lo tiró a un lado—. Benedict quiere que continuemos jugando a este juego, así que seguiré las migas de pan, me haré el tonto el tiempo que haga falta para que crea que está ganando. —Su sonrisa era siniestra—. Y entonces acabaré con él.

Un pajarito que pasaba por encima de sus cabezas gorjeó sin tener ni idea del melodrama que tenía lugar debajo.

—Habla como si eliminar a un monarca muy querido por su pueblo fuera lo más fácil del mundo, señor.

—Bueno, hay una clara diferencia entre el rey Benedict y yo.

—¿Cuál? —preguntó Evie.

—No me importa si la gente me quiere o no, y no me importa si hago las cosas como se supone que se deben hacer o no. Sacrificaré la parte de mi

alma que haga falta para mantener mi negocio en marcha y acabar con mis enemigos.

¿Se lo estaba imaginando o de repente habían aparecido unos nubarrones siniestros detrás de él?

Evie volvió a apoyarse contra el árbol y se deslizó hacia abajo hasta acabar poniendo la cabeza entre las rodillas. Suspiró.

—Es que no lo entiendo. Lleva usted una década haciendo el mal. Son casi diez años saboteando el reino y siendo su enemigo. ¿Por qué ha decidido enviar a alguien infiltrado para acabar con usted *ahora*?

—Quizá por fin he llegado a causarle las suficientes molestias. O quizá, como todo el continente cree que soy un monstruo cruel y despiadado, nuestro estimado rey piensa que le conviene servir mi cabeza en una bandeja para quedar como una especie de héroe.

Trystan se dejó caer con fuerza para sentarse a su lado y arrancó un poco de hierba con el puño.

—O ha tardado diez años en encontrar a alguien dispuesto a ir contra usted de incógnito —sugirió Evie—. Alguien dispuesto a correr el riesgo de ser descubierto.

El Villano asintió.

—Quienquiera que sea ha sabido compartir información con el rey con extremo cuidado. Tengo a varios de mis guardias investigando a algunos cabos sueltos, pero hasta ahora nadie ha hecho nada sospechoso.

A menos que hayan encontrado una forma codificada de compartir la información.

—¿Qué es lo que le hizo ese hombre para provocar esta guerra? —preguntó Evie casi para sus adentros—. No es que sea fiel a la corona, obviamente. Solo hay que ver para quién trabajo. —Hizo un gesto para señalarlo antes de continuar—. Pero todo el mundo quiere al rey Benedict, hay incluso gente que lo adora. Por lo que he leído en los folletos, se pasa el día debatiendo con su consejo para encontrar formas de que la educación mágica sea más accesible en el resto del reino. Gracias a él las mujeres tienen permitido trabajar. He oído que ahora ha propuesto al consejo que las mujeres tengan derecho a abrir su propio negocio. No digo que haga mal en

ir a por él, ya que está claro que él va a por usted, pero ¿qué fue lo que inició todo esto? ¿Qué es lo que hizo para merecer su furia?

—Una vez me pisó el pie. Nunca he llegado a superarlo —contestó Trystan con cara seria.

Evie se rio y negó con la cabeza.

Él se volvió a levantar y le tendió la mano. Tiró con cuidado de ella para que se pusiera de pie y, mientras se giraba hacia el camino que llevaba de vuelta a la aldea, dijo:

—Me gustaría ir a ver al herrero de su aldea. Estaba pensando que usted podría presentarme como su empleador y decir que estoy interesado en comprar una espada hecha con un material especial.

A Evie se le congeló la sangre y las piernas se le volvieron de cemento.

—¿Al herrero? —Le empezaron a temblar tanto las manos que tuvo que metérselas en los bolsillos de la falda—. ¿Por qué quiere reunirse con él?

—¿Con Otto Warsen? —El Villano se sacó un trozo de papel del bolsillo —. Blade encontró el nombre grabado en una esquina del collar del dragón. Muchos artesanos firman así su trabajo. Es una especie de publicidad para que cualquiera que esté interesado en una pieza sepa de dónde procede y pueda encargar algo de su agrado.

Evie se tragó el gran nudo que tenía en la garganta. Las piernas por fin le volvían a funcionar, así que le siguió por el sendero a pesar de que sentía una oleada enfermiza de frío bajándole por la espalda.

—Y quienquiera que fuera a encargarle la fabricación del collar tuvo que haber dado la orden de incluir el grabado. O, como mínimo, alguien tuvo que sobornar al herrero para que lo hiciera. Quizá fue el traidor que estamos buscando —concluyó Evie.

Él asintió.

—Tendremos que ser creativos a la hora de interrogarlo. No quiero que el hombre sospeche nada sobre quién soy yo o a qué se dedica usted; eso podría complicarle las cosas en su vida privada.

En ese momento a Evie no le importaba mucho esa posibilidad, puesto que estaba demasiado ocupada pensando en que ahora tendría que lidiar con el recuerdo de un momento que estaba desesperada por olvidar.

—Muy considerado por su parte, señor.

—Doy por hecho que conoce al señor Warsen, ¿no es así?

Evie reconoció algunas caras cuando volvieron a adentrarse en la plaza, pero todo el mundo estaba pendiente de los espectáculos callejeros que acababan de empezar, así que nadie se paró a hablar con ellos.

—Lo cierto es que antes trabajaba para él —admitió en voz baja—. Era a lo que me dedicaba antes de empezar a trabajar para usted.

Él debió de notar algo raro en su voz, porque se giró para mirarla con el ceño fruncido.

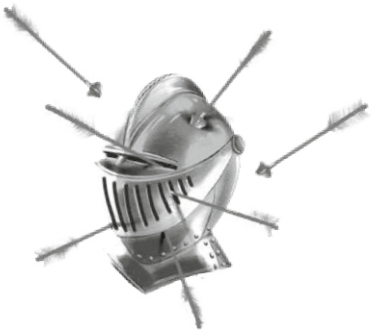
—¿Por qué motivo dejó el trabajo?

—Teníamos ciertas discrepancias en algunos asuntos —contestó Evie con una leve sonrisa.

Con las manos aún en los bolsillos de la falda, aceleró el paso, deseosa de dejar todos aquellos sentimientos en el pasado y rezando a los dioses para que le impidieran hacer lo que llevaba pensando desde hacía tantos meses: darle un mazazo en la cabeza a su antiguo jefe.

Sobre todo porque en esa ocasión estaría su nuevo jefe delante. Sin embargo, su ira seguía latente y había un dolor retorciéndose en lo más profundo de su ser.

Estaba perdida.



CAPÍTULO 27

EVIE

Esa visita era, cuando menos, desaconsejable. A medida que se iban acercando a la herrería, Evie sentía como si la cuerda invisible que tenía alrededor de la garganta se fuera tensando cada vez más. Debería haber dicho que no, cualquier excusa habría valido. Normalmente se le daba muy bien eso de saber qué decir para disuadir de ciertas ideas incluso a los más curiosos. Los dos últimos meses trabajando para El Villano habían servido como práctica.

Sin embargo, sus extremidades estaban como en shock y se encontraba a punto de entrar en el último lugar en el que quería estar y ver al último hombre con el que quería hablar. Cualquier voz interna que le estuviera gritando que huyera sonaba como amortiguada tras un grueso cristal. No quiso escuchar.

Podía hacerlo. Por Trystan.

Respiró hondo, sacó las manos sudadas de los bolsillos y se las secó con la falda. Aun así, notó cómo le subía una oleada de náuseas al ver la corpulenta figura de Otto Warsen.

Tenía la cara manchada de hollín negro por la forja y un paño en la mano. Estaba de pie en el porche de su casa, puliendo una preciosa espada. Más que ver, Evie *sintió* como los ojos del señor Warsen se posaban sobre ella al verla llegar junto a su jefe.

El Villano.

No estaba sola, tenía protección, así que ¿por qué se sentía como un sacrificio humano?

El herrero la miró como el baboso que era: repasando cada centímetro de su piel de arriba abajo. Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no irse corriendo a su casa para darse un baño de agua hirviendo.

No era la primera vez que veía al señor Warsen desde que había dejado de trabajar ahí. Desde la noche en que le pidió que lo acompañara a la cama con un aliento que apestaba a ron. Ese día, después de decirle que no le interesaba su propuesta, vio cómo la rabia deformaba su rostro. Tuvo que levantarse y salir corriendo. Apenas se dio cuenta cuando la daga le cortó el hombro. No se detuvo, siguió corriendo, corriendo y corriendo.

Nunca se lo había contado a nadie y nunca había vuelto. Cada vez que lo veía por el pueblo, él sonreía y saludaba de manera amistosa, y ella se tragaba la bilis y seguía su camino.

No obstante, siempre había un pequeño destello, como si los dos compartieran un secreto, y sabía que eso al señor Warsen le complacía. A ella le daban ganas de estrangularlo.

En vez de eso, se imaginó cómo se sentiría si El Villano colgara su cabeza en la entrada de la mansión.

De repente, la sonrisa que tenía en la cara mientras se acercaban a él era genuina.

—Buenos días, señor Warsen —dijo El Villano.

La voz del jefe sonaba amable. Extendió la mano para estrechar la del herrero, que se apresuró a sacarse uno de los guantes de cuero.

Evie ni se movió.

—Un placer, ¿señor…? —preguntó Otto con la calva reflejando la luz del sol.

—Arthur —contestó El Villano—. Creo que ya conoce a una de mis empleadas, la señorita Sage.

Otto miró a Evie y entrecerró los ojos con recelo.

—Lo que ella le haya…

Antes de que pudiera seguir, Evie se adelantó:

—El otro día estaba limpiando la colección de espadas raras de mi jefe y le hablé de su gran destreza.

El herrero seguía mirándola con desconfianza, pero ahora también tenía un renovado interés ante la perspectiva de una venta.

—¡Pues claro! —Sonrió de oreja a oreja—. Evangelina era testigo de mi destreza con las espadas cuando trabajaba para mí.

Evie se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Así es. —Se coló una pizca de desdén entre tanta falsa sinceridad, pero los dos hombres estaban demasiado ocupados repasándose de arriba abajo mutuamente como para darse cuenta.

—¿Qué es lo que está buscando, señor Arthur? —Otto señaló unas cuantas piezas inacabadas—. Si le corre prisa, me temo que el coste será elevado. Tengo muchos encargos pendientes de terminar.

—Ah, no se preocupe, estoy dispuesto a pagar lo que haga falta. —El Villano pronunció esas palabras en un tono más grave, casi parecía enfadado, antes de volver a uno más amable—. Sobre todo porque sería un proyecto bastante grande para usted, señor Warsen. Espero que esté a la altura del desafío.

Evie casi podía ver las monedas de oro en los ojos de Otto. Su mirada penetrante se clavó en ella mientras respondía:

—Me encantan los retos. —Luego se dio la vuelta y abrió la puerta de la herrería. Una ráfaga de aire caliente salió de la fragua—. Pase, por favor.

El Villano entró y Evie trató de seguirlo lo más cerca posible, pero se quedó de piedra cuando sintió que la mano de Otto la agarraba del brazo. Se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Me alegro de que no deje que lo que pasó entre nosotros se convierta en un asunto personal, señorita Sage. Al fin y al cabo, fue todo un malentendido.

A Evie el pulso le latía con fuerza.

—Ya, claro, un malentendido. Yo le pedí que se apartara… —El jefe estaba distraído mirando unas cadenas colgadas al otro lado de la estancia

—… y usted entendió que quería que se me echara encima, ¿no? —Se zafó de su mano y esbozó una sonrisa dulce—. Una equivocación que podría tener cualquiera.

El herrero tuvo la decencia de poner cara de pánico ante esas declaraciones. Mejor, esperaba que tuviera tanto miedo que le entraran náuseas. Desde luego, así es como se sentía ella.

Si existe un momento perfecto para echar hasta la primera papilla sobre los zapatos de alguien…

Evie echó los hombros hacia atrás, miró a aquel cobarde directamente a los ojos y dijo:

—Sin embargo, soy capaz de mantener la profesionalidad. Espero que usted pueda decir lo mismo.

El Villano pareció darse cuenta de que sucedía algo y, con los ojos llenos de interrogantes, se giró hacia ellos, que seguían al lado de la puerta.

—¿Por qué no le cuenta al señor Warsen cuál ha sido su última adquisición, señor Arthur? —Evie se acercó al jefe con la mirada fija en él para evitar fijarse en lo que los rodeaba. Aquel lugar era el escenario de algunas de sus peores pesadillas.

El jefe ladeó la cabeza, pero le siguió el juego sin problemas.

—Por supuesto. Señor Warsen, ¿qué sabe usted sobre criaturas salvajes?

—Para ser sincero, no mucho, mi señor. —Al parecer, Otto estaba interpretando el papel del humilde vendedor. Actuaba muy bien—. No soy un hombre de mundo como usted, es evidente. —Se rio señalando sus ropas raídas y su cara sucia.

El Villano sonrió lo bastante como para que apareciera el hoyuelo. Evie notaba como se le estaba acumulando la ira en las entrañas. Otto Warsen no era digno de ver algo tan preciado.

Sin embargo, el jefe no se percató de su enfado y añadió:

—Tengo la suerte de haber adquirido un gubre hace poco.

Al mencionar aquellas bestias mortales, fue como si hubiera un cambio brusco de temperatura en la habitación. Lo que más miedo daba de los gubres no era ese cuerpo de serpiente ni esas alas parecidas a las de un murciélago; lo verdaderamente terrorífico era su aliento; eso sí que protagonizaba pesadillas. Los dragones escupían fuego, pero los gubres

expiraban un veneno capaz de derretir carne y piel. Sus mordeduras eran un poco menos mortíferas, pero no por ello menos aterradoras.

—Una criatura rara y escurridiza, mi señor —dijo el señor Warsen, nervioso—. Se considera que es casi imposible entrenarlas.

—Bueno, sí, pero he contratado a un domador de fieras con mucho talento. Confío en que lo conseguirá una vez me hayan entregado el animal.

A Evie casi se le escapa la risa.

Buena suerte, Blade.

El jefe se fijó en un pequeño escritorio y una silla de madera que había en una esquina.

—¿Es ahí donde trabajaba usted, Sage?

Se acercó y pasó una mano por encima de la mesa. Esbozó una leve sonrisa al ver el corazoncito que ella había tallado hacía casi un año.

Evie ignoró la pregunta, decidida a terminar lo que habían venido a hacer. Decidida a no adentrarse en el baúl de los recuerdos para evitar pillarse los dedos.

—Mi jefe desea un collar para la criatura, señor Warsen. —Dio un paso adelante y casi se le escapa un grito al notar un pinchazo de dolor en la cicatriz del hombro derecho.

Enseguida recordó que el cuchillo con el que la había atacado tenía magia y que su piel probablemente estuviera brillando bajo la ropa en ese momento. Hizo una mueca de dolor y se frotó la herida. Entonces vio cómo los ojos del señor Warsen seguían su mano y, al ver dónde se tocaba, esbozaba una sonrisa.

Evie lo odiaba.

Entonces su antiguo jefe mostró una daga que a ella le resultaba familiar. La sostuvo como si fuera un objeto sagrado. La hoja era de un color blanco inconfundible y tenía un brillo y un resplandor preciosos, pero eso no evitaba que para ella supusiera una amenaza.

—Mire, Evangelina, este es el último proyecto en el que trabajamos antes de que se fuera.

Cuanto más se acercaba la daga, más le palpitaba el hombro. Él debía de saberlo, porque puso cara de satisfacción cuando la vio hacer otra mueca de dolor.

El universo no estaba del todo en su contra, al parecer, pues El Villano seguía distraído, con la mirada perdida e inmerso en sus pensamientos, observando los grabados sobre su viejo escritorio.

—Lo recuerdo —dijo con tono serio, procurando que no le temblara la voz—. Ya le he dicho a mi jefe que no estaba segura de que usted fuera capaz de hacer un collar de esa magnitud, señor Warsen, aunque quizá me equivoco.

El hombre mordió el anzuelo como si fuera un pez.

—¡Claro que soy capaz! —Hinchó el pecho y abrió los brazos—. Eche un vistazo a algunas de mis creaciones, mi señor.

Ambos inspeccionaron toda la habitación, de cuyas paredes colgaban espadas y otros objetos de metal como si fueran trofeos.

—Realmente impresionante —dijo El Villano mientras se dirigía de nuevo hacia ellos y se situaba al lado de Evie. Su cálida presencia y el olor a canela que lo acompañaba hicieron que Evie exhalara con alivio—. ¿Cree que está preparado para llevar a cabo un encargo así? No pretendo complicarle la vida, me imagino que no estará familiarizado con este tipo de trabajos.

—¡Sí que estoy familiarizado! —objetó Otto antes de bajar la voz y susurrar—: Entre usted y yo, mi señor, una vez diseñé un collar para un dragón de los de verdad.

Evie empezó a fantasear que agarraba una tabla del suelo y le quitaba esa cara de engreído.

—No me diga —contestó Trystan intentando disimular su interés.

—Fue un proyecto secreto encargado por uno de los Guardias Valerosos del rey Benedict. —El señor Warsen hablaba con una sonrisa de superioridad. Estaba tan ocupado regodeándose que no se daba cuenta de que el jefe estaba jugando con él.

Evie no se lo podía creer, pero de repente tenía ganas de reír. Resistió el impulso de plantarle un beso en la mejilla a El Villano por haberle hecho ese rato más llevadero, pero tampoco es que fuera algo raro; tenía la costumbre de hacerla flotar cuando ella sentía que se estaba hundiendo.

—¿Un agente especial? —dijo en voz baja, haciéndose la sorprendida—. No sabía que el rey poseía un dragón.

Otto se giró hacia ella, pero su mirada se desvió de nuevo hacia El Villano. Quería mantener su atención.

—No, nuestro estimado gobernante jamás querría ser asociado con un animal como ese —dijo abriendo los ojos de par en par y negando con la cabeza—. ¡No digo que haya nada malo en poseer bestias raras, mi señor!

—No creo que sea un pasatiempo de interés para un líder tan estimado y benévolo como nuestro rey Benedict —contestó él con una mirada de deferencia.

Era un actor fantástico. Si no fuera porque Evie ya se conocía de memoria los sutiles cambios de expresión de su cara, se habría creído de verdad que sentía respeto y admiración por el gobernante de su reino, por su archienemigo.

No obstante, se había pasado mucho tiempo estudiando a su jefe, así que *sí* captó el ligero tic de la mandíbula y el peligro que escondían sus palabras.

—¡Perfecto para un noble de carácter fuerte como usted, mi señor! —dijo Otto mientras se daba la vuelta para coger un paño colgado en el otro extremo de la habitación y se secaba el sudor de la frente.

—Quizá debería agacharse un poco para que al hombre le resulte más fácil besarle el culo, señor —le susurró Evie al jefe.

—Desde luego que eso facilitaría las cosas, ¿a que sí?

Ella le agarró el brazo con fuerza.

—No puede hacer bromas de mis bromas sin avisar; me podría desmayar del susto.

—Tomo nota —dijo con sequedad y poniendo los ojos en blanco—. ¡Señor Warsen! —El Villano llamó al hombre con una sonrisa en la cara—. Necesito saberlo… ¿qué necesidad tendría el rey Benedict de mandar fabricar un collar para un dragón si no posee ninguno?

—Sí que es una petición curiosa —coincidió el herrero antes de hacer una pausa y mirar a su alrededor como para asegurarse de que seguían solos —. Si uno no sabe toda la historia, claro.

—¿Y cuánto le costaría a uno saber toda la historia? —El Villano rebuscó en su bolsillo delantero y sacó una bolsa que tenía pinta de pesar en la que tintineaban las monedas de oro.

¿Eso brillante que asomaba por la boca de Otto eran babas?

—Creo que por diez piezas de oro seré capaz de recordar la historia completa. —Se puso los tirantes en su sitio y esperó con ojos codiciosos a que El Villano le diera una respuesta.

—Cinco —contestó, y se acercó a él. Otto tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirar a su jefe a la cara—. Lo haría por cinco, ¿verdad que sí?

Le estaba haciendo una pregunta y, sin embargo, daba la sensación de que era un orden, una que nadie se atrevería a rechazar.

Carraspeando, el señor Warsen dio un paso atrás y extendió la mano.

—Por supuesto, mi señor. Muy generoso por su parte. —Las monedas hicieron ruido al caer sobre sus manos y se apresuró a metérselas en el bolsillo—. Tome asiento, por favor, mi señor. —El herrero se acomodó en un taburete destartalado y señaló otro que había frente a él.

El Villano agarró el taburete y lo arrastró para acercárselo a Evie.

—Aquí tiene, Sage. —Sin decir nada más, se colocó al otro lado y se apoyó ligeramente en una columna de madera con los brazos cruzados.

Evie notó como la pata del taburete se tambaleaba bajo su peso y entrelazó las manos sobre el regazo. Otto observó el espacio que los separaba con un atisbo de desdén antes de volver a una expresión jovial.

—¿Por dónde empiezo? —Se frotó la barbilla con uno de sus gruesos dedos—. Fue hace medio año, si mal no recuerdo.

—Por cinco piezas de oro, espero que recuerde todo con precisión.

A Evie le encantaba ver cómo Otto se hacía pequeño ante las palabras de El Villano.

—Por supuesto, mi señor, sí, fue hace seis meses, ¡casi exactos! Estaba trabajando a destajo, esperando terminar pronto para poder ir al encuentro de alguna mujer que me hiciera compañía. —Le guiñó el ojo al jefe en señal de camaradería, pero El Villano se limitó a levantar una ceja, esperando a que ese impresentable continuara hablando—. Era tarde. Lo cierto es que había bebido demasiado. Me ayuda a mantenerme calentito por las noches.

—Pues sí que debe de tener frío también durante el día —dijo Evie con tono inocente—. Porque usaba ese mismo método a menudo.

Ya no debía de estar disimulando tanto la amargura de sus palabras, porque sintió que El Villano bajaba la mirada. Sentía su escrutinio como una caricia en la mejilla.

Por suerte, Otto la ignoró, como si sus palabras no fueran más que el molesto zumbido de un insecto al que hay que espantar.

—Fue a principios de semana. Estaba hasta arriba de encargos y reparaciones, pero llegó un hombre con un pedido muy especial. Dijo que trabajaba para el rey.

Un hombre.

Por supuesto, no había garantías de que la persona que había hecho el pedido del collar fuera la que se había infiltrado en la oficina, pero quienquiera que fuera tenía contacto directo.

—¿Vio por casualidad qué aspecto tenía ese hombre? —preguntó el jefe centrándose únicamente en resolver aquel pequeño y desconcertante misterio.

—No, llevaba una máscara. Tenía el símbolo del rey, las dos espadas cruzadas sobre el león.

—¿Y encargó un collar de dragón para el rey? ¿A pesar de que no lo necesitaba? —El Villano empezó a dar golpecitos en la empuñadura de la espada que colgaba de su cintura. Evie percibía que tenía ganas de pelea—. Eso resulta muy peculiar, ¿no cree?

—Según parece… —el herrero se inclinó más para acercarse. Parecía un conspiranoico— estaba llevando a cabo una especie de misión encubierta. Todo el mundo piensa que el rey Benedict ha sido demasiado benévolo a la hora de lidiar con El Villano.

Al escuchar su apodo, Trystan se puso tenso.

—Ah, ¿sí? —dijo, aunque Evie notaba que estaba contento por cómo estaban yendo las cosas.

—Sí, sí. Aun teniendo el poder que tiene, el rey Benedict posee un buen corazón. Corre el rumor de que, tiempo atrás, El Villano fue su aprendiz y que por eso ha sido tan permisivo con sus fechorías.

—Tiene que ser por la benevolencia del rey y no por mérito propio —añadió sombríamente el jefe—. Desde luego, El Villano no tiene inteligencia suficiente para ser más listo que él.

Otto asintió con entusiasmo, ajeno a que lo más probable era que el hombre con el que estaba hablando estuviera en ese mismo momento imaginándose varias formas distintas de decapitarlo.

—Pero, al parecer, nuestro buen rey nos tiene a todos engañados. Yo creo que lleva todo este tiempo teniendo negocios privados con El Villano.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Evie.

—Que el hombre que vino aquí dijo que el collar iba directo a la guarida de El Villano, a la Mansión Masacre. Se ve que el rey se había enterado de que El Villano había adquirido un dragón y el collar iba a ser un mensaje sutil para él. Dijo que eso de seguir permitiendo que causara estragos tenía los días contados.

Y ahí estaba. La pura verdad que tanto buscaban expuesta ante ellos. Y, sin embargo, no estaban más cerca de conocer la identidad del traidor. O el objetivo final del rey.

A Evie se le aceleró el corazón. En realidad, era curioso, porque había entrado en esa casa sintiendo rabia y pavor y, a pesar de haber encontrado exactamente lo que buscaban, iba a irse sintiéndose igual o incluso peor.

Y eso no podía quedar así.

El taburete crujió cuando ella se puso en pie. Echando los hombros hacia atrás y con la barbilla alta, miró a Otto Warsen a los ojos.

—Ha sido de gran ayuda, señor Warsen, gracias. Por desgracia, al final mi jefe no precisará de sus servicios.

El herrero casi se cae del taburete de lo fuerte que empezó a farfullar:

—Estás… Me… ¡Cómo te atreves a hablar por tus superiores, mocosa insolente!

Evie se imaginó por un momento que a su antiguo jefe le salía humo por las orejas y la nariz, y no pudo evitar que se le escapara una leve sonrisa.

Fue un desliz.

Cuando los ojos de Otto captaron el movimiento de sus labios, pasó de enfurecido a explosivo. No obstante, su ataque de ira se vio frustrado por El Villano, que se adelantó y levantó una mano firme mientras miraba fijamente al señor Warsen, como si su existencia no fuera más que un molesto inconveniente.

—Lo que dice mi asistente es cierto. Ya no preciso de sus servicios. No creo que pueda proporcionarme lo que necesito, pero le agradezco su tiempo. —En la voz del jefe reinaba una calma estable, como la quietud del viento antes de que llegue una tormenta.

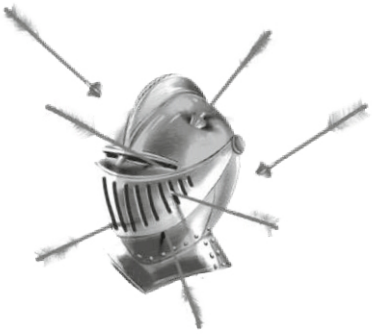
—Por supuesto. Le deseo suerte en su búsqueda de alguien que pueda servirle mejor —se mofó el herrero.

El Villano se giró hacia Evie.

—¿Está lista para irnos?

Ella asintió, un poco atónita después de aquella conversación. Ambos emprendieron la marcha hacia la puerta, pero entonces vio que el señor Warsen se acercaba a Trystan con aquella daga que le resultaba tan familiar en la mano.

Y Evie empezó a gritar.



CAPÍTULO 28

EVIE

—Señor… —La palabra salió en un jadeo ahogado mientras caía de rodillas presa de un dolor ardiente que la consumía.

Sin embargo, no es que sirviera de mucho. Antes de que Evie abriera la boca, el jefe ya se estaba dando la vuelta hacia el herrero para agarrarlo de la muñeca. Otto gritó y dejó caer la daga al suelo, cerca de la bota de El Villano, y este la mandó al otro lado de la habitación de una patada.

—Por favor, mi señor, acepte mis más sinceras disculpas. A veces mi temperamento… Tengo problemas para controlarlo. Es como si me dominara una bestia.

Evie seguía de rodillas, como si contemplar a Trystan a punto de mutilar a aquel hombre fuera una escena sagrada que quisiera venerar.

—¿Sabe lo que me hace gracia, señor Warsen? —dijo El Villano. No había nada de jovial en su tono. La tormenta había llegado—. Que hable de sus acciones y elecciones como si no fueran suyas.

Evie vio, con cierto regocijo, como los huesos de la muñeca del herrero se hacían añicos bajo la mano del jefe. Warsen lanzó un grito de dolor.

—¡Por favor, mi señor! Mis manos son mi sustento. No soy nada sin ellas.

—¿Ve, señor Warsen? —siguió El Villano con un tono oscuro e hipnotizante—. De esto… de esto sí me puede culpar a mí. Acabo de romperle la muñeca. Ha sido cosa mía. —Dio otro apretón.

Otto empezó a sollozar. Sus rodillas cedieron y cayó al suelo.

—¡Se lo ruego!

Una negrura rodeaba a El Villano. En sus ojos oscuros, mientras contemplaba a ese hombre, había un destello de inhumanidad.

Por primera vez desde que había entrado en la herrería, Evie no sentía miedo.

—La culpa es un concepto interesante. —La voz de El Villano era estable, tranquila, como si estuviera hablando del tiempo—. La mayoría de la gente elude la culpa, como si los defectos nos hicieran más débiles.

—¡Tiene razón, mi señor! —Otto sonaba desesperado—. Soy débil. Muy débil.

—Evitan enfrentarse a sus demonios como si fueran algo a lo que temer, de lo que avergonzarse. —El Villano volvió a apretar la muñeca de Otto, esta vez empujándolo contra el suelo—. Y eso les hace ser unos cobardes.

El herrero no dejaba de sollozar con la mejilla apoyada en la madera del suelo.

—Esa es la diferencia entre usted y yo, señor Warsen.

El jefe dobló las rodillas para acercarse a ese desastre con patas que tenía delante. Evie trató de detectar cualquier rastro de horror ante el espectáculo que estaba presenciando, pero lo único que pudo encontrar fue una mezcla de satisfacción y alivio.

Y le resultaba totalmente hipnotizante.

—Yo no huyo de mis demonios. Los invito a pasar. Dejo que me envuelvan y me hago más fuerte.

El Villano soltó la muñeca de Otto y lo dejó ahí tirado y temblando. Fue hacia la daga que había acabado al otro lado de la habitación. Se agachó para recogerla y luego se giró hacia Evie.

Lo sabía.

—Un hombre débil huye de la culpa como si fuera una enfermedad, y con ello envenena y contagia al resto del mundo.

Evie trató de mantener el equilibrio mientras se ponía de pie.

—Cuidado, la hoja de esa daga contiene magia —le advirtió dando un sutil paso atrás.

Pero era demasiado tarde para fingir, porque en el momento en que el jefe levantó el arma unos centímetros más arriba, un dolor agudo que parecía causado por el mismo fuego mandó una corriente por todas sus terminaciones nerviosas.

—¡Ay! —Se llevó la mano libre a la parte posterior del hombro mientras sentía que todo empezaba a darle vueltas.

Vio como el jefe arrojaba la daga contra la pared más alejada, donde penetró la hoja hasta la empuñadura. El dolor desapareció al momento y Evie se quedó jadeando y tambaleándose hasta que vino él y la agarró de los brazos.

—¿Por qué? —quiso saber, pero, a pesar del tono de exigencia, una luz le suavizaba las comisuras de los ojos.

Quería saber cuál era su historia, qué había pasado, pero ella estaba demasiado avergonzada como para contarlo. Y más a él. Así que, en su lugar, hizo lo que mejor sabía hacer: esquivar la pregunta.

—Bueno, cuando aprietas una muñeca como si quisieras sacarle jugo, los huesos tienden a romperse —dijo.

Notó una sensación extraña cuando él la acarició con el pulgar justo debajo del codo. Se puso tensa.

—Sage.

Evie suspiró, se apartó y se acercó a Otto Warsen, que seguía sollozando. Le entraron ganas de pisarle la muñeca herida con la bota, pero cuanto más se acercaba, más se daba cuenta de que no tenía sentido.

Se acababa de desmayar y, si iba a infligir dolor a propósito a otro ser humano, quería que fuera plenamente consciente de ello.

—Sage —la llamó de nuevo su jefe—. ¿Por qué dejó este trabajo?

—¿Me lo pregunta porque mi tolerancia al dolor en el hombro parece estar casualmente relacionada con la proximidad a esa daga? —dijo intentando hacer una broma.

—Tiene un punto mortal en el hombro —contestó él—. ¿Entiende lo que eso significa?

—Pues…

—Significa que, si con mi magia le doy un golpe con el ángulo correcto en esa cicatriz, morirá. —Su tono era cada vez más grave; estaba enfadado.

Pero a Evie no le importaba, ya que ahora había asuntos más urgentes.

—Pondría la mano en el fuego por que quien vino aquí para hacer ese encargo es el infiltrado en la Mansión Masacre. Nuestro objetivo ahora mismo debería ser encontrar a esa persona y luego utilizarla para obtener información sobre el rey Benedict. Pasaría a ser *nuestro* topo.

Evie podía ver que detrás de los ojos del jefe se estaba librando una batalla, pero era imposible saber qué bandos luchaban ni cuál iba ganando.

—Si nos basamos en la información que nos han dado Malcolm y el señor Warsen, sabemos que lo más probable es que se trate de un hombre. —Evie empezó a alejarse de la pared donde estaba la daga, por seguridad —. Pero no deberíamos descartar por completo otras posibilidades.

—¿Se refiere a Rebecka Erring? —preguntó El Villano. Parecía que, por el momento, había renunciado a insistir.

—Es posible.

El corpulento hombre que seguía tendido en el suelo emitió un gemido. Aquello rompió la ilusión de calma que habían empezado a sentir.

—Aquí hay gente que está tratando de mantener una conversación; cierra el pico —dijo Evie. Suspiró y se volvió a sentar en el taburete destartalado—. ¿Qué vamos a hacer con él?

Su cuerpo empezaba a estar fatigado. Sentía como si hubiera corrido cien kilómetros, lo cual era improbable; era igual de buena idea juntarla a ella con el concepto de correr como juntar un rayo y una barra de metal.

Corre solamente si alguien te persigue.

—¿Matarlo?

—¿Es esa la solución a todos sus problemas? —preguntó exasperada.

—No, pero sí la más eficaz.

—No en este caso. —Se puso las manos alrededor de la cintura y suspiró —. Si lo matamos, todo el pueblo se enterará en cuestión de horas. Y si alguien nos ha visto entrar, me metería en un buen lío.

—Está bien. Entonces el señor Warsen se tendrá que ir de esta ciudad.

—¿Cómo vamos a conseguir que haga eso?

—Matándolo y haciendo que todos *piensen* que se ha ido de la ciudad. —La picardía en los ojos de Trystan hizo que ella riera para sus adentros. Negó con la cabeza mientras él continuaba—: Haré que vengan mis guardias y limpien el pequeño desastre que hemos causado.

—*¿Hemos?* —Evie levantó una ceja.

Él se acercó al herrero y le dio una patada con la bota.

—Se encargarán de convencer a este desgraciado, de la manera más educada posible, de que abandone esta ciudad y su herrería y empiece de cero en otro lugar.

Luego le dio un buen puñetazo al hombre en la parte derecha de la cabeza. Evie ahogó un grito.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Así seguirá dormidito hasta que lleguen. ¿Sabe dónde está la llave de la puerta para poder cerrarla? —Se giró hacia ella con semblante serio y profesional, lo cual hizo que Evie se sintiera aliviada.

—Sí, y también hay un cartel. —Corrió hacia la entrada, abrió la puerta solo un poco para girar el cartel de madera y pasar de ABIERTO a CERRADO antes de cerrarla de un golpe y girar la llave.

Cuando volvió, el jefe estaba levantando al hombre, amordazándolo y utilizando una de las cadenas de la pared para inmovilizarlo.

—Podemos salir por la puerta lateral. Procuraré que los guardias estén aquí en menos de una hora. Y antes de que me lo pregunte: le aseguro que serán discretos.

—¿Cómo sabrán dónde tienen que ir? —Evie solo quería irse a dormir; le dolía el hombro y la daga al otro lado de la habitación la hacía sentirse más atrapada que si estuviera en una jaula.

El Villano sacó un pequeño trozo de cristal de su bolsillo.

—¿Los va a avisar de que tienen que venir aquí con un cristal? —preguntó con evidente escepticismo.

Trystan arqueó una ceja.

—Es un cristal de aviso, Sage.

Evie sonrió.

—¿De dónde lo ha sacado? —Se acercó y puso una mano debajo de la de él para poder echar un vistazo.

Los cristales de aviso eran difíciles de encontrar. Aquellos objetos irregulares y coloridos se fabricaban con magia y de uno en uno hasta formar un juego completo. Todos los de un conjunto se hacían cogiendo un trozo de una misma pieza y esta, que solía ser la más grande, servía como faro. Evie había oído hablar de ellos por primera vez cuando tenía seis años. Solía jugar con las gemas del joyero de su madre con la esperanza de que, si lo deseaba muy fuerte, alguien vendría a buscarla.

—Tengo amigos en las altas esferas —contestó Trystan, retirando el cristal y cerrando los ojos. Evie vio cómo brillaba durante un segundo y enarcó las cejas al oír que emitía una suave melodía—. Los guardias llegarán enseguida.

Ella asintió, caminó hacia la daga una vez más y se permitió sentir aquel dolor agudo.

—¿Hay alguna forma de deshacerme del vínculo entre la daga y la herida que tengo en el hombro? —preguntó.

Estaba algo mareada. El Villano se acercó y tiró con delicadeza de ella para alejarla del arma.

—Hablaremos con Tatianna, a ver qué puede hacer.

—Normalmente no me duele tanto. Ni siquiera sabía que tenerla cerca causaría este tipo de reacción. Lo sien…

—Desde luego espero que no esté a punto de disculparse por que le duele una herida que le ha hecho otra persona.

Ella sonrió avergonzada y un poco halagada al ver que él le estaba dando importancia.

—No es usted tan malo como parece, ¿verdad?

Aquello pareció ofenderlo.

—¿Cómo se atreve?

—Sé que estaría más satisfecho si hubiera podido matar al señor Warsen por haber ayudado a la persona que está intentando acabar con usted —dijo mientras asentía, pues sabía muy bien que todo lo que hacía El Villano tenía un porqué—. Pero, aun así, le agradezco que se preocupe, aunque solo sea un poco, por los problemas que eso me podría traer a mí.

Él no se movió ni dijo nada, así que Evie se encogió de hombros y se dirigió a la parte trasera de la casa. Extendió la mano y la pasó por la pared.

—Aquí hay un panel falso que nos llevará a la parte de atrás, muy cerca del bosque de Hickory.

Disfrutó en silencio al ver que, en efecto, la pared cedía al empujarla y dejaba pasar la luz del sol por una rendija.

—Creo que es mejor que me vaya a casa. Si no necesita nada más, señor.

Él la siguió y se aseguró de que el panel quedaba bien colocado después de haber salido. Se guardó en el cinturón la daga mágica que había recuperado de la pared y dio un paso atrás cuando vio que ella hacía una mueca de dolor al tenerla tan cerca.

—Sí, por supuesto. Hablaré con Tatianna, a ver si puede hacer algo.

Sus ojos negros se encontraron con los de ella y Evie se sintió atrapada, pero no por el poder que tenía, como había pasado antes, sino porque tenía una mirada de sabiduría, una mirada de comprensión, y eso hizo que todos los sentimientos dolorosos abandonaran su cuerpo para dejar espacio al afecto.

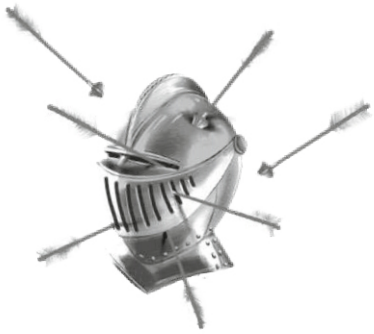
—Gracias, señor —dijo, y emprendió su marcha sorprendida de que el sol siguiera brillando a pesar de lo que acababa de suceder.

—Pasara lo que pasase, fuera lo que fuese lo que hizo que acabara herida, no tiene ninguna obligación de compartirlo conmigo —le gritó Trystan, y, cuando ella se dio la vuelta para mirarlo, tuvo la sensación de que estaba incómodo, como si de repente la ropa le apretara demasiado—. Pero si en algún momento decide que ya no quiere que ese hombre exista en el mismo mundo que usted, quiero que sepa que será un placer encargarme de él.

—Es posible que ese momento llegue —dijo ella con calma—. Algún día le contaré lo que pasó. —Le guiñó el ojo antes de emprender de nuevo el camino hacia su casa. Sin volver a mirarlo, añadió—: Mientras bebemos una taza asquerosamente dulce del brebaje de Edwin.

Se fue a casa acompañada del eco de la risa de Trystan. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan segura.

Hasta que el hombro empezó a dolerle de nuevo y la realidad se le vino encima.



CAPÍTULO 29

EL VILLANO

Por fin había llegado el momento.

Trystan se agachó mientras otra nube de niebla púrpura derretía un buen número de árboles a su lado. El calor que desprendía le chamuscó las puntas de… del *pelo*. Corrió unos metros para alejarse y levantó la mano para comprobar si su melena estaba ilesa, pero la bajó rápidamente al ver que Keeley se lo había quedado mirando con cara rara.

Trystan levantó la barbilla y volvió a concentrarse en el resto de los Guardias Malévolos, que seguían agachados alrededor del gubre, agitando los brazos para distraer al animal. En la parte occidental del bosque de Hickory la naturaleza era más salvaje y menos inhibida, pero esos árboles tan grandes proporcionaban un refugio ante aquel empalagoso calor. El animal llevaba más de una semana merodeando por ese acantilado, el periodo más largo desde que Trystan había empezado a rastrearlo con la intención de atraparlo.

Ya había visto un gubre antes, hacía mucho tiempo…

Parpadeó varias veces y se obligó a volver del pasado, negándose a pensar en aquel periodo tan oscuro. Lo que había visto tiempo atrás era una

hembra y en este caso se trataba de un macho, por lo que la criatura tenía un aspecto diferente. Sus rasgos eran más fuertes y definidos, su piel rugosa y escamosa era de un color marrón apagado. Todo él había sido creado para causar impacto.

La piel de la espalda era suave y con una variedad de pigmentos impresionante, como si con cada rayo de sol que se posaba sobre ella surgiera un nuevo color. Trystan analizaba todos los movimientos de la criatura, que parecía un caleidoscopio de colores vivos y centelleantes.

¿Centelleantes? Estaba pasando demasiado tiempo con Sage.

Al salir de detrás del árbol, reveló el resto del cuerpo, color a color. El animal no era más grande que el dragón que merodeaba a sus anchas por el patio de la mansión, pero era rápido como el fuego. Sus alas se encendían al moverse y el resplandor hacía que algunos de sus guardias se quedaran embobados mirándolo. Su largo cuerpo serpenteaba y se enroscaba, carente de huesos. Su cabeza era como la de una serpiente y brillaba tanto como el resto del cuerpo.

—A menos que deseéis pasar vuestros últimos momentos en la Tierra fundiéndoos con ella, ¡os sugiero que *sigáis MOVIÉNDOOS*! —bramó El Villano. Por norma, no solía gritarles, pero aquellos descuidos parecían exigírselo—. ¡Keeley! ¿Tiene el somnífero?

El jefe de los Guardias Malévolos asintió y le lanzó el frasco.

—¿Está seguro de que quiere hacerlo usted, señor?

Trystan apretó la mandíbula y miró a la bestia con los ojos entrecerrados.

—Debo hacerlo yo.

Esta era su batalla. Llevaba años esperando capturar a esta criatura y la única vida que estaba dispuesto a poner en peligro para conseguirlo era la suya.

El somnífero era un líquido concentrado. Una gota podía derribar a un caballo, dos gotas a un elefante. ¿Un frasco entero? El gubre no iba a aguantar de pie. El riesgo estaba en cuánto tardaría en hacer efecto. Estaba a punto de ser reducido a cenizas y ni siquiera se había tomado la merienda todavía.

Pero necesitaba al macho si quería atrapar a la hembra.

El Villano sintió como la malevolencia despertaba su magia y la niebla gris apareció en la punta de sus dedos. *Todavía no*, la calmó. *Pronto*.

Seguro que en la oficina se estaban preguntando por qué Trystan querría un gubre y, si se corría la voz, la gente también se preguntaría por qué lo querría El Villano. Pero sus razones estaban arraigadas en casi todo lo que había hecho en la última década de su vida. Si el rey Benedict quería algo, El Villano tenía que conseguirlo primero.

Una vez se hiciera con el gubre, la noticia no tardaría en llegar al rey Benedict gracias al traidor que merodeaba por la oficina, y eso era exactamente lo que él quería.

Trystan sonrió para sus adentros. Pronto se alzaría con la victoria.

Incluso si eso implicaba tener que poner a sus guardias y a sí mismo en peligro como nunca antes. De repente, la serpiente pareció saber que era su turno y expulsó otro chorro de veneno que casi alcanzó a los guardias. Cuando aquella sustancia púrpura y viscosa impactó contra la corteza de los árboles, los troncos se derritieron y las hojas se desintegraron hasta quedar reducidas a polvo.

Trystan suspiró y apretó el frasco de somnífero con el puño. Con la otra mano se quitó la capa negra y observó cómo la prenda caía al suelo. Se quedó solo con el atuendo que reservaba para sus tareas menos predilectas. Unos pantalones de cuero negro le envolvían las piernas y en los pies llevaba unas botas más ligeras de lo habitual que le cubrían también las espinillas. La camisa negra era tan ajustada que le resultaba incómoda, pero no quería que la tela extra lo estorbara.

El Villano pasó por al lado de sus guardias, que seguían moviendo las manos con ímpetu para distraer al gubre. La hierba no hacía ruido bajo sus pies mientras se acercaba cada vez más a la espalda de la criatura. Tenía una única oportunidad de acertar antes de que soltara otra tanda de ese aliento venenoso.

Pensándolo bien, creo que este no es el mejor plan que he ideado.

Por supuesto, Blade tampoco habría sido de gran ayuda. Su currículum, lleno de relatos delirantes sobre todas las criaturas mágicas con las que había trabajado, no era más que pura exageración, estaba claro.

El Villano suspiró de nuevo al darse cuenta de que su empresa y sus trabajadores empezaban a parecer una viñeta humorística mal dibujada. Pero no tenía tiempo para dejarse agobiar por su imaginación.

Notaba que tenía las piernas tensas mientras corría, los muslos le ardían y el corazón le latía con fuerza. Se abalanzó sobre Andrea, una de sus guardias, y la apartó del aliento del gubre de un empujón.

La mujer rodó por el suelo y aterrizó con pericia, y luego le gritó a Dante, otro de los guardias:

—¡Mueve más los brazos, imbécil!

Los brazos de Dante ya se estaban agitando tanto que parecía una bailarina borracha.

—¡Es lo que estoy haciendo! ¡Además de estar intentando no morir, Andy!

Trystan estaba lo bastante cerca como para saltar sobre la espalda de la criatura, pero la cabeza de serpiente estaba demasiado alta, demasiado lejos. Su plan original era atacarla por detrás y esperar a que abriera la boca para lanzarle el somnífero. Pero solo tenía una oportunidad y no podía desperdiciarla.

Aquello era un suicidio y las probabilidades de que Trystan muriera era altas, pero morir mientras se lleva a cabo una venganza es el sueño de cualquier villano, así que tampoco le importaba mucho.

—¡Eh! —gritó.

De sus dedos emanó la niebla gris. Salió y se enroscó a su alrededor mientras la criatura se giraba con un chillido tan potente que hasta lo despeinó. Trystan buscó puntos débiles, pero un golpe mortal no era una opción; necesitaba a la bestia viva. Solo se veía un punto débil resaltado en amarillo y era en el pie, apenas suficiente como para hacerle un corte de papel.

El gubre se sacudió para librarse de la magia y Trystan vio como la esperanza de poder sujetarlo se hacía añicos. No era lo bastante poderoso como para dominar a una criatura de ese tamaño durante más de unos segundos, pero esos pocos segundos fueron suficientes.

La boca del gubre se abrió de par en par y empezó a salir una nube de niebla púrpura que alcanzó la frente de Trystan. Notó la quemazón y sintió

que la piel se le chamuscaba, pero sonrió a pesar del dolor, pues había esperado lo suficiente. Destapó el frasco con los dientes y lo arrojó a la garganta de la criatura. El líquido desapareció entre esa nube de aliento que le estaba quemando la piel tan rápido que, si se llega a quedar ahí un segundo más, su cráneo habría visto la luz del sol.

El somnífero no tardó en hacer efecto tanto como esperaba, pero la zarza sobre la que estaba de pie tampoco aguantó el daño causado por el aliento del animal y se derritió. Había estado demasiado cerca para su gusto, pero bueno, seguía vivo. Menos es nada. El animal se tambaleó hacia la izquierda mientras seguía sacudiendo la cabeza y rociando la niebla corrosiva.

—¡Muévanse! —gritó Trystan—. ¡Quítense de en medio!

Su gente se dispersó para apartarse de los puntos donde la tierra se iba derritiendo. Se escuchó un grito estremecedor cuando la niebla rozó la pierna de Dante.

—¡Joder! —gritó mientras se apartaba de un salto. Se puso la mano en la parte de atrás de los pantalones de cuero rojos que llevaba—. ¡Eso ha dolido!

Dante giró el cuello para mirar el trozo de tela quemada de sus pantalones. Al hacer ese movimiento, parte del culo se le quedó al descubierto.

El gubre se balanceó durante un rato y terminó cayendo al suelo con un fuerte golpe. Pero sus guardias apenas se percataron, pues estaban demasiado ocupados riéndose de Dante.

Trystan suspiró. Estaba muy cansado. Hizo un gesto de dolor y se palpó la quemadura de la frente. Por si no tenía ya suficiente, ahora además tenía una herida, por no mencionar que en su vida parecía que ya no existía el orden.

—Cuando hayan acabado de emitir ese molesto sonido por la boca, ¿serían tan amables de hacer su trabajo y llevar al animal al carro? —El Villano señaló hacia la enorme jaula que había mandado construir específicamente para ese fin.

Antes de que terminara la frase, sus guardias ya estaban arrastrando a la criatura hasta la lona. Iban a llevársela y a encerrarla, pero de la forma más

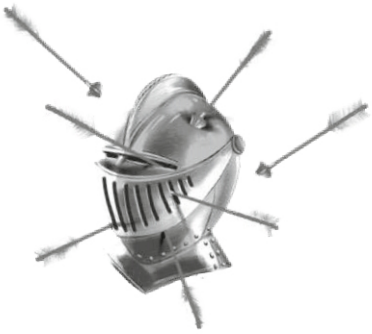
humana posible. Trystan no lo podía evitar; al quitarle el collar al dragón había descubierto una nueva capa de… compasión. Estaba ya hasta las narices de ese sentimiento, pero no podía dejar de prestarle atención.

No se podía creer que lo hubiera logrado. Benedict llevaba años intentándolo. Esta era y sería siempre la victoria de Trystan sobre el hombre que lo había arruinado todo, que lo había arruinado *a él*. Una flor amarilla entre la maleza del bosque le llamó la atención y en su mente apareció la imagen de Sage.

Estoy perdido.

Sin embargo, no se sentía perdido cuando estaba con Evie. Sentía que renacía.

Qué puto desastre.



CAPÍTULO 30

EVIE

—Está torcido —insistió Becky.

Evie empujó el marco más arriba y casi se tropieza al subir por la escalera de la que ya de por sí se estaba a punto de caer.

—Pues igual que tu cara —murmuró Evie en voz baja mientras sentía como le ardían los bíceps de tanto sujetar la pesada obra de arte.

—¿Qué has dicho? —preguntó Becky.

Incluso estando un par de metros por debajo de ella, encontraba la manera de mirar a Evie por encima del hombro.

—Nada —contestó.

Odiaba admitirlo, pero ese interminable despliegue de réplicas cortantes que le soltaba su compañera la hacían sentir como en casa. Después de tantas anomalías impredecibles durante las últimas semanas, era agradable poder contar con algo.

—¿Segura? Creía que habías dicho algo de que tenía la cara torcida.

Desde algún lugar al otro lado de la sala, a un becario se le escapó la tos.

—Evie jamás diría algo así. —La cara burlona de Tatianna apareció debajo de ella—. Es una persona con demasiada moral.

—No, qué va —contestó Evie frunciendo el ceño—. También puedo ser despiadada. —O al menos su propia versión de despiadada.

Mientras su mente se distraía pensando en las cosas que le podría hacer a Becky para demostrar que tenía razón, notó que el pie se tropezaba con el peldaño de la escalera y se deslizaba un poco hacia abajo.

—¡Cuidado! —gritó Becky—. No dejes que se caiga.

—Y, por supuesto, no te caigas tú —añadió Tatianna.

Desde que Evie había vuelto al trabajo después de dimitir, Becky se había propuesto llevar las normas a rajatabla, pero… a un nivel obsceno.

La semana anterior había emitido un memorando recordando a todos los empleados que debían ser puntuales, estar bien aseados y no pasearse por la oficina con un asqueroso olor a dragón. Lo cual, por supuesto, significaba que Blade tenía que pasarse un buen rato aseándose antes de entrar (cosa que no hacía) o se arriesgaba a que le pusieran una multa (cosa que sí hacía).

Por si fuera poco, Becky había decidido que cualquier rato libre debía aprovecharse para aumentar la productividad de la empresa. Había recortado el descanso de quince minutos diarios que tenía todo el mundo, además de quitar diez minutos de la media hora de descanso para comer. En su lugar, había repartido una hoja con tareas «extra». Cada punto de la lista era peor que el anterior.

Pero era inútil resistirse. Los pocos que lo hacían se encontraban con que a final de semana sus nóminas se habían «extraviado» y sus mesas se trasladaban de repente a la parte de la oficina dominada por las arañas.

Para sorpresa de todos, la lista de extras la encabezaba Tatianna, a quien se le había encomendado la horrible y tediosa tarea de rellenar los frascos de tinta que se usaban en la oficina. Ante las quejas de la curandera, sobre todo por el riesgo que corría su vestimenta, Becky le había dicho que era una buena oportunidad para empezar a ponerse un atuendo de trabajo más apropiado, ya que sus fastuosos vestidos rosas eran más adecuados para ir a un baile que para trabajar en una empresa respetable. Tatianna le había lanzado una almohada a la mujer. Una rosa.

—Levanta la esquina. Todavía está torcido —aconsejó Becky, como si los brazos de Evie no estuvieran ya temblando por el esfuerzo de sostener

aquella enorme pieza.

El sudor le cubría la frente y le contestó:

—¿Podrías hacerme un favor? Cállate. —Sin saber muy bien cómo, funcionó; Becky no respondió.

A Evie le quemaba la palma de la mano que estaba en contacto con el metal, pero empujó la esquina del marco hacia arriba antes de que la herida profundizara más en la piel. El simple hecho de que estuviera haciendo eso era un poco absurdo, pero no confiaba en que nadie más echara un vistazo detrás de la cortina antes de desvelar su preciado hallazgo.

—Espero que lo que hayas elegido del almacén para sustituir este retrato sea digno de la pared frontal —añadió Becky, y Evie pudo *oír* que lo decía con una ceja levantada.

No era ningún secreto que estaba resentida por lo ocurrido con ese retrato. Al parecer, se lo había regalado ella al jefe. Era una obra horrenda y lo había justificado diciendo que era arte abstracto de un artista difícil de localizar. Le era imposible no alardear de ello cada vez que alguien respiraba en dirección al cuadro.

El repentino batir de alas en el patio hizo que Becky se sobresaltara. Evie se rio entre dientes y alargó la mano para enderezar el marco una última vez antes de volver a bajar los peldaños. Blade y el dragón habían mejorado su afinidad a la hora de trabajar juntos, pero todavía tenían algunas asperezas que limar. Aun así, Evie se había encariñado de esas asperezas. El día anterior por la tarde, el dragón, que aún se estaba acostumbrando a volar en libertad, se estrelló contra una de las vidrieras. No contra la que le hacía compañía a Evie mientras se tomaba el brebaje, por suerte.

En realidad estuvo bien; hasta entonces, el comienzo de la semana había sido increíblemente aburrido e improductivo.

Después de salir de la herrería de Otto Warsen, Evie sentía que había cerrado un capítulo. El jefe, por su lado, se había volcado de lleno en un asunto para el que no parecía necesitarla.

Sin embargo, a ella le bastaba con el dulce regocijo que le proporcionaría la peligrosa maniobra que estaba a punto de llevar a cabo con aquel intercambio de obras de arte.

Al atravesar la ventana, el dragón se había llevado por delante el horrible cuadro. A Evie se le había escapado un grito de miedo antes de sentir cierta satisfacción al ver cómo había acabado el retrato. Aquellos ojos abstractos llevaban la mayor parte de los últimos seis meses mirándola fijamente.

—Dudo que lo que hayas encontrado en el almacén esté a la altura de lo que colgaba aquí antes.

A Evie no le importó escuchar la incredulidad en la voz de Becky, sobre todo porque era ella la que iba ganando aquella batalla.

—Nada puede estar a la altura de ese adefesio —dijo Blade riendo entre dientes.

Era la primera vez que llegaba sin una herida o sangre saliéndole de alguna parte del cuerpo. Reymundo estaba acomodado sobre su hombro.

—Claro —contestó Becky mirándolo de arriba abajo—. Escuchemos lo que tiene que decir el hombre que esta mañana se ha levantado y ha decidido que lo de bañarse es opcional.

Blade esbozó una amplia sonrisa, como si sus insultos fueran el más dulce de los cumplidos, y luego se acercó a ella. Los ojos de Reymundo se movieron de un lado a otro, buscando una forma de escapar de la trifulca. Evie observó como la espalda de Becky se enderezaba más de lo habitual al dar un pequeño paso atrás, casi imperceptible, para alejarse de la rana.

Pero Blade se percató. Evie se dio cuenta por cómo le brillaron los ojos, pero también por la forma en que se detuvo en seco en lugar de acercar más a Reymundo.

—Si alguna vez necesito una colonia nueva, vendré a que me digas cuál es el aroma que usas y que te permite oler tan bien a pesar de que tus normas sean tan apestosas, Rebecka.

Evie vio un destello rojo en las mejillas de Becky y estuvo a punto de intervenir para decirle a Blade que se callara, pero antes de que pudiera hacerlo, Becky dijo:

—Tira de la cortinita, Evangelina. Tengo cosas que hacer.

Con una sonrisa, Evie agarró una esquina de la tela que cubría el cuadro y tiró de ella, dejando al descubierto el lienzo que se había pasado una hora enmarcando y colgando.

Se hizo un silencio atónito seguido del aullido de la risa de Tatianna. Un becario que pasaba con una bandeja de brebajes de Edwin vio el retrato y tropezó con un escritorio, de modo que el líquido acabó derramado por todas partes.

—Es el jefe —dijo Blade con los ojos muy abiertos y mordiéndose el labio para contener una sonrisa.

Aunque no lo era, o sí, pero según la percepción que la gente tenía de él. La noche anterior, Evie había salido a pasear por la plaza del pueblo y había encontrado un carrito donde vendían a mitad de precio grandes lienzos pintados a mano con una horrible interpretación de El Villano.

Aquella había sido la mejor compra que Evie había hecho en toda su vida.

—¡Es horrendo! —Becky estaba boquiabierta y su cara de horror complacía aun más a Evie.

Aquello no era más que una jugada para vengarse del jefe por dejarla fuera de sus planes esas últimas semanas.

Al ser un cuadro tan grande, se veía más feo aún. Se apreciaba hasta el más mínimo detalle de la representación de aquel hombre con el cabello en llamas, y las letras en negrita en la parte inferior se leían con perfecta claridad.

EL VILLANO

SE BUSCA POR ASESINATO, TRAICIÓN Y FECHORÍAS EN GENERAL.
PELIGROSO. PROCEDER CON PRECAUCIÓN.

—Hay que añadir «feísimo» a la lista de cargos.

Evie y Tatianna soltaron una risita ante el comentario de Blade. Becky levantó los brazos y los miró a los tres con rabia.

—No hacéis más que burlaros del trabajo que hacemos aquí. —Levantó la barbilla y dio un pequeño respingo ante la risa de Blade—. El jefe nos ofrece un empleo decente a cambio de simple discreción. Y si tuvierais un poco de sentido común, lo respetaríais un poco más, dado lo poco frecuente que es eso.

Todos se quedaron en silencio hasta que Blade volvió a hablar.

—Lo siento —dijo en voz baja. Se le notaba la preocupación en la cara. Unos segundos después le siguió el pánico cuando Becky se dio la vuelta y empezó a alejarse—. ¡Rebecka, espera! —gritó.

Puso a Reymundo en las manos de Tatianna antes de salir corriendo para alcanzar a la mujer, que seguía andando a toda velocidad.

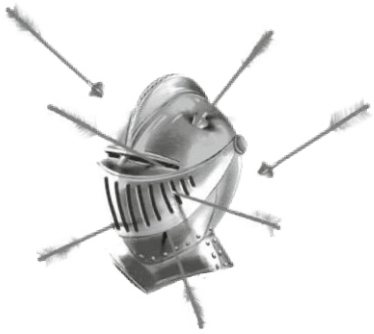
Con la extraña sensación de querer defender a Becky, Evie se dio cuenta de que, en realidad, no sabía mucho sobre cómo había llegado a trabajar ahí. Ni siquiera se lo había preguntado. Quizá era hora de que eso cambiara. Quizá si se tomaba el tiempo necesario para conocer a Becky podrían encontrar unos cimientos sobre los que construir.

—Tati, ¿puedes decirle a Marvin que me avise cuando vuelva el jefe? Quiero verle la cara cuando entre y vea el nuevo cuadro.

—Pues dese la vuelta.

Evie se quedó inmóvil. Poco a poco, fue girándose en dirección a la voz. Sabía exactamente con quién se iba a encontrar. Lo habría sabido incluso aunque Reymundo no hubiera estado mirando a quien estaba detrás de ella mientras sostenía un cartelito en el que ponía: PROBLEMAS.

—Buenas tardes, señor.



CAPÍTULO 31

EL VILLANO

La caricatura era graciosa.

Pero lo que realmente le llamó la atención e hizo que se quedara embobado fue la expresión en la cara de su asistente. Tenía una leve sonrisa pícara y un brillo maníaco y de satisfacción en los ojos.

Se le pasó por la cabeza la idea de colgar un centenar más de esas horribles representaciones suyas por toda la sala con el único objetivo de seguir viendo esa expresión en su cara.

Sage ahogó un grito y abrió los ojos de par en par cuando al fin se dio cuenta de las pintas que llevaba.

—¿Qué le ha pasado?

Ay, sí, se había olvidado de limpiarse la sangre.

—He tenido un pequeño encontronazo con un gubre —admitió.

Trystan se estremeció ante el tacto de su propia mano cuando fue a secarse la quemadura de la frente, que estaba supurando. Atrapar a un gubre no era tarea fácil, pero tenía que hacerlo.

Pensar en el gubre le recordó al herrero… y a la forma en que se le había pasado por alto lo incómoda que se sentía Sage en presencia del hombre.

El escritorio lleno de marcas que ella había ido dejando cuando trabajaba en la herrería lo despistó. Los grabados eran torpes pero tiernos. Todavía había mariposas de papel pegadas a las ventanas. Eran idénticas a las que Sage había recortado y colocado por las paredes de la oficina en su primer día de trabajo. En su día, aquello lo había vuelto loco.

Y, sin embargo, el día que las quitó se sintió extrañamente desolado.

Ver toques de ella por toda la herrería le hizo sentir una especie de alegría extática que solo consiguió despistarlo. Aquello provocó que Trystan pasara por alto las señales hasta que casi fue demasiado tarde. Y resultó que se odiaba un poco a sí mismo por ello.

Eso era un problema.

Se dio cuenta de que su asistente estaba luchando contra el impulso de correr hacia él y examinar más de cerca la herida, lo cual no era necesario.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Tatianna? —dijo y se dirigió a una zona más discreta de la oficina, lejos del alcance y los oídos de su asistente.

Unas manos relucientes de piel marrón aparecieron ante su rostro, pero las apartó a un lado.

—Gracias, Tatianna, pero se curará solo.

Tosió y desvió la mirada hacia su asistente, que estaba manteniendo una larga conversación con Reymundo, a juzgar por lo rápido que la rana levantaba los cartelitos. Se volvió hacia Tatianna y le dijo en voz baja:

—Tengo una daga para ti en mi despacho.

La curandera levantó una ceja.

—¿A quién debo apuñalar?

—¿Cómo? —Pero enseguida reconoció en sus ojos oscuros el mismo brillo socarrón de cuando eran niños—. Es mágica. Pregúntale a Sage.

—¿Es por la cicatriz impregnada de magia que tiene en el hombro? —susurró con los ojos entrecerrados por la preocupación.

—¿Te lo ha contado? —preguntó Trystan enarcando la ceja.

—Sentía su presencia cada vez que la curaba, pero nunca le he preguntado qué le había pasado y ella nunca me lo ha contado.

Tatianna miró a Sage. En ese momento estaba levantando el pulgar en respuesta a una señal de la rana que Trystan no podía distinguir desde la

distancia. Se estremeció al imaginar las cosas que Reymundo podría estar convenciéndola de hacer.

—Le duele más cuando está cerca de la daga —dijo Trystan. Era extraño, pero se sentía minúsculo al ser incapaz de arreglar aquello por su cuenta—. ¿Puedes hacer algo?

Una ferocidad serena iluminó la expresión de Tatianna.

—Haré lo que pueda para ayudarla.

Lo reconfortaba, por insignificante o ridículo que fuera, que Tatianna pareciera dispuesta a enfrentarse al mundo entero antes de permitir que alguien tocara a Evie Sage.

—Gracias. —Una palabra que no decía a menudo, pero si había alguien que merecía escucharla, esa era Tatianna.

Ella asintió y le dio una amistosa palmadita en el hombro antes de irse hacia su despacho con la cola de su vestido rosa deslizándose por el suelo tras ella.

Trystan se acercó de nuevo a Sage, que parecía satisfecha mientras miraba el cuadro y acercaba y alejaba el pulgar a la altura de los ojos mientras Reymundo croaba a su lado. Casi se le escapa una risita oxidada, pero fue capaz de contenerse. En su lugar, se inclinó y puso la cabeza junto a la de ella, por encima de su hombro. Fingió que no se daba cuenta cuando notó su respiración entrecortada, igual que fingió que no le pasaba lo mismo a la suya.

—El lado izquierdo está torcido —susurró, y se apartó enseguida de aquel olor a vainilla porque le estaba dificultando formar frases completas.

—Ay, Reymundo, tenías razón —dijo ella, y alargó la mano para ajustar el marco.

Trystan sintió un hormigueo en las palmas de las manos por la necesidad que tenía de tocarla, lo cual era absolutamente inaceptable.

Se dio la vuelta para ir a su despacho y el sonido de sus botas al alejarse hizo que su asistente corriera para alcanzarlo.

—Perdón. Ha estado fuera casi toda la semana y luego llega y, como si nada, dice que estaba jugando con un gubre.

Al abrir la puerta del despacho, se alegró de ver que Tatianna ya había cogido la daga y se había marchado. Agarró la silla que había más cerca del

escritorio y la movió un poco hacia la ventana. No tenía nada que ver con el hecho de que en esa posición el sol diera en el ángulo justo para que la larga melena negra de Sage brillara con la luz.

Simplemente le gustaba la silla allí.

—No estaba jugando con él, Sage.

Hizo una mueca de dolor mientras se sentaba en la otra silla, sin molestarse en rodear el escritorio para llegar a la suya. Resistió un profundo suspiro cuando su asistente se sentó y el sol se posó en sus mejillas.

Aquel era un buen sitio para poner la silla.

—Ah, ¿de qué hablaban entonces? ¿De lo altos que están los impuestos? —dijo con sequedad mientras rozaba con los dedos aquel cuaderno que parecía acompañarla a todas partes.

—Necesito al gubre porque el rey Benedict lo quiere —admitió.

Así era más sencillo.

—¿Por qué quiere tener a esa cosa? —preguntó Evie con curiosidad.

—No lo sé. Solo sé que si el rey quiere algo, es imperativo que yo lo consiga primero.

—Y todo porque un día le pisó el pie y tal, ¿no? —añadió Sage retóricamente.

Después se inclinó sobre el escritorio para coger la pluma del tintero, lo que a él le permitió ver con claridad que tenía una peca en la clavícula.

Trystan se bebió lo que quedaba de agua en la cantimplora para aplacar la sequedad de la garganta.

—¿De verdad ha capturado a un gubre? —Sage empezó a escribir con ansia en su pequeño cuaderno—. ¿Quiere que investigue cómo cuidar de estos animales?

—No habrá tiempo de eso.

Por supuesto, lo que proponía su asistente habría sido lo más sensato de no ser porque Trystan se había pasado la última década preparándose para aquello.

Lo habían cogido.

Por fin.

La mirada que tenía la criatura en el momento en que se enfrentó a ella había reafirmado todos sus temores; una emoción que raramente sentía,

pero es que cuando una bestia de ese tamaño se te pone enfrente es inevitable sentir escalofríos. La había encerrado en una celda lo bastante grande como para que pudiera moverse a sus anchas.

Había una comprensión mutua entre ellos. Ambos tenían alguien a quien proteger y eso la criatura lo entendía.

O es que estaba perdiendo la cabeza poco a poco y las nubes oscuras que llegaban desde cielos lejanos y atenuaban la luz de la cara de Sage eran una metáfora sobre cómo era capaz de ennegrecer todo lo que tocaba.

—Qué raro —comentó ella ladeando la cabeza ante la oscuridad que desde la ventana se cernía sobre ellos.

En ese momento, un trueno sacudió los muros y Sage dio un respingo.

—No, por desgracia es de esperar cuando mantienes captivo a un gubre en contra de su voluntad —contestó El Villano. Se pellizcó el puente de la nariz y con la otra mano apretó el puño.

—¿Que haya una tormenta?

—Las llaman «criaturas vengativas del destino» por algo. Capturar a una siempre tiene algún tipo de consecuencia natural que se agrava cuanto más tiempo pasas sin soltarla.

—¿Así que la consecuencia natural de mantener captivo a este gubre es una tormenta?

En ese momento, un relámpago iluminó el cielo, seguido de inmediato por el estruendo de otro trueno. Sage levantó la mano y lo agarró del antebrazo con los ojos muy abiertos y alarmados.

El tacto de su piel lo quemaba.

Trystan se zafó, se levantó y se acercó a la pared, intentando mantener una distancia que le permitiera pensar bien.

Ella entrecerró los ojos ante su repentina huida.

—Eso parece, sí.

El cielo eligió ese momento para abrirse y deja caer una lluvia torrencial sobre la mansión.

Sage tuvo que alzar un poco la voz para que se la oyera por encima del torrencial aguacero.

—¿Y piensa liberar a la criatura al final del día?

—No, no puedo. —Necesitaba tenerla ahí el tiempo suficiente para que los engranajes de su plan tuvieran tiempo de girar. También para que el traidor informara al rey.

Sage suspiró y se dirigió hacia la puerta con paso decidido.

—Enviaré a los becarios a la lavandería a por ropa de cama.

—¿Por algún motivo en concreto? —preguntó Trystan con un malestar que se arrastraba a su alrededor como un depredador sigiloso.

—Porque si la tormenta sigue así, no habrá forma de que nadie pueda salir de aquí sano y salvo al final de la jornada —contestó antes de desviar la mirada hacia un nuevo relámpago que iluminó toda la estancia.

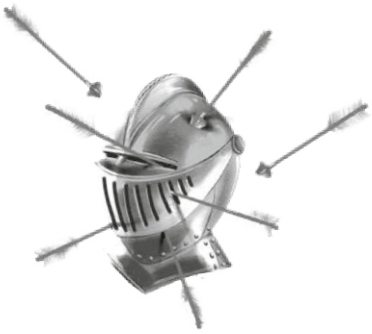
Entonces hizo una pausa como si tuviera que elegir con cuidado las palabras que iba a usar. Aunque, en realidad, no hacía falta. El estómago de Trystan ya estaba revuelto tras darse cuenta de aquella fatalidad.

Finalmente, habló:

—Esta noche estamos todos atrapados aquí. Juntos.

Un nuevo relámpago iluminó el cielo y parpadeó sobre los labios curvados de Sage. Una vez la puerta se hubo cerrado tras ella, El Villano se apoyó en el escritorio. Apretó los ojos con fuerza y trató de organizar sus pensamientos.

Y, mientras otro relámpago lo iluminaba todo, no pudo evitar pensar que su plan de venganza quizá le iba a ser más útil de lo que esperaba.



CAPÍTULO 32

EVIE

—¡Es enorme! —dijo Evie con la respiración acelerada.

Blade se giró hacia ella con una sonrisa socarrona en los labios.

—Si me dieran una moneda de oro por cada vez que…

Se escuchó el sonido de un fuerte golpe. Blade hizo una mueca de dolor y se llevó la mano a la nuca.

El Villano volvió a bajar el brazo sin haber llegado a mirar siquiera al domador de dragones.

—Es más pequeño que el dragón.

El jefe estaba muy callado desde que habían hablado en su despacho. Ella se había encargado de organizar dónde dormía todo el mundo. Él, después de mandar a los becarios y a los demás trabajadores a las habitaciones de invitados del otro lado del patio, invitó a Evie al rincón del fondo de la bodega para que viera a la criatura con sus propios ojos.

Y el gubre era espantoso.

—Sí, pero Fluffy no tiene estas pintas. —Evie ladeó la cabeza y el animal con aspecto de serpiente ladeó la cabeza con ella—. Deja de ser

adorable, se supone que eres una pesadilla con patas.

Al menos por fuera lo parecía, a pesar de la docilidad con la que se comportaba en ese momento.

Tenía los ojos grandes y saltones y la cara alargada y acabada en punta a la altura de la nariz, como las serpientes. Cuando se acercó a los barrotes, sus alas de murciélago se desplegaron y mostraron una membrana coriácea parecida a la del dragón, aunque a la vez tan diferente que Evie se sintió intimidada.

—¿Por qué decía que hay que mantener cautivo a este espectáculo de terror en el sótano? —preguntó Evie.

Después le hizo un breve saludo con la mano al vicioso animal y se relajó al ver que este volvía a inclinar la cabeza hacia ella.

Se giró para ver si el jefe le daba una respuesta y vio que la estaba observando atentamente con un cierto brillo en los ojos y una ligera curvatura en los labios, tan leve que casi le pasó desapercibida.

—¿Señor? ¿Pasa algo? —preguntó con curiosidad.

Él negó con la cabeza, se aclaró la garganta y volvió a mirar los barrotes. Ignorando su pregunta, dijo:

—Los gubres son animales famosos por su tendencia a aparearse.

—¿Y considera que podemos ayudar a la criatura con sus técnicas de cortejo? —preguntó Blade muy serio mientras colaba una mano entre los barrotes y chasqueaba la lengua.

Para sorpresa de todos, el gubre se acercó y apoyó la cabeza en la mano de Blade.

—¿Cómo lo has hecho? —dijo Evie con los ojos abiertos de par en par.

Blade se encogió de hombros.

—Les caigo bien a los animales.

—Ah, ya, es que como siempre estás en la enfermería, a veces se me olvida. —Evie no pretendía que sus palabras sonaran tan insultantes, pero, cómo no, se dio cuenta de que lo habían sido cuando ya las había pronunciado en voz alta.

Para su alivio, Blade solo rio entre dientes y se ajustó el chaleco.

—Es la peor parte del trabajo, sin duda.

—Habría puesto la mano en el fuego que la peor parte sería limpiar los excrementos de la criatura.

Blade y Evie miraron boquiabiertos al jefe.

—¿Acaba de hacer una broma? —le preguntó Blade a Evie con un susurro exagerado.

Ella respondió al mismo volumen.

—Lo *sé*. Últimamente lo hace mucho.

—Interesante. ¿Crees que…?

—¡Basta! —El jefe se puso ambas manos en las caderas. Tenía un aspecto sombrío y formidable—. Si no les importa, me gustaría terminar lo que estaba diciendo.

—¡Ah, no! —dijo Evie con falsa inocencia—. No nos importa, adelante.

El jefe levantó la ceja. Parecía que quería sonreír otra vez, pero en su lugar se limitó a sacudir la cabeza y seguir hablando.

—Los gubres son animales que se suelen aparear. La pareja de este gubre en particular tiene valor para mí.

—Entonces ¿por qué no ha capturado a la pareja? ¿Por qué se ha tomado la molestia de capturar a este ejemplar? —Blade empezó a lanzar trozos de carne a través de los barrotes y la criatura se los iba tragando sin masticar.

—Porque es casi imposible atrapar a una gubre hembra; son demasiado astutas, demasiado listas. Los machos son mucho más fáciles de derrotar. Además, esta gubre hembra ya está en cautiverio.

—¿Cómo? ¿Entonces cómo espera cogerla? —preguntó Evie con incredulidad.

—Las gubres hembras son criaturas vengativas. La mejor manera de capturar una es atraerla con su pareja.

—Eso no explica cómo espera que esta hembra llegue hasta aquí si está retenida entre rejas.

—No se confundan. Cuando digo vengativa, lo digo en el sentido más extremo de la palabra. Si una gubre hembra cree que su pareja está en peligro, no hay rejas en este mundo que puedan retenerla.

De repente, el aire de la estancia se volvió espeso y lo único que se escuchaba era los sonidos que emitía la criatura que tenían al lado.

Evie esperó a que Blade regresara a la oficina para acercarse a la jaula. Señaló con un dedo acusador a El Villano y exclamó en un susurro:

—¡El rey Benedict! Él es quien tiene a la hembra en cautiverio, ¿verdad?

Trystan miró su dedo y levantó una ceja.

—Muy astuta, Sage.

—¿Por qué querría el rey Benedict tener una gubre prisionera?

Un ruido salió de la celda y ambos se quedaron mudos.

—¿Eso ha sido un ronroneo?

Evie se inclinó hacia delante y metió el brazo entre las barras como había hecho Blade. Se le escapó un leve chillido al notar que dos grandes manos la agarraban de la cintura y tiraban de ella hacia atrás.

—Preferiría que no perdiera la mano, Sage. —Aquella voz grave estaba junto a su oreja y estaba mandando una serie de agradables escalofríos por su espina dorsal—. Como ha dicho usted con gran elocuencia, puede que sea «adorable», pero tiene mal genio.

—Vaya… creo que conozco a alguien así —respondió ella mirándolo fijamente. El jefe puso los ojos en blanco.

—El rey Benedict tiene a la hembra desde hace diez años.

—¡¿Diez años?! —exclamó Evie—. ¿Qué clase de consecuencias debe haber traído eso?

El Villano la soltó con una sonrisa irónica y misteriosa y se apartó.

—En cualquier caso, esta noche, eso va a cambiar.

Trystan siempre se mostraba distante cuando hablaba de sus planes de venganza, como si para poder llevarlos a cabo tuviera que ir a otra parte. Por algún motivo, Evie sabía que con este tema lo mejor también era dejarle hacer sin preguntar. ¿Quién era ella para interponerse entre un hombre y su sed de venganza? Lo cierto es que, si algún día se animaba a compartir sus motivaciones con ella, quizá incluso se uniría a él con gusto.

—Tengo que volver para ayudar con los preparativos para pasar la noche, señor —dijo, y se aventuró de nuevo hacia las escaleras del sótano que llevaban a la oficina.

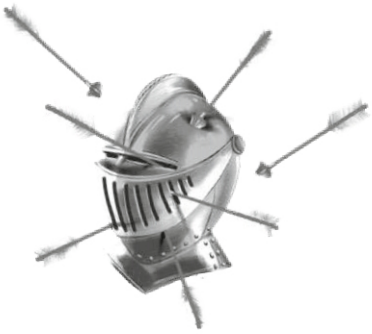
Casi había llegado arriba cuando escuchó la voz sorprendida de El Villano.

—Sage… ¿acaba de decir que soy adorable?

Ella abrió la puerta con una sonrisa en la boca.

Sin embargo, cuando se cerró tras ella con un sonido metálico, una sensación de catástrofe inminente acabó con su buen humor. Y es que, aquella noche, El Villano no iba a ser el único buscando venganza entre los muros de la mansión.

Si todo iba según lo previsto… una gubre aterradora iba a ir a por su pareja. Y ni siquiera El Villano iba a poder detenerla.



CAPÍTULO 33

EVIE

Era imposible concentrarse si le pesaban los párpados como si tuviera plomo colgando de ellos.

Evie se abrió los ojos con los dedos y le ordenó a su cuerpo que acatara su voluntad.

—No vas a dormir —se dijo a sí misma.

Acababa de comerse el último caramelo de vainilla, lo cual era una tragedia, ya que en ese momento le habría venido bien la energía del azúcar. La oficina estaba tan vacía que resultaba inquietante, solo se escuchaba el sonido de la tormenta afuera. Probablemente su padre estaría muy preocupado, pero esperaba que la misiva que había enviado con uno de los cuervos le llegara a tiempo.

Según el jefe, la tormenta estaba azotando en ese momento la mayor parte del reino. Sus guardias le habían informado de que todo el mundo tenía órdenes de permanecer encerrado en casa hasta que pasara. Pero no iba a pasar; no hasta que el gubre fuera liberado, y eso no iba a ocurrir hasta que El Villano consiguiera lo que quería.

El olor celestial del brebaje de Edwin inundó sus sentidos cuando levantó un poco la mirada y vio un cáliz humeante colocado ante ella.

—Eres mi persona favorita del mundo mundial —dijo antes de levantar más la vista—. Seas quien…

Becky estaba ahí de pie con la misma expresión de desagrado que se le había quedado a Evie.

Se encogió de hombros y dio un sorbo del líquido calentito antes de apartar el cáliz de la boca y observarlo de cerca.

—¿Está envenenado?

—¿No es un poco inútil preguntar eso después de haber bebido? —respondió Becky confundida.

—De todas formas, necesitaba la cafeína. Además, nadie muere por un poco de veneno —dijo Evie sonriendo. Dio otro sorbo mientras Becky mostraba un nivel de frustración que debía de resultar hasta doloroso.

—Literalmente todo el mundo muere. Para eso sirve, tontaina. —Aquella mujer se lo tomaba todo tan al pie de la letra como El Villano.

—Me traes una taza de brebaje y luego me insultas. —Evie se llevó la mano al pecho en señal de ofensa, sus palabras tardaron un momento en calar—. Espera. ¿*Por qué* me has traído el brebaje? —preguntó con una buena dosis de suspicacia.

—Cualquiera que tenga ojos habrá podido ver que estabas durmiéndote de pie y, si estás decidida a no ir a las habitaciones de invitados como el resto de los trabajadores hasta que esto acabe, preferiría no tener que escucharte roncar mientras yo *sí* trabajo.

Becky se encaminó hacia su escritorio al otro lado de la sala e ignoró por completo el saludo de Blade al pasar junto a ella.

Cuando el adiestrador llegó a la mesa de Evie tenía el pelo mojado por la lluvia y una mirada de corderito degollado.

—Son las seis de la tarde, ¿y si nos colamos en la bodega del jefe y pasamos ahí la noche?

—¡Ni se os ocurra hacer eso! —gritó Becky. Al volver a ponerse de pie tiró el lapicero que había al borde de su escritorio.

—No temas, Becky. Nadie te va a obligar a unirte a nuestras travesuras. Sé que no debo contar contigo para ningún tipo de diversión no autorizada

—respondió Blade con una sonrisa de satisfacción.

Tuvo que agacharse cuando vio que Becky le lanzaba a la cabeza uno de los lápices que se habían caído, y este acabó dándole a Evie con el lado de la goma de borrar.

—¡Eh! —Evie se giró hacia Becky—. ¿No fuiste tú la que la semana pasada le dio un sermón al jefe sobre lo de tirar piedras, hipócrita? —refunfuñó mientras se frotaba la cabeza.

De repente apareció Tatianna con dos botellas y cinco copas.

—¡He traído vino, Blade! Vamos a beber. Tú también, Rebecka. Y no quiero oír ni una palabra —anunció.

Colocó un vaso sobre el escritorio de la mujer y lo llenó hasta arriba.

—No podemos… —empezó a decir Becky, pero se quedó mirando el vaso como si, esta vez sí, estuviera lleno de veneno en lugar de vino.

—Podemos. Técnicamente, la jornada laboral ha terminado. Y este vino es de mi reserva personal —replicó Tatianna mientras se echaba hacia atrás una de sus trenzas atadas con cinta rosa antes de servir una copa para Evie y otra para Blade.

Evie aceptó la suya agradecida y dio un trago que la despejó. Notó como el calor le bajaba por la garganta y llegaba hasta las extremidades.

—¿Es apropiado llamarlo «mi reserva personal» cuando lo has robado de *mi* reserva personal? —El jefe había aparecido de repente.

Blade estaba mojado, pero es que Trystan estaba empapado hasta los huesos. Lo mismo que Reymundo, que estaba sentado en su hombro con la corona de oro goteando y brillando igual que el resto de su cuerpecito.

La camisa negra de El Villano se ceñía a cada una de las curvas que los músculos le creaban en el torso. Evie tragó saliva cuando se acercó a ella. Había una sensación de tensión empalagosa en el aire.

—Les he dicho que no debían beber, señor —se apresuró a decir Becky mientras se volvía a levantar de un salto y derribaba la silla.

—Por favor, relájese, señorita Erring. Soy consciente de que pasar aquí la noche es un inconveniente para ustedes. Hagan lo que tengan que hacer para sobrellevarlo. —El jefe miró a Tatianna y a la última copa que quedaba vacía—. Siempre y cuando esa copa sea para mí.

—¡Por supuesto! —dijo Tatianna con alegría, y se la llenó hasta arriba para poder servírsela con gran teatralidad.

—¿No hay rastro de la gubre? —preguntó Evie mientras observaba cómo su jefe se bebía la copa en tres largos tragos y se la tendía a Tatianna para que la volviera a llenar.

—Nada —respondió, y caminó hacia una de las vidrieras. Cuando pasó por al lado del escritorio de Evie, Reymundo saltó de su hombro para aterrizar en la mesa—. Pero no me sorprende. Llevará tiempo.

—¿Cómo sabremos cuándo viene? —preguntó Becky.

El Villano se giró hacia el grupo justo cuando un relámpago le iluminaba el rostro.

—Lo sabremos —dijo con aire siniestro.

—Esta puesta en escena estaba planeada, ¿verdad? —preguntó Evie señalando la tormenta con la cabeza.

Blade se rio entre dientes y el jefe puso los ojos en blanco.

—No tenéis remedio.

—Estoy de acuerdo —murmuró Becky en tono sombrío mientras miraba su copa de vino con anhelo.

—Bebe, Rebecka. —Tatianna se acercó y le puso la copa delante de las narices—. El jefe te acaba de decir que te relajes. ¿Dónde están esas ganas de cumplir con las órdenes?

A Evie le resultaba complicado discernir si Tatianna odiaba a Becky o le tenía un profundo respeto. Sus interacciones siempre oscilaban en un punto intermedio.

Tras dar un tímido trago a la copa y suspirar satisfecha, Becky se hundió aún más en la silla.

—¡Esa es mi chica! —Tatianna le dio una palmada en el hombro y Becky la apartó de un codazo mientras daba otro trago.

—Cuidado, querida Rebecka. —Blade levantó su copa como si quisiera brindar—. Igual hasta empiezas a disfrutar, no queremos que tu cuerpo entre en shock.

Evie soltó una risita al ver que Becky le hacía una peineta mientras mantenía el contacto visual con él y se terminaba la copa. También vio que Blade tragaba saliva mientras contemplaba el espectáculo.

Otro relámpago cayó sobre ellos. El estruendo del trueno rompió una ventana y los obligó a agachar la cabeza y a cubrirse con las manos.

Blade levantó la mirada y frunció el ceño al ver el cristal hecho añicos.

—¿Quién, emm… quién va a recoger eso? Porque aquí no queda ni un becario y mis dedos son muy sensibles.

—¿Al contacto con el cristal? —preguntó Tatianna con escepticismo mientras les servía más vino a Evie y a una Becky de aspecto ligeramente aturdido.

—Ya lo limpiaré yo —dijo Evie.

El calorcito empezaba a asentarse y la hacía sentir más ligera, como si los hilos de su pecho se estuvieran desenredando. Fue hacia el armario a por un recogedor, pero Tatianna la detuvo levantando la mano. Con un movimiento de muñeca, los fragmentos de cristal se alzaron y cayeron con estrépito en la papelera.

Blade suspiró con el ceño fruncido.

—Ojalá pudiera hacer eso.

La hermosa sonrisa de Tatianna se ensanchó.

—Tú tienes tus propios talentos, querido.

—Como el de ser un pesado —añadió Becky.

—O el de lesionarse —dijo Evie con una risita.

—¿Y qué hay de la absoluta falta de instinto de supervivencia? —Tatianna rio entre dientes mientras tomaba otro trago.

—No me gusta este juego —dijo Blade con expresión sombría mientras se terminaba la copa.

—Su nivel de daltonismo también es de admirar.

Todas las cabezas se giraron para mirar al jefe, que observaba aquella interacción a un paso de distancia, como si no quisiera mezclarse del todo entre los mortales. Su copa de vino estaba vacía y Tatianna se movió para descorchar otra botella y rellenarla.

Blade miró a El Villano con indignación, como si se sintiera traicionado.

—¿Usted también, señor?

El jefe se encogió de hombros con la mirada perdida, lo que hizo que su comentario resultara aún más gracioso por la seriedad con la que lo había soltado.

—¿Y si ahora hablamos de los talentos del jefe? —propuso Tatianna con alegría.

El vino le daba un cierto brillo en los ojos y un resplandor en el rostro.

—No, de eso nada —quiso replicar El Villano, pero su voz se ahogó entre las risas de Evie y Tatianna.

—Tiene una gran incapacidad para sonreír ante cualquier cosa que no esté relacionada con la muerte o la tortura —dijo Tatianna antes de soltar una carcajada.

Evie rio con ella y se agarró la barriga. Las lágrimas le escocían en las comisuras de los ojos. Era una risa de esas con las que no puedes parar y que, cuanto más lo intentas, más empeora. Sus favoritas.

—Y una obsesión con su pelo —añadió secándose los ojos.

—¿Y qué me decís de su talento para arrojar cuerpos por las ventanas? —añadió Blade.

Reymundo levantó dos carteles: BROMAS y MALÍSIMAS.

—Y hace llorar a los becarios con solo mirarlos durante un periodo prolongado de tiempo —añadió Becky en voz baja y con recelo.

Todos rieron aún más fuerte y Tatianna inclinó la copa hacia la mujer para hacer un brindis silencioso. Becky miró a su alrededor y esbozó una sonrisa casi indetectable en esos labios que casi siempre estaban curvados hacia abajo.

La risa de Evie se tranquilizó por fin hasta convertirse en algo más manejable cuando vio que el jefe, que los estaba observando a todos, se fijó en ella con una mirada extraña. Estaba calmado, en paz. El candado que siempre parecía llevar en la mandíbula se había soltado y desprendía un aura de relajación cuando dijo:

—No estoy obsesionado con mi pelo.

No hizo falta más. Una nueva oleada de risas, más fuertes incluso que las anteriores, se apoderó de todos ellos. Era como medicina, una que curaba todas las piezas rotas y con ellas forjaba algo nuevo, algo diferente. Sentirse integrada era un concepto tan raro para Evie. Era algo que anhelaba en silencio, pero que nunca había sabido cómo conseguir. Y, sin embargo, ahí estaba. Su momento, su gente. Había valido la pena la espera.

Un destello de luz y un estruendo atronador sacudieron las paredes y aquello succionó el buen humor del ambiente como una sanguijuela.

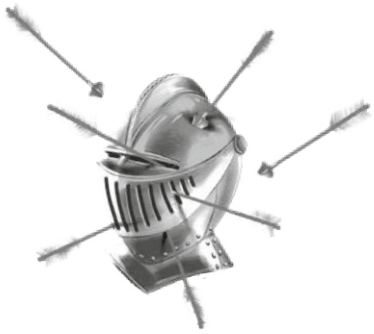
La mandíbula de El Villano volvió a su rigidez habitual y se acercó a mirar por la ventana.

—¿Señor? No es por presionarle, pero ¿tiene idea de cuándo llegará la gubre? —preguntó Evie con cautela mientras se ponía a su lado.

Un chillido desgarrador inundó el cielo.

—Eso ha sido…

—Sí. —El Villano asintió mientras mantenía la mirada fija en algo al otro lado de la ventana—. Ya está aquí.



CAPÍTULO 34

EL VILLANO

—¡Vuelva arriba! —ordenó El Villano. Se encontraba refugiado en un hueco del patio y se tambaleó hacia atrás al ver aparecer a su asistente con una gran red—. ¿Y para qué demonios es eso?

La lluvia arreciaba con más fuerza y los chillidos de la criatura le perforaban los tímpanos. El dragón iba arrastrando los pies por la esquina opuesta, agachado bajo uno de los grandes arcos del castillo que daba al patio. La gubre aún no había llegado, pero estaba al caer.

Sage apareció a su lado con el vestido empapado por la lluvia ciñéndose contra sus suaves curvas.

—¡Es una red! —le gritó ella mientras la levantaba y lo miraba como si fuera él quien hubiera perdido la cabeza.

—¡Ya, me he dado cuenta! —Era increíble que, incluso con el rugido de una criatura violenta y peligrosa que se dirigía directamente hacia ellos, fuera aquella conversación la que le estaba provocando un palpitante dolor de cabeza.

—¿Cómo va a cogerla si no? —preguntó ella confundida y con el ceño fruncido.

Al hacer eso, le salía una arruga encantadora en medio de la frente.

Y, desde luego, ahora no es el momento de fijarme en las encantadoras arrugas que aparecen sobre los ojos de mi asistente.

—Tenía planeado algo un poco más concreto —dijo señalando la reja abierta al otro lado del patio—. Esa entrada lleva justo al sótano, donde está el gubre.

—¿Llegará hasta ahí sola? —preguntó Sage con una gota de lluvia resbalándole por la mejilla.

Los dedos de Trystan ansiaban enjuagársela.

Se limitó a asentir y levantó la cabeza hacia el cielo, esperando.

—No hay nada que pueda alejarla de él, ¿recuerda?

—Entonces, ¿por qué no se ha metido por el agujero todavía? —gritó Sage por encima del ruido de la lluvia, que ahora caía con más fuerza que antes.

—¡No tiene un pelo de tonta! —replicó él tirando de ella con suavidad para volver a meterla bajo el alero cuando quiso sacar la cabeza para echar un vistazo a la gubre—. Sabe que es una trampa. Está intentando encontrar otra forma de llegar hasta él.

Una luz parpadeó en la esquina de su campo de visión, seguida de más cristales rotos. Sage lo agarró del brazo con fuerza e hizo acopio de toda su fuerza para tirar de él. Justo a tiempo para evitar que uno de los arcos se le derrumbara encima. Una nube de escombros cayó sobre ellos.

De repente, Trystan era plenamente consciente de dónde estaban ahora sus manos, que, sin saber cómo, habían acabado en la curva de las caderas de Sage después de que esta hubiera tirado de él. Con la respiración agitada por razones que nada tenían que ver con haber estado a punto de morir, levantó la mirada y la posó en sus labios.

Ella también tenía la respiración acelerada y seguía agarrada de sus antebrazos.

—Gracias —consiguió decir. Su voz sonaba tan ronca que le daba hasta vergüenza.

Otro chillido lo sacó de su hechizo. Se separó de ella con torpeza y se dio cuenta de que Sage no se había inmutado tras aquel intercambio. Lo cual no le molestó lo más mínimo. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a tener algún tipo de reacción por estar tan cerca de él?

—Ah, no es nada. Morir aplastado por unos bloques de cemento habría sido muy anticlimático.

—¿Dedica mucho tiempo a pensar en cómo debo morir? —se burló Trystan esperando que la broma acabara con la tensión del ambiente.

Sin embargo, como siempre, su tono no era el correcto, pues los ojos de Sage se abrieron de par en par y exclamó ofendida:

—¡Por supuesto que no, señor!

Él suspiró y se pellizcó el puente de la nariz. Quiso corregirla:

—Sage, eso no es lo que…

Pero se sorprendió al ver la sonrisa traviesa que se había apoderado de su cara.

—Qué fácil es quedarme con usted —dijo ella entre risas mientras otra gota de lluvia descendía hasta la punta de su nariz.

Él notó como le subía un sentimiento de alegría por el pecho y se quedaba ahí instalado mientras esbozaba una amplia sonrisa.

—Es la primera vez que me acusan de eso.

Pero el momento se fue al traste cuando el techo comenzó a desmoronarse. Trystan la cogió de la mano y tiró de ella para evitar una vez más ser aplastados.

En ese momento estaban al aire libre, totalmente expuestos, y a él le entró el pánico.

—Vuelva dentro —le ordenó.

—Solo si usted también viene —replicó ella.

Se podía ver con claridad el contorno de su figura bajo el vestido empapado. El Villano desvió la mirada hacia una de las torres y se obligó a sí mismo a mantenerla fija ahí.

—Necesito estar aquí para poder cerrar la reja una vez que la bestia haya entrado —argumentó.

—¿Y no puede hacerlo uno de sus guardias? —Se la notaba exasperada, pues sus manos iban de un lado a otro como una mariposa maníaca.

—No pienso delegar una tarea tan importante.

No lo hizo cuando quiso capturar al macho, no lo iba a hacer ahora. Sus planes estaban empezando a ser fructíferos y, sin duda, el traidor infiltrado debía de estar nervioso, igual que el rey Benedict, al ver que Trystan tenía la sartén cogida por el mango.

—¿Es consciente de que ser un maníaco del control va a acabar con usted? —gritó ella por encima de la lluvia mientras ponía los ojos en blanco para acabar abriéndolos de par en par, horrorizada—. ¡Agáchese!

Ambos se agacharon y un borrón gris pardo pasó volando sobre ellos. Había descendido en picado en dirección a sus cabezas y casi les arranca el cuello. Aquella gubre era tan horrible como la recordaba.

Era grande, más grande que el macho. Le habría hecho sombra al sol, si este se hubiera dignado a aparecer.

—Es preciosa —dijo Sage asombrada.

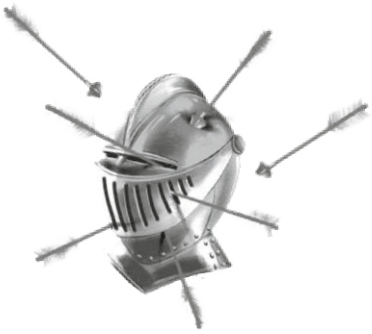
—Es espeluznante —la corrigió Trystan.

Sage se encogió de hombros, con los ojos clavados en el horripilante cuerpo de la gubre.

—A veces esas dos cosas van de la mano.

El Villano sintió que se le doblaban las rodillas sin querer, como si su cuerpo estuviera tratando de inclinarse. El patrón de vuelo de la criatura se estaba volviendo cada vez más claro con cada descenso. La gubre pronto se daría cuenta de que la única forma de llegar hasta su pareja era dejándose atrapar.

Cuando se trata de lo que uno más ama, pensó Trystan antes de salir corriendo hacia la reja con los gritos de protesta de Sage a sus espaldas, *siempre es mejor estar atrapados y juntos que libres y separados*.



CAPÍTULO 35

EVIE

—¿Qué hace? —gritó Evie, pero no había manera de que Trystan pudiera oírla por encima del ruido.

La gubre aulló cuando El Villano se adentró en su campo de visión. Evie vio que él se agachaba poco a poco y agarraba el borde de la reja, listo para cerrarla de golpe llegado el momento.

Una sensación de impotencia se apoderó de todo su ser y se le revolvió el estómago al ver a aquella bestia letal acercarse cada vez más a su jefe. Las garras de la gubre estaban desplegadas y listas para coger a su presa. Evie gritó cuando, a pesar de la oscuridad y la lluvia, vio la sangre salir del hombro de El Villano después de que la criatura le diera un zarpazo.

Para su alivio, el jefe volvió a ponerse en pie. No parecía que la herida lo hubiera afectado salvo porque tenía una postura ligeramente más encorvada. *Solo el veneno de su aliento es letal*, se recordó a sí misma. Si se mantenía alejado de la boca de la criatura, volvería a ver salir el sol.

Y Evie podría darle cuatro bofetones.

—¡Vamos! —lo oyó gritar—. ¡Te está esperando! —La criatura había aterrizado en lo alto de una de las torres. Aquella quietud acompañada de sus lentos resoplidos le daban a la escena un aire de inquietante calma—. Antes estabas demasiado débil para reunirte con él. ¿Pero ahora? —Estaba provocando a la bestia como si ella pudiera entenderlo.

Tanto si lo entendía como si no, estaba enfadada. Y el jefe había calculado muy mal todo aquello. Evie se dio cuenta al ver el destello de pánico en su cara cuando la criatura desplegó las alas, abrió la boca de par en par y se lanzó en picado una vez más. Su intención era evidente.

Iba a matarlo.

Evie no pudo pensar demasiado después de eso, pero sí se dio cuenta de algunas cosas, claro. Los latidos de su corazón en los oídos, el sonido de las botas contra el suelo, el vestido, pesado y mojado, que hacía que fuera más lenta. Los ojos de Trystan cuando vio que se acercaba a toda prisa, la forma en que levantó la mano enfurecido. La criatura se estaba acercando y Evie, más que sentir, vio como sus dedos iban hasta sus labios, y entonces silbó con fuerza.

Recordó que en su primer año en el colegio ganó un concurso por ser la que silbaba más fuerte de todos. En ese momento le habían dado una medalla; ahora probablemente lo único que iba a conseguir era que una serpiente voladora le arrancara la cabeza.

Ser adulto debería ser ilegal.

La criatura levantó la vista y se dirigió hacia ella con la misma expresión de furia que antes, quizá incluso más. Evie retrocedió despacio un paso y luego otro.

—¡Sage! —gritó Trystan en su dirección.

—¡Lo tengo controlado! —Dio un paso más antes de tragar saliva.

—¡Corra!

Y eso hizo. Atravesó el arco trasero que estaba en ruinas y luego las grandes puertas. Dobló la esquina de la entrada y casi llegó a las escaleras, pero entonces una sombra oscura se cernió sobre ella y se dio cuenta de que los escalones se estaban derritiendo ante sus ojos. La piedra se estaba transformando en una sustancia viscosa y oscura.

Se quedó inmóvil. Al darse la vuelta, vio que tenía la cabeza de la criatura a menos de medio metro. Del susto, cayó al suelo. El aliento venenoso impregnaba el aire y le dificultaba la respiración.

—Ay, no, no, no, no. —Repitió esa palabra como si fuera una plegaria, como un mantra de que eso no podía estar pasándole a ella.

Se tapó la cara con las manos y el aliento caliente y empalagoso le rozó las palmas.

Soltó un grito.

Quemaba como si le hubieran echado ácido y se la estaba comiendo a carne viva. Rezó para que se desmayara pronto, pues sabía que su muerte era inminente y quizá así no tendría que estar plenamente consciente.

Abrió los ojos y vio un pequeño hueco debajo de las escaleras. Rodó hacia ahí y trató de ignorar el persistente escozor que sentía en las manos al tocar el suelo. Se acurrucó todo lo que pudo, apretó las piernas contra el pecho y bajó la barbilla.

La criatura volvió a chillar, pero esta vez no era un grito de ataque, sino de dolor. Le siguió un ruido sordo. Evie levantó la cabeza con recelo y se asomó para ver si sus sospechas eran ciertas. Y lo eran.

Sonrió a pesar del dolor que sentía y salió de su escondite. La gubre yacía de lado con los párpados cerrados.

—Se ha tomado su tiempo, señor. ¿Se ha resbalado al entrar o algo? —preguntó.

El jefe estaba allí de pie con el pecho aún agitado por la fuerza que había empleado para asestar el golpe con el ariete que debió agarrar de la pared donde estaba expuesto.

—¿Está criticando mi forma de rescatarla? —Se secó el agua que le goteaba desde la frente y se sacudió la camisa.

—No, estoy criticando el tiempo que ha tardado en ejecutar el rescate —contestó Evie antes de caer en la cuenta. Entonces entrecerró los ojos—: Y ni siquiera me ha rescatado usted a mí, he sido yo la que lo ha rescatado a usted. Si no hubiera distraído a la bestia, ahora mismo no sería más que una malvada mancha en el suelo.

El Villano tiró el ariete a un lado con la misma facilidad con la que Becky había tirado un lápiz hacía unas horas. Después fue hasta donde

estaba la gubre y le puso una mano en el cuello.

—Está viva. Solo le he dado en un punto vulnerable. Estará inconsciente el tiempo suficiente para que mis guardias y yo la llevemos al sótano.

—¿Cambia de tema porque se avergüenza de que, a pesar de ser el señor del mal, usted también haya estado en apuros? —Evie se acercó a su lado y, por un momento, sintió lástima por la criatura que habían abatido—. No tiene por qué avergonzarse. Le puede pasar a cualquiera.

—No es que esté avergonzado, es que esa afirmación es falsa. —Le encantaba llevarle la contraria hasta tal punto que Evie se preguntaba si lo hacía a propósito con el único objetivo de entretenerla.

Aunque no tardó en descartar esa teoría, ya que ¿por qué iba a importarle a él si ella estaba entretenida o no?

—No se le puede llamar a uno señor del mal en apuros —continuó— si salva a la heroína inmediatamente después de que ella lo salve a él.

—Entonces supongo que nos hemos salvado el uno al otro —sentenció Evie con una sonrisa, totalmente ajena a por qué esa frase había apagado algo en los ojos de su jefe.

—Vuelva a la oficina —le ordenó señalando con la cabeza las escaleras que habían quedado destrozadas—. Yo me encargo de esto.

—Emm… ¿señor? —dijo Evie.

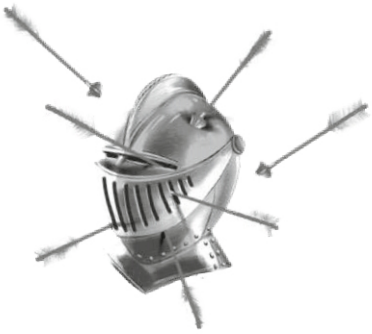
—¿Qué? —espetó El Villano. Entonces sus ojos se percataron de que la escalera era ahora líquido fundido. Parpadeó mirando al animal inconsciente y murmuró—. ¿Las ha…?

—Así es, señor.

—Maldita sea.

—Seguro que se puede arreglar —dijo Evie mientras le daba una palmadita en el brazo—. Mientras tanto, usted preocúpese de llevar a esta dama con alas al sótano de abajo. E intente no meterse en problemas durante este rato; no puedo estar todo el día salvándole el pellejo.

Se suponía que era una broma para quitarle tensión al momento, pero esa no fue la sensación que tuvo cuando la mirada de El Villano se encontró con la suya.



CAPÍTULO 36

EVIE

La tormenta amainó a la mañana siguiente, tal y como ella se imaginaba.

La magia alentada por la sed de venganza de la criatura se había aplacado después de reunirla con su pareja, por lo que las nubes se habían disipado.

Evie se miró al espejo. Llevaba un vestido que le había prestado Tatianna. Al principio le quedaba un poco grande, pero, en cuanto se hubo abrochado los botones de la espalda, el corpiño se fue ajustando poco a poco a su cuerpo hasta que terminó quedándole como un guante.

—Bueno, es un buen truco —comentó Evie mientras inspeccionaba la tela de terciopelo azul en el gran espejo que había al otro lado de la habitación.

—Se lo compré a una modista que poseía magia cuando fui a visitar a una amiga en Verdelana. —Tatianna sonrió, se acercó, le cogió las manos y levantó los vendajes para poder inspeccionarlas—. La mejor magia siempre está en el sur. Decía que son los vestidos los que se tienen que adaptar a tu cuerpo y no al revés.

—Entonces, tengas el cuerpo que tengas…

—Siempre te quedará como un guante. —Tatianna entrecerró los ojos y se fijó en las ojeras de Evie—. ¿Has podido dormir?

—Un poco. Tu cama extra es muy cómoda. —Lo era, pero el dolor de las manos, incluso después de que la curandera se las hubiera intentado sanar con toda la magia posible, era insoportable.

Hacer que creciera piel en sitios donde se habían formado ampollas no era tarea fácil, y Tatianna ya le había advertido de que algunas zonas estaban tan dañadas que iban a hacer falta varias sesiones para curarlas por completo. En esas zonas le había aplicado un ungüento, pero Evie se había negado a vendarlas por si El Villano se percataba de las heridas y hacía preguntas.

Ya había visto cómo reaccionaba cuando a ella le hacían daño y lo último que quería o necesitaba era que él pensara que era una incompetente.

Así que no había pegado ojo.

Por supuesto, la curandera había hecho aquello a cambio de que Evie le contara toda la historia. Incluida la parte en que milagrosamente había conseguido ocultarle las manos al jefe en el momento de la lesión.

El tintineo del vidrio hizo que Evie volviera a centrar su atención en Tatianna, que estaba en la mesa de trabajo triturando hojas y todo tipo de plantas raras en un tarro.

—¿Cómo es... *vivir con él*?

Tatianna resopló y siguió trabajando. El sol empezaba a salir por el horizonte.

—Yo no diría que vivo *con* él. Solo veo a Trystan en la oficina o en las raras ocasiones en que hay que curarle alguna herida. Si deseo tener compañía, voy a la taberna más cercana y me busco una mujer guapa con la que pasar el rato.

—¿Y qué hay de Clare? —preguntó Evie con picardía. Hizo caso omiso de la mirada asesina que Tatianna le lanzó—. Tenía pinta de que aún había algo entre vosotras.

—Ah, no, de eso nada —refunfuñó, y empezó a machacar las hierbas con más ímpetu—. Ella misma se aseguró de que así fuera.

—Creo que te sentirías mejor si hablaras del tema —dijo Evie con voz cantarina.

Se agachó al ver la cuchara que salía volando en su dirección.

—Yo negocio con secretos, querida. No voy regalándolos por ahí gratis.

—¿Ni siquiera a una amiga? —preguntó Evie permitiéndose ser un poco vulnerable.

Tatianna resopló, pero luego su expresión se relajó.

—Ay, dioses. Sí que somos amigas, ¿verdad? ¿Cómo he podido permitirlo?

—Porque soy irresistible. —Evie dio una vuelta, se pasó los dedos por el pelo y rio cuando estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Ya, debe ser eso —dijo Tatianna con una sonrisa.

—¿Y bien? —insistió Evie señalando con la cabeza el pequeño reloj que había sobre la mesa. Todavía le quedaban veinte minutos antes de tener que llevarle el primer cáliz de brebaje al jefe y lo cierto era que se moría de ganas de saber cómo les iba a los dos animales que seguían encerrados en la bodega—. Tengo tiempo.

—Es una larga historia —replicó Tatianna entre lamentos, como si hablar de su vida personal fuera en contra de su carácter—. La versión corta es que crecí en la misma calle que los tres hermanos Maverine. Clare y yo éramos inseparables desde niñas.

Los ojos de Evie se abrieron de par en par. Estaba maravillada y un poco atónita al darse cuenta de lo que aquello significaba.

—Eso quiere decir que… conocías a El Villano, o sea, a Trystan…

No sabía por qué, pero nunca se le había pasado por la cabeza que su jefe hubiera sido otra cosa que no fuera un adulto.

—Sí. Conozco a Trystan desde que éramos muy pequeños. —Tatianna parecía inusualmente incómoda, como si estuviera insegura en su propio cuerpo—. No debería hablar contigo de eso.

Evie suspiró y acercó una silla para sentarse justo enfrente de la curandera.

—¿Cuántos secretos *míos* sabes?

—Te haces daño muy a menudo, así que… muchos —dijo con recelo.

—Entonces —insistió— ¿no crees que me debes al menos uno? ¿*Amiga*? —dijo la última palabra con ojos de falsa inocencia.

Tatianna soltó otro lamento y apoyó la cabeza en las manos.

—Se te empieza a dar bien lo de manipular a la gente. —Levantó la cabeza y miró a Evie con una sonrisa incrédula—. Llevas aquí demasiado tiempo.

—Ay, por favor, si justo estamos llegando a la mejor parte —respondió sonriendo también mientras se inclinaba hacia delante y le hacía un gesto para que continuara.

—¿Qué quieres saber? —Una mirada traviesa cruzó el rostro de la curandera. Levantó las cejas—. ¿*Por qué* quieres saber?

Los latidos acelerados de Evie se debían sin duda a que la incomodaba que la escrutaran tan de cerca.

—¿Quién no querría? —argumentó—. Es difícil imaginarse a ese hombre como algo que no sea ese… eh… hombre. —*¿Por qué de repente hace tanto calor aquí?* Se levantó y caminó hacia las ventanas. Abrió una y dejó que el aire fresco le acariciara las mejillas sonrojadas—. Me refiero, ¿siempre ha sido tan…?

Sopesó sus palabras antes de girarse hacia Tatianna. Fue ella la que terminó la frase:

—¿Melancólico? ¿Gruñón? ¿Terrible a la hora de sentir y mostrar emociones humanas?

—Sí. —Evie asintió.

—¿A cuál? —preguntó Tatianna con una mirada de confusión.

—Sí —repitió.

La curandera se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—Si hay algo que te puedo asegurar, es que incluso entonces era difícil saber qué pensaba. Era muy reservado y hacía todo lo posible por no llamar la atención.

Evie se la quedó mirando, absorbiendo cada palabra como si fueran nutrientes, y ella continuó:

—Pero tenía buen fondo. —Esbozó una sonrisa—. Nunca pasaba mucho tiempo con nosotras cuando yo iba a ver a Clare. Tenía unos cuantos años más, así que siempre pensé que era porque no quería que dos niñatas lo increparan.

—¿Pero? —preguntó Evie, intuyendo que venía esa palabra antes de escucharla.

—Pero, para mi décimo cumpleaños, mi madre organizó una fiesta. Mi magia curativa había despertado hacía un año, cuando estuve a punto de morir aplastada por un carruaje. Todo el mundo estaba encantado; pensaban que podía llegar a ser una sanadora de la esencia.

Evie no se lo podía creer. Según sus escasos conocimientos, era tan raro dar con un sanador de la esencia que prácticamente se consideraban un mito. Era normal que a alguien se le despertara la magia después de un episodio de sufrimiento, pero era muy raro que esa persona descubriera que tenía el poder de la curación, mucho menos que poseía magia *esencial*. Pero precisamente eso eran los sanadores de la esencia. Podían curar mentes, cuerpos y algunos hasta decían que eran capaces de curar el alma.

Es un mito, pensaba ella.

Tatianna continuó:

—Clare y Malcolm eran mis mejores amigos, pero de pronto sentí que yo no era más que un juguete con el que todos querían jugar. La fiesta que organizó mi madre era de puertas abiertas, por lo que cientos de personas acudieron para presenciar el nacimiento de mi magia. Fue horrible. Me arrastraron de aquí para allá durante toda la fiesta, la gente me pedía que curara cortes, moratones e incluso enfermedades graves. Aún no había acudido a un especialista, así que no tenía ni idea de lo que hacía ni de cuál era el coste. Solo tenía diez años. —Hubo un momento en el que Tatianna empezó a parecerse a la niña sobre la que hablaba; tenía pinta de estar perdida y abrumada.

—Qué horror, Tati.

Evie quería abrazar a su amiga, pero esta continuó la historia como si no hubiera llegado a registrar aquellas palabras.

—Fue en ese cumpleaños cuando aprendí que, a partir de ese día, fuera lo que fuera lo que lograra en la vida, siempre me iban a definir por esa única habilidad. Nadie vería a mi verdadero *yo*. Cuando terminó la fiesta, me entraron ganas de llorar. Ni siquiera pude comer un trozo de mi propia tarta. Pero Clare y Malcolm se quedaron para celebrarlo conmigo a solas. —La tristeza en el rostro de la curandera se fue transformando poco a poco en alegría. Se le curvó una de las comisuras de los labios hacia arriba—.

Nos lo pasamos bien, pero no lograron hacer que desapareciera aquella pesadez en mi corazón por mucho que lo intentaron.

Entonces la miró. Tenía un brillo tan bello y extraordinario en los ojos y una mirada tan humilde que lo único que pudo hacer Evie fue quedarse mirándola con asombro.

—Y entonces llegó Trystan.

Esto sacó a Evie de ese estado de adoración.

—¿Llegó dónde? ¿A tu fiesta?

—Me sorprendí tanto como tú. —Negó con la cabeza y se frotó el brazo —. No había venido a ninguno de mis otros cumpleaños, pero llegó justo después de que se fuera todo el mundo. Me había preparado una tarta.

—¡¿Preparaba tartas?!

—¿Te lo puedes creer? Lo cierto es que siempre le había gustado la pastelería. Edwin fue quien le enseñó. —Tatianna soltó una risita.

—¿Nuestro Edwin? —Evie no sabía que la historia del ogro con El Villano se remontaba tan atrás.

—Antes era el Edwin de nuestro pueblo. Tenía una panadería. Era con quien Trystan pasaba la mayor parte del tiempo. No le gustaba estar cerca del resto de su familia. —Volvió a negar con la cabeza—. Puedo entender que quiera tenerlo aquí en la mansión con él. Edwin fue el único que… — Se aclaró la garganta y dejó la frase sin terminar, como si nunca la hubiera empezado.

Después continuó con la historia de su décimo cumpleaños.

—En fin, la cosa es que Trystan se quedó un buen rato. Incluso me cantó *Cumpleaños feliz* para que pudiera soplar las velas. Desafinó mucho, he de decir.

—Vendería mi alma por ver eso —dijo Evie con cara de estupefacción.

La curandera se rio.

—Me dijo que «las opiniones de los demás siempre cambian». Y que «nunca te preocupes demasiado por la percepción que tiene el mundo de ti».

Tatianna estaba allí sentada con el mismo aspecto de siempre, hermosa y poderosa, pero ahora había un sutil brillo en su cara que no tenía hacía un rato.

—Nunca volvió a sacar el tema. Fue una de las cosas más bonitas que alguien ha hecho por mí, pero al día siguiente volvió a ser igual de tosco que siempre. Como si nunca hubiera pasado. Como si no quisiera que se reconociera como un acto de pura bondad.

Eso no ha cambiado mucho, pensó Evie. Sabía que su jefe repelía los elogios como si fueran cuchillos.

—¿Qué pasó después?

Tatianna sonrió, abrió los brazos y Evie notó que le llegaba una sensación de calor al pecho.

—Después de aquel cumpleaños decidí que, si la gente quería fijarse en algo de mí, iba a ser yo quien eligiera el qué.

Evie tardó un momento en darse cuenta. Entonces levantó la vista con los ojos muy abiertos y observó la cinta rosa alrededor de su muñeca.

—El rosa.

Tatianna asintió y señaló el trozo de tela desgastado.

—Compré mi primer lazo rosa al día siguiente, y ha sido mi consuelo desde entonces.

—Bueno, te queda de maravilla, así que fue una buena solución —dijo Evie antes de preguntar—: ¿Y qué pasó con Clare?

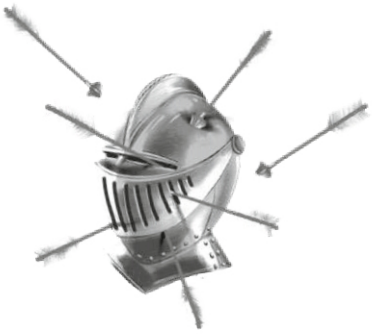
Tatianna cerró los ojos.

—Lo único que voy a decir es que Clare nunca perdonó a Trystan por los motivos que lo llevaron a convertirse en El Villano. Yo sí. Al principio eso no era un problema, pero después sí que lo fue y al final la cosa no salió bien.

—Vaya, lo siento —dijo Evie.

La curandera le dio una palmadita en el hombro y forzó una sonrisa.

—Tengo que volver al trabajo, amiga mía. No podemos hacer esperar a El Villano.



CAPÍTULO 37

EVIE

—Falta uno de los mapas del armario de cartografía.

El jefe de Evie ni siquiera se molestó en levantar la vista de los demás mapas que tenía esparcidos por la mesa sin orden ni concierto. Se encontraban en una pequeña sala al final del pasillo.

—¿Será porque estoy usándolo yo? —preguntó en tono seco.

Qué borde.

—No, señor sabiondo. Es uno de los mapas que detalla las rutas habituales de los Guardias Valerosos por la ciudad. No está, alguien se lo ha llevado.

Esa mañana, al ver salir al jefe con un puñado de mapas, a Evie se le había ocurrido una idea. Estaban yendo a por los cargamentos que El Villano enviaba, por lo que si alguno de los mapas no estaba contabilizado…

Y no lo estaban. Evie se había pasado toda la mañana registrando el armario, revisando que estuvieran todos. Cuando terminó, quedaba una casilla sin marcar.

Al fin, Trystan levantó la vista con el ceño fruncido.

—No lo entiendo. Se necesita una llave para acceder a ese armario y los únicos que tenemos una somos usted y yo.

Evie se puso las manos en las caderas y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué está insinuando?

—Cálmese, torbellino, no era ninguna acusación. Solo una observación. —Al oírlo usar aquel apodo, a Evie se le relajaron los hombros—. Mi llave está aquí. ¿Dónde tiene la suya?

Ella se la sacó del bolsillo de la falda, la levantó y la hizo girar entre los dedos.

—Y la cerradura no estaba rota. ¿Podría ser que alguien la hubiera forzado?

El Villano negó con la cabeza y se levantó de la silla.

—Esa cerradura no se puede forzar, está protegida con magia. —Hizo una pausa y su rostro palideció.

—¿Qué? —preguntó Evie asustada.

—Había una tercera llave —contestó él cerrando los ojos y pellizcándose el puente de la nariz.

Evie esperó a que continuara. Sentía que se le iba a salir el corazón por la boca. Pero no dijo nada más, solo se quedó allí, inmóvil. Esperó un momento más antes de hablar, porque tampoco hacía falta montar un melodrama.

—¿*Hola*? ¿Quién la tiene?

Él negó con la cabeza.

—Eso no es de su incumbencia. —Cuando ella quiso empezar a discutírselo, él levantó la mano—. Créame, Sage. Es mejor que lo deje.

Claro, porque a ella se le daba tan bien dejar ir las cosas…

No obstante, obedeció. Por el momento. Sentía más cansancio que curiosidad, y eso de por sí ya era bastante chocante, así que dio un paso atrás.

Pronto la tarde daría paso al atardecer y necesitaba volver a casa. Necesitaba avisar a su familia de que se encontraba bien y asegurarse de que alguien había cuidado de Lyssa. Aunque, a decir verdad, su padre había mejorado mucho en los últimos meses.

Sacudió la cabeza y levantó las manos en señal de rendición.

—Señor, estoy agotada. Necesito irme a casa, para asegurarme de que sigue en pie y todo eso, y luego necesito echar una siesta, preferiblemente con una chimenea encendida cerca y el sonido de la lluvia contra el techo.

La cara de sorpresa de El Villano se transformó en algo muy parecido a la preocupación, pero todas sus reacciones eran siempre un cambio de emoción tan sutil que a veces resultaba casi imposible interpretarlas.

—Sí. Supongo que podemos seguir con esto pasado mañana. —Por su voz, era imposible discernir si estaba enfadado o molesto. Era demasiado plana, con una firmeza que casi parecía ensayada—. Iba a anunciar a la hora de cerrar que mañana todo el mundo tiene el día libre.

Evie parpadeó.

—Pero estamos a mitad de semana. ¿Por qué?

—Como todavía no hemos encontrado a la persona que está revelando nuestros secretos, me gustaría hacer un registro exhaustivo de la oficina sin que nadie interfiera. Si el espía se ha dejado la más mínima pista, quiero encontrarla antes de que tenga la oportunidad de deshacerse de ella.

Ella asintió y observó las líneas de estrés en el rostro de Trystan. Lo más seguro era que él también necesitara una siesta, pero eso no era asunto suyo.

—En ese caso, le veré pasado mañana.

—En realidad, Sage, lo he pensado mejor y usted no va a tener el día libre. Necesito su ayuda durante el registro.

Evie frunció el ceño.

—¿Por qué tengo que sufrir yo las consecuencias de que otra persona quiera hacerlo volar por los aires?

El Villano levantó una ceja, dispuesto a responder, pero en lugar de eso ladeó la cabeza. Se oían una serie de susurros y risitas acercándose por el pasillo, y tanto Evie como él esperaron un momento para ver de quién se trataba. Hasta que les llegó el eco de dos voces, una que parecía la de un hombre y otra de una mujer.

—Me pregunto si el jefe ofrecerá una recompensa a quien tenga información sobre el topo. —Evie supo por la voz que era uno de los becarios que peor le caía.

—Podría ser…

No llegó a oír el resto de la frase porque, presa del pánico, abrió del tirón un panel de la pared que había ante una de las habitaciones secretas y tiró del jefe para que se metiera dentro con ella. Él se quedó tan sorprendido de que Evie lo tocara que se movió sin rechistar.

El espacio no estaba hecho para dos personas. De hecho, apenas cabía una. El cuerpo de Evie estaba apretado contra el de El Villano y este se acercó aún más para decirle algo al oído.

—¿Por qué diantres ha hecho eso? —refunfuñó en voz baja—. Si es que ya lo digo yo que es usted un torbellino.

—Eh —exclamó ella, también en voz baja e ignorando lo cerca que estaban sus caras—. Esta vez lo de «torbellino» ha sonado a insulto.

—¿En qué momento pensó que era un cumplido? —susurró él incrédulo.

Ella levantó la mano para que se callara e hizo un gesto con la cabeza hacia la pared.

Se escuchaban palabras sueltas, pero Evie no conseguía entender qué decían. Apretó la oreja contra el frío panel de piedra y este chirrió al ceder un poco bajo la suave presión de la cabeza. Antes de que pudiera caer al otro lado y quedar en ridículo, unas manos fuertes la rodearon por la cintura.

La pared dejó de moverse y la conversación siguió escuchándose a través de la grieta. Por suerte, aquello la distraía del hecho de que tenía un gran cuerpo masculino apretado contra el suyo.

—Quienquiera que se la esté jugando a El Villano tiene los días contados.

—¿Viste cómo llevó en volandas a la señorita Sage después de que la muy torpe casi se suicidara? Si hubiera sabido que lo único que hacía falta para llamar la atención de El Villano era dar pena, me habría inventado una historia trágica mejor que la suya al mandar la carta de presentación.

Se escuchó una risa cruel después de esas palabras. Evie empezó a sentirse aturdida. En cierto modo, era liberador ver que aquel tipo de cosas ya no la destrozaban ni hacían que se derrumbara como antes. A pesar de sus muchos momentos de duda, Evie sabía quién era. No siempre hacía las cosas bien, pero se mataba a trabajar y no se rendía a las primeras de cambio.

Eran buenas cualidades; cualidades que todo el mundo querría tener.

Y si Evie conseguía aguantar un rato más sin respirar, quizá hasta empezaría a creérselo.

—Sage —susurró El Villano.

—¡Shhh! —respondió ella mientras se volvía hacia él y le señalaba la puerta con el dedo. «Escuche», le dijo moviendo los labios.

—Tiene que ser alguien de más arriba —dijo el becario.

—Desde luego. Seguro que el jefe ya sabe quién es y solo le está dando margen a ese insensato mientras se le ocurre el plan perfecto para acabar con él.

Evie sintió que el jefe la apretaba un poco por la cintura. Se preguntó si estaría intentando encontrar una forma educada de apartarse de ella, pero entonces notó que apretaba el puño al oír hablar de su personal. Se estaba enfadando. No le veía la cara, pero se palpaba en el aire.

—¿Te imaginas que fuera Evangelina? —dijo la voz masculina, y ambos soltaron una carcajada.

Evie apretó los puños con tanta fuerza que pensó que se iba a romper algún hueso.

—Ni que esa mujer fuera capaz de engañar a alguien. Tiene pinta de estar desubicada la mayor parte del tiempo.

Al recordar contra quién estaba pegado su cuerpo, le subió un rubor por las mejillas. La cosa empeoró al darse cuenta de que el jefe se estaba enterando de lo que el personal pensaba en realidad sobre su asistente.

Pensó que a muchas personas le encantaría estar en su situación y oír las palabras que la gente decía sobre ellas cuando no podían defenderse. Pero resultó ser horrible. Una pésima idea.

Menudo día estoy teniendo.

—Voy a…

Evie se dio la vuelta, lo que hizo que su hombro rozara el pecho de El Villano, y puso la mano sobre la boca del jefe antes de que pudiera decir otra palabra.

—No va a hacer nada —susurró—. Ahora cállese si no quiere que se nos pase nada importante.

Era prácticamente una tortura escuchar todas esas palabras de desprecio hacia ella, pero estaba dispuesta a aguantar y seguir ahí si eso significaba salvar la vida de Trystan.

No sabía cómo explicarlo, pero tenía la sensación de que algo importante iba a suceder, como si un gran objeto se hubiera cernido sobre ellos y estuviera a punto de caer. Solo esperaba poder apartarse a tiempo.

—¿Has oído lo que decían los otros becarios? —El tono de la mujer era altivo.

—No, ¿qué?

—Encontraron una máscara con el emblema del rey Benedict en un rincón de la escalera el día de la explosión.

—¿Qué dices? —exclamó la voz masculina con asombro—. ¿Por qué nadie ha informado al jefe?

—Mi teoría es que no quieren decírselo porque no quieren que se los considere sospechosos de ser el traidor.

—Tiene sentido. —La voz masculina se rio—. ¿Has visto cómo gestiona las ofensas ese hombre? Mira lo que le hizo a Joshua Lightenston.

—Ay, no. —La voz de la mujer se convirtió en un susurro lleno de malicia—. He oído que aquello fue por lo que Joshua dijo sobre la señorita Sage.

Evie entrecerró los ojos en dirección a El Villano, que se había quedado rígido, con esos ojos negros mirando a todas partes menos a ella.

—Será mejor que paremos esto, Saline. A menos que queramos ser los siguientes.

—¡Que viva la señorita Sage, santa y beata! —respondió Saline entre risas mientras sus pasos se perdían en la distancia.

Evie se dio cuenta de que todavía tenía la mano sobre la boca de El Villano. La suavidad de sus labios contrastaba con la incipiente barba que le hacía cosquillas en los dedos.

Dejó caer la mano a un lado y se disculpó con torpeza.

—Lo siento, señor.

A continuación, empujó la puerta oculta y salió con una sensación de quemazón en la piel.

—¿Le sangra la mano? —La voz del jefe, de por sí grave, parecía haber bajado una octava.

Cuando Evie se giró para responder, disfrutó al ver cómo los músculos de la espalda de El Villano tensaban la camisa mientras él empujaba el pesado panel de la pared para cerrarlo.

—Em… —murmuró. Bajó la mirada hacia las manos y vio que con las uñas había reventado una de las ampollas que le quedaban—. Vaya, supongo que sí, qué cosas.

—¿Es por las quemaduras de anoche? —Lo dijo con tanta normalidad que Evie casi no se dio cuenta de lo que implicaba la frase.

Exhaló con fuerza y dio un paso atrás para verlo mejor.

—¿Cómo se ha enterado? ¿Tatianna me ha delatado?

El Villano puso los ojos en blanco y volvió a la mesa donde estaban los mapas. Tomó asiento y cogió el lápiz de carboncillo.

—Tatianna es una tumba. Me di cuenta de lo de sus manos anoche.

Evie estaba confusa y cansada, y todavía un poco herida por haber sido despreciada por la gente que se suponía que la respetaba.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Porque era obvio que estaba tratando de ocultarlo. No vi la necesidad de llamarle la atención sobre algo que no deseaba compartir —dijo sin dejar de mirar hacia abajo y con una voz carente de toda emoción.

Daba igual, con la de emociones que tenía Evie valía para ambos.

—Bueno, no es por las quemaduras. No del todo —refunfuñó—. He apretado el puño demasiado fuerte; me pasa a veces cuando estoy… estresada.

Eso hizo que él levantara la cabeza y la mirara fijamente. Muy fijamente.

—¿Por lo que han dicho esos imbéciles? —preguntó, y miró en la dirección en la que se habían ido, que era hacia la oficina.

—Prefiero la palabra «papanatas» —dijo Evie pensativa.

—¿Por qué? —El Villano la miró inclinando la cabeza hacia un lado.

—Porque suena más gracioso.

Él soltó un gran suspiro, como si estuviera agotado y dijo:

—No tengo respuesta para eso.

—Excelente. —Evie asintió. Se moría de ganas de irse antes de que esa mirada escrutadora le hiciera un agujero. No obstante, se acordó de algo que le dio el valor suficiente para mirarlo directamente a los ojos y preguntar—: ¿Qué dijo Joshua Lightenston sobre mí?

No reculó cuando vio que él desviaba la mirada y la centraba en un punto al lado de la ventana que, de repente, parecía ser muy interesante.

—No me acuerdo.

—¿No se acuerda? —repitió Evie con escepticismo—. ¿El mismo hombre que el otro día haciendo inventario recordó que *el año pasado* solo había lanzado siete flechas a un caballero cualquiera no logra recordar lo que dijo un becario hace unas semanas?

Vio que El Villano apretaba la mandíbula y, de repente, quiso que se la tragara la tierra. Porque, fuera lo que fuese lo que hubiera dicho aquel hombre sobre ella, debía de ser muy malo si ni siquiera alguien con un corazón tan malvado como Trystan era capaz de repetirlo.

—Da igual —se apresuró a decir con el estómago revuelto—. En realidad no quiero saberlo.

Él suspiró.

—Joshua Lightenston fue impertinente. Dejémoslo así, Sage.

—Está bien. —Tragó saliva mientras se retorcía las manos.

—¿Y ya está? —preguntó mirándola con suspicacia.

A ella la consoló ver que era consciente de su notoria tendencia a ser obstinada.

—Y ya está. —Esbozó lo que esperaba que fuera una sonrisa convincente. No era la primera vez que alguien hablaba mal de ella. Y, desde luego, no iba a ser la última—. Estoy agotada, señor. Creo que me iré a casa.

De repente, el cansancio de los últimos días casi hizo que le fallaran las rodillas. La gubre, las heridas, los cotilleos. Todo la sobrepasaba y quería irse a casa. Dormir. Se le escapó un bostezo y se apresuró a taparlo con la palma de la mano.

—La llevaré a casa —dijo el jefe estirando los hombros.

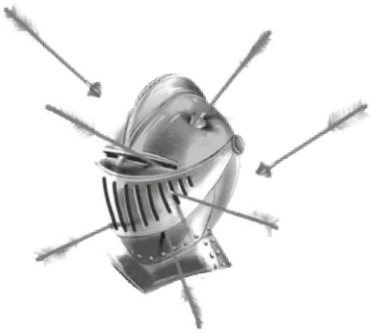
—No es necesario, señor —contestó ella sintiendo que empezaba a balancearse por el cansancio.

Él le puso una mano en el brazo para equilibrarla.

—Sí. Lo es.

Mientras recogía los mapas y la acompañaba, Evie no pudo evitar recordar por qué lo había ido a buscar en un principio. Alguien había robado un mapa.

Y Trystan sabía quién era.



CAPÍTULO 38

EVIE

El trayecto en carruaje hacia casa fue silencioso.

Al parecer, lo único capaz de detener la boca de Evie era el cansancio profundo. Y su jefe parecía preocupado. No dejaba de mirarla de reojo, procurando no mover la cabeza, pero Evie se daba cuenta igual.

—Tendrá que dejarme lo bastante lejos de casa como para que Lyssa no le vea o no le dejará marchar nunca más. —Hablaba con una voz tranquila, lo cual era raro en ella.

Su visión periférica le permitió ver que él asentía.

—¿Pero entonces cómo va a conseguir más material para su próxima entrega de *Trystan y la princesa perdida*?

—Supongo que tendrá que tirar de imaginación.

Evie chocó su pierna contra la de él con actitud juguetona. Esperaba que le devolviera el golpe, pero El Villano se quedó quieto. Al cabo de un momento, acercó su muslo al de ella y le dio un suave golpecito.

Evie sonrió y se acomodó en el asiento acolchado, mirando los árboles que pasaban, intentando reprimir las náuseas. Avanzaban a un ritmo

pausado. El carruaje iba rodando lentamente por el camino de tierra y, al parecer, ninguno de los dos tenía prisa.

Inclinó la cabeza hacia atrás, pero se incorporó de inmediato al ver algo que la dejó sin aliento.

A lo lejos. Una figura solitaria caminaba entre los árboles, lejos del sendero. Entrecerró los ojos porque no podía distinguir el rostro y entonces se dio cuenta de que era imposible verle la cara porque llevaba una máscara. La máscara con el emblema del rey Benedict.

—¡Dioses! —Se recogió la falda y se puso de pie sobre el carruaje, ignorando la mirada de confusión de su jefe.

—¿Sage?

No le contestó. En lugar de eso, respiró hondo y saltó. Se tambaleó un momento, pero consiguió aterrizar de pie. Y entonces echó a correr.

—¡Sage!

Evie corría hacia el individuo del bosque recogiéndose las faldas. Oía los gritos furiosos de El Villano detrás de ella, pero siguió ignorándolos. Sabía que, si no lo hacía así, el espía se iba a escapar. Estaba segura de ello porque la figura enmascarada la había visto antes incluso de que saltara del carruaje y también había echado a correr.

Pero no iba a dejar que escapara. No lo podía permitir. Aumentó la velocidad, dando pasos más decididos con las botas de tacón. Se fue acercando cada vez más hasta que dio un salto y chocó contra el espía.

Ambos cayeron. Rodaron por el suelo mientras trataban de deshacerse el uno del otro. La figura enmascarada lanzó un golpe con una mano pequeña y Evie lo esquivó. Siguieron forcejeando mientras miraba a los ojos del agresor y pensaba en que le resultaban familiares. Se quedó boquiabierta al darse cuenta de quién estaba detrás de esa mascara y enseguida la inundó el horror. Oyó que El Villano se acercaba a toda prisa. Antes de que llegara, Evie levantó la máscara.

Ahogó un grito y se puso en pie. Sentía que estaba a punto de devolver hasta la primera papilla allí mismo.

—¿Becky?

Su némesis se la quedó mirando fijamente. No llevaba las gafas y tenía los ojos marrones entrecerrados.

—¿Evangelina?

—¿Tú eres la espía? —Evie aún no había recobrado del todo el aliento después de correr, pero el temblor de su voz era más bien por el sentimiento de traición.

Cuando levantó la vista, El Villano estaba allí, mirándolas a ambas con cara de estar algo perdido.

—¿Qué? —preguntó Becky. Entonces cayó en la cuenta y se puso de pie —. ¡No! ¡Claro que no!

Evie alzó la máscara. Becky se sacó las gafas del bolsillo y se las colocó sobre la nariz respingona.

—¿Cómo explicas esto? —preguntó Evie—. ¿Qué demonios haces aquí fuera?

Becky suspiró frotándose el codo. Se había hecho daño al caer.

—Eso no es asunto tuyo.

Evie miró al jefe, que no parecía tan sorprendido por la situación como ella.

—¿Por qué no está furioso usted también? ¿Sabía algo de esto?

—No —dijo en tono neutro—. No lo sabía, pero creo que sé cuáles eran sus intenciones. —Miró a Becky y negó con la cabeza en señal de decepción—. Le dije que no hiciera caso a los rumores.

—¿Cómo no iba a intentarlo? Uno de los becarios puso la máscara delante de mí y pensé que si podía hacerles creer que formaba parte de la guardia…

—¿Qué? ¿Que le darían la cura del mal místico por llevar una máscara? —preguntó incrédulo El Villano.

—Pensé que al llevarla al menos podría colarme en el Palacio Radiante —respondió Becky más emocionada de lo que Evie jamás la había visto.

En cambio, su emoción principal en ese momento era la confusión, además de una pizca de esperanza.

—¿Una cura? Eso no existe —dijo pensando en su padre, en lo fácil que volvería a ser la vida si estuviera sano.

—Exacto —coincidió El Villano con tono enfadado.

—Pero eso no lo *sabéis* —insistió Becky con pena en la voz.

Evie no conocía esa versión de su némesis. Sonaba desesperada y un poco triste. Aquello le despertó cierta simpatía, casi hasta ternura.

—A ver si lo entiendo —dijo cruzándose de brazos cuando por fin pudo volver a controlar la respiración—. ¿Le has quitado la máscara a uno de los becarios con la intención de colarte en Ciudad Radiante y robar una cura que quizá no existe? —Se puso a negar con la cabeza, incrédula—. ¿Y usted se lo cree? —le preguntó a El Villano, que parecía estar tragándoselo todo.

—Está siendo sincera, a pesar de haber sido una ingenua —contestó él.

Cuando al fin se le pasó el shock, Evie procesó *todo* lo que había dicho Becky.

—¿Conoces a alguien que padece el mal místico?

La mujer asintió. Estaba un poco tensa, con la mirada fija en algo a lo lejos, pero sin dejar de mantener la barbilla alta.

—Uno de los becarios dejó la máscara en mi mesa la semana pasada. Les daba miedo dársela al jefe. Pensaba entregársela a usted, señor, se lo prometo.

Evie seguía sin terminar de creérselo, pero la adrenalina del principio había desaparecido y el cansancio parecía estar asentándose de nuevo.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no mientes?

La expresión que tenía Becky cuando se giró para mirar fijamente a Evie se le quedó grabada en la memoria el resto de su vida. Trasmitía tanto dolor que empezó a sentirse ridícula por haberle hecho esas preguntas, y la cosa empeoró cuando ella empezó a hablar.

—Si supieras algo de mí, que no es el caso, sabrías que preferiría colgar mi propia cabeza en la entrada de la mansión antes que poner un pie en el Palacio Radiante. A menos que fuera *necesario* hacerlo.

Algo le dijo a Evie que no iba a ser ese el día en que se enterara de la vida de Rebecka, pero El Villano sí sabía la historia; lo veía en sus ojos.

Becky le lanzó la máscara al jefe. Este la cogió y se la metió en el bolsillo.

—Lo siento —dijo derrotada—. Ha sido estúpido por mi parte.

El Villano asintió, mirando hacia el carruaje abandonado y los caballos asustados.

—Tengo que ocuparme de ellos. —Miró a Becky con cierto respeto y apenas una gota de dulzura—. Si algún día nos llegan pruebas de que el rey alberga una cura, yo mismo me haré con ella. —También miró a Evie—. Para que las dos podáis aprovecharla.

Volvió hacia los caballos, que no paraban de arrastrar los cascos, agitados, y Evie sintió los ojos de Becky encima, como si fuera un búho.

—¿Tienes… a alguien con la enfermedad? —le preguntó.

Evie se alisó la falda para tener algo que hacer con las manos.

—A mi padre.

La expresión de Becky era una mezcla de sorpresa y comprensión.

—Yo a mi abuela.

Ambas se quedaron allí de pie, contemplándose en silencio. Era extraño.

—¿De verdad pensabas ir andando hasta la capital?

—Cogí el mapa con las rutas habituales del armario de cartografía. Pensé en hacerme pasar por uno de los guardias y pedir que me llevaran directos al Palacio Radiante.

La tercera llave; ahora todo tenía sentido.

Evie soltó un silbido.

—Un plan malísimo.

—Como si a ti se te hubiera ocurrido algo mejor —replicó Becky levantando los hombros.

—Yo no he dicho eso. Solo he dicho que tu plan era malísimo. —Se encogió de hombros y sonrió, satisfecha de sí misma.

—Eres insoportable —dijo Becky, pero no había acritud en sus palabras.

—Lo mismo digo. —Evie se balanceó sobre los talones.

Ambas volvieron a guardar silencio hasta que oyeron que el jefe las llamaba para que subieran al carruaje. La idea era llevar a Evie a casa y volver con Becky a la mansión.

Antes de que ninguna de los dos se moviera, Evie dijo en voz baja:

—Siento lo de tu abuela.

—Siento lo de tu padre —contestó Becky con la misma honestidad.

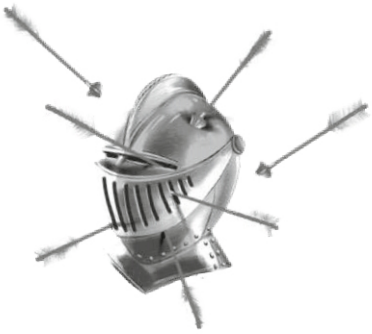
Y ambas empezaron a caminar en silencio.

Fue Evie quien lo rompió antes de que llegaran al carruaje.

—No me gusta que tengamos algo en común.

—A mí tampoco. —Becky se estremeció—. Mejor si no volvemos a hablar de ello.

—Coincido.



CAPÍTULO 39

EVIE

—¡¿Dónde te habías metido?! —El grito de su hermana cuando Evie entró por la puerta resonó por todo el comedor.

La rodeó por la cintura con los bracitos y se puso a temblar. Evie sintió una punzada en el pecho cuando se arrodilló para abrazarla. El Villano, tal y como ella le había pedido, la había dejado a una buena distancia de casa. Rebecka estaba en el asiento trasero con el ceño fruncido y Evie le había hecho un gesto a la mujer antes de saltar de ahí por segunda vez ese día y correr hacia su casa.

Hacia su familia.

—Me quedé atrapada en el trabajo por culpa de la tormenta. ¿No os llegó el cuervo?

Evie iba pasando la mano por la trenza de su hermana para que se calmara.

—Sí, pero ayer papá no podía ni salir de la cama y yo no conseguía cerrar la puerta. —Se echó hacia atrás y se limpió la nariz con el dorso de la

manga—. Estuvo abierta toda la noche y me daba miedo que un bandido viniera a secuestrarme y me vendiera a cambio de un tesoro.

Evie sonrió a pesar del dolor que le causaba la imagen mental de su hermana pequeña tirando desesperada de la puerta. Después le secó una lágrima de la cara.

—Ay, tontita. Un bandido nunca te vendería a cambio de un tesoro. —Hizo una pausa dramática—. Lo más seguro es que te cambiara por algo más divertido, como una abeja gigante.

Tal y como esperaba, la tristeza desapareció del rostro de su hermana. Lyssa alzó las cejas y esbozó una media sonrisa.

—¿Puede alguien tener una abeja como mascota?

—No, pero creo que se pueden alquilar.

Evie se echó a reír a la vez que Lyssa.

Ambas cayeron al suelo de espaldas, una al lado de la otra. Evie extendió la mano y la puso sobre la de su hermana, mucho más pequeña.

—Siento no haber estado aquí.

—No pasa nada. Sé que tu trabajo es importante y, al fin y al cabo, necesitamos comer.

—¡Lyssa! —Evie se rio entre jadeos—. Con esas cosas no se bromea.

Su hermana pequeña asintió con cara de satisfacción.

—Lo sé.

Evie volvió a recostar la cabeza intentando que no se le notara el orgullo en la cara.

—Está claro que eres mi hermana.

—¿Evie? —La débil voz de su padre la llamaba desde el dormitorio—. ¿Eres tú?

Ella se puso en pie y corrió hacia la habitación.

Griffin Sage yacía pálido en la cama. Estaba tan quieto que el miedo invadió el cuerpo de Evie.

—¿Padre? —dijo mientras le sacudía el hombro.

Soltó un profundo suspiro al ver que su pecho se movía.

El hombre, que parecía mucho más viejo que el día anterior, esbozó una débil sonrisa.

—¿Evangelina? Has vuelto a casa sana y salva.

—Shhhh. Necesitas descansar.

Su padre suspiró y le tendió la mano mientras se hundía aún más entre las almohadas. Parecía muy contento de verla, así que ella le devolvió el apretón y añadió:

—Lo siento, papá. Habría intentado volver a casa a toda costa si hubiera sabido que te encontrabas mal.

—Mi dulce niña. No fue culpa tuya. —Su padre se tensó un momento, como si quisiera decir algo más, pero luego volvió a relajarse—. Creo que tienes razón. Necesito dormir. Me alegra que estés en casa, Evangelina.

Evie le levantó la cabeza con cuidado para darle la medicina y luego lo recostó en la almohada. Cogió un trapo húmedo y le limpió el sudor pegajoso de la frente. Después se quedó mirándolo mientras se dormía. Ver el constante subibaja de su pecho le sirvió como consuelo a pesar de la culpabilidad.

Salió de la habitación con sigilo y se tumbó en la cama de su dormitorio.

El sol estaba a punto de ponerse y el cristal de la ventana reflejaba un último rayo. Se fijó en que había algo dorado sobre la mesa. Se levantó a pesar de que le dolía todo el cuerpo y se acercó. Cogió el sobre y vio que en la solapa ponía con letras doradas:

Evangelina:
Pensé que esto te interesaría.
Ya sabes quién soy.

Casi se le cae la nota al girar la cabeza para echar un vistazo por la habitación. Esperaba encontrar de pie en algún rincón oscuro o acechando bajo la cama al intruso que la había colocado allí.

—¡Lyssa!

—¿Qué? —Su hermana asomó la cabeza por la puerta; parecía molesta.

—¿Has puesto tú esto en mi escritorio? —preguntó alzando el sobre.

Entonces vio que su ventana estaba abierta y que había un pequeño hueco entre el marco y el cristal.

—No. Y no estaba aquí cuando he entrado esta mañana. ¿Qué es? ¿Puedo verlo? —Entró dando saltitos por la puerta y Evie sintió que sus

nervios iban en aumento.

—Ahora no, Lyssa. Es una cosa del trabajo; te lo enseñaré en otro momento —contestó en tono amable.

Su hermana puso los ojos en blanco y cerró la puerta.

Antes de oír el clic ya estaba rasgando el sobre. Agarró el pergamino de un zarpazo y empezó a leer lo que ponía en el anverso con letras escritas en negrita.

PARA EVANGELINA SAGE.

¿BUSCA UNA CURA?

COLINA DE BRIAR.

ESTA NOCHE.

VENGA VESTIDA PARA UNA CELEBRACIÓN FORMAL ORGANIZADA POR EL SANADOR DE LA ESENCIA.

CON ESTA INVITACIÓN SE PERMITE LA ENTRADA DE UNA ÚNICA PERSONA.

Evie dejó la invitación sobre el escritorio y se pasó una mano por el pelo. Alguien había entrado en su habitación para darle algo que le iba a servir de ayuda. ¿De ayuda para su familia? Pensó que seguro que había sido el espía, ¿por qué si no iba a ser tan misterioso y tan… inquietante?

¿Y el sanador de la esencia? ¿Era un mito hecho realidad? ¿O una trampa?

Dada la suerte que tienes, probablemente sean ambas cosas.

La mente le iba a toda máquina, tenía el estómago revuelto y sentía náuseas al pensar que un desconocido peligroso había estado en la misma casa que su familia, tan cerca de donde ella reposaba la cabeza por las noches. Al otro lado del pasillo, su padre soltó un quejido de dolor.

Maldita sea.

Corrió hacia su cama, se agachó y sacó una caja de debajo. La arrojó sobre el colchón y levantó la tapa. Agarró la tela con furia y tiró hacia arriba y hacia fuera sin un ápice de la satisfacción que había sentido el día que se había comprado aquel vestido.

Lo había visto en el escaparate de la costurera del pueblo de al lado y se había permitido el capricho. Ganaba más que suficiente para mantener a su

familia, así que no había razón para no permitirse algún que otro lujo. En aquel momento no tenía ni idea de cuándo iba a ponérselo, pero esta ocasión era tan buena como cualquier otra.

La tela parecía blanca, pero cuando le daba la luz, brillaba en todos los colores, como un arcoíris andante. El corpiño se ceñía a su cuerpo y las finas mangas le caían sobre los hombros de forma seductora. Trasteó y se las arregló para pasar todos los cierres sin caerse ni romperse una muñeca. Después de recogerse el pelo con las horquillas en forma de mariposa que eran de su madre, se miró en el espejo.

Dio una vuelta y se echó a reír antes de adoptar una expresión seria. No todos los días se ponía un vestido tan bonito.

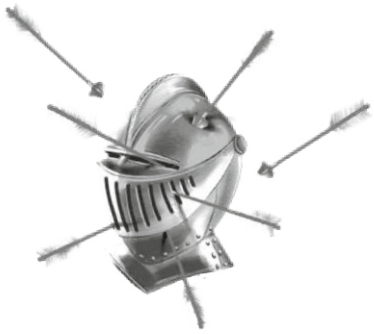
Suspiró ante el pequeño bote de maquillaje rojo que había en una esquina del escritorio. Era el color favorito de su madre para pintarse los labios. Se lo había regalado a Evie en el último cumpleaños antes de marcharse, pero desde entonces no había vuelto a tocarlo.

Respiró hondo, cogió el botecito, mojó un dedo en la pasta roja y se la aplicó con cuidado en los labios. El color vivo y brillante se los resaltaba, y Evie tuvo la extraña sensación de que aquella persona del espejo era quien siempre había estado destinada a ser.

Sonrió.

Pero entonces su sonrisa decayó y frunció el entrecejo al darse cuenta de que era posible que la enterraran con ese vestido si aquella noche no tenía cuidado.

Suspiró. Al menos era brillante.



CAPÍTULO 40

EVIE

Evie no tenía ni idea de cómo o por qué el espía la había elegido como objetivo, pero, si había alguna esperanza de salvar a su padre, sin duda tenía que aprovecharla.

Después de dejar a Lyssa metida en la cama al cuidado de una amiga de la familia, Evie se ató la capa blanca sobre los hombros y trató de no juguetear con las horquillas con las que se había recogido algunas partes del pelo. La colina de Briar estaba en el otro extremo del pueblo, el extremo que la gente de bien intentaba evitar. A pesar de que desde ahí había unas vistas preciosas de Rennedawn, estaba demasiado cerca del bosque de Hickory.

Pero como Evie no temía a El Villano, caminó por las afueras de la aldea, más cerca del bosque, sin preocupación alguna. Al pasar junto a un árbol y situarse bajo una farola en la esquina de la plaza, se frotó las sienes con cuidado de no emborronar el maquillaje que llevaba en los ojos.

—Imprudente. Eres una imprudente, Evie Sage.

Suspiró mientras se desplomaba contra el tronco con el corazón acelerado. Trató de distinguir alguna forma en la oscuridad. No era la

primera vez esa noche que se preguntaba si no debería haber contactado con El Villano antes de lanzarse a la aventura.

A decir verdad, una parte de ella esperaba que su jefe apareciera de todos modos, como había hecho hacía unos días, cuando se sentía desanimada y un poco derrotada. Además, aunque quisiera ponerse en contacto con él, no podía enviar una paloma mensajera a esas horas… La oficina cerraba antes del anochecer.

Bajó la mirada hacia el anillo de tinta dorada que le rodeaba el meñique.

—¿De qué sirve un pacto de contratación si no puedes hablar con la persona que te ha contratado?

Se quedó mirando fijamente el dedo, deseando que obedeciera.

—¿Evie?

Aquella voz familiar le sacó una sonrisa. Se giró para mirar a Blade Gushiken. El farolillo que llevaba le alumbraba la piel morena y el chaleco de satén de color azul clarito que por fin le veía puesto sobre una camisa. Una blanca, además.

Se acercó a él y le dio un golpecito en el brazo con el puño.

—¿Qué haces merodeando entre las sombras? —Evie se percató de que no había nada a su alrededor—. No habrás traído a Fluffy, ¿no?

Blade rio entre dientes y se arregló el chaleco.

—No, no he traído a Fluffy. Que los dioses amparen a esa pobre criatura. El nombre es ridículo, pero creo que hasta le sienta bien.

Su cualidad preferida.

—A ti también te ha llegado uno de estos, ¿eh? —Sacó otro de esos sobres dorados. El papel delataba que el pergamino estaba hecho de forma artesanal por los tritones.

Se sintió aliviada al saber que no era la única a por quien había ido el espía. No estaba bien desearle a otra persona el mismo dolor o malestar que a ti, pero siempre era más agradable no sufrir a solas.

Evie se ajustó una de las horquillas del pelo después de que el viento le soltara un rizo y extendió el brazo.

—¿Vamos?

Él esbozó una amplia sonrisa antes de enlazar su brazo. Y siguieron andando juntos por el camino.

—¿Crees que alguien más habrá recibido la invitación?

—Claro que no, porque es evidente que el mundo gira en torno a vosotros dos.

Aquella voz cargada de sarcasmo le causó una rara mezcla entre rechazo y alivio.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —preguntó Evie mirando al cielo cuando Becky apareció frente a ellos.

Llevaba el pelo castaño suelto, a diferencia de como solía estar normalmente, que era recogido y estirado. Las suaves ondas le llegaban justo por debajo del hombro. Su piel de color marrón clarito contrastaba con el rosa pastel del delicado vestido, cuya tela se arremolinaba a la altura del bajo para formar rosas. Sus mejillas también adoptaron un suave color rosado cuando vio cómo Blade la repasaba de arriba abajo.

—Estaba a punto de hacer la misma pregunta —dijo Becky ajustándose las gafas. Llevaba otro sobre dorado en las manos—. Supongo que ambos tenéis uno de estos también, ¿no?

—Así es —respondió Evie con el ceño fruncido. Se fijó en lo que ponía en la parte superior de la invitación de Becky—. ¿Qué pone en la tuya?

Becky se la entregó de mala gana.

Para Rebecka Erring.

¿Busca una cura?

Colina de Briar.

esta noche.

Venga vestida para una celebración formal organizada por el sanador de la esencia.

Con esta invitación se permite la entrada de una única persona.

Se la devolvió y ambas se miraron con complicidad antes de apartar la mirada.

—Parece que quien nos ha dejado esto busca atraernos con motivos convincentes y personalizados —comentó Blade mientras analizaba y luego enseñaba su invitación para que ellas dos también la vieran.

Acercaron la cabeza y leyeron lo que ponía:

Para Blade Gushiken.

Colina de Briar.

Esta noche.

Venga vestido para una celebración formal organizada por el sanador de la esencia.

Con esta invitación se permite la entrada de una única persona.

—¿Solo eso? —Evie se acercó más y la releyó para estar segura—. La tuya no tiene una razón como la mía y la de Becky. ¿Por qué has venido entonces?

Blade se encogió de hombros con cara de avergonzado.

—Dice «celebración», así que he pensado que habría comida gratis.

Becky negó con la cabeza.

—Lo tuyo es preocupante —dijo, y alisó su invitación con cuidado—. Es obvio que esto no es más que una estrategia para traernos a todos a este sitio. Propongo que vayamos a informar al jefe de inmediato.

Evie les instó a ambos para apartarse del camino y así poder esconderse de las miradas indiscretas. Entonces dijo:

—Ya casi hemos llegado, podemos investigar juntos de qué va todo esto y luego informar al jefe de lo que hayamos descubierto.

—No me gusta ese plan —refunfuñó Becky, tirando incómoda de las mangas del vestido.

—Qué raro —comentó Blade sarcásticamente. Después sonrió y les ofreció un brazo a cada una.

Evie lo agarró por arriba del codo y Becky se echó a andar negándose a mirarlos a los ojos.

—Estamos yendo directos a una trampa muy evidente —se quejó mientras se subía la capucha de la capa sobre la cabeza.

—Cierto, pero al menos sabemos a lo que vamos —dijo Blade, y luego enarcó una ceja hacia Becky—. ¿Por qué has venido si pensabas que podía ser una trampa? ¿Por qué no has avisado antes al jefe?

Por un momento, Rebecka pareció un animal acorralado. Desvió la mirada y contestó:

—Porque… existía la posibilidad de que no lo fuera. Y tenía que descubrirlo.

Evie sonrió con comprensión y le mostró su invitación a Becky.

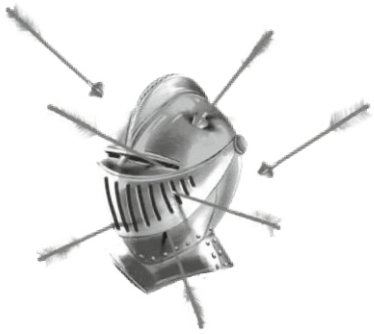
—Yo también.

Becky asintió.

—¿Creéis que alguien más de la oficina habrá recibido una?

—Estamos a punto de averiguarlo —dijo Blade señalando el resplandor de la luz y el ruido que venía de más adelante—. Parece que el festejo ya ha comenzado.

Era la primera vez que a Evie la palabra «festejo» le sonaba a amenaza. De hecho, le sonaba un poco a muerte.



CAPÍTULO 41

EVIE

Había luces por todas partes.

La colina de Briar estaba al límite del bosque de Hickory, en los acantilados. Abajo había un claro entre los árboles, pero la pendiente era lo bastante pronunciada como para que hiciera falta un endeble puente de madera que conectara con el otro lado del acantilado. Al puente, si es que se le podía llamar así, le faltaban tantas tablas que bien podría considerarse que eran solo dos gruesas cuerdas atadas entre sí.

Sin embargo, Evie no se fijó mucho en aquel desastre de infraestructura, pues tenía delante un escenario de lujosa opulencia.

Los árboles que rodeaban la colina estaban decorados con velas flotantes cuya luz orbitaba para evitar que se incendiaran las hojas y ramas cercanas. La música y las risas salpicaban el aire como confeti, y el calor rozó los hombros desnudos de Evie cuando se quitó la capa. Blade emitió un largo silbido.

—Sabes sacarte partido, amiga mía —dijo con una cálida sonrisa.

Becky, en cambio, lanzó una mirada envenenada hacia él y acto seguido se escabulló entre la multitud que se mecía al son de la música. Evie le dio

un empujoncito a Blade.

—¿Por qué no le has dicho nada a Becky sobre cómo iba vestida? Te has quedado con la boca abierta durante un minuto entero cuando ha aparecido.

Blade suspiró y se pasó la mano por su espesa melena negra.

—Porque las cosas que he pensado cuando la he visto con ese vestido no son aptas para compartir en público.

Evie se apartó para dejar pasar a una pareja de borrachos. Sin duda, iban de camino a hacer alguna de las cosas ilícitas de las que estaba hablando Blade.

—No necesitaba tanta información, la verdad.

—No haber preguntado —contestó con una sonrisa provocativa.

—Qué desfachatez eso de emplear argumentos absolutamente certeros —repuso Evie. Se alejó un poco de él al ver a Becky, pero la mujer enseguida volvió a desaparecer entre la multitud—. Bueno, espero que sepa lo que está haciendo, porque está claro que yo no.

Pasaron junto a una larga mesa de platos que ni siquiera sabían lo que eran, cuyas formas y colores casi parecían de otro mundo. Incluso el vino era de color plateado; nunca había visto nada igual.

—La magia tiene ciertas ventajas, ¿a que sí? —comentó Blade.

Sonriente, cogió una copa para cada uno.

—¿Crees que deberíamos beber? —Evie olfateó aquel líquido y se quedó asombrada, pues solo con el aroma ya se sentía embriagada—. No sabemos quién está detrás de todo esto. ¿Y si está envenenado?

Blade dio un buen trago y Evie saltó en señal de protesta.

—¡Serás tonto!

Él señaló con la cabeza al resto de la gente.

—Todo el mundo está bebiendo, así que a menos que a todos les hayan dado un veneno que los emborracha y hace que bailen en círculo y den muestras de afecto descaradas en público, creo que podemos estar tranquilos.

Evie tomó un sorbo con recelo. Tuvo que reprimir las ganas de gemir de euforia al notar aquel delicioso sabor en sus papilas gustativas.

—¿Cómo puede algo saber tan bien?

Se acercó la copa a la boca, dispuesta a dar un gran trago, pero Blade la detuvo agarrándola de la mano.

—Cuidado. No está envenenado, pero es fuerte. Ahora toca buscar al sanador de la esencia.

Blade empezó a buscar entre la multitud con los ojos entrecerrados. Evie miró en la misma dirección que él y sonrió con complicidad al ver a un apuesto hombre rubio besándole la mano a Becky y admirando su figura.

—Ahora vuelvo —gruñó Blade antes de ir hacia esos dos.

—Pero…

Demasiado tarde. Había perdido a Blade. Prácticamente se había abalanzado sobre Becky y el desconocido para después inclinarse hacia ella y susurrarle algo con furia al oído. Becky, como era de esperar, le dedicó una mirada asesina y se enfadó por haberla interrumpido.

—Pues nada, tendré que hacerlo yo —murmuró Evie mientras examinaba una vez más a la multitud en busca de caras conocidas.

Había todo tipo de criaturas, desde humanos hasta duendes. Los unicornios, con su pelaje blanco y puro, estaban atados a los árboles y las hadas del bosque danzaban a su alrededor. Cada vez que Evie tomaba aliento respiraba magia. Estaba en el aire y la llenaba de felicidad.

Aunque no lo había dicho en voz alta, esperaba ver a Tatianna con su propia invitación entre todo aquel esplendor. Evie le había quitado hierro al asunto al redactar la lista de empleados que podían traicionar a El Villano, pero todos y cada uno de los nombres que había catalogado para que su jefe los revisara se había instalado en sus entrañas de tal forma que, semanas después, aún podía sentirlos. Qué forma tan inocente de desmenuzar a la gente que, según ella, le importaba. Exhaló con fuerza a pesar de sentir que tenía los huesos constreñidos por culpa del corsé.

Esa prenda no fue pensada para personas con altos niveles de ansiedad, pero al menos estaba guapa.

Un golpecito en el hombro hizo que se sobresaltara y se girara con los puños en alto. Era un hombre mayor, pelirrojo y con el cabello hasta los hombros. Le tendió la mano. Tenía el cuerpo cubierto por una túnica.

—Señorita, ¿me permite ver su identificación?

Evie entrecerró los ojos con desconfianza y buscó con la punta del zapato el cuchillo que llevaba en la funda del tobillo para asegurarse de que seguía allí.

—Por supuesto. —Le entregó el sobre con la esperanza de que Blade y Becky regresaran pronto.

Pero el hombre se limitó a sonreír tras leer el sobre y se lo devolvió sin más; ni siquiera se molestó en sacar la invitación de dentro.

—Fantástico. Me alegro de que haya venido, querida.

—¿Le conozco? —preguntó Evie con recelo mientras trataba de ubicar la cara del hombre.

—No, no creo que le hayan hablado de mí. —Se rio. Tenía una risa suave y cálida como el azúcar fundido. Volvió a tenderle la mano y ella vio que tenía callos y ampollas—. Me llamo Arthur Maverine. Creo que trabaja para mi hijo, Trystan. Soy el sanador de la esencia.

Evie estaba segura de que su cuerpo estaba entrando en shock, porque se quedó paralizada, incapaz de recordar cómo utilizar las palabras para comunicarse. En su lugar, se quedó con la boca abierta y los ojos clavados en el hombre que tenía delante.

—¿Que usted es…? ¿Que el…? Em… hola.

Arthur soltó una risita y dejo caer la mano a un lado cuando se dio cuenta de que la de ella pesaba demasiado como para moverla.

—Debo decir que no esperaba verla tan sorprendida de estar aquí después de haber insistido tanto en que quería una invitación para la fiesta de esta noche.

Evie sacudió la cabeza y retrocedió. Por fin recobró la voz.

—¿Disculpe? Yo no le he insistido a nadie. Alguien ha dejado esta invitación en mi habitación junto a una nota bastante inquietante.

Arthur frunció el ceño y señaló dos sillas de madera alejadas de la multitud. Ella lo siguió a regañadientes y con la mano preparada para agarrar la daga en caso de necesitarlo.

No estaba tan afilada como la que tenía el día que conoció a El Villano.

La que llevaba encima la había comprado en el mercadillo de fin de semana por mucho más de lo que valía. Sobre todo teniendo en cuenta lo poco que cortaba, pero esa era otra historia.

Era lo bastante afilada como para apuñalar a alguien, y con eso tenía suficiente.

—Puedo asegurarle, señorita Sage, que fue usted quien me invitó *a mí* a la celebración de esta noche. —El hombre le sostuvo la mirada—. Me mandó una carta esta mañana.

Evie sacudió la cabeza, luchando contra la oleada de confusión.

—Nunca le he enviado ninguna carta, señor Maverine. No tengo ni idea de lo que está hablando.

Arthur se levantó, sacó un trozo de pergamino de uno de los pliegues de la túnica y lo abrió mientras se acomodaba de nuevo en la silla. Entonces comenzó a leer:

—«Querido Arthur Maverine, me consta que usted no me conoce, pero yo sí conozco a su hijo. Trabajo a diario con él. Teniendo en cuenta esta conexión, le estaría muy agradecida si pudiera invitarme a una de sus ilustres celebraciones. Sería de gran importancia no solo para mí, sino también para su hijo. Firmado, Evangelina Sage.» —Terminó de leer y la miró expectante.

Evie sacudió la cabeza aún más fuerte.

—No, no. Yo no le he enviado esa carta, señor. No estoy segura de quién lo ha hecho, pero no he sido yo.

Buscó entre la multitud a Blade y Becky, pero los dos habían desaparecido.

Arthur tenía la cara llena de preocupación. A ella le resultó muy paternal y estuvo a punto, muy a punto, de pedirle un abrazo.

—Le aseguro, Evie —pronunció su nombre con cuidado, como si quisiera estar seguro de que lo decía bien—, que cuando recibí esta misiva, me sentí intrigado. Pensé que no tenía más remedio que asistir y buscarla.

Fue en ese momento cuando deseó tener la capacidad de distinguir la verdad de la mentira. Su ingenuidad aparecía en los momentos más inesperados y nunca se esperaba el golpe hasta que le daba en toda la cara.

Pero parecía tan sincero.

—¿Sabe…? ¿Está usted al tanto de…? —Se esforzó por preguntar con delicadeza si Arthur conocía la profesión que había elegido su hijo.

—¿De quién es mi hijo? —Entrelazó las manos y sonrió a pesar de que en su cara se adivinaba el dolor—. Sí, soy muy consciente de la vida que Trystan ha elegido.

—Ah —dijo Evie.

Aquello no estaba saliendo como ella había planeado. No se sentía más cerca de encontrar respuestas. De hecho, sentía que estaban aún más lejos. Era como si estuviera corriendo por un largo pasillo hacia una puerta que jamás lograría alcanzar.

—Bueno, eso es bueno, supongo —añadió.

—¿Usted trabaja estrechamente con él? —preguntó Arthur con una expresión de amable curiosidad.

—Sí —afirmó ella—. Es un jefe fantástico.

Él se aclaró la garganta y se ajustó los botones que tenía bajo la barbilla.

—Me alegro de que tenga a alguien que se preocupa por él.

Evie se dio cuenta de que estaba dando por hecho que tenían una relación más estrecha de la que tenían en realidad, así que eligió bien sus palabras para dejar claras las cosas. Por si acaso.

—Soy su asistente, así que por supuesto debo atender sus necesidades… sus necesidades *laborales*. Ya sabe, como hacen todas las asistentes en su trabajo.

—Estoy de acuerdo.

Aquella voz profunda y resonante hizo que ambos se sobresaltaran. Entonces vio que los ojos de Arthur se abrían de par en par y su rostro palidecía. Se levantó despacio y extendió ambas manos.

—Trystan —dijo.

—Hola, Arthur.

Evie se dio la vuelta y vio la silueta vestida de negro de El Villano. Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella y la ira resultaba palpable.

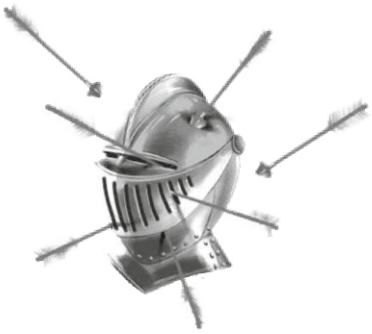
—Hola, Sage.

Con los ojos muy abiertos por la incredulidad, dijo:

—¡Por todos los dioses, señor! Si no deja de aparecer así por detrás de mí, voy a tener que obligarle a llevar un cascabel. —*De verdad, esto empieza a ser un poco ridículo*.

Sin embargo, su buen humor desapareció y dio paso a un escalofrío que le recorrió toda la columna al darse cuenta de la situación que había causado. Por no haber avisado al jefe de lo de la invitación, ahora él estaba teniendo un reencuentro con su padre en público. Un reencuentro que, estaba casi segura, él no deseaba tener. Al menos no ahora, no delante de ella.

Mientras recorría con la mirada el gentío, empezó a pensar cuál sería la forma más fácil de escapar. Quería huir de aquel desastre.



CAPÍTULO 42

EL VILLANO

Mantén tu furia a raya.

Era una frase que Trystan se repetía tan a menudo que estaba seguro de que debía tenerla grabada en el cráneo, como si fuera una parte permanente de su ser.

Sin embargo, era difícil mantener la calma cuando había tantas cosas que lo atormentaban. Sentía que era como una tetera a punto de ponerse a silbar. Para empezar, tenía a su padre delante, un hombre al que se juró no volver a mirar a los ojos. Uno de sus guardias le había informado de que estaba teniendo lugar una reunión sospechosa entre algunos de sus empleados más cercanos. Trystan estaba cruzando la puerta antes de que el nombre de Sage saliera de los labios de Dante.

Supo que era una de las celebraciones de Arthur en cuanto oyó la música y vio los farolillos. Aquella opulenta decoración le recordaba a su infancia. Y lo odiaba.

Por no hablar de los bailes hasta el amanecer mientras Arthur utilizaba su arsenal de magia para curar los corazones de todas las personas que se lo pedían, que no eran pocas. Creía que el hombre había dejado de organizar

esas veladas, pero algo en su fuero interno le decía que aquello distaba mucho de ser una coincidencia, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de cosas que iban mal en su vida últimamente.

Aquello estaba planeado; era una traición. La pregunta era… ¿por parte de quién?

El alegre sonido de la voz de Sage despejó su mente de toda distracción y por fin se permitió mirarla. La reacción que tuvo ante ella fue… sorprendente. No es que su vestido fuera muy diferente de los otros que llevaba en su día a día, con colores vivos y ostentosos, pero en esta ocasión lo que destacaba era la forma de llevarlo. Era como si brillara. Las horquillas del pelo, la línea negra alrededor de los ojos… y los labios. Los llevaba pintados de rojo sangre.

Carraspeó, se maldijo a sí mismo por haber perdido un poco la compostura y puso la espalda recta, decidido a ocultar lo que pensaba sobre su asistente.

Tormento. Esto es un tormento.

—¿Señor? —Sage agitó una mano delante de su cara.

El fuego se reflejaba en las mariposas que llevaba en el pelo y hacía que pareciera que los mechones estaban decorados por la luz de las estrellas.

—Arthur, ¿nos disculpas? Mi asistente y yo tenemos que hablar —dijo incapaz de disimular la rabia en su voz.

Vio como el delicado cuello de Sage se tensaba y tragaba saliva.

—Vaya, vaya… —empezó a decir Arthur, pero Trystan no tenía tiempo para aquello.

Por lo abiertos que estaban los ojos de su asistente, supo que estaba dejando volar demasiado su imaginación al pensar en la lista de cosas que «El Villano» podía hacer después de despedirla por aquella imprudencia.

—Estoy seguro de que a tus invitados les gustaría tener tu atención. —Hizo un gesto para señalar a la gente que revoloteaba a su alrededor con cara de desesperación.

Arthur se levantó despacio. Las arrugas de su rostro seguían resultándole familiares y aquello le sentó como una patada en el pecho.

—¿Me prometes que te sentarás a hablar conmigo antes de irte, Trystan?

Cuando su padre le puso la mano en el hombro casi le sale un gruñido, pero se tragó la respuesta y se limitó a asentir con rigidez.

Tan pronto como estuvo lo bastante lejos como para no oírlos, El Villano se giró hacia Evie. Se la encontró escabulléndose en la otra dirección.

—¿Adónde se cree que va?

—Ah, justo iba a… —Y, de repente, empezó a correr entre la multitud.

—¡Vuelva aquí, Sage! —gritó Trystan sorprendido. Se sentía ridículo persiguiéndola como a un venado en una cacería. Chocó con una pareja envuelta en un apasionado abrazo y puso los ojos en blanco ante sus quejas indignadas—. ¡Evangelina! —Se lanzó a por su mano, pero ella se zafó y siguió corriendo hacia aquel puente destartalado, adentrándose más en la oscuridad.

Claro, ¿para qué ponérselo fácil pudiendo montar una persecución? Antaño, a Trystan solía gustarle que la gente respondiera de esa manera, pero ahora mismo lo detestaba.

La siguió de cerca, decidido a llegar hasta ella a pesar de que tenía la desagradable sensación de que debía de haberla asustado. Quería darse un bofetón a sí mismo por cómo había manejado la situación al verla allí, tan cerca de su padre. El miedo no era una emoción que Trystan estuviera acostumbrado a sentir, pero estaba claro que ella había decidido que eso tenía que cambiar.

El puente crujió y se tambaleó bajo su peso. La oscuridad que se extendía al otro lado amenazaba con tragárselo, pero la luna volvió a reflejarse en las horquillas del pelo de Sage. Trystan mantuvo la mirada fija en ella. Si de algo estaba seguro, era de que iba a seguir aquella luz allá donde fuera.

Él no había sido nunca tan sentimental; todo era culpa de esa mujer.

Cuando llegó al otro lado del puente, los árboles se mecían con el aire fresco de la noche. Sin un fuego cerca con el que entrar en calor, hacía frío. Seguramente ella debía de estar helada.

—Sage, salga. Si muere de un resfriado, voy a tener que contratar a Rebecka para que la sustituya.

Salió de entre los arbustos dando tumbos y con ramitas enganchadas en el pelo.

—Eso ha sido cruel —le recriminó.

Él la miró levantando una ceja.

—De eso se trataba.

Se acercó a él sin dejar de jugar nerviosa con uno de sus rizos.

—Muy bien, adelante. Gríteme.

—¿Eh? ¿Se supone que tengo que gritar?

—Sé que está enfadado por algo relacionado con Arthur… —empezó a decir.

—No estoy enfadado —interrumpió él mientras se secaba una gota de sudor de la frente. Al ver que ella se limitaba a levantar una ceja en señal de desafío, tuvo que admitirlo—: Sí, estoy muy enfadado, pero no por Arthur ahora mismo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Ah, así que *sí* está enfadado conmigo… ¿Porque no acudí a usted antes de ir a la celebración? Le juro que no sabía que la organizaba su… em… su padre, ni tampoco que le iba a molestar —dijo la última palabra con una mueca de pena y él tuvo que tragarse una carcajada; un problema que hasta hacía poco no tenía.

—No estoy molesto, Sage —dijo tratando de ordenar sus pensamientos y controlar su pulso acelerado.

Ella lo escrutó con la mirada y señaló la mano que tenía sobre la empuñadura de la espada.

La quitó de inmediato. Se sentía un poco avergonzado, quizá por primera vez en su vida.

—Es por costumbre —se excusó.

—Ya, claro —dijo ella mientras asentía y fingía poner mala cara.

Pasó por su lado para sentarse en el borde del acantilado. El resplandor del fuego iluminaba sus pómulos incluso desde la distancia.

—No estoy enfadado con *usted* —dijo mientras se inclinaba con torpeza para sentarse a su lado—. Mis guardias me avisaron de que mis empleados estaban aquí. Sabía que no era una coincidencia, pero en ningún momento desconfié de usted. —El Villano no estaba seguro de por qué era tan importante que ella lo supiera, pero lo era.

Evie puso cara de creérselo y después miró la línea dorada que tenía en el meñique. Él apartó la mirada; se sentía culpable.

—Me alegro de que confíe en mí —dijo ella en tono serio.

—Ya, se le nota en la voz —respondió con sarcasmo.

Trystan miró las velas que decoraban los árboles a su alrededor. Brillaban incluso más que vistas desde el otro lado del puente. La música que se escuchaba ambientaba aquella escena tan encantadora. El Villano no sabía qué era lo que sentía uno cuando estaba contento; había pasado tanto tiempo sintiéndose incómodo en el mundo que había empezado a confiar en esa emoción y no se permitía a sí mismo bajar nunca la guardia.

Sin embargo, en ese momento pensó que tal vez era una buena ocasión para probar. Y no creía que le fuera a costar mucho.

—Si algo debo reconocer sobre mi padre es que en sus fiestas siempre hay buena música.

Sage giró la cabeza para mirarlo. Su cara estaba lo bastante cerca como para que Trystan pudiera ver el reflejo de las velas en sus ojos.

—¿Organiza este tipo de cosas a menudo?

—No lo sé. —Trystan suspiró y se presionó el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice—. Hace años que no hablo con él.

Para ser justos, llevaba la mayor parte de su vida sin hablar con Arthur. Y no era solo porque su padre se había pasado la mayor parte de su infancia viajando de un lugar a otro para usar sus habilidades como sanador de la esencia allá donde se necesitaran. La madre de Trystan, Amara, les había dicho a Trystan y a sus hermanos que era egoísta querer que su padre pasara tiempo con ellos cuando había tantos que necesitaban su ayuda. Ahora a Trystan le resultaba cómico que no se considerara en ningún momento si los propios hijos de Arthur también lo necesitaban.

Cuando nació Clare, Arthur había empezado a tomárselo con más calma y pasaba más tiempo en casa. Vivían en un pueblo costero. Trystan era el mayor, por lo que casi toda la atención de Arthur iba dedicada a sus hermanos pequeños. Amara Maverine no era una mujer fría, pero tampoco afectuosa. Creía que los abrazos o el consuelo no tenían sentido porque el mundo era mucho más duro que eso. Era algo que Trystan agradecía, pues le había ahorrado el sentimiento de rechazo.

Tras su regreso, Arthur adoptó un enfoque más amable con Clare y Malcolm, pero debió de suponer que ya era demasiado tarde para Trystan. Al principio, él también intentaba establecer un vínculo con su padre, pero se topaba con un muro de desinterés. Así que Trystan volvió a los patrones con los que se había criado, casi se podría considerar que por mera supervivencia. No necesitaba afecto. No necesitaba que la gente le demostrara que lo quería. Todo eso era una pérdida de tiempo. Era una pérdida de tiempo para *él*.

Al final dio lo mismo. Cuando su padre intentó entablar una relación con Trystan, ya era demasiado tarde. Aunque eso no había impedido que Arthur siguiera intentándolo a lo largo de los años con cartas, propuestas de visitas… Trystan siempre lo había ignorado.

Al menos, la esperanza que tenían sus hermanos de que se redimiera había pasado a mejor vida. Ahora era mucho más soportable estar con ellos. Sabía que las esperanzas de su madre también habían muerto, pero ese era otro tema con el que torturarse; quizá más adelante.

En ese momento se quería permitir aquel pequeño ápice de felicidad, si es que era eso lo que le recorría el pecho.

De hecho, iba a absorber cada pizca de alegría que pudiera.

Se levantó en un abrir y cerrar de ojos y observó como Sage se giraba para mirarlo con las cejas levantadas por la confusión.

—¿Qué hace? —le preguntó, y abrió los ojos de par en par cuando vio que le tendía la mano.

—¿Le apetece bailar?

Sus ojos se abrieron aún más, pero una pequeña sonrisa adornó el rojo de sus labios.

—¿Con quién? —Miró a su alrededor de forma teatral.

Trystan sonrió porque, a decir verdad, era muy graciosa.

—Conmigo.

Sage le agarró la mano y dejó que la pusiera en pie. Cuando inclinó el cuello para agarrarla bien, se quedó sin aliento al comprobar lo contenta que estaba. Era tan extraño tener a alguien que se ponía feliz en su presencia, o quizá incluso *a causa* de su presencia, que estuvo a punto de equivocarse de paso.

—No sé muy bien cómo se baila con otra persona —dijo ella arrugando la nariz. Después miró sus manos entrelazadas—. Normalmente me limito a dar vueltas en círculos hasta que me mareo.

—Bueno…

Había calculado mal. La música, que hasta ese momento había sido alegre y animada, se había vuelto más lenta, más íntima. Había torturado a muchas personas en aquellos últimos diez años. Para obtener información, por hacerlo enfadar, por intentar matarlo… Y se resistía a admitirlo, pero una vez incluso torturó a un hombre al que había visto ensañarse con un pato.

Fue una sorpresa descubrir después que el hombre era un Guardia Valeroso retirado, pero eso no venía al caso.

Aquel tipo de tortura era diferente. Nunca antes lo había experimentado. Se había acostumbrado tanto a no desear nada que estuviera fuera de su alcance… pero esa mujer no era un objeto que poseer. Era una persona a la que admiraba y respetaba. Alguien en quien confiaba más de lo que jamás hubiera creído posible.

Alguien ante quien nunca iba a admitir ninguna de esas cosas.

Disfruta de este momento feliz, porque es el único que nos vamos a permitir, se recordó a sí mismo.

Sin vacilar, Trystan puso la otra mano en la parte baja de la espalda de Evie. Ella se dejó envolver por aquella nueva posición y notó que se le empezaba a acelerar la respiración. Trystan sentía el calor de su piel a través de la seda del vestido. Carraspeó, levantó las manos entrelazadas y comenzó a moverse con pasos lentos.

—No creí que supiera bailar —comentó Sage con la cara inclinada hacia arriba para poder mirarlo.

Estaba más cerca de lo que él pensaba y, cuando bajó la vista, vio por qué: estaba bailando de puntillas.

—Aprendí hace años, cuando trabajaba para… —Calló, no porque no quisiera terminar la frase, sino porque justo entonces divisó una cara conocida entre la multitud al otro lado del puente—. ¿Qué hace mi hermana aquí? —preguntó El Villano confundido.

—¿Clare está aquí? —Sage giró la cabeza hacia donde él miraba, pero ninguno de los dos se soltó ni dejó de moverse. Su cerebro iba a mil por hora, lo notaba con solo mirarla a los ojos—. ¿No creerá que el traidor es…?

Trystan la interrumpió antes de que pudiera terminar de verbalizar lo que pensaba.

—He tenido a varios guardias siguiendo a mis dos hermanos desde el incidente de la bomba. Ambos estaban localizados cada vez que el traidor asestaba un nuevo golpe. Me odian, es evidente, pero ninguno de los dos es quien está intentando acabar conmigo.

—No creo que le odien —dijo Evie en voz baja mientras seguían dando vueltas.

—Eso no lo sabe.

Trystan estaba evitando mirarla a los ojos. En vez de eso, eligió una de las luces que había detrás de ellos y fijó su mirada ahí.

—Sí que lo sé. —Le pisó la punta del zapato hasta que él por fin la miró —. Sé cómo es el amor entre hermanos. Y ellos sienten amor por usted; es bastante obvio.

—No es igual que lo que tienen Lyssa y usted —replicó él mientras la hacía girar.

Ella soltó una risa plena antes de volver a sus brazos.

—Nuestra relación es un poco diferente, sí, pero los fundamentos son los mismos. Yo solía meterme un montón con mi hermano cuando éramos pequeños, y a menudo lo hacía sin motivo alguno. Pero la realidad es que habríamos hecho cualquier cosa el uno por el otro.

—No sabía que tuviera un hermano —dijo Trystan en voz baja, plenamente consciente de que Sage era la única que llevaba dinero a casa.

—Murió.

Lo dijo con tan poco sentimiento que a El Villano le sorprendió.

—Debió de ser muy difícil para usted.

Su baile se había ralentizado, pero seguían moviéndose y dando vueltas.

—Lo malo es que pasó de forma brusca. —Seguía con los ojos fijos en él, pero con la mirada perdida—. Hubo un accidente… con la magia de mi madre. Mi vida nunca volvió a ser igual después de eso. Gideon se fue,

luego mi madre. Dejé el colegio para cuidar de Lyssa y después tuve que interrumpir mis estudios para empezar a trabajar porque mi padre se puso enfermo. Siento que, en vez de vivir, llevo años limitándome a sobrevivir.

Era una historia triste; Trystan había oído muchas de esas. No fue eso lo que le afectó. Fue la forma en que ella pronunció las palabras, mirándolo a los ojos. Había compartido con una mirada sincera algunas de las cosas que la hacían más vulnerable, como si creyera merecer que él le prestara toda su atención.

Y así era: toda su atención era para ella.

—Yo también me he sentido así a veces. —Hizo una pausa—. Como si estuviera siempre en modo de supervivencia. Muchas veces.

Al oír eso, Evie mostró una expresión de sorpresa que casi la hizo detenerse, pero decidió seguir:

—No estaba preparado para ver a mi padre esta noche.

—Ha sido culpa mía. Lo sie… —Se detuvo al ver la advertencia en la mirada de El Villano.

Quería borrar esa maldita palabra de su vocabulario.

—Me resulta difícil estar cerca de él. Me recuerda a mi infancia. No… no estaba muy presente, que digamos. Ser un sanador de la esencia requería viajar y mucho. Siempre había alguien que lo necesitaba más, y eso me hacía sentir… insignificante.

No podía abrirse más de lo que se acababa de abrir, al menos por ahora. Pero, por la forma en que Sage lo miraba, con una comprensión que no sabía que necesitaba, supo que era suficiente.

—Le entiendo —dijo ella con una leve sonrisa. Y es que así era; lo entendía y él lo sabía—. La vida a veces es… agotadora.

Trystan seguía un poco abrumado, así que se quedó en silencio.

Los ojos de Sage se abrieron de par en par al ver que no decía nada, y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—No es que *trabajar* para usted sea agotador… Es más bien…

—¿Algo que le quita años de vida? —propuso él.

—No iba a decir eso —replicó con el ceño fruncido—. Al menos en voz alta.

A El Villano se le escapó una risa oxidada desde el fondo de la garganta.

—Si cree que el trabajo no la cansa lo suficiente, siempre puedo ofrecerle que se una a los becarios durante las Jornadas de Dispersión.

Dio una zancada amplia hacia un lado e hizo que ella diera un largo giro.

—¿Para perseguirlos? —preguntó con algo de miedo en la voz.

—No soy *tan* malvado. —Levantó una ceja y se quedó quieto al ver que se le iluminaba un poco la mirada—. ¿Por qué sonríe ahora, Sage?

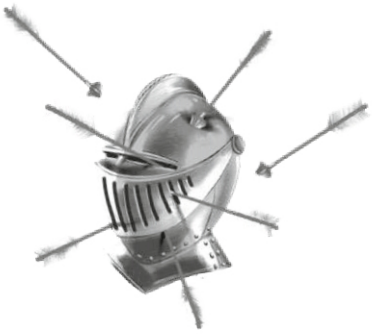
—Estaba pensando que lo nuestro es digno de una representación teatral.

—Como si a alguien le interesara vernos discutir —se burló El Villano.

—Quién sabe… —contestó Evie con un brillo en los ojos.

Él negó con la cabeza y dio una vuelta más.

Era un momento casi perfecto. Y entonces empezaron los gritos.



CAPÍTULO 43

EVIE

—¿Qué demonios…? —murmuró El Villano levantando la cabeza hacia el cielo.

Ahí arriba había algo que chillaba tan fuerte que casi le revienta los tímpanos a Evie.

—¡Muévase! —gritó ella al reconocer aquel grito desgarrador y el tono púrpura de la nube de niebla que descendía hacia donde estaban.

Su jefe los apartó a ambos de un empujón y soltó un jadeo al caer al suelo. Cuando se dio cuenta de lo que pasaba, abrió los ojos como platos y los hizo rodar a ambos para evitar otra nube del aliento venenoso de…

—¿Se han escapado? —preguntó Evie mientras miraba por encima del hombro a la oscura figura con forma de gubre que flotaba en el cielo.

Porque si algo hacía falta esa noche era que una bestia peligrosa se colara en medio de la reunión familiar más incómoda de la historia, claro que sí.

Bueno, y en medio del baile más mágico de toda su vida.

Ni siquiera había tenido que mover los pies; simplemente se había dejado llevar por…

Otro chillido inundó el aire, acompañado por los gritos de la multitud dispersándose. *Cierto. Tal vez este no sea el mejor momento para pensar en eso, Evie.*

Cuando el jefe la puso de pie, vio que tenía los tacones llenos de tierra. Él empezó a soltar una retahíla de improperios al mirar al otro lado del puente. La mitad de la colina de Briar había desaparecido; se había derretido por culpa del veneno del gubre. Evie se estremeció y estuvo a punto de vomitar cuando se fijó en un hombre cuyo cuerpo se estaba descomponiendo, pero que aún seguía vivo, gritando de agonía. La piel se estaba desprendiendo de sus huesos.

—Dioses, pobre hombre —Evie se tapó la boca con la mano.

—Sin duda ha visto cosas mucho más grotescas durante el tiempo que lleva a mi servicio —contestó El Villano con demasiada naturalidad y sin apartar los ojos del gubre.

—Eso no lo hace *menos* grotesco —repuso ella con incredulidad antes de sacudir la cabeza. Una horrible sensación le recorrió el cuerpo—. El gubre, señor. ¿No deberíamos…?

—¡Sí! Por supuesto —exclamó El Villano. Parecía sorprendido y molesto consigo mismo por haberse distraído. La agarró del brazo y la empujó frente a él. Entonces le gritó que se moviera—. ¡Vamos!

—¡Está bien! —gritó Evie poniendo los ojos en blanco. Sabía andar sola, a pesar de lo que él pudiera pensar—. ¿Cómo ha podido escapar uno de los gubres? —preguntó gritando de nuevo.

Trató de ver de qué color era la bestia, pero era imposible diferenciarlo en la oscuridad.

¿Y si habían escapado los dos?

El Villano la seguía de cerca y le iba gritando que corriera más rápido. En cuanto oyó el ruido de la vieja madera al crujir, enseguida supo a qué se debía. El aliento del gubre se estaba comiendo el puente, tablón a tablón. Hasta que se escuchó un fuerte crujido y ambos empezaron a caer.

Al agarrarse al tablón como si fuera una escalera, Evie sintió las astillas romperse bajo su mano. Luego hubo un fuerte golpe contra lo que quedaba

del acantilado y vio que las cuerdas del lado que aún no se había consumido colgaban de un hilo. Miró hacia abajo y exhaló aliviada cuando vio a su jefe aferrado a otro tablón. Estaba algo más lejos, pero seguía allí.

—¿Está bien? —le gritó tratando de resistir el dolor cuando sintió que las heridas recién cicatrizadas de las manos se volvían a abrir en un par de sitios.

—De maravilla. Creo que aprovecharé para hacer un picnic con estas vistas —le contestó con su tono habitual.

Sí, estaba bien.

Evie asintió y se giró para empezar a subir. Cuando llegó arriba, su sonrisa no tardó en desaparecer. El aire estaba impregnado de un pútrido olor a carne podrida.

Aquello era una masacre.

Había cadáveres por todas partes y cuerpos putrefactos con los huesos visibles. Los pocos que seguían vivos gritaban mientras la piel se les desprendía de los músculos. Evie se obligó a mirar, rezando para que ninguno de los rostros fuera el de Blade o… vale, sí, tampoco quería encontrar ahí el rostro de Rebecka Erring.

—Es el macho —le dijo El Villano mirando hacia arriba con una rabia silenciosa.

Algo cayó desde el cielo y él entrecerró los ojos para ver qué era. Se dirigió hacia ahí. Era la cadena que el gubre llevaba atada al tobillo. Por lo limpio que era el corte, estaba claro que no era que se hubiera roto, sino que alguien la había cortado.

—Alguien lo ha soltado.

—La persona que nos ha hecho venir aquí —añadió Evie con un suspiro.

—Era una trampa —dijo Trystan con desprecio.

Pero no había tiempo para especular quién había sido; primero tenían que atrapar a esa criatura.

—¿Por qué el macho no se ha quedado con la hembra? —preguntó Evie, buscando refugio bajo un gigantesco árbol caído que tenía un extremo atascado entre las ramas de otro árbol.

Su jefe no tardó en unirse a ella.

—Las hembras son más inteligentes, más estratégicas. Los machos a menudo se mueven por puro instinto. Ahora mismo, lo único en lo que piensa es en que ha estado enjaulado. Sería peor aún si su pareja siguiera atrapada también. —Se pensó mejor esa afirmación y añadió—: Aunque eso es relativo. Dos gubres son igual de peligrosos que un único macho dominado por la rabia.

—¿Así que lo único que quiere es destruirlo todo? —Evie puso los ojos en blanco y se apartó el pelo de la cara—. Hombres…

—Exacto, si lo desea podemos discutir las flagrantes debilidades de mi sexo más tarde.

A El Villano le brillaban los ojos. Tenía la camisa negra rasgada a la altura del hombro y eso le daba un aire desaliñado y descarado. Evie notó un cosquilleo en el estómago.

En un momento terriblemente inoportuno, como es evidente.

—¡Gushiken! —gritó Trystan con tanto ímpetu que Evie no pudo evitar enderezar la espalda y casi se da un coscorrón contra el tronco.

Blade apareció de entre la oscuridad y se metió bajo el árbol con ellos. Le chorreaba sangre por el brazo y sus ojos de color ámbar estaban llenos de pánico.

—Hola, jefe. ¿Hace mucho que ha llegado? —preguntó con un tono despreocupado que contrastaba con el caos a su alrededor.

—¿Podemos evitarnos la cháchara? ¿Tiene alguna idea sobre cómo volver a capturarlo?

—¿Le fui de mucha ayuda la primera vez? —preguntó Blade sin rodeos.

Otro chillido y una ráfaga de gritos los sobresaltó a todos.

—No —respondió El Villano.

—Pues ahí tiene su respuesta, señor.

La arrogancia con la que Blade hablaba se esfumó al ver que algo se movía. Evie lo captó con el rabillo del ojo.

—¡Te he dicho que te escondieras! —gritó Blade con una dureza inusual en la voz.

Rebecka Erring apareció junto a Evie. Fue tan de repente que ella se asustó y se cayó de espaldas contra el pecho del jefe.

—¡Por los dioses, avisa! —Evie se puso una mano en el corazón a la espera de que le bajara el ritmo cardíaco, pero entonces se dio cuenta de que era inútil. No iba a relajarse mientras el gubre siguiera sobrevolándoles.

—Detrás de esos árboles no estaba más segura que aquí —murmuró Becky.

Saludó a El Villano asintiendo de forma cortés en su dirección y luego volvió a mirar a Blade.

Sin embargo, El Villano no se dio cuenta, ya que tenía la mirada fija en los invitados de la fiesta que seguían corriendo despavoridos de aquí para allá.

—Mi hermana. Mi hermana estaba aquí. Antes del ataque. —Y entonces echó a correr abandonando el escondite.

—¡Señor! —gritó Evie mientras se levantaba para seguirlo, pero Becky la agarró del hombro de un zarpazo y la empujó de vuelta al suelo.

—Siéntate, no seas tonta. Es mejor que no tenga que preocuparse de si te matan mientras la busca. Quédate aquí y no estorbes.

Las palabras le escocieron como el aliento del gubre contra la piel, pero Evie sabía que eran ciertas. A menos que encontrara la forma de ser útil, lo más seguro es que se convirtiera en una carga. Tal vez ya lo fuera.

Ahora no era momento de menospreciarse a sí misma. Cuando por fin llegara a casa más tarde, si con suerte seguía de una pieza, iría a ver cómo estaba Lyssa, se sentiría culpable por haberla dejado sola una vez más y luego se dejaría caer medio muerta en la cama. Entonces, y solo entonces, se permitiría ahondar en todas las cosas que a su cerebro le parecía que había hecho mal.

—Tenemos que atrapar al gubre —dijo Blade convencido. Se sacó una cuerda de cuero del bolsillo—. Me he encontrado esto atado a unos farolillos que se habían caído, creo que servirá.

—¿Cómo demonios lo atraparon la primera vez? —preguntó Evie con una ceja levantada y mucho escepticismo mientras Blade hacía un buen nudo en un extremo—. Esta cosa se ha usado para colgar luces, ¿crees que va a servir para atrapar a un animal salvaje de estas dimensiones?

—¿Tienes alguna idea mejor? —preguntó Blade con una sonrisa pícara —. El jefe tuvo a los guardias rastreando al macho durante días y después le

pidió a Tati que preparara un somnífero. Según me contó Keeley, les costó, pero consiguieron abatirlo después de hacer que se tragara ese frasco con la poción.

—¡Pues con más razón! —Evie hizo un gesto hacia el cielo después de que otro chillido rasgara el aire y el árbol que tenían al lado empezara a derretirse.

Las alas de la criatura se agitaron sobre ellos y una ráfaga de viento los hizo retroceder mientras se volvía a elevar y se iba en otra dirección, lo suficiente como para que pudieran recuperar el aliento.

—¡Aquí no tengo ningún somnífero! —gritó Blade, y los tres retrocedieron cuando un grupo de personas pasó corriendo por su lado. Iban gritando y la mayoría tenía heridas o estaba sangrando.

Evie reculó hasta que sintió que su vestido se enganchaba con algo por detrás. Al girarse, vio un cuerpo encorvado contra un árbol y con una capucha que le tapaba la cara.

Blade parecía confuso.

—¿Ese hombre… está durmiendo la siesta?

—¡Quizá está muerto! —dijo Becky en tono de reprimenda mientras le daba un golpe en el brazo—. Tócalo, a ver si se mueve.

Blade frunció el ceño, cogió una ramita y se acercó al cuerpo.

Se agachó e inclinó la cabeza hacia el hombro de aquella persona. Se llevó un susto al ver que se movía cuando ni siquiera había llegado a tocarlo con el palo. La figura emitió una risa oxidada desde detrás de la tela que ocultaba su rostro.

—No estoy muerto, solo un poco menos vivo. —A Evie esa voz le resultó familiar nada más oírla. Por eso no se sorprendió cuando el hombre se quitó la capucha y reveló el rostro ensangrentado de Arthur—. No es grave. ¿Dónde está Trystan?

—¿Quién? —preguntó Blade. Se lo notaba incómodo—. Bueno, y ya de paso, ¿quién es usted también?

—Es el anfitrión de la fiesta —contestó Evie poniendo los ojos en blanco.

Blade frunció el ceño.

—Bueno, si dejamos de lado la parte en que la gente se está desintegrando viva, creo que va bastante bien.

—Blade —dijo Evie mientras se agachaba junto a Arthur y se arrancaba un trozo de su brillante falda para vendarle la cabeza—. Cállate, ¿quieres?

—Claro, claro —respondió el adiestrador de dragones en voz baja—. Iré a intentar… bueno, ya sabes —dijo antes de salir corriendo y adentrarse en el caos.

Arthur tosió débilmente y un hilillo de sangre le brotó de la comisura de los labios. Evie sintió pánico al verlo. Hubo un tiempo en el que aquel hombre se preocupaba por Trystan, y todo apuntaba a que aún era así. Y, aunque quizá Trystan no lo sabía, también a él le importaba ese hombre.

Se arrancó otro trozo de la tela del vestido y se lo puso con cuidado en la comisura del labio. Rezó para que, fuera lo que fuera lo que tenía, se pudiera curar.

—Es usted muy valiente —le dijo Arthur con una leve sonrisa. La tierra se mezclaba con la sangre de sus mejillas.

Evie resopló.

—No se crea.

Era impulsiva y testaruda en los días buenos, pero ¿valiente? Parecía una palabra demasiado grande para la visión que tenía de sí misma.

—Debe serlo si trabaja para… —Hizo una pausa y observó a Becky, que estaba detrás de ella. Parecía estar sopesando algo antes de descartarlo y volver a mirar hacia Evie—. Para El Villano.

El hombre hizo una mueca de dolor al pronunciar las dos últimas palabras, como si llamar a su hijo algo siniestro fuera más doloroso que cualquiera de las heridas que tenía en ese momento.

—Tampoco da tanto miedo —dijo Evie con una sonrisa.

Sintió un calorcito que la recorría por dentro al recordar los momentos más tiernos de Trystan.

—Bueno, un poco sí. —Arthur hizo otra mueca de dolor, pero sonrió. Estaba intentando hacer una broma a pesar del dolor—. Nunca le había tenido tanto miedo a nadie.

Evie supo percibir los sentimientos que se escondían detrás de esas palabras. No le tenía miedo a Trystan, sino al futuro que le esperaba si

seguía por el camino que había elegido.

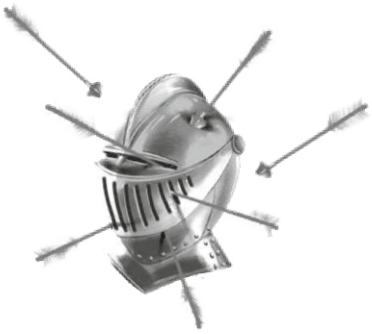
Le daba miedo porque se preocupaba por él. Aquello la conmovió tanto que se juró mantener a ese hombre con vida costara lo que costara.

Justo entonces, Becky ahogó un grito. Evie se giró para ver qué…

Se quedó inmóvil.

Estaban rodeados de Guardias Valerosos. Todos tenían las espadas desenvainadas y el semblante decidido.

Y no tenían para nada pinta de ser héroes…



CAPÍTULO 44

EL VILLANO

Tras correr como loco por lo que quedaba de la fiesta, pisando cuerpos irreconocibles, algunos de ellos aún gimiendo, Trystan divisó a Clare. Tiró del brazo de su hermana con fuerza y ambos se adentraron en las sombras.

Estaba temblando, con el vestido desgarrado y el hombro izquierdo desnudo, pues se le había roto uno de los tirantes. Aquello le recordó a su infancia, cuando Clare era una imprudente y Trystan vivía con un peso en el pecho por miedo a lo que pudiera pasarle.

Pero ya eran mayores. No le había costado aprender que ninguno de sus hermanos necesitaba que se preocupara por ellos.

—¿Tryst? —preguntó Clare con voz temblorosa, como si no estuviera segura de si era su hermano quien había llegado para rescatarla. Luego pareció recomponerse y gritó—: Padre. ¡Debemos encontrar a padre!

—¿Qué demonios haces aquí, Clare?

El Villano tenía un cúmulo de sentimientos encontrados. A su mente nunca se le había dado muy bien eso de procesar las emociones.

Estaba preocupado por Evie, estaba preocupado por su hermana, sentía furia contra quienquiera que hubiera causado aquel desastre y no había

palabras para describir la rabia que sentía hacia el rey Benedict.

—¡Padre me invitó! —respondió Clare entre gritos, con su mal genio habitual. Aquello disipó cualquier rastro de miedo que él hubiera podido verle en los ojos—. ¿Qué demonios haces *tú* aquí? —De repente abrió los ojos de par en par y, con cara de horror, preguntó—: ¿Eres tú quien ha hecho todo esto?

—Claro que no —gruñó él, y se quedó de piedra al ver que Blade pasaba corriendo por su lado—. ¡Gushiken!

El entrenador de dragones se detuvo en seco. Llevaba una cuerda con nudos y el sudor le chorreaba por la cara.

—Casi lo tengo, solo me hace falta un poco más de altura. —Blade miró a Clare y la saludó con una sonrisa, como si aquel fuera un encuentro de lo más normal—. Encantado de conocerla.

—Es mi hermana —anunció Trystan a pesar de que quizá no era la decisión más prudente.

Nadie en la oficina, excepto Tatianna y ahora Sage, sabía nada sobre sus conexiones familiares. Ni siquiera sobre su identidad.

—Ah. —El entrenador de dragones tardó un poco en comprenderlo—. Ah, es usted… Hola. —Era evidente que el hombre sabía algo que no debía, porque parecía un gato al que le habían puesto un ratón delante.

A Trystan se le había acabado la paciencia, como siempre.

—Clare. Voy a buscar a Arthur, tú procura mantenerte alejada.

—No acepto órdenes tuyas —dijo mientras ponía los ojos en blanco y se giraba hacia Blade—. Vas a necesitar un somnífero para acabar con esa cosa, ¿no?

—Bueno… —Blade miró a Trystan, incómodo por estar en medio de esa riña entre hermanos—. Estaría bien. ¿Puedes hacer uno?

Clare esbozó una media sonrisa.

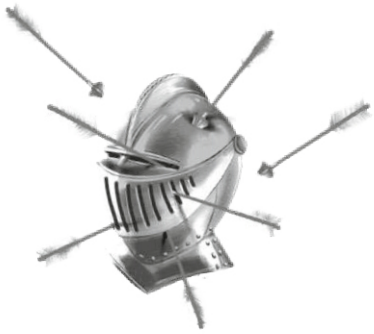
—Por supuesto que puedo. Hay por aquí algunas hierbas con las que puedo prepararlo, dame cinco minutos.

Ambos se dieron la vuelta en dirección a los arbustos, pero el grito de una voz familiar desgarró el aire y una sensación horrible atravesó el corazón de El Villano.

Sage.

—Tengo que… —Pero entonces un dolor agudo le inundó la cabeza.

Cayó de rodillas mientras veía unas manchas oscuras y la última imagen que apareció en su mente antes de perder el conocimiento fue la de Sage esperando a que fuera a salvarla, pero jamás iba a llegar a tiempo.



CAPÍTULO 45

EVIE

—Ponlos con el resto —le dijo un Guardia Valeroso al que llevaba a Evie del brazo hacia un puñado de personas apretujadas.

Algunas se abrazaban entre ellas y sollozaban mientras iban trayendo a más gente a ese claro del bosque, no muy lejos del lugar donde se había celebrado la fiesta. Arthur tropezó y soltó un quejido detrás de ella. Evie se giró rápidamente para poder ayudarle.

—¡Manténgase en fila!

—¡Está herido! —gritó ella.

El caballero más grande la agarró tan fuerte del hombro que no pudo evitar soltar un chillido de dolor.

—¡Dayton! —lo llamó otro de los guardias—. Controla tu temperamento; esta gente no ha hecho nada. —La voz de aquel hombre era amable y, a pesar de que no le veía la cara porque llevaba casco, Evie se sintió más tranquila.

Entonces vio a otro grupo de personas y al hombre inconsciente que tenían al lado. Llevaba una camisa negra rota y estaba completamente inmóvil. Evie se tragó un grito al pensar que estaba muerto, pero entonces

vio la sangre que le brotaba de la frente al moverse y casi se desmaya del alivio. No estaba muerto, solo inconsciente.

Se abrió paso entre la multitud, ignorando los gritos de un caballero que le pedía que se quedara donde le decían. Se dejó caer junto a Trystan y le apartó un mechón empapado en sangre de la frente.

—¿Señor? —susurró—. ¿Se encuentra bien?

Él soltó un suave gemido al notar sus caricias y movió un poco los párpados antes de volver a quedarse quieto.

Por primera vez, Evie se alegró de ver aparecer a Becky.

—¿Está bien? —Tenía los ojos muy abiertos y la respiración acelerada —. ¿Dónde está Blade? —preguntó mientras miraba a las pocas personas que tenían al lado.

No había ni rastro de él.

—¿Cómo vamos a salir de esta? —Evie se encogió cuando un caballero lanzó a otra mujer que gritaba hacia el grupo—. ¿Qué hacen ellos aquí?

—Debía de ser una trampa —susurró Becky—. Es imposible que esto sea una coincidencia. Sea quien sea el confidente del rey Benedict, quería que todos estuviéramos aquí hoy.

—¿Entonces por qué no se nos están llevando? —preguntó Evie, mirando al resto de personas de ese grupo.

Los guardias llevaban la armadura bañada en plata sobre los hombros y el pecho. La mayoría de sus rostros estaban ocultos tras los cascos y todos tenían la insignia del rey Benedict. Sin embargo, parecían estar algo confundidos. Quienquiera que los había mandado ahí tenía pinta de haberlos abandonado a su suerte, y con el gubre rondando sobre sus cabezas, era evidente que estaban nerviosos.

Evie sabía cómo manejar a los hombres nerviosos; era de lo que más abundaba.

Arthur se acercó cojeando, se agachó a su lado y apartó un mechón de la cara de El Villano.

—No saben qué aspecto tiene El Villano, y no hay rastro de la persona que ha hecho todo esto —les susurró—. Estoy demasiado débil para curar a nadie, pero… —Encontró el pulso en la muñeca de Trystan y miró a Evie

con los ojos llenos de ternura—. Se pondrá bien. Sus signos vitales todavía son fuertes. ¿Ha pensado en algún plan?

Becky también la estaba mirando a ella. Las demás personas de su alrededor estaban agitadas y demasiado pendientes de los guardias como para prestarles atención a ellos. A Evie le entró el pánico. La persona que solía dar órdenes ahí estaba inconsciente. Su trabajo consistía en seguir instrucciones y procurar hacerlo bien. ¿Qué se suponía que tenía que hacer una asistente si su despiadado jefe estaba inconsciente?

En realidad, la respuesta era obvia: lo que fuera necesario para salir vivos de ahí. Evie iba a tener que convertirse en una villana porque no iba a permitir que murieran en ese sitio. Ni hablar.

Se puso en pie y lanzó un grito dramático.

—¡Por favor! —sollozó—. ¡Ayúdenme!

Uno de los Guardias Valerosos se apresuró a ir hasta ella y la agarró con cuidado del antebrazo. A través de la rendija del casco logró ver sus ojos verdes; parecían incómodos.

—¿Qué le pasa, señorita? No tiene nada que temer de nosotros.

—Ay, lo sé. —Evie esbozó una sonrisa a pesar de las lágrimas mientras señalaba a El Villano, aún inconsciente en brazos de su padre—. Pero mi ma-marido… —Fingió que le costaba decir la palabra, como si estuviera a punto de romperse en mil pedazos.

El malestar en los ojos del caballero se multiplicó por diez.

¿Un hombre aterrorizado por las lágrimas de una mujer? Quién se lo habría podido imaginar.

—Está herido. Temo por su vida; debo llevarlo a que lo vea un curandero de inmediato. —Se secó una lágrima de la mejilla y luego agarró la armadura del caballero con las manos—. Se lo ruego, déjenos marchar.

El caballero retiró lentamente la mano de Evie de su armadura y luego se alejó un paso, como si su histeria fuera contagiosa.

—Mis soldados han recibido órdenes de devolver ilesos a todos los civiles aquí presentes. Cuando encontramos a su marido ya estaba inconsciente, mi señora.

Evie quiso lanzarle una mirada de recelo, pero se contuvo. Debía de pensar que era muy ingenua si creía que se tragaría que los caballeros

acababan de encontrar al jefe con un chichón en la nuca. Si hubiera sido cosa del gubre, estaba segura de que ya ni cabeza tendría.

—Por supuesto —dijo ella—. Todos ustedes son buenos y valientes. Debería habérmelo imaginado. ¿Sabe qué pasa? Que estoy en esos días del mes.

Uno de los caballeros se atragantó y estaba bastante segura de haber visto que a otro se le había caído la espada en el pie.

Las lágrimas de las mujeres asustaban a los hombres, pero las funciones del cuerpo femenino directamente les provocaban ataques de apoplejía. Ella continuó, resistiendo las ganas de reír.

—Mi marido y yo hemos estado intentando tener un bebé. —El Villano gimió detrás de ella, pero Evie lo ignoró y mantuvo la mirada al frente—. Por eso vinimos a ver al curandero de la esencia. Y entonces mi marido oyó que El Villano había llegado para boicotear el buen hacer del sanador.

De repente, todos los caballeros que tenía cerca se pusieron en alerta y empezaron a mirar a todas las personas que había agrupadas ahí para tratar de discernir si El Villano estaba entre ellas.

—Ese ruin malhechor no está aquí, mis amables señores —insistió mientras no dejaba de parpadear hacia el guardia—. Se ha largado tras el primer ataque de la serpiente voladora como el cobarde que es.

Los caballeros soltaron una risita nerviosa y se giraron hacia su interlocutor a la espera de que les diera órdenes.

—Por favor, señor, no tengo el material necesario para mis *sangrados mensuales*… y llevo un vestido blanco.

Todos los hombres que estaban lo bastante cerca como para oírla se estremecieron. El guardia que tenía enfrente asintió una sola vez. Había tomado una decisión:

—Está bien. Supongo que pueden mar…

Un fuerte grito impregnó el aire e hizo que todo y todos se quedaran inmóviles. Evie giró la cabeza lentamente hacia el sonido con un incipiente terror.

El Villano se estaba despertando y la reacción que iba a tener al ver que estaba rodeado de guardias iba a arruinarlo todo, y por arruinarlo todo quería decir que empezaría a matar a todo el mundo. En lugar de

convencerlos de que los dejaran marchar tranquilos, se iba a iniciar una batalla, y los guardias los superaban en número, por lo que acabarían capturando a El Villano.

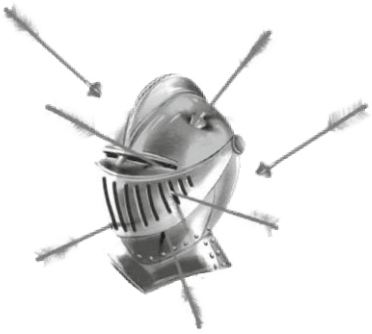
O peor, lo *matarían*.

Tenía que hacer algo…

El corazón le latía con tanta fuerza que casi se cae al acercarse con piernas temblorosas a su *marido*. Aquellos ojos oscuros se abrieron y, mientras se incorporaba, Trystan frunció el ceño ante el dolor y la confusión.

Su mirada se posó en la gente que tenía alrededor solo un instante, lo suficiente para que Evie reconociera la furia asesina que se estaba formando en su interior, así que se lanzó hacia él y le puso las manos en la nuca. Él parpadeó dos veces y luego abrió los ojos de par en par.

Aquello fue lo último que vio antes de que se juntaran sus labios.



CAPÍTULO 46

EL VILLANO

Trystan estaba soñando.

Lo cual lo sorprendió, pues pensaba que había perdido la capacidad de soñar hacía nada menos que diez años. Sin embargo, ahí estaba, soñando, y era un sueño agradable.

Solo vio la cara de Evie durante un momento antes de sentir que unos labios suaves presionaban los suyos. En su imaginación, sabían a vainilla. Probablemente por la ridícula cantidad de caramelos de vainilla que la mujer comía a lo largo del día.

Le resultaba cómico que un rasgo del que antes se reía para sus adentros fuera ahora algo que le proporcionaba tanto placer. Suficiente como para que se le cerraran los ojos y desaparecieran todos los malos pensamientos.

De todas formas, solo es un sueño…

Se incorporó, la rodeó con los brazos y metió una mano entre su pelo. Agarró unos cuantos mechones y tiró suavemente de ellos. Le entraban ganas de gemir. Justo entonces a ella se le escapó un jadeo y él le inclinó la cabeza para poder saborearla bien.

Pasó la lengua por sus labios, bajó una de las manos hasta su cintura y apretó, desesperado por acercarse más a ella. Los pequeños sonidos que ella emitía desde el fondo de la garganta casi lo desquiciaron. Nunca se había considerado un hombre con una gran imaginación, pero la forma en que ella se aferraba a él, dulce pero feroz, y la pasión que había detrás de ese beso… No podía más.

¿Cómo iba la realidad a superar la euforia que le corría por las venas ante ese beso que su propia imaginación había conjurado?

Cuando notó que ella se apartaba se sintió devastado. La Evie del sueño separó los labios apenas un centímetro y le susurró:

—Señor, creen que…

—Shhhh —le dijo él, y volvió a atraerla hacia sí para que sus labios se acariciaran una vez más.

Ella opuso algo de resistencia durante un segundo antes de volver a abandonarse y ponerle las manos en las mejillas.

Le pareció oír toser a alguien, lo cual pensó que era bastante grosero por parte de su subconsciente, pero se apartó de todos modos y vio como los labios de su asistente lo buscaban una vez más.

—¿Qué ibas a decir, amor? —susurró con una sonrisa torcida mientras le pasaba una mano por la suave mejilla.

Ella abrió los ojos de par en par y en ellos vio algo parecido a… ¿la esperanza? Antes de que se desvaneciera y fuera reemplazada por una mirada de comprensión.

—Ah —susurró—. ¿Ha oído la mentira que les he contado a los guardias sobre que estábamos casados? Por eso ha…

—¿Qué? —Trystan ladeó la cabeza. El sueño ya no tenía sentido.

No quería hacerlo, pero decidió mirar más allá de Evie, a la multitud que los rodeaba. Los Guardias Valerosos estaban en posición de firmes, observándolos con atención. Todos los civiles estaban reunidos a su alrededor y Arthur estaba apoyado en una esquina, cubierto de sangre.

Era todo tan…

Maldita sea, esto es la realidad.

Antes de pararse a pensarlo siquiera, se levantó y empujó a Sage detrás de él. El poder empezó a hervir en su interior con el anhelo de destruir y la

necesidad de destripar. Sin embargo, antes de que pudiera atacar, uno de los caballeros se adelantó.

—No queremos hacerle daño ni a usted ni a su esposa. Ella nos lo ha contado todo.

¿Mi mujer?

Miró a Sage y en sus ojos leyó lo que le quería decir.

—Les he explicado los problemas que hemos tenido para concebir, querido.

El Villano estaba casi seguro de que, si hubiera habido un intento de concebir un bebé con Sage, lo recordaría. Vívidamente.

—Entiendo —respondió.

Sage parecía aliviada y se acercó para agarrarlo de la mano. Él se negó a disfrutarlo.

—Pueden irse todos. —El caballero de voz amable surgió de entre la multitud—. Sentimos haberles asustado aún más. Y les aseguro que estamos haciendo todo lo posible para atrapar al gubre y capturar a El Villano.

El público aplaudió ante el bonito discurso, Trystan incluido. Iba a disfrutar viendo cómo lo intentaban.

Cuando la multitud se dispersó, Trystan se dio cuenta por primera vez desde que se había despertado de que ya no oía los gritos del gubre desde lo alto. O bien Blade y su hermana lo habían conseguido, o bien el rey Benedict había ganado también aquel asalto de la batalla.

Estaba decidido a averiguarlo, pero un Guardia Valeroso bajito que tenía a Arthur cogido por los hombros lo pilló desprevenido.

—Necesita ver a un curandero lo antes posible, mi señor. Por favor, sígame por aquí —le dijo a su padre.

Rebecka lo siguió también, sosteniendo un trozo de tela que parecía haber salido del vestido de Evie. Tanto ella como Arthur desaparecieron rápidamente entre la oscuridad de los árboles y Trystan se dispuso a seguirlos. No confiaba en nadie que respondiera ante el rey.

Pero fue interrumpido por el caballero que había mandado a la multitud a casa. Estaba hablando con Evie.

—¿Cómo dijo que se llamaba, mi señora?

Trystan se acercó a ella a toda prisa, apoyó las manos en sus hombros, y la arrimó hasta tenerla a un lado.

—No está interesada —dijo muy serio.

El caballero soltó una risita y empezó a levantarse el casco, pero se detuvo cuando vio que se acercaban otros dos caballeros.

Uno de los recién llegados sí que se lo quitó y reveló su melena pelirroja.

—A usted también puedo llevarlo a ver al otro curandero, mi señor, para que le eche un vistazo a la herida de la cabeza.

—No necesito…

—Insisto —dijo en tono amable el caballero pelirrojo—. Síganme, les mostraré el camino a usted y a su esposa. —Se dio la vuelta hacia la oscuridad del bosque, pero aquella no era la misma dirección en la que había ido Arthur.

Trystan decidió esperar a estar cerca del curandero para entonces despachar a ese tipo.

Lo siguió con desgana, asegurándose de que Sage se mantenía cerca. Todavía sentía un hormigueo en los labios por haber estado en contacto con los suyos. Quiso tocárselos para calmar aquella sensación, pero eso lo habría delatado y ya estaba lo bastante horrorizado por haber expuesto sus sentimientos delante de tanta gente.

El murmullo de la multitud que se marchaba de la colina se desvaneció en la noche, y Sage siguió mirando a todas partes como un animal acorralado, buscando cualquier vía de escape. Apareció otro caballero que iba andando hacia ellos.

También se había quitado el casco y tenía la cara curtida y el pelo salpicado de canas.

—Ahí estáis —dijo el hombre con una sonrisa—. El curandero está por aquí, mi señor. Dejad que os ayude.

Trystan no iba a permitirlo, pero el hombre lo agarró del brazo y él sintió que le daban un golpe en la espalda con algo duro. Se cayó al suelo.

—¡No! —gritó Sage.

A El Villano le entraron instintos asesinos solo de escuchar ese sonido. Se dio la vuelta y se disponía a levantarse cuando se dio cuenta de que el

caballero pelirrojo lo estaba apuntando con la punta de su espada. Por un momento se quedó inmóvil, pero estuvo a punto de moverse igual al ver que el otro guardia agarraba a Sage por detrás y le ponía una mano sobre la boca.

—Suéltala —dijo Trystan en tono sombrío.

Su poder se estaba despertando. El hombre pelirrojo presionó la punta de la espada contra la parte superior de su pecho hasta que brotó una gota de sangre.

—¡Erix! —llamó al otro caballero—. Sé bueno con la dama —dijo con una sonrisa en la boca.

La respiración de Trystan se entrecortó al ver que Erix se inclinaba hacia la oreja de Sage y le susurraba:

—Claro, muy bueno, por descontado. —Juntó los labios e hizo un sonido de besuqueos contra la mejilla de Sage.

Trystan apretó los dientes con tanta fuerza que casi se le rompen, pero Sage no se achantó ni lloró ante aquellas palabras; sino que empezó a agitarse como un animal. Se oyeron gritos ahogados de indignación saliendo de su boca, que seguía tapada.

Erix la agarró más fuerte, pero estaba teniendo dificultades para sujetarla.

—¡Estate quieta, moza! Fredrick y yo solo queremos haceros unas preguntas.

—¿Y cómo esperas que te conteste si le pones esa asquerosa mano en la boca?

Trystan ya había tenido suficiente de aquella farsa; su poder se había cansado de esperar. Era hora de masacrar a aquellos imbéciles, pero se le congeló la sangre al oír lo que dijo Fredrick:

—Tienen al sanador de la esencia bajo custodia. Tu mujercita estaba con él cuando lo encontramos. Solo queremos asegurarnos de que no sois cómplices.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Trystan mirando a Sage, que no había dejado de agitarse e intentar liberarse ni un segundo.

La espada de Fredrick seguía apoyada contra su piel. Se lo iba a permitir por el momento, así ambos caballeros seguirían pensando que llevaban

ventaja.

Fredrick soltó una risa y presionó aún más la espada sobre el pecho de Trystan.

—Eso no es de tu incu… —Se quedó a mitad de frase porque Erix empezó a gritar a sus espaldas.

—¡Puta! ¡Me ha mordido, joder!

El caballero sacudía la mano. Se veían las marcas de los dientes en la piel. Todas las cabezas se volvieron hacia Sage, que aprovechó su libertad para meterle una buena patada en la entrepierna a Erix. El hombre gritó y se desplomó.

El otro guardia giró lentamente la cabeza para mirar a Trystan sin apartar la espada.

El Villano le sonrió y disfrutó de ver como este vacilaba cuando agarró la hoja con la mano y apretó hasta que le salió sangre. Ese corte en la palma no era nada.

La sangre le goteaba mientras usaba todas sus fuerzas para empujar la espada en la otra dirección. Gracias al factor sorpresa y a la debilidad de aquel hombre, Trystan fue capaz de hacer que la soltara y la tiró a un lado para después ponerse en pie de un salto y empezar a asestarle golpes en la cara con el puño ensangrentado. El caballero cayó al suelo con un ruido sordo y Trystan se le echó encima.

Nunca había entendido a la gente que decía que cuando sentía ira lo veía todo rojo. Él veía más claro y con colores más vivos cuando sentía un fuerte ataque de furia.

Le dio otro puñetazo a Fredrick y el ruido que hizo su mano al darle en la cabeza fue escalofriante. Empezó a brotar sangre por la nariz y la boca del hombre, que se quedó inconsciente antes incluso de derrumbarse contra el suelo.

El Villano estiró el cuello a un lado y al otro y desenvainó la espada mientras se ponía de pie para mirar a Sage y al otro caballero, que seguía de rodillas.

Erix levantó la vista, primero hacia el rostro ensangrentado de su compañero y luego hacia Trystan.

—Nos… nos dijeron que habíamos atrapado a El Villano. ¡Al sanador de la esencia! Solo seguíamos órdenes, mi señor. —El hombre tartamudeaba con cada palabra y no podía parar de temblar mientras Trystan se acercaba —. ¡No! ¡No, mi señor! ¡Solo queríamos una recompensa! —Empezó a sollozar—. Por atrapar a El Villano.

Trystan se rio mientras acercaba la punta de la espada al pecho del hombre.

—Vaya, pues me temo que no habéis atrapado a El Villano.

Susurró las siguientes palabras en voz tan baja que ni siquiera Sage pudo oírlas.

—*El Villano os ha atrapado a vosotros*.

Los ojos de Erix se abrieron de par en par y volvió a suplicar:

—No, no, señor, no queríamos hacerle daño. Por favor, por favor, déjenos ir.

—A ella *sí* querías hacerle daño —gruñó Trystan. Su poder había empezado a salir y se estaba acumulando a su alrededor—. Y con eso me es suficiente.

Y entonces clavó la hoja en el pecho del hombre, atravesándole el corazón y matándolo al instante.

Trystan vio como el cuerpo sin vida del hombre se desplomaba contra el suelo. Se sentía agitado por la adrenalina y su poder le quemaba la piel, deseoso de ser utilizado.

Pero cuando por fin levantó la vista, vio que Sage iba alternando la mirada entre el cuerpo sobre el que se cernía Trystan y el hombre inconsciente que se encontraba a unos metros. Se hizo a un lado. De repente era muy consciente de la cantidad de sangre que tenía en la ropa y se fijó también en la salpicadura que llevaba ella en aquel vestido que, en algún momento, había estado inmaculado.

Seguro que todo aquello escondía una metáfora, pero no le apetecía nada descubrir cuál era.

—Evie… —Su nombre le salió áspero y torpe en lugar de amable, como él pretendía.

Lo último que quería era asustarla más.

Cuál fue su sorpresa cuando ella se lanzó a abrazarlo y enterró la cara en su cuello.

—Gracias —murmuró en su hombro mientras él mantenía los brazos inmóviles en los costados.

No sabía qué se suponía que tenía que hacer. La última vez que alguien lo había abrazado… Bueno, para ser sinceros, no recordaba cuál había sido la última vez que alguien lo había abrazado.

Había olvidado lo desconcertante que era.

—Emm… —murmuró incómodo—. No sé qué hacer ahora. —Se refería al peligro al que se enfrentaban, pero en lugar de eso ella le movió las manos y se las colocó a su alrededor para recibir también un abrazo.

Por culpa de ese malentendido, su asistente lo acababa de desarmar por completo.

—Solo tiene que poner los brazos alrededor de mi cuerpo —le indicó mientras volvía a poner los suyos en el cuello de Trystan—. No es muy difícil. —Su respiración se había acelerado—. Vaya, me ha estropeado el vestido.

—Le compraré otro —respondió él mientras subía poco a poco los brazos para rodearla.

Se sintió frustrado y un poco avergonzado por lo tenso que se le veía. Era una persona inteligente; pensó que no debería costarle tanto averiguar cómo funcionaban las muestras de cariño entre dos humanos.

—Así, muy bien —dijo ella contra su cuello sin importarle demasiado que el vestido que llevaba acabara aún más empapado de rojo por la sangre que goteaba de la camisa de El Villano.

Sage se apartó para ver el estado de su ropa, arrugó la nariz y esbozó una leve sonrisa.

—Creo que usted también necesitará una camisa nueva, señor.

Él se quedó contemplándola sin dejar que el horror que los rodeaba lo perturbara. Se comportaba como si acabara de verle cerrar un trato comercial en lugar de haber asesinado a un hombre delante de ella.

Y además le estaba sonriendo.

El Villano se dio cuenta entonces de algo tan trágico que su mente trató de rechazar las palabras. Pero estaban ahí, y era tan evidente que resultaba

hasta cómico.

Estaba enamorado de ella.

De todas las tonterías y cosas terribles que había hecho, enamorarse de una mujer a la que no se merecía en absoluto encabezaba la lista.

Pero la amaba. No era una pregunta, ni siquiera algo de lo que se hubiera dado cuenta de repente. Ya lo sabía de antes, ¿a que sí? Lo supo desde el momento en que ella lo llamó atractivo. Era como si los uniera una cuerda que a él se le enrollaba alrededor del corazón y ella tuviera el poder de aflojar y apretar a su antojo.

Evangelina Celia Sage era ahora parte de su ser; estaba en cada parpadeo, en cada expresión, en cada una de sus risas oxidadas. Desde el momento en que la conoció, sentía que era como el sol: brillante y llena de vida, intocable.

Pero se equivocaba.

Ella no era luz; era color. Era todos los colores a la vez, bailando y resplandeciendo ante su mirada indigna. Era la explosión de los brillos y destellos del mundo que lo rodeaba, como un arco iris constante, uno que no se limitaba a salir después de la lluvia, sino que aparecía mientras llovía.

Era todo lo que él no merecía pero anhelaba de todos modos.

Recordó la sangre en su vestido, el anterior jefe que la había herido, la forma injusta en que la habían tratado… Esa palabra resonante y agonizante era la gota que colmaba el vaso.

Estaba acabado.

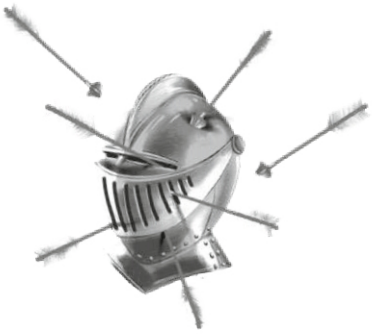
Pero la amaba de todos modos.

Sabía que existía la posibilidad de que ella sintiera lo mismo por la forma en que respondía ante su presencia, pero no podía alentar esa situación, no podía darle esperanzas de que aquello tenía algún tipo de futuro. Al menos no uno juntos. Lo más probable era que a él el futuro le deparara estar a dos metros bajo tierra, y se negaba a arrastrar a Sage consigo.

Pero por ahora…

Trystan se permitió hundir la cabeza en el pliegue de su cuello durante un momento antes de hacerse una promesa.

Nunca se lo confesaría.



CAPÍTULO 47

EVIE

Trystan bajó los brazos y dio un paso atrás. Ambos parecían incapaces de hacer nada que no fuera mirarse fijamente. Ambos cojeaban, estaban agotados y cubiertos de sangre.

—Ay, qué asco. —Evie arrugó la nariz y apartó la cabeza de la sangre de su vestido—. No sabía que era capaz de matar de una forma tan… eficiente. —Se dio unos golpecitos con el dedo en la barbilla—. Pensaba que preferiría darle un toque más dramático… como hace con su pequeña colección de cabezas en el vestíbulo de la mansión.

El Villano se giró hacia ella, sonrió y sacudió la cabeza con un brillo diabólico en los ojos.

—Hacer el mal es un arte.

Se volvió a dar la vuelta y caminó hacia el borde del claro, cogió uno de los farolillos mágicos y lo ató al extremo de una rama caída para crear una antorcha improvisada.

—¿Vamos? —preguntó.

Evie entrelazó un brazo con el suyo.

—Sí. Debemos encontrar a su padre.

Los bíceps de El Villano se tensaron ante aquel contacto y se detuvo un momento para poder recuperarse y seguir adelante.

Evie siempre había sido muy de contacto físico a la hora de comunicarse.

Los abrazos eran lo que más le gustaba del mundo, o estrechar la mano, o incluso una amable palmadita en el hombro. En el fondo siempre se había sentido muy diferente del resto, pero con los abrazos nunca se equivocaba. Dar un abrazo a alguien significaba que esa persona te importaba, coger a alguien de la mano significaba que lo querías cerca y…

Prácticamente ya había hecho todo eso con su jefe… Incluso besarse.

El Villano debió de sentirse horrorizado por haber tenido que seguirle la corriente con una estrategia tan embarazosa. Se sentía culpable por haberse abalanzado sobre él y por haberlo metido en un embrollo que seguro había sido incómodo para él.

No obstante, Evie tenía que admitir que, a pesar de lo terrible de la situación, al recordar ese momento pensaba que… El Villano era *muy* bueno a la hora de fingir. Si dejaba de lado la incomodidad por un segundo y se centraba en el beso como tal, se le encogían los dedos de los pies.

Sabía besar muy bien, pero cómo no iba a saber. Los asesinos atractivos siempre besan bien; estaba segura de haber oído esa afirmación en algún lado. O tal vez se la había inventado durante una de las muchas ensoñaciones en las que había fantaseado sobre ese momento.

¡No fantasees con besar a tu jefe, Evie!

También decidió pasar por alto que casi se había desmayado como una damisela de cuento al verlo aniquilar a esos repugnantes guardias, incluso lo había disfrutado un poco.

Llevaba casi seis meses trabajando para Trystan, pero solo había tenido pequeños atisbos de la violencia de la que era capaz. Sabía contenerse muy bien.

Sin embargo, incluso después de que verla con sus propios ojos, sus sentimientos hacia él no habían cambiado.

Tal vez deberían haberlo hecho, pero no fue así. Y era ridículo hacer algo solo porque creías que debías hacerlo, así que se aferró con fuerza a su

brazo, esperando a que él se zafara para seguir buscando dónde se habían llevado a Arthur los otros guardias.

Continuaron andando entre los árboles y él seguía sin apartar el brazo.

—Nos hemos perdido.

—No nos hemos perdido.

Evie echó los hombros hacia atrás para parecer más alta y, con voz grave, dijo:

—Soy un hombre. No me permito preguntar cómo llegar a los sitios.

El Villano enarcó una ceja, como si estuviera maquinando algo.

—Tiene razón, torbellino. Debería parar al primero que pase por el bosque de Hickory en plena noche y decirle: «¡Saludos! Mi asistente y yo estamos buscando a mi padre. Ha desaparecido después de haber sido puesto bajo custodia por los Guardias Valerosos. Verá, ellos se creen que es El Villano, pero lo cierto es que El Villano… soy yo».

Evie abrió la boca para darle alguna respuesta sarcástica, pero él continuó:

—«Ah, ¿y por casualidad no habrá visto a una bestia rara y mortalmente peligrosa conocida como un gubre? Se nos ha escapado sin querer.»

Evie rio y le dio un apretón en el brazo. El Villano dejó de andar y se quedó quieto de golpe. Se giró para mirarla con la antorcha iluminándole la cara y a Evie le dio un vuelco el estómago. Empezó a decir algo y, por la forma en que evitaba tener contacto visual, Evie supo que iba a tener algo que ver con el beso que se habían dado, pero aún no estaba preparada para oír que se arrepentía.

Así que se apresuró a decir:

—¿Sus padres le hicieron participar en obras de teatro cuando era pequeño? Porque es usted muy teatrero cuando quiere.

Se quedó atónito y ella aprovechó para chasquear la lengua y seguir caminando.

—Su caballo debe de haberse escapado, ya deberíamos haberlo encontrado.

—No se iría sin mí.

—Es un caballo. Se debe a la comida y al agua. —Evie notó un desnivel en el suelo y rápidamente agarró la antorcha de la mano de El Villano—.

Huellas de cascos.

Había un montón, no eran de un solo caballo. También había huellas humanas.

—Se lo han llevado ellos —dijo Trystan mientras se pellizcaba el puente de la nariz.

—No se preocupe, señor. —Lo dijo porque sabía que en realidad aquello no iba por el caballo, al menos no del todo. Lo vio agacharse y recoger un trozo de la túnica de Arthur—. Lo recuperaremos y se lo haremos pagar.

—Supongo que deberíamos preocuparnos por la señorita Erring, ya que también estaba con ellos.

Evie hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Ah, no se preocupe, estará bien. Mala hierba nunca muere.

El Villano resopló y siguieron adentrándose en el bosque.

—Que los dioses la oigan, Sage.

Un ruido en los arbustos los detuvo. El Villano desenvainó la espada y se puso en guardia.

—Quédese detrás de mí.

—Lo más seguro es que sea una rata o algo así —susurró Evie.

De repente apareció Becky de entre las ramas, despeinada y con una mirada salvaje y frenética.

—Vaya, pues tenía razón —dijo Evie, pero luego ahogó un grito al ver el estado de la mujer. Corrió hacia ella y le puso el brazo alrededor de los hombros temblorosos—. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Estás bien?

Becky se aferró a una de las manos de Evie y eso la aterrorizó aún más. ¿Qué le habían hecho? ¿Y por qué la idea de que alguien hiciera daño a Becky hacía que le entraran ganas de quemar cosas?

Qué día más raro.

—Se han… —Tragó saliva—. Al oír al gubre, se han largado con dos caballos y se han llevado al sanador de la esencia. A mí también me habían subido a uno, pero el animal iba demasiado lento, así que el guardia me ha soltado para poder correr más.

Los ojos de Evie se abrieron de par en par al ver la suciedad y las lágrimas en el vestido de Becky. También tenía moratones en la cara.

—¡¿Te ha tirado del caballo en movimiento?! —gritó.

Se agachó y cogió el cuchillo que llevaba en el tobillo, luego emprendió el paso decidida en la dirección de la que había salido Becky. Dio como mucho tres pasos antes de que el jefe la cogiera desde la cintura y tirara de ella hacia atrás.

—Creo que una asistente contra varios guardias reales bien entrenados es una pelea un poco injusta, ¿no le parece?

—Puedo arreglármelas sola —replicó.

Evie entrecerró los ojos cuando él le dio la vuelta para que lo mirara a la cara.

Había un cierto brillo en las oscuras profundidades de la mirada de Trystan.

—No es por usted por quien estoy preocupado.

Evie hizo una mueca de indignación, pero le fue imposible evitar que se le curvara un lado de la boca mientras le sostenía la mirada. Becky tosió y Evie cayó en la cuenta de que su némesis estaba viendo cómo le hacía ojitos a su jefe.

Al mirarla le empezó a subir un calor por las mejillas. En la cara de Becky se leía una mezcla entre perplejidad y repugnancia.

—¿Se puede saber qué es lo que…? —De repente ahogó un grito y levantó tanto las cejas que casi le tocan el cuero cabelludo—. Que los dioses me amparen, ¿todo esto viene por ese *besito*?

Evie y El Villano empezaron a balbucear y a hablar uno por encima del otro para negar aquella afirmación.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Evie.

—¡Solo era parte de un plan estratégico muy bien pensado!

Ambos chocaron entre sí al agitar los brazos.

La expresión de Becky siguió siendo la misma mientras cojeaba hasta un árbol y se apoyaba en el tronco.

—Creo que ya he tenido suficiente por hoy.

El Villano levantó una ceja con actitud autoritaria.

—¿Disculpe, señorita Erring?

Becky suspiró mientras se dejaba caer al suelo y apoyaba la cabeza entre las manos.

—Se han ido y se han llevado al sanador de la esencia. Sus caballos son rápidos, así que ya deben de estar lejos, puede que incluso ya hayan llegado al Palacio Radiante.

—Hoy estás que te sales con las buenas noticias —dijo Evie sin acritud mientras buscaba algo a su alrededor para calentar los brazos desnudos de Becky—. Tenemos que llevarte a ver a Tatianna y tenemos que encontrar a Blade.

Otro crujido en los arbustos hizo que todos se pusieran de pie. Y entonces apareció una cabeza oscura con unos ojos también oscuros. Clare. Parecía asustada e, igual que ellos, estaba irremediablemente despeinada.

—Bueno, lo hemos atrapado.

El Villano se quedó boquiabierto.

—¿Cómo demonios…?

—No te creas que tenemos tanto mérito —interrumpió Clare. Sonaba agotada—. Se enredó con un árbol, así que fue fácil tenerlo a tiro. Las hojas que encontré tienen un efecto más fuerte cuando las impregno con mi magia. —Flexionó los largos dedos y se apartó un mechón de la cara.

Trystan sacó el cristal de aviso y esperó a que brillara en sus manos para hablar.

—¡Traigan el carro, y que sea rápido!

—¿Dónde está Blade? —preguntó Becky.

—Se ha quedado vigilando al gubre, por ahí. —Clare señaló hacia un lado. Cuando se volvió a girar los miró a los tres con expresión inquisitiva —. ¿Sabéis dónde está padre?

La cara de El Villano se quedó en blanco, solo fue capaz de tensar la mandíbula.

—¿Dónde está, Tryst? —insistió Clare con pánico en la voz.

Pasaron unos segundos desgarradores antes de que el jefe dijera por fin:

—Se lo han llevado, creen que es… que es El Villano.

—¡Desgraciado! —gritó Clare mientras se abalanzaba sobre él y empezaba a darle puñetazos en el pecho—. ¡¿Cómo has podido permitirlo?! Podrían *matar* a nuestro padre, ¡y todo sería culpa tuya!

A Evie se le rompió el corazón al ver cómo se ponía rígido y recibía todos aquellos puñetazos sin ofrecer resistencia. Mantuvo los brazos

inmóviles a los lados mientras esperaba a que Clare se calmara. Los golpes fueron cada vez más suaves hasta que desplomó la cabeza sobre su pecho.

—¿Y si muere, Trystan? —La voz de Clare se quebró—. ¿Y si muere?

—Eso no va a pasar. —No eran palabras de consuelo, era una promesa.

Clare retrocedió con los labios aún fruncidos y los ojos rebosantes de lágrimas.

Al ver que no decía nada, El Villano asintió en dirección a todos ellos, pero sin mirar a nadie a los ojos.

—Voy a ver si puedo conseguir algunos caballos. Me quedaré con Blade hasta que lleguen los Guardias Malévolos.

Reapareció diez minutos después con dos caballos.

—Pasaremos todos la noche en la mansión —anunció.

Evie vio que Clare ni siquiera intentó discutírselo, simplemente montó en uno de los caballos y le tendió la mano a Becky, a quien El Villano ayudó a subir junto a su hermana.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Evie, intentando parecer indiferente.

—Claro que se pondrá bien, Sage —contestó él con sinceridad.

Evie asintió. Deseaba poder ir con ellos a la mansión, quedarse cerca de Trystan mientras él luchaba por rescatar a su padre, pero esos deseos se vieron eclipsados en seguida por un sentimiento de culpa que le partía el pecho. Su propia familia la necesitaba más.

—Tengo que irme a casa —dijo con un suspiro.

Su jefe frunció el ceño un segundo.

—Haga lo que crea más conveniente, Sage, pero… —Tragó saliva, luego la agarró y la subió al lomo del segundo caballo—. Pero tenga cuidado.

Evie asintió, sin saber qué hacer con las manos. Se inclinó, nerviosa, y se puso a juguetear con las riendas.

—Lo tendré. Y no se preocupe, señor. Salvaremos a su padre.

Parecía decepcionado cuando sus ojos se encontraron.

—Sage, los villanos no son particularmente expertos en salvar a gente.

—A mí me ha salvado —susurró ella, pero él ya no estaba. Se había alejado a grandes zancadas en la oscuridad de la noche, como si las sombras le estuvieran dando la bienvenida a casa. Notó un peso en el pecho y

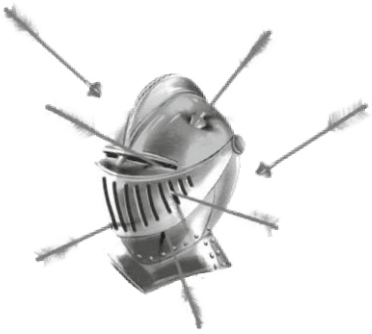
murmuró—: Supongo que no le convenció la idea de compartir un caballo conmigo.

Mientras Evie le indicaba a su caballo por dónde tenía que ir para tomar el camino a casa, le pareció oír que Becky murmuraba en voz baja:

—Todo el mundo está atontado.

Otra cosa no, pero la mujer era sincera.

Mientras cabalgaba de vuelta a su hogar para reunirse con su familia, sintió que algo tiraba de ella en dirección a Trystan y se preguntó si ese tira y afloja entre aquellos dos mundos sería lo que acabaría partiéndola por la mitad.



CAPÍTULO 48

EVIE

La almohada de Evie no estaba bajo su cabeza.

El piar de los pájaros en la ventana indicaba que había amanecido, pero ella no estaba en su cama. Los acontecimientos de la noche anterior le volvieron a la mente, junto con el hecho de que había caído rendida en el pequeño sofá de la sala de estar de su casa, con una mantita y una almohada que en algún momento de la noche había decidido que ya no quería estar bajo su cabeza.

Soltó un gemido y estiró el brazo para buscarla. Casi suelta un chillido al notar que estaba tocando una cabeza humana.

Abrió los ojos de golpe y vio que su hermana estaba junto a ella con una taza humeante en las manos.

—Te he preparado un té —dijo con tanto orgullo que a Evie se le partió el corazón.

Se incorporó poco a poco y su cuerpo protestó. Le dolían los músculos de los muslos por el corto trayecto hasta casa; no estaba acostumbrada al movimiento de montar a caballo. Cuando llegó, la casa estaba en silencio y su vecina tejiendo en el sofá. Evie mandó a la anciana de vuelta a casa con

un sincero agradecimiento y un cuarto de su paga de la semana anterior. Después de aquello, no le quedaron fuerzas ni para irse a la cama. Se desplomó en el sofá sin quitarse el vestido roto y cubierto de sangre seca.

Al darse cuenta, Evie entró en pánico y agarró la manta para taparse, pero ya era demasiado tarde. Se había destapado lo suficiente durante la noche como para que Lyssa lo viera y diera un respingo. Sus oscuros rizos saltaron con ella.

—¿Qué le ha pasado a tu vestido, Evie? —Tenía los ojos abiertos como platos y una expresión de horror.

—Anoche me metí en un lío, pero estoy bien, y toda la gente que me importa también —contestó esperando que fuera suficiente.

Lyssa aún parecía preocupada, lo cual hizo sentir mal a Evie, pero se limitó a asentir y a darle la taza humeante.

—¿Te parece bien? —preguntó Evie con miedo.

Y es que, para ser sinceros, estaba haciendo todo lo posible por hacer de madre con su hermana, pero, para empezar, no estaba segura de que se le diera del todo bien. Sabía que su padre lo intentaba, pero ya antes de caer enfermo no se implicaba mucho en la educación de Lyssa y ahora parecía ser una figura que se limitaba a ir y venir sin más.

—Sí, me parece bien —dijo Lyssa con expresión sincera.

Evie sonrió y dio un sorbo al té, pero lo escupió de inmediato.

—Lyssa, esto sabe fatal —masculló mientras tosía por culpa del amargo sabor a vinagre.

—¡Ay! Ayer limpié la tetera. ¿Será por eso? —dijo su hermana con falsa inocencia.

—¿Usaste vinagre?

Evie entrecerró los ojos y levantó las manos como si estuviera a punto de abalanzarse sobre ella, y Lyssa empezó a reírse.

—¡No! —chilló cuando su hermana mayor se agachó para hacerle cosquillas.

Las dos rieron hasta que se les saltaron las lágrimas y rodaron por el suelo para ver quién dominaba a la otra. Evie era más grande, pero Lyssa tenía la determinación implacable de una niña que se cree capaz de conseguir cualquier cosa, y eso fue suficiente para que Evie cediera.

—¡Me rindo! Tú ganas —dijo con voz ronca por la risa.

Se incorporó y se le desvaneció la sonrisa al ver que su hermanita volvía a mirar la sangre de su vestido.

—¿Me prometes que nadie se hizo daño? —preguntó Lyssa con escepticismo.

—Nadie que tú conocieras. —Era lo más cercano a la verdad que podía darle, porque mucha gente había muerto la noche anterior, pero decírselo a ella no tenía sentido; Evie nunca permitiría que su hermana se acercara a ese tipo de peligro.

Pensó en el traidor que había dejado la nota en su casa, en su dormitorio, y tuvo un escalofrío.

Lyssa captó el sutil movimiento y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Evie se mordió el labio; intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Hay una rata suelta en la mansión en la que trabajo y es terrible. Se come nuestra comida, rompe las cosas, alborota al gato y, por mucho que lo intento, no consigo atraparla.

Lyssa se dio golpecitos en la barbilla con la punta del dedo.

—¿Has buscado en los sitios correctos?

—En todos los que podría estar —contestó Evie asintiendo.

—¿Y en todos los que *no* podría estar?

Al escuchar esas palabras, cayó en la cuenta.

¿Tenía razón Lyssa? ¿Se estaba centrando demasiado en buscar en los lugares más obvios? ¿Estaba demasiado centrada en hacer listas como para fijarse en lo que tenía delante?

—Creo que deberías dejar de ir al colegio. Te está volviendo demasiado inteligente. No me gusta. —Evie chocó su hombro contra el de Lyssa—. ¿Has visto a papá esta mañana?

Lyssa recogió la taza con aquel líquido asqueroso y Evie la siguió hasta la cocina, donde lo tiró por la ventana.

—Salió a dar un paseo hace unos diez minutos. Dijo que se sentía con vitalidad… ¿o era revitalizado? En fin, no quería despertarte.

Al oír eso, Evie sintió que tenía un peso menos en el corazón.

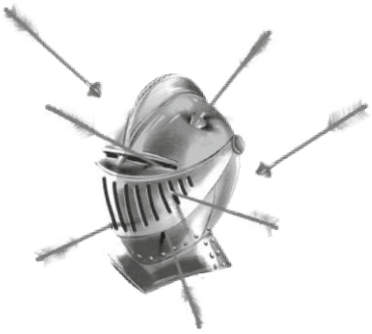
—Me alegro. —Giró la cabeza y tuvo que mirar dos veces el reloj—. ¡Eso dice que son las diez en punto! —chilló al recordar que, aunque al resto de sus compañeros les habían dado el día libre mientras El Villano buscaba al traidor, a Evie le había dicho que no—. ¡Llego tarde al trabajo! —gritó, y salió corriendo hacia su habitación para cambiarse. Estaba a medio camino hacia la puerta cuando se giró para mirar a su hermana—. Y tú llegas tarde a clase —dijo con voz cantarina.

Lyssa soltó un quejido.

Evie sonrió. Quizá no se le estaba dando tan mal lo de ser madre sustituta.

Pero su sonrisa desapareció al quitarse el vestido sucio y estropeado y ver que tenía un enorme moratón en la parte superior del brazo. Se estremeció al recordar a los que habían muerto la noche anterior a causa del veneno del gubre. La carne de esa gente no solo estaba magullada, sino que se había desprendido de los huesos.

Se le revolvió el estómago mientras se apresuraba a vestirse, inquieta porque el traidor seguía jugando mejor que ellos y no tenían ni idea de qué sería lo próximo con que atacaría.



CAPÍTULO 49

EVIE

Cuando Evie entró en la oficina con el pelo alborotado, Becky ya estaba sentada en su escritorio, escribiendo algo con furia; probablemente la sentencia de muerte de una camada de cachorros. La mujer movió el codo e hizo una mueca de dolor mientras se sujetaba la barriga. Evie sintió una oleada de compasión.

Se acercó al escritorio de Becky retorciéndose los dedos hasta que la mujer levantó la vista.

—¿Qué? —preguntó mirándola desde detrás de sus gafas.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —contestó, y apartó la vista para mirar la pila de cheques que estaba firmando para la siguiente nómina—. Tatianna lo ha arreglado.

—Suele hacerlo, sí —comentó Evie sintiéndose algo torpe.

—*Siempre* lo hago. —La cálida voz de Tatianna apareció por detrás y Evie notó que la rodeaba con el brazo.

La curandera parecía un dulce de confitería. Llevaba un vestido rosa claro que le abrazaba las curvas y caía en volantes desde la cintura. Sus

trenzas estaban recogidas con el lazo rosa más grande que Evie había visto jamás.

—Guau, qué… —empezó a decir.

Becky terminó la frase:

—Rosa.

Tatianna frunció el ceño.

—Siempre voy de rosa.

—Y muy guapa —comentó Evie con una sonrisa.

—Y *muy* rosa —añadió Becky mirando aquel vestido como si fuera a contagiar a sus monótonos conjuntitos.

—¿Es que una chica no puede estar guapa sin levantar tantas miradas escépticas? —preguntó la sanadora con el ceño fruncido.

De repente, Clare salió del despacho del jefe con aspecto desolado y Tatianna se puso rígida.

Evie y Becky siguieron la mirada de la curandera en dirección a aquella mujer.

—*Ahhhh*... —dijo Evie arrastrando la palabra y volviendo a escanear el atuendo de Tatianna—. Ahora todo tiene sentido.

La sanadora entrecerró los ojos.

—Nada tiene sentido cuando esa mujer está aquí. Quiero que se vaya —dijo Tatianna, pero cuando Clare miró hacia donde ellas estaban, se le escapó un—: ¿Llevo el lazo recto?

Evie se rio y Becky tuvo que apretar los labios para no sonreír. Cuando la curandera se dio cuenta de lo que había dicho, las miró a ambas enfadada.

—No quiero oír ni una palabra.

Clare fue hacia donde estaban con un aspecto etéreo. Llevaba un vestido azul claro que complementaba a la perfección con la oscuridad del pelo y los ojos. Se detuvo frente a ellas, miró a Tatianna de arriba abajo y luego apartó la mirada con desinterés, pero Evie no pasó por alto el suave rubor en sus mejillas.

—Hola —dijo Clare, con un tono amable—. Esperaba poder hablar con vosotras dos. —Señaló a Evie y a Tatianna con una pálida mano—.

¿Podemos ir a tus aposentos, Tati? —le preguntó con expresión firme y decidida.

Los ojos de Tatianna se abrieron de par en par, como si se acabara de acordar de algo.

—¡Claro! Vamos, Evie.

De repente se respiraba tensión en el aire y Evie empezó a sentirse incómoda, como si esas dos tuvieran cosas que resolver a solas.

—¿Estáis seguras de que queréis que…?

Tatianna agarró a Evie por el brazo. Sus ojos decían claramente: *Si el barco se hunde, tú te hundes conmigo.*

Evie parpadeó. *Malditos barcos*. Luego dijo en voz alta:

—Vale… vamos.

Tatianna no le soltó el brazo en todo el trayecto hasta que llegaron a sus aposentos.

Clare entró antes que ellas dos, como si estuviera en su casa, como si aquel sitio fuera suyo. La respuesta de Tatianna fue exactamente la que Evie habría esperado: una furia abrasadora. La sanadora puso los ojos en blanco y empujó a Clare al pasar por su lado para ir a coger una pequeña caja rectangular que tenía en una esquina.

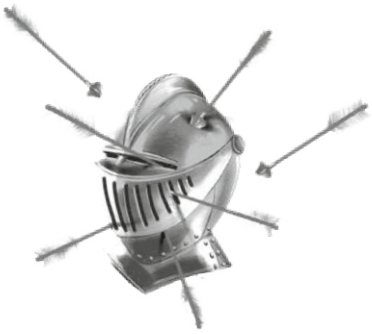
Evie las miró a ambas, confundida.

—¿Qué… qué hay ahí?

Tatianna esbozó una sonrisa, pero era una sonrisa siniestra.

—Me temo que esto te va a doler, querida.

Y entonces empezó el dolor.



CAPÍTULO 50

EL VILLANO

Bueno, la búsqueda en la oficina resultó inútil, pero ese no era el problema. Trystan se quedó mirando los nombres tachados y parpadeó. Tenía que haber algo mal.

En el transcurso del último mes, había ido eliminando nombres de la lista de empleados. Primero eliminó a los Guardias Malévolos, luego a Sage, después a Blade, seguido por Rebecka. Sabía desde el principio que no podía ser ella, pero no era un hombre propenso a confiar en la gente. Sage era la excepción.

El cuero de la silla crujió cuando El Villano se inclinó hacia delante sobre el escritorio.

Sus hermanos, que había incluido en una breve sección de «conocidos y personas no enemigas» de la lista, también estaban tachados. Había tenido a algunos de los guardias vigilándolos desde la explosión y ninguno había llevado a cabo ningún acto sospechoso. Al parecer, Malcolm no había salido de su taberna desde aquella noche, salvo para meterse en los arbustos y vomitar por la borrachera. La lista se había reducido aún más el día que un envío confidencial se vio comprometido. Las diez personas que lo sabían

tenían una coartada. Todas excepto una. Y cuando el gubre escapó, todas las de la lista estaban localizadas. Todas excepto la misma de antes.

Tatianna.

No, no puede ser ella. No podía ser que fuera una de las pocas personas de su pasado que no le importaba tener cerca.

Ella era experta en guardar secretos, pero ¿cuántos de esos secretos eran suyos?

Trystan no se iba a quedar ahí sentado para averiguarlo. Él *conocía* a Tatianna. Solo tenía que ir y preguntarle dónde estaba cuando el gubre escapó. Lo habría hecho ya si no fuera porque se había pasado la mayor parte de la noche consolando a su hermana.

Dio un empujón a la puerta del despacho y salió. Sus botas resonaban por el pasillo mientras intentaba disipar las dudas. Se trataba de Tatianna, era imposible que fuera una traidora.

Cuando se estaba acercando a la puerta, respiró hondo y se repitió a sí mismo que no había nada de que preocuparse.

Un grito rasgó el aire. Al reconocer la voz se le cortó la respiración. De repente sentía un dolor agudo en el pecho.

Evie.

A pesar de que solo le faltaban un par de pasos, Trystan corrió para llegar cuanto antes a la puerta de la habitación de Tatianna. Giró el picaporte, pero este no cedió. Empezó a golpear la puerta con tanta fuerza que temblaba entera.

El dolor de Sage lo inundaba, casi podía verlo. La piel le escocía y le quemaba tanto que sentía que se iba a desmayar. Golpeó con el hombro la dura madera de la puerta, pero siguió sin ceder.

—¡Abre la puerta, Tatianna!

Otro grito.

Histérico. Estaba histérico. Era como si pudiera verla en el suelo, derrumbada y sufriendo. Agonizando.

—¡ABRE LA PUERTA!

La madera empezó a astillarse por culpa de los puñetazos. Trozos diminutos y afilados se le clavaban bajo la piel y le provocaban dolor. Pero no le importaba.

Su magia palpitaba, pero algo estaba bloqueando su poder: un conjuro de protección. Clare había pintado un dibujo protector en la puerta. Trystan siguió golpeando la madera con la furia de mil tormentas y el miedo se apoderó de él.

Una voz débil pronunció su nombre; era la de Sage:

—Trystan.

Fue entonces cuando la rabia y el pánico lo cegaron solo de pensar en las mil cosas que podrían estar pasándole a Evie… Después de eso, solo hizo falta un golpe más para que las bisagras salieran volando por los aires y la puerta cediera para acabar cayendo contra el suelo.

El Villano cruzó el umbral despacio, con el pecho hinchado y los puños cerrados. La niebla gris de su poder serpenteó por la habitación y rodeó a Clare y Tatianna, que parecían horrorizadas y asustadas. Respirando con dificultad, observó el resto de la sala.

La habitación parecía la de siempre, ni una hierba fuera de lugar. La curandera y Clare estaban cerca la una de la otra, Tatianna sostenía una pequeña caja que apuntaba a Sage…

Sus ojos se calmaron al verla. El alivio le recorrió la sangre al comprobar que seguía entera, pero estaba tendida en el suelo, de lado, mirándolo con ojos dulces y suplicantes.

Al oír como otra oleada de gritos le salía de la boca, El Villano tensó los hombros y dejó salir a su poder para que encontrara a quien le estaba haciendo daño, dispuesto a despellejarlo vivo.

La niebla gris palpitaba, pero en lugar de girar alrededor de Tatianna y Clare, lo hizo en torno a Sage. Ahora tenía los ojos cerrados, las delicadas manos apretadas contra el suelo y todo su cuerpo ardía en una colorida agonía. Trystan no dudó. Corrió hacia ella, se puso de rodillas y le acunó la cabeza entre sus brazos. Ella levantó las manos y lo agarró de la camisa con lágrimas cayéndole de los ojos.

No apartó la mirada de su cara cuando dijo:

—Tatianna, sea lo que sea lo que le estás haciendo, PARA.

El estruendo de su voz hizo que la curandera se sobresaltara. Cerró de golpe la cajita que sostenía y la dejó a un lado.

Un instante después, Sage cayó rendida en sus brazos. Dejó de agarrarle la camisa tan fuerte y exhaló un suspiro.

—¿Torbellino? —preguntó, desesperado por tratar de disimular la preocupación en su voz.

—Presente —murmuró ella contra su pecho, lo cual provocó que se tensara.

Estaba bien. La levantó con cuidado y la llevó a la mesa de exploración. Entonces se giró hacia las dos mujeres que había al otro lado de la sala con pinta de sentirse culpables.

—Os voy a dar diez segundos para que me deis una explicación antes de que os corte el cuello —les dijo con toda la rabia que fue capaz de reunir.

—No lo haga, por favor —murmuró Evie con voz débil—. Ya tengo suficientes náuseas.

Hubo un breve silencio antes de que El Villano reformulara sus palabras.

—Bien. Tenéis diez segundos para darme una explicación ahora, y *después* os cortaré el cuello.

—No saques conclusiones precipitadas, Tryst. —Clare tuvo el descaro de sonar molesta y Trystan quiso retorcerle el pescuezo—. Estábamos ayudándola.

—¿Torturándola? —preguntó en tono sombrío mientras miraba a Sage, que seguía con la respiración entrecortada. Su piel, que de normal era radiante, estaba pálida. Tenía gotas de sudor en la frente y la cara mojada por las lágrimas.

Pero su vocecita cortó la volátil tensión que había en el aire.

—Están diciendo la verdad. —Todos se giraron para mirarla mientras se incorporaba lentamente.

Trystan extendió una mano para sostenerla y ella le sonrió agradecida. Se puso un poco rojo.

—La daga está en esa caja. —Señaló con la cabeza a la caja que había sobre la mesa.

Era simple, de madera, no más larga que su antebrazo.

—No lo entiendo —dijo El Villano negando con la cabeza.

—Bueno, si dejaras de sacar conclusiones precipitadas quizá podría explicártelo —repuso Clare mientras ponía los ojos en blanco y apoyaba

todo el peso en una cadera—. La daga está impregnada de un tipo de magia muy extraño. Tiene propiedades vinculantes y, cuando la usaron para hacerle ese corte, absorbió la sangre de Evie. Por eso le duele siempre que está cerca.

—¿Y? —preguntó Trystan, sintiendo que su pulso volvía a acelerarse.

—Clare dijo que la única forma de romper el vínculo era exponerme al dolor hasta que dejara de sentirlo —dijo Sage con la voz todavía débil.

Trystan tenía ganas de vomitar.

—Entonces, ¿ha… ha sido usted quien ha accedido a que le hicieran esto? —Frunció el ceño aturdido.

Sage flexionó las manos después de apretarlas.

—Quería liberarme de él, del dolor.

Sus labios se entreabrieron al mirarla, incapaz de disimular el miedo en sus ojos.

—Eso es muy valiente por su parte —contestó con voz ronca.

Clare y Tatianna se miraron mutuamente, pero en cuanto sus ojos se cruzaron con los de la otra, las dos apartaron la mirada a toda prisa. Seguían tan testarudas como siempre.

Clare carraspeó y volvió a hablar:

—Tatianna me permitió ver la hoja de la daga esta mañana porque el acero estaba hecho con una tinta muy parecida a la mía —dijo sin mirar para nada a Tatianna—. Casi se podría decir que la hoja tiene vida propia, por eso cuando absorbe unas gotas de tu sangre roba parte de tu esencia.

Trystan asintió; ya había oído hablar del tema.

—Es habitual que los guerreros las lleven en la batalla, tener una espada conectada a ellos puede resultarles muy beneficioso; es como si fuera una extensión de su propio ser. —Sonrió para sí.

«Guerrera» parecía una descripción adecuada para la mujer que tenía delante y que ya se estaba poniendo en pie.

—Quiero continuar —dijo Sage. El color le había vuelto a las mejillas —. Clare dice que esta magia tiene algo; algo peligroso e impredecible. Prefiero no tener este tipo de magia incrustada en el hombro y estar constantemente pensando que en cualquier momento puede acabar

conmigo, como una bomba de relojería. —Hizo una pausa y añadió—: Ya he tenido mi momento con esas bombas, no quiero más.

Trystan quiso decirle que no, quiso insistir en que lo dejara estar, pero ¿y si su hermana tenía razón? ¿Y si la magia de la herida podía hacerle daño sin previo aviso?

—Si eso es lo que desea hacer, entonces estoy seguro de que a Tatianna y a mi hermana no les importará trabajar juntas para ayudarla.

Las miró a ambas, y ellas se miraron entre ellas antes de asentir.

—Por supuesto —dijo Tatianna.

—Encantada de ayudar —afirmó Clare mientras asentía.

La lista.

—Tatianna, ¿dónde estabas anoche cuando el gubre escapó?

La curandera abrió los ojos de par en par antes de dar un paso atrás. Se lo quedó mirando y estalló en una carcajada.

—¿Crees que yo soy la espía?

Clare también se rio y Evie se tapó la boca con la mano.

Estas mujeres le estaban quitando años de vida.

—Ríete, pero eres la última persona que me falta por descartar como sospechosa.

—Si yo fuera el topo ya estarías muerto, Tryst —contestó mientras se acercaba para pellizcarle las mejillas. Él le apartó la mano—. Anoche cuando el gubre escapó, yo estaba en la taberna Evergreen. Puedes preguntárselo al camarero.

El Villano notaba como le latía la cabeza. Desde el día en que el traidor empezó a complicarle la vida, tenía un profundo dolor instalado ahí.

—Entonces me he quedado sin opciones —dijo derrotado.

Una voz sonó desde el pasillo.

—¿Qué… qué le ha pasado a la puerta? —Blade entró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué quiere, Gushiken? —El día se estaba poniendo cada vez peor.

—Los gubres están haciendo cosas —contestó mirando fijamente a El Villano—. Me ha dado la sensación de que necesitaban algo de privacidad.

—¿A qué cosas te refieres? —preguntó Clare.

—Se, em… bueno, están recuperando el tiempo perdido —dijo Blade haciendo un pequeño círculo con la mano.

—Ah —dijo Sage con naturalidad—. Están fornicando.

Un sonido ahogado salió de la boca de Trystan mientras desviaba la mirada hacia Evie. Las cejas casi le llegaban a la línea del cuero cabelludo. Ella esbozó una sonrisa astuta.

Si piensas en ello estás muerto, lo amenazó su mente.

—Fantástico —dijo Trystan con sarcasmo mientras apartaba la mirada de Sage—. ¿Y me necesita para… qué, exactamente?

—He pensado que podría usar su magia para evitar que la mansión se derrumbe. Son muy… em… entusiastas.

El Villano cerró los ojos.

—Voy para allá.

Blade asintió y les dedicó una última sonrisa antes de desaparecer tras la inexistente puerta.

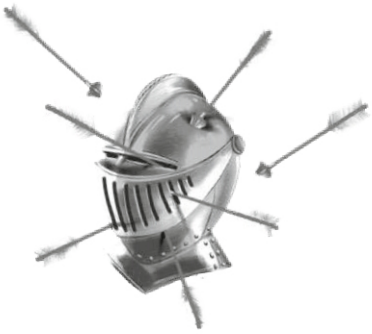
Trystan empezó a seguirlo, pero se detuvo en seco. Sin darse la vuelta, dijo:

—¿Va a seguir de una pieza mi asistente cuando vuelva?

—Con nosotras está a salvo —le aseguró Tatianna.

Él asintió y siguió andando, pero cuando los gritos de Sage comenzaron de nuevo, no estaba del todo seguro de poder evitar que su poder destripara a *alguien*. Solo esperaba que no fuera a uno de los gubres. O a Blade. El domador de dragones eligió ese momento para mirarlo y levantar el pulgar, seguido de otro grito de Sage.

En realidad, sí esperaba que fuera a Blade.



CAPÍTULO 51

EVIE

—Es suficiente.

—Solo un intento más —suplicó Evie.

Llevaban horas con eso, y cada vez estaba más cerca de poder mantenerse en pie con la daga a escasos centímetros de ella. Una gran mejora, teniendo en cuenta que cuando empezó el ejercicio solo podía estar en el suelo en posición fetal, a punto de tragarse su propia lengua.

—Podemos volver a intentarlo mañana. Necesitas descansar —insistió Tatianna.

La luz del día empezaba a desvanecerse y el jefe aún no había regresado.

—Sí, supongo que tienes razón. —Evie sonrió con tristeza—. Será mejor que me vaya a casa. Mi hermana tiene que cenar y quiero ver cómo está mi padre.

—¡Ah! Ahora que lo dices… —Tatianna empezó a moverse y a sacar frascos y pócimas de los compartimentos del armario—. ¡He encontrado un nuevo tipo de poción para el dolor en uno de mis libros viejos! Te la prepararé antes de que te vayas. Ahora siéntate y descansa un momento.

Tatianna encendió la pequeña estufa que guardaba en un rincón; el olor a hierbas medicinales inundó el reducido espacio.

Evie esbozó una leve sonrisa y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Estaba a punto de poder soportar el dolor lo suficiente como para utilizar la daga para lo que estaba pensada: como un arma.

Se estaba masajeando el cuello cuando Clare se sentó a su lado. Le sonrió y vio que la mujer se estaba toqueteando las manos mientras daba golpecitos en el suelo con el pie.

—Siento que tengas que pasar por todo esto.

—Ah, no pasa nada —contestó Evie—. A veces a la gente buena le pasan cosas malas.

Clare asintió y guardó silencio unos instantes antes de volver a hablar.

—Soy muy testaruda.

—Y la reina del disimulo a la hora de cambiar de tema —bromeó Evie.

Clare asintió con una sonrisa.

—Correcto —contestó. Evie pensó que su risa sonaba como a campanillas, que es a lo que también creía que sonaban las hadas cuando era pequeña—. También siento haber sido tan poco agradable el día que nos conocimos. No se me da bien conocer a gente nueva.

—Ah. —*Tú siempre tan elocuente, Evie.*

—Estaba tan avergonzada de haber ayudado sin saberlo al rey Benedict. —Clare levantó la vista y miró a Tatianna, que estaba concentrada en su tarea—. No apruebo la forma en que Trystan lleva sus negocios ni cómo está gestionando su *vendetta*, pero odio al rey.

Esas palabras hicieron que Evie sintiera una especie de vínculo con la mujer. Entendía lo complicadas que podían ser las dinámicas familiares como la que más.

—¿Cómo ibas a saberlo?

—No me di cuenta de que el hombre era un Guardia Valeroso hasta después de que firmara el registro de compra. No le di importancia. Ese día estaba distraída. —Clare se frotó los ojos—. Uno de mis clientes habituales, el hombre más dulce que te puedas encontrar… Su mujer lo abandonó. La tinta azul era su preferida, así que siempre se desvivía por conseguir un

poco. Estaba algo agobiado cuando vino a por su pedido habitual, y el caballero llegó justo después.

—Ya casi está —dijo Tatianna justo cuando algo empezaba a arder—. Mierda. Vale, no del todo.

Clare sonrió cuando la curandera volvió a girarse. Tenía los mismos ojos que El Villano.

—¿Qué clase de propiedades tiene la tinta azul? ¿Por qué alguien querría esa en específico? —preguntó Evie.

—Nada del otro mundo, la verdad —respondió encogiéndose de hombros—. Los clientes que suelen comprármela la utilizan sobre todo para leer lo que otros escriben con ella.

—¿Cómo se hace eso? —Evie inclinó la cabeza.

—Con solo una gota de tinta, todas las palabras que se han escrito usando ese mismo frasco aparecen en la página que tienes delante.

—¿Todas las palabras? —De repente el corazón de Evie latía con fuerza, como si se estuviera asomando poco a poco sobre el borde de un acantilado.

—Todas las palabras escritas con ella, sí. Cuando conjuro el hechizo que uso para la tinta, esta pasa a ser una especie de cuerpo. Incluso cuando las gotas se separan, pueden volver a unirse por las palabras. Para que lo entiendas, es como si te cortaran un dedo pero aún pudieras moverlo. Porque una vez fue parte de ti.

—¿Así que la tinta siempre revela la verdad?

—Hasta que se acaba.

Evie asintió. La mente le iba a mil por hora.

Clare resopló y echó un vistazo alrededor de la habitación.

—La verdad es que es muy útil si tienes un negocio. Cuando escribes con esa tinta, basta una gota para copiar todo lo que has escrito.

—No se lo digas a los duendecillos. Se quedarían sin trabajo —bromeó Evie con una sonrisa. Se presionó la sien con un dedo y exhaló lentamente —. Tinta mágica, cicatriz mágica, daga mágica. Pues sí que está en todos lados, ¿eh?

—Lo siento. —Clare sonrió—. Poseer magia es una cosa, pero estar rodeada de ella sin entenderla del todo es otra. Puede ser confuso, incluso frustrante.

—¿Cuándo se despertó la tuya? —preguntó Evie en voz baja.

—Cuando Trystan se convirtió en El Villano —contestó Clare con una mirada atormentada en el hermoso fondo de sus ojos—. Fue… un día duro.

Evie asintió sin saber qué decir, lo que ya de por sí era motivo de preocupación. Las palabras rara vez le fallaban; normalmente el problema era que le sobraban.

—¡Lo tengo! —Tatianna se acercó, mirándolas a ambas como si supiera que se alegraban de que las interrumpiera—. Aquí tienes. Hazme saber si al pobre hombre le sienta bien. Siempre puedo volver a la receta anterior.

Evie se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla a la curandera.

—Gracias, amiga mía. —Se giró para dedicarle una sonrisa a Clare—. Y gracias a ti también.

La hermana de El Villano miró el frasco que tenía en la mano con expresión compasiva.

—¿Tu padre tiene el mal místico?

Evie asintió y se guardó el medicamento en el bolsillo de la falda antes de acercarse a la mesa para coger su capa. Las últimas horas habían sido una mezcla tan borrosa de dolor y alivio que ni siquiera recordaba cómo había llegado esa prenda hasta ahí si siempre la dejaba colgada del gancho que tenía junto al escritorio.

—¡Evangelina, antes de que te vayas! —la llamó Clare, y Evie se dio la vuelta—. Esta tarde voy a hacer otro lote de tintas. ¿Quieres un poco?

Evie se encogió de hombros y esbozó una ligera sonrisa.

—¿Por qué no? Seguro que algún uso le voy a encontrar.

—¡Genial! —contestó Clare—. Igualmente tengo que preparar un pedido para East Marigold, así que aprovecharé.

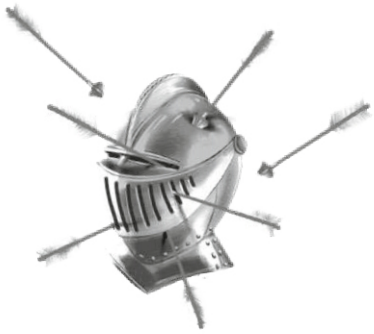
A Evie se le heló la sangre y se quedó paralizada.

Tatianna resopló.

—Bonito nombre. ¿Tu cliente es una flor?

La sonrisa de Evie aguantó mientras se daba la vuelta y salía de la habitación con un renovado propósito y más de un frasco en el bolsillo.

De todas las botellitas que había en los estantes cerca de la puerta… Sí, Evie sabía qué uso le podía dar a aquella.



CAPÍTULO 52

EVIE

Era tarde cuando Evie llegó por fin a casa. La luz de la habitación de Lyssa ya estaba apagada, pero cuando entró en la cocina se encontró con su padre. Estaba de pie frente a una olla, murmurando para sí mismo. El aire estaba impregnado por el penetrante olor de dos especias que claramente nunca deberían haberse mezclado.

Intentó mantener el corazón en calma y la respiración uniforme, y trató de actuar con normalidad. Se tragó el nudo que tenía en la garganta y se obligó a sonreír.

—Buenas noches, papá. ¿Qué estás haciendo?

—¿Por qué es tan difícil? —respondió su padre en voz baja. Sonaba mosqueado y frustrado.

Evie sabía que la intención era buena y notó un pinchazo de culpabilidad por haberse perdido la cena y no haber llegado a tiempo para acostar a Lyssa. Se sacó el frasco de Tatianna del bolsillo y se lo entregó a su padre, esperando que no notara que le temblaban las manos.

—Por favor, al menos prueba esta pócima, padre —le pidió Evie—. Mi amiga curandera me ha dicho que es una receta nueva para el dolor que está

dando muy buenos resultados.

Puso una de sus grandes manos en la mejilla de Evie.

—Siempre cuidas de mí. —El pinchazo del pecho se convirtió en un cráter—. Te pareces tanto a tu madre.

Fantástico. Justo cuando estaba al borde de un colapso mental era el momento perfecto para que también le recordaran su peor temor.

—Cierto —dijo Evie muy seria—. Salvo porque yo todavía estoy aquí.

Su padre le apartó la mano de la mejilla y, de repente, una sensación escalofriante recorrió la habitación.

—Sí. —Tosió—. Por supuesto.

El hombre parecía necesitar hacer algo con las manos, así que destapó el frasco y se lo bebió de un trago. Al menos eso a ella le proporcionó cierto alivio.

—Lyssa se ha acostado pronto esta noche —comentó sin mencionar que se alegraba de no tener que preocuparse por su hermana en aquel momento.

—Estaba agotada, se ha pasado el día jugando con las vecinas. ¿Qué tal el trabajo hoy?

Los dos se sentaron a la mesa, Evie presionó las palmas sobre la madera con suavidad antes de cruzarlas frente a ella, nerviosa.

—Ha sido… un día productivo —respondió, pues no logró encontrar una palabra mejor.

—Como todo trabajo debe ser —añadió su padre con una sonrisa—. Es bueno que te mantengas ocupada. Las manos ociosas solo traen problemas.

Supo que volvía a estar pensando en su madre por la forma en que buscaba el medallón del cuello con la mano.

—Papá… ¿tú en su día sabías lo mal que lo estaba pasando mamá con la magia? ¿Eras consciente de cómo sufría? ¿O te vino todo por sorpresa? —preguntó sin saber siquiera por qué necesitaba saber la respuesta, por qué era importante.

A él la pregunta lo pilló desprevenido, pero al menos contestó, y ella estaba segura de que le estaba diciendo la verdad:

—Lo supe cuando ya era demasiado tarde.

Evie lo dejó «cocinando» y se dirigió a su dormitorio. Comprobó que Lyssa dormía plácidamente. Luego, al pasar junto al despacho de su padre,

vio que había luz por debajo de la puerta. ¿Había abandonado ya su desastre culinario?

Sin embargo, cuando empujó la puerta para abrirla del todo, la habitación estaba vacía.

Entró despacio. Se sentía mal. Esa habitación le había sido vedada de pequeña y, a pesar de que ya era toda una adulta, al entrar sin permiso seguía sintiéndose como si estuviera incumpliendo las reglas.

El crepitar del fuego iba en declive, por lo que la habitación solo estaba iluminada por la luz que emitían los restos de las brasas. Había una pequeña estantería contra la pared con unos cuantos libros gruesos y otros más finos. Estos últimos eran cuentos infantiles que Evie adoraba de pequeña.

Avanzó sin dejar de mirar hacia la puerta con el cuello un poco doblado, lo suficiente para ver el pasillo. Andaba despacio, evaluando todo lo que veía.

Una de las velas parpadeó y vio como una gota de cera caía sobre un trozo de pergamino. Aquel pergamino parecía haber sido arrugado hasta hacerse una bola y luego alisado unas diez veces antes de volver a dejarlo plano.

Evie se sacó una horquilla del pelo y la lanzó tan cerca del escritorio como pudo.

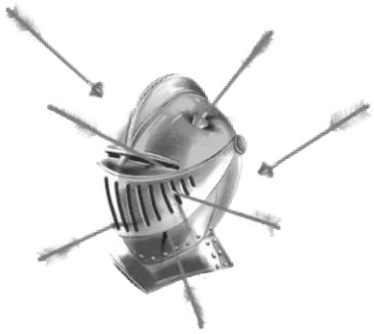
—Uy —murmuró en voz baja para sí misma.

Después se acercó de puntillas y se agachó para coger la horquilla. Se enderezó lo suficiente para echar un vistazo a las palabras que había sobre el papel. Parte de la tinta estaba borrosa, pero lo que estaba escrito en la parte inferior era claramente visible y fue lo que le causó un profundo horror.

Era una carta. Una carta larga.

Firmada «con amor» en la parte inferior… por la última persona que se habría podido esperar.

Nura Sage. Su madre.



CAPÍTULO 53

EL VILLANO

—Creo que ya han acabado —susurró Gushiken rompiendo el silencio del sótano, que estaba justo un piso por encima de las cámaras de tortura.

A esa hora del día, los llantos dramáticos de los prisioneros eran excepcionalmente fuertes.

Trystan no estaba seguro de cómo los gubres podían dormir tan profundo a pesar del ruido. Era como si los gritos de agonía les sirvieran como nanas. Para ser justos, a él a menudo le pasaba lo mismo.

—Mientras estén contentos, su magia debería ser lo bastante moderada como para poder mantenerlos encerrados —dijo Trystan.

Sus pensamientos no estaban tan centrados como sus palabras. Eran un revoltijo enmarañado que repasaba todos los acontecimientos que habían tenido lugar en las últimas semanas y el caos que habían provocado.

Pero al menos ambos gubres volvían a estar bajo su custodia. Las cuerdas de cuero de Blade, para sorpresa de todos, habían demostrado ser muy útiles… aunque él en sí no lo fuera.

No sabía cómo se le había ocurrido pensar que aquel hombre era adiestrador de animales. Tenía que empezar a comprobar la veracidad de los

currículos antes de contratar a la gente.

—¿Por eso me hizo quitar la pared que había ahí dentro? —preguntó Blade, dándose golpecitos con el dedo en la barbilla y señalando la jaula con la cabeza.

—¿Por qué iba a ser si no? —contestó Trystan en tono brusco.

—No lo sé. —El domador de dragones se ajustó el chaleco—. Pensé que tal vez se había apiadado de ellos.

—Yo no me apiado de nadie. Nunca —dijo tratando de sonar autoritario, pero se dio cuenta de que le había salido con un toque infantil.

El gubre macho se acurrucó más cerca de la hembra y ambos suspiraron.

—Lo que pasa es que… —Trystan hizo una pausa.

La noche anterior había oído al macho llorar y había visto como arañaba la pared que los separaba con las garras. Como si supiera que cualquier intento de llegar hasta ella era inútil, pero le resultara imposible no intentarlo.

El Villano seguía negando que poseyera un corazón, pero si lo hubiera tenido… es posible que en ese momento se hubiese resquebrajado. Solo un poco.

—¿Cómo está la señorita Erring? —preguntó Trystan para cambiar de tema mientras caminaban hacia las escaleras que llevaban a la oficina.

—Está bien. En su línea de escupir fuego cada vez que abre la boca.

—¿Eso ha sido una broma? —Trystan se estaba esforzando por aprender a valorar el humor de los demás en lugar de criticarlo.

—Así es, señor. —Blade sonrió satisfecho mientras subía las escaleras a su lado.

—Muy buena.

—¿Gracias? —dijo Blade vacilante.

Trystan entró en la oficina, que había quedado completamente desierta. El escritorio de Sage estaba vacío, su capa y su bolsa habían desaparecido.

El sol se había puesto más allá de los árboles y los últimos rayos brillaban a través de la ventana, iluminando la sala con un cálido resplandor. Sentía como si le faltara algo cuando ella no estaba sentada allí.

Tatianna apareció por una esquina, su hermana la seguía de cerca y, de repente, se acordó de todo.

Él fuera de la puerta, los gritos de Sage… Aquello había sido como vivir una pesadilla, como si todos sus miedos se hubieran reunido para acabar con él.

Y ahí radicaba el problema. Él era El Villano. No podía permitirse el lujo de tenerle miedo a nada. Y mucho menos temer por la vida de alguien. Sus sentimientos por Evie seguramente desaparecerían con el tiempo, como pasaba con todo. Se le empezó a acelerar el corazón, como si quisiera recriminarle que se estaba mintiendo a sí mismo.

—Se ha ido a casa —dijo Tatianna—. Necesitaba descansar.

Una vez más, su miedo estalló como una olla a presión.

—¿Se encontraba bien? ¿Qué le…?

—Sí, se encontraba bien. No hemos progresado mucho, pero no parecía haber perdido las ganas de intentarlo. La he mandado a casa con la daga.

—¡¿Qué?! —rugió.

—¡Dentro de la caja! —añadió Clare poniendo los ojos en blanco—. Eres peor que cuando éramos pequeños con eso de querer hacer de padre con todo el mundo.

—No quiero… hacer de padre con todo el mundo —replicó El Villano.

Blade parecía tener las orejas agudizadas, pero en cuanto apareció la señorita Erring se distrajo. Ella andaba en dirección a su escritorio con aquel moño tan estirado que tensaba todas sus facciones.

—Evie estaba bien. —Clare puso una mano en el brazo de Trystan.

El cariño que se tenían cuando eran pequeños se vio reflejado en aquel gesto, que le traspasó la piel y los huesos y le llegó directo al alma.

Mancillada como estaba.

Dioses, se estaba volviendo idiota.

—Deberías decirle lo que es esa marca dorada, Trystan —murmuró Clare en voz baja.

Mancillada, sin duda.

—No está bien que la hayas convencido para aceptar algo así sin explicarle de qué se trata —siguió.

—No le afecta en nada —argumentó él con temor.

No quería pensar que la única cosa buena que había hecho en años era en realidad un ejemplo de lo que significa extralimitarse.

En un primer momento tenía intención de hacer un pacto de contratación según el cual, si traicionaba su confianza, la tinta se convertiría en veneno y se filtraría por sus venas. Solo hacía un día que la conocía, así que no había motivo para elegir otra opción… pero entonces se fijó en aquellos ojos.

Eran tan honestos, tan dispuestos. Le hicieron sentir… *miedo*. Le podían pasar tantas cosas, había tantas personas en las que confiaba que podían fallarle y destruirla. En aquel momento le dio mucha rabia haberle dado importancia a todo aquello, no entendía por qué aquella mujer que hablaba tan alto y tenía una energía tan desbordante podía evocar un sentimiento de protección tan fuerte.

Así que, en lugar de la tinta verde que se usaba para los pactos de contratación, había utilizado la dorada porque, aunque la mayoría de la gente no lo sabía, su principal función era la protección. Protegía contra los peores males, y si en algún momento se enfrentaba a uno, él lo sabría. Se había hecho el mismo anillo dorado, pero alrededor de uno de los bíceps, de modo que cuando ella se enfrentara a una amenaza de muerte, él recibiría algún tipo de aviso. La magia de la tinta dorada era inconstante; funcionaba a su propio ritmo y le hacía saber que ella lo necesitaba de diferentes maneras. La imprevisibilidad era un inconveniente, pero menos es nada.

Había notado que el brazalete dorado del brazo le quemaba las dos veces que ella había estado expuesta a la daga, cuando fueron atacados por el gubre y cuando estaba en el parapeto con la bomba haciendo tictac, aunque el aviso ese día llegó con retraso. La magia no era tan efectiva si él acababa de emplear mucha de la suya. El Villano no era el único al que no le apasionaba la magia de protección. Cada vez que Evie estaba en peligro sentía un ardor tan grande en el brazo que compartía su dolor.

Intentó justificarlo alegando motivos prácticos y se dijo a sí mismo que era esencial estar al tanto de cuándo su asistente tenía problemas.

Y seguiría empleando ese argumento hasta el fin de sus días, si podía.

—No, no tiene ningún efecto negativo en ella, pero es algo que se quedará para siempre en su cuerpo. —Clare enarcó una ceja, esperando a que Trystan entendiera su punto de vista.

Pero es que eso él ya lo sabía, igual que sabía que había sido un desgraciado.

—Cambiando de tema. —Tatianna se inclinó más hacia él—. ¿Alguna novedad sobre quién insiste en echarte a los lobos?

—No es nadie que viva o trabaje en la mansión —respondió con rotundidad.

Se sentía más perdido y frustrado que nunca.

Sus guardias, que le ofrecían la mejor clase de lealtad (la forzada) no habían encontrado ni el más mínimo motivo para incriminar a ninguno de los ciento dos empleados. Lo único que podía hacer una vez llegado a ese punto era optar por la otra posible conclusión: que alguien entraba y salía de la mansión delante de sus narices. Se había dado cuenta de que el culpable siempre atacaba con más fuerza cuando él no estaba cerca para encontrarlo y destriparlo.

Había demasiadas variables y estaban lejos de obtener respuestas.

—Voy a matar al rey Benedict y así no tendré que preocuparme más por este tema.

Últimamente, Trystan parecía ir siempre acompañado de dolor de cabeza, y la única persona que lo ayudaba a aliviar ese síntoma ya se había ido a casa.

—A mí me parece una buena idea —dijo Tatianna con cinismo. Puso los ojos en blanco al ver que Clare la fulminaba con la mirada.

—Matar a alguien nunca es la solución —dijo ella con el ceño fruncido.

—Admiro tu sentido de la ética, hermanita —contestó él—, pero matar suele ser mi solución preferida.

Clare se quedó callada un momento, evaluándolo con esos ojos que le resultaban tan familiares.

—Me sorprende ver lo mucho que te preocupas por tus… *empleados*. —Usó la palabra en plural, pero ambos sabían que se refería a una empleada en concreto—. Al principio pensé que Malcolm exageraba.

—Pues no. —A Trystan no le apetecía mentir—. De hecho, estoy seguro de que se quedó corto.

Clare asintió.

—Bueno, espero que… —Calló antes de terminar la frase.

—¡Señor! —Era Marvin, el guardia favorito de Trystan, si es que tenía favoritos, que por supuesto no era el caso, ya que él era la personificación

del mal. En fin, el guardia *no* favorito de Trystan abrió de golpe las puertas. Estaba sudado por haber subido corriendo las escaleras—. ¡Ha llegado una misiva! Keeley me ha dicho que era urgente entregársela cuanto antes.

Marvin alargó la mano para darle la carta, pero antes de cogerla dobló las rodillas para poder recuperar el aliento.

—Lo sé. —Blade se acercó y le dio una palmadita en la espalda—. Esas escaleras son una herramienta más de tortura.

—Qué gracia —dijo con sequedad El Villano.

Alargó el brazo para coger el mensaje y lo abrió enseguida para ver qué ponía. Las palabras que leyó le congelaron todos los músculos del cuerpo.

—¿Qué? —lo presionó Clare—. ¿Qué han encontrado?

—Clare… —Se quedó callado, la confusión lo paralizaba—. El caballero que compró la tinta azul, el que compró el reloj de Malcolm…

—¿Sí? —dijo Clare, nerviosa.

El resto de los presentes se puso firme, Marvin incluido.

—Está muerto.

—¿Qué? —Clare estaba confundida. Se pasó la mano por la corta melena, puede que incluso se arrancara algún que otro mechón—. ¿Así que alguien se nos ha adelantado?

—No, no lo entiendes —dijo El Villano—. El caballero, Lark Moray, murió un día después de comprarte la tinta. Es imposible que fuera él quien le compró el reloj a Malcolm. Ya no estaba vivo en ese momento.

Trystan sintió que se le salía el alma del cuerpo, como si ya no estuviera dentro de sí mismo mientras su mente procesaba lo que aquello significaba.

—Hemos estado siguiendo el rastro equivocado todo este tiempo.

—Así que no fue él quien puso la bomba —dijo Clare con incredulidad —. Pero entonces… —Se llevó las manos a la boca en estado de shock—. East Marigold.

—¿Quién? —preguntó El Villano.

—Siempre hacía muchas preguntas sobre mí, sobre mi familia, pero era tan amable que nunca pensé que… —A Clare se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No lo entiendo —interrumpió Blade—. Es otro hombre, vale, pero ¿cuál es el problema?

—Hay más, ¿verdad? —El Villano siguió presionando, sintiendo que se acercaba el desastre.

—S-Sí. —Clare recobró la compostura, aunque seguía pareciendo atormentada—. El hombre que viene a verme utiliza un nombre falso. Quiero decir, ya sabíamos que East Marigold tenía que ser un alias, es un nombre ridículo; pero la otra noche vino borracho y, por error, me dio su verdadero nombre. Cuando se fue, comprobé el registro del pueblo para asegurarme de que no era un delincuente, y allí estaba.

Había un silencio tan sepulcral en la habitación que, si un solo pelo hubiese caído desde la cabeza de alguien hasta el suelo, todos lo habrían oído rozar la baldosa de piedra.

—Y… —Trystan no reconoció su propia voz; era más aguda de lo que creía posible.

—Me… No… —Clare lo miró. Se notaba que estaba haciendo lo posible por no ponerse a temblar—. ¡No pensé que fuera importante, lo juro!

—¡Suéltalo de una vez, Clare! —le pidió Tatianna exasperada.

—Su nombre era Griffin Sage —dijo finalmente.

Sage.

No.

Pero allí estaba Reymundo, a sus pies, sosteniendo un cartel: PADRE.

Y se le vino todo el horror encima de repente.

Tatianna verbalizó sus pensamientos por él:

—Ese es… Por los dioses, ese es el padre de Evie.

—¡¿Qué?! —Rebecka alzó la cabeza de su escritorio—. Su cuaderno. —Se levantó y fue hasta la mesa de Evie—. ¿Dónde está? —Se agachó y rebuscó en los cajones.

—Siempre se lo lleva a casa —dijo Tatianna confundida.

Becky sacó un frasco de tinta y lo puso sobre la mesa con un golpe tan fuerte que casi lo rompe.

—Un día Evie y yo estábamos teniendo una de nuestras… charlas amistosas. Es posible que le dijera algo sobre que el material de oficina que utilizaba era de mala calidad y ella presumió de que su padre le había regalado esta tinta especial.

El líquido era de un color púrpura muy vivo, casi artificial.

—¿Cuándo fue eso, Rebecka? —El Villano se acercó, le arrebató el frasco de las manos y se lo pasó a Clare.

—Más o menos una semana después de que empezara a trabajar aquí, señor.

—Que fue cuando el hombre empezó a venir a comprarla —confirmó Clare con la mano en la boca y los ojos desorbitados por la sorpresa. Le dio la vuelta al frasco y asintió mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Esta tinta está teñida. Alguien la ha mezclado con unas gotas de tinta roja para que pareciera morada, pero es azul y tiene las propiedades mágicas habituales.

Becky asintió mirando fijamente a Trystan. Sus ojos color avellana estaban serios y transmitían resignación.

—Su padre ha leído todo lo que Evie ha escrito en el cuaderno. Nuestros planes, la localización de los refugios, incluso cómo entrar y salir de la mansión sin ser detectados. Siempre lo anota todo.

—Su padre le ha tendido una trampa —dijo Trystan con una voz carente de vida, aunque en su corazón todavía había un pequeño destello de esperanza de que Evie no fuera consciente de las maquinaciones de su padre—. Siempre ha sabido que trabajaba aquí y la ha utilizado.

Desde que El Villano había conocido a Evie, algunas partes de él habían cambiado, quizá incluso a mejor. Pero ahora no se sentía mejor. Se sentía destructivo.

—Vamos a tranquilizarnos —dijo Clare poniéndole una mano en el brazo—. Es su padre, Trystan. Puede que haya otra explicación.

—Puso una bomba en mi escritorio. —Intentó mantener la calma al hablar, pero las tres últimas palabras salieron en un rugido—. Casi la mata. *Estaba dispuesto a matarla*.

Y ahora ella estaba en casa, a solas con él.

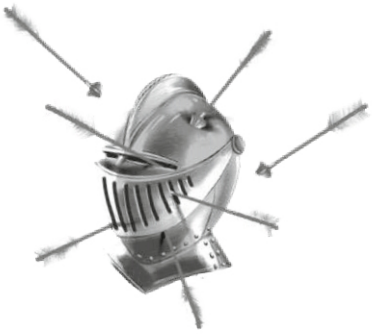
—Joder —gruñó El Villano, y se dirigió hacia las escaleras justo cuando un trueno retumbaba fuera. Se detuvo un momento para escuchar cómo la lluvia azotaba la ventana—. Que alguien vaya a asegurarse de que esto no se debe a que un gubre ha vuelto a escapar. Tatianna, te vienes conmigo.

Siguió andando con rapidez hacia la salida mientras Tatianna le gritaba:

—Pero ¿qué vas a hacer?

El Villano agarró el pomo de la puerta y respiró hondo.

—Aún no lo sé. —La abrió de un tirón y salió dando grandes zancadas mientras se decía a sí mismo—: Pero sí sé a quién quiero matar.



CAPÍTULO 54

EVIE

Evie se quedó paralizada al ver el pergamino. Parpadeó ante aquellas palabras, pero no importaba cuántas veces cerrara y volviera a abrir los ojos, el nombre de su madre seguía ahí. *Nura Sage*.

Levantó el papel con dedos temblorosos y este se arrugó al agarrarlo. La tinta estaba manchada, por lo que había pocas palabras que se pudieran distinguir, pero las que podía ver eran devastadoras.

Lo siento. Por favor. Las echo de menos.

Cuando vio el nombre de Gideon, tiró el papel al suelo, incapaz de soportar nada más. Volcó el tintero de su padre y el contenido se derramó sobre su escritorio.

Evie maldijo en voz baja mientras recogía las dos tintas que se habían derramado, una roja y la otra…

¿Azul?

—¿Qué estás haciendo aquí, Evangelina? —La suave voz de su padre llegó desde el otro lado de la puerta.

Se quedó inmóvil, con la cabeza sobre el escritorio y los dedos manchados de tinta. La habían pillado con las manos en la masa.

—¿Qué es esto? —susurró Evie en voz baja recogiendo la carta y el tintero casi vacío.

—Es tinta para mis cartas —dijo él como si nada—. No deberías estar aquí.

Algo en su tono había cambiado, y cuando su voluminoso cuerpo entró en el despacho, por primera vez en su vida, Evie se sintió inquieta en presencia de su padre.

—Pero es tinta azul —insistió ella sintiendo que de repente todo le empezaba a dar vueltas—. Es muy rara; ¿para qué la usas?

—Es útil para leer documentos. —Había una cierta frialdad en aquellas palabras y, aunque tenía su sonrisa habitual, Evie percibió un brillo opaco en aquellos ojos azules que le heló la sangre—. ¿Qué estás tratando de decir, querida?

—Si miro en este escritorio —dijo Evie con la mano apuntando hacia el cajón—, ¿qué es lo que me voy a encontrar? —Mientras lo preguntaba, buscaba en su mente cualquier otra explicación. Era su padre. Tenía que haber una.

—Evie. —Griffin Sage se rio, pero con un sonido que nunca antes había oído hacer a su padre. Una risa sin humor.

—Que qué me voy a *encontrar*, te estoy preguntando —insistió.

Los ojos de ambos se desviaron hacia su mano, que estaba en el tirador del cajón superior. Hizo un movimiento rápido.

Lo abrió justo cuando Griffin se abalanzaba sobre ella, llevándose por delante los muebles a su paso. Evie empujó la silla hacia él mientras metía la mano para coger los papeles. Corrió hacia la puerta, pero solo llegó hasta la mitad.

Su padre la agarró de la parte de atrás del pelo y tiró de ella. Notó un dolor punzante en el cuero cabelludo y soltó un grito.

—Suéltalos —le dijo él en voz baja contra el oído—. No me obligues a hacerte daño, niña.

—Ya lo estás haciendo —gritó Evie.

El dolor no era nada comparado con el sentimiento de traición que la invadía. Evie le clavó el tacón de la bota en la espinilla con tanta fuerza como pudo; el estilete golpeó el hueso y provocó un chasquido

satisfactorio. La soltó con un aullido de dolor mientras se desplomaba en el suelo y ella salió disparada de nuevo hacia la puerta. La cerró de golpe y logró atrancarla con una silla justo cuando empezó a temblar bajo los puños de su padre.

—¡Déjame salir ahora mismo! —le ordenó.

—Shhh —dijo Evie. La ira estaba llegando fuerte y rápida—. Despertarás a Lyssa. Y no querrías hacerle daño a una de tus hijas, ¿verdad, papá? —Se tragó el dolor, la traición, y volvió a mirar los papeles que tenía en las manos. Entonces vio que eran *sus* papeles, *su* letra, de su cuaderno—. Has estado usando la tinta para espiarme —afirmó con lágrimas en los ojos mientras miraba todas aquellas pruebas condenatorias.

Ojeó aquellas páginas llenas de sus palabras, escritas con tanto cuidado. Había sido tan inocente y ajena al hecho de que su padre lo leía todo.

Se quedó paralizada de nuevo cuando encontró otra letra entre los papeles. Esta vez le resultó desconocida, pero el nombre… ay, el nombre sí lo reconocía.

—Rey Benedict —susurró mientras se le caía el mundo a los pies, le subía un calor por la cara y empezaba a ver manchas negras—. ¿Has estado trabajando para el rey?

Sentía que le faltaba el aire. La más horrible de las verdades la estaba sumergiendo en un mar de desesperación con una corriente tan fuerte que sentía que iba a ahogarla sin piedad.

Al otro lado de la puerta se hizo el silencio un momento antes de que su padre dijera:

—Abre la puerta, Evangelina, y te lo explicaré.

Evie dudó un momento, pero necesitaba analizar el rostro de su padre, la única persona en la que confiaba por encima de todo para mantenerla a salvo, cuando le dijo que la maldecía.

Solo dijo una cosa después de apartar la silla y abrir la puerta con cuidado:

—¿Pusiste tú la bomba?

Parecía aturdido por la pregunta. Retrocedió lentamente hasta encontrar su silla y se sentó.

Evie entró tras él y se colocó en la esquina más cercana a la puerta.

—Te lo preguntaré otra vez. Por si no me has oído —dijo con frialdad—. ¿Pusiste tú la bomba que casi me mata?

Sus palabras eran afiladas, iban a cuchillo, y su padre lo sabía. La miró como si no la reconociera. Bueno, ya eran dos.

Suspiró hondo antes de llevarse las manos a las sienes.

—Sí. Fui yo.

—¿Cómo…?

—Escribiste los puntos de entrada en el maldito diario. Informé al rey Benedict sobre dónde atacar cuando fuera necesario, para asegurarnos de que tu… empleador… no interfiriera.

—¡Y matarme! —gritó.

—¡Silencio! —siseó aquel hombre al que ella ya no reconocía. Griffin empezó a levantarse, pero se detuvo al ver el destello de miedo en sus ojos —. Despertarás a tu hermana.

—¿Tienes miedo de que vea el monstruo en el que te has convertido? —preguntó Evie con todas las palabras impregnadas de desdén.

Su padre empezó a temblar. Como si todas las emociones se le vinieran encima a tal velocidad que su cuerpo no pudiera contenerlas ni procesarlas.

—¿Me llamas a mí… monstruo? —Volvía a hablar en un susurro, pero pronunció las palabras con sorpresa antes de que una mueca de desprecio se apoderara de él—. Ese vil ser humano con el que te has juntado para deshonra de tu familia… él es el monstruo, no yo.

—¡Ese «monstruo» es la razón por la que hemos podido seguir viviendo en esta casa! Es más, puede que sea la razón por la que sigues vivo, gracias a sus pociones. —Evie estaba tratando de controlarse, pero no podía evitar lanzar las palabras como cuchillos—. Y… tiene motivos para hacer lo que hace. Igual que yo. Hice lo que tenía que hacer. Por esta familia. —Sacudió la cabeza, echó los hombros hacia atrás y se irguió—. No me avergüenzo.

—¡No habrías tenido que hacer *nada* de esto si hubieras aceptado la oferta del señor Warsen! —Los hombros de su padre se movían arriba y abajo y tenía los ojos vidriosos y entrecerrados.

Evie, en cambio, sintió que los suyos se abrían de par en par ante lo que su padre acababa de decir, ante lo que acababa de admitir. Se estaba cayendo en un enorme abismo de oscuridad, y nada iba a poder salvarla.

—Lo sabías. —Su voz se quebró y eso le dio rabia—. ¿Sabías que el señor Warsen iba a atacarme?

—No seas dramática, Evangelina. —Su padre hizo un gesto de hastío con la mano—. Vino a verme y me ofreció darme un poco de dinero extra a cambio de que le hicieras compañía unas cuantas noches a la semana.

—¿Te estás oyendo? —Las lágrimas fluían ahora a su aire, y mientras se secaba una con la mano, Evie se dio cuenta de que tenía los dedos entumecidos—. ¿Acaso no te importa que ese hombre casi me violara?

—Siempre haces lo mismo.

Había habido muchas ocasiones a lo largo de su vida en las que Evie había sentido que la despreciaban, que la hacían sentir infantil, tonta o frívola por pensar lo que pensaba o sentir lo que sentía. Hasta el punto de que, incluso cuando estaba convencida de lo que quería decir, la ignoraban y no le prestaban atención.

La invalidaban.

—Te montas tus historias para convencerte de que todos los demás son los malos —la recriminó su padre. Estaba a punto de meter el dedo en la llaga—. Tu madre era igual.

—No hables de ella —espetó Evie, apenas capaz de oír su propia voz.

—Ah, conque ahora tu madre es una santa, ¿no? —Griffin Sage se rio, hizo una pausa y luego se rio otra vez—. Mató a tu hermano. —Evie se estremeció—. Os abandonó a ti y a Lyssa. —Esbozó una sonrisa de satisfacción tras soltar aquello.

—¿Esa es la primera carta que te envió después de marcharse? —preguntó Evie mirándolo a los ojos. Su padre se quedó inmóvil—. Ya, eso pensaba. —Entonces se le escapó la risa. Cuando hubo terminado de reír ya solo le quedaba una sonrisa triste en los labios—. Y ahora no solo has apartado a tu mujer, sino también a tu hija mayor. —Empezó a aplaudir lentamente—. Enhorabuena.

Se acercó al cristal de la ventana y, mientras escuchaba el repiqueteo de la lluvia vespertina, se permitió tener un momento de agradable silencio. O más bien de *desagradable* silencio, ya que lo único en lo que pensaba era en arrancarle la cabeza a su padre.

Sin embargo, sabía que eso disgustaría a Lyssa, así que decidió que no quería causarle más traumas de los que ya llevaba acumulados a su hermana pequeña.

—No era mi intención.

—¿En serio? —preguntó Evie encogiéndose de hombros—. Alguien dispuesto a venderme a cambio de favores sexuales sin mi consentimiento y que además coloca una bomba en mi lugar de trabajo, sabiendo perfectamente que podría matarme… no creo que tenga las intenciones más puras, ¿no crees?

Su padre se acercó y ella se lo permitió. Proyectó su sombra sobre el rostro de Evie mientras aquellos ojos claros, tan parecidos a los suyos, la fulminaban con la mirada.

—Te perdí en el momento en que te fuiste con ese hombre. Lo que te pase a partir de ese día, aunque sea devastador, no está en mis manos.

Evie resopló y volvió a reír.

—No solo me has traicionado, sino que, encima, buscas la forma de echarme a mí la culpa. ¡He hecho las cosas que he hecho porque quería ayudarte, porque estabas enfermo! —espetó.

—¡Nunca he estado enfermo! —respondió él gritando y con los ojos inyectados en sangre.

Evie se quedó paralizada. Las palabras se filtraron lentamente en su cerebro mientras las digería. Sabían a dolor. Sabían a veneno.

—¿Qué quieres decir… con que nunca has estado enfermo?

Dio otro paso hacia él. El crepitar del fuego le resultaba abrumador. Durante un segundo, percibió un atisbo de vergüenza en el rostro desgastado de su padre.

—No tengo el mal místico. *Mentí*.

Evie tenía una sensación punzante en el pecho, como si una llama intentara atravesarle la piel. El humo se le metió en los pulmones, dificultándole la respiración. No debía de haber oído bien.

—¿Cómo es posible que…? Yo misma te vi enfermo. El curandero vino y te examinó.

El alma de Evie estaba empezando a desprenderse de su cuerpo, quizá para preservar lo que quedaba de ella. Y es que si esta era su nueva

realidad, que su padre había fingido una enfermedad que estaba devastando familias en todo el reino, que había devastado a su propia familia durante los últimos tres años…

—Le pagaron al curandero para que te dijera a ti y al resto del pueblo que tenía la enfermedad y así poder tener una coartada. —Se llevó las manos a la espalda y Evie dio un paso atrás—. La carnicería se suponía que era una tapadera, pero empezó a interferir en mi *verdadera* profesión.

—¿Cuál? —La voz de Evie era un susurro ahogado.

Griffin retrocedió y se alejó de ella hasta situarse detrás del escritorio. Metió la mano en un compartimento y sacó un fondo falso. Cuando volvió a levantarse, tenía un casco en las manos. Un casco de caballero.

Plateado y reluciente.

—¿Eso es…?

—Fui, y sigo siendo, uno de los miembros de la Guardia Valerosa del rey Benedict. —Lo dijo con orgullo mientras sostenía el yelmo como si fuera la posesión más preciada del mundo. De *su* mundo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —Su voz se quebró mientras hablaba y lo miraba a través de un borrón de lágrimas no derramadas—. Nos hiciste creer a Lyssa y a mí que estabas sufriendo. Pusiste toda la carga económica de nuestro hogar sobre mis espaldas.

—Nunca hemos ido mal de dinero. Tengo de sobra. —Su padre no mostraba ningún tipo de remordimiento.

—¡Y te lo guardas para ti! —Evie sintió que las lágrimas empezaban a caerle por las mejillas y notó que el dolor le abría un agujero en el pecho mientras las palabras iban saliendo—. ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué me ofreciste a Otto Warsen? ¿*Por qué*?

—Mi trabajo para el rey Benedict siempre ha sido secreto, iba de encubierto. Por eso tuve que mentir sobre el motivo por el cual me retiraba. Nadie podía saber que era un Guardia Valeroso. Necesitaba ser anónimo y capaz de desaparecer cuando fuera necesario. Necesitaba algo que justificara que estuviera confinado durante largos períodos de tiempo para que nadie sospechara. Se me ocurrió la idea cuando me enteré de que uno de nuestros vecinos había contraído la enfermedad.

—Eres repugnante —espetó Evie.

Su padre levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Cuidado con esa lengua.

—No.

Al escuchar la oscuridad que desprendía su voz, los ojos de Griffin se abrieron de par en par y después se entrecerraron.

—Deberías estar suplicando que te perdonara. Otto Warsen quería casarse contigo y tú lo rechazaste.

Evie dejó escapar una risa seca y carente de humor.

—Supongo que nunca se te pasó por la cabeza preguntarme qué quería *yo*.

—Creo que has demostrado de sobra que no estás capacitada para tomar ese tipo de decisiones —replicó su padre en tono burlesco—. Igual que tu madre.

—¿Qué le hiciste? —Demasiadas mentiras. Era como intentar tamizar la arena en busca de un grano de verdad.

—Cuando aparecieron sus poderes, se suponía que iba a empezar a trabajar para el rey. Pero ella solita se encargó de arruinarlo todo. —Miró a Evie de arriba abajo—. Y ahora tú estás arruinándolo todo como ella.

—Hay algo que no me estás contando.

El crepitar del fuego atrajo su atención mientras observaba cómo una brasa chisporroteaba y caía al suelo antes de desvanecerse en la nada.

El casco hizo un ruido cuando su padre lo colocó con cuidado sobre el escritorio.

—Se suponía que ibas a casarte con Otto para que yo tuviera una hija menos de la que preocuparme. Con el tiempo me habría librado de vosotras dos y me habría jubilado después de decirle a todo el mundo que por algún milagro me había curado.

—No existe una cura —replicó ella.

Su padre hizo una pausa y sonrió.

—Todavía.

—¿Y El Villano? —preguntó Evie. Mencionar su nombre hizo que volviera a horrorizarse al pensar en que todo lo que había pasado había sido por su culpa. Su padre era el autor, pero había sido Evie quien lo había

llevado directamente a los aposentos de su jefe—. ¿Cuándo te enteraste de que estaba trabajando para él?

Había sido muy cuidadosa con ese tema, incluso al principio.

—Al principio no me di cuenta. Estaba trabajando en otro proyecto para su majestad. —Se giró para apoyarse en la repisa de la chimenea, con el rostro iluminado por las llamas—. Pero un día que Lyssa estaba en el colegio y tú estabas *allí*, recibí una carta del rey Benedict donde me detallaba un incidente que habían vivido algunos de sus otros guardias. Divisaron a una joven por el bosque con El Villano. Una chica que habían identificado como mi hija mayor. —Estaba decepcionado con ella. Era una decepción sin fundamentos, pero palpable, imposible de ignorar—. Empecé a informar al rey a partir de ese mismo día, y tú te convertiste en una pieza clave para la caída de El Villano.

Evie tenía ganas de vomitar.

—No. —Se estaba rompiendo como un jarrón a punto de caer al suelo.

—Sí. —Las amables sonrisas de su padre que Evie guardaba en la memoria quedarían eclipsadas para siempre por la que tenía en ese momento, por lo que significaba—. Y ahora que ya se deben de haber apareado, me ayudarás a recuperar los gubres para poder devolvérselos al rey.

—¿Para qué los necesita?

Evie entrecerró los ojos. Notó que el rostro de su padre palidecía y que en su frente se acumulaba una capa de sudor.

—Para un bien mayor.

Con una pequeña sonrisa de determinación, Evie hurgó en su interior con las últimas fuerzas que le quedaban.

—Yo no quiero hacer el bien. —Dijo la última palabra con una maldad que no estaba segura de poseer. Pero después de oírla en voz alta… le había gustado.

Es más, sentía que era la palabra *adecuada*.

Griffin Sage fue cojeando hacia ella y la agarró fuerte por los hombros. Le dolía, la estaba magullando, pero Evie ni se inmutó. Se quedó allí, contemplando al hombre en el que tanto había confiado, en el que tanto había creído. El mismo que pensaba que también creía en ella. Se preguntó

si podría llegar a acostumbrarse a esa nueva realidad. Una en la que el hombre que de pequeña le había contado cuentos de héroes inventados llamados East Marigold, que había mirado debajo de la cama en busca de monstruos, tiraba su amor y lealtad a la basura como si no tuvieran ningún valor.

—Te has arruinado la vida y ni siquiera te importa —le dijo él con la voz quebrada.

Y entonces se dio cuenta de que su padre realmente estaba devastado.

—No —susurró Evie, compadeciéndose de aquel pobre hombre—. Si alguien ha arruinado algo —se inclinó más hacia él— ese eres tú. —Las manos con las que la agarraba de los hombros perdieron fuerza y se le desenfocaron los ojos—. Deseaba estar equivocada. —Se tragó el nudo de la garganta que se le había creado al ver cómo la soltaba y se tropezaba con el escritorio, tirando las cosas al suelo—. Pero supe que no lo estaba en cuanto oí ese nombre.

El pecho de su padre empezó a moverse arriba y abajo a un ritmo acelerado. Abrió la boca, pero en vez de hablar se puso la mano en la garganta. Como si sus palabras estuvieran atrapadas.

—No me di cuenta de lo de la tinta, ni de la invitación para ir a ver al sanador de la esencia, ni del cuaderno que me regalaste en mi primera semana de trabajo para El Villano. —Se le quebró la voz y se dio la vuelta para secarse los ojos—. Pero cuando oí que el nombre de uno de los clientes de Clare era el mismo que te inventabas para tus historias, supe que eras tú.

En ese momento, su padre se desplomó y se quedó mirando al techo con los ojos vidriosos por la conmoción. Se arrodilló a su lado y agarró su mano inerte.

—El medicamento para el dolor que te he dado antes, el que ha preparado Tatianna, no sabía diferente porque fuera una receta nueva… Sabía diferente porque era un sedante de acción lenta. —Su voz sonaba como la miel, empalagosa y goteante.

Su padre pronunció una sola palabra:

—Tú.

—Sí, lo sabía. Lo sabía incluso antes de entrar por la puerta. —Negó con la cabeza—. Deseaba *tanto* estar equivocada. —Se estremeció cuando su

padre, desesperado, le tendió una mano—. Pero no lo estaba, papá. —Se enjugó la lágrima que tenía en la mejilla, pero su rostro permaneció impasible—. No hay sitio en mi mundo para alguien que me ha hecho tanto daño como tú. No mereces pisar el suelo que yo piso ni respirar el aire que yo respiro. No tienes derecho a seguir ni a redimirte. Tu historia acaba aquí. Lo que te pase a partir de ahora ya no me preocupa.

Parecía más fuerte de lo que se sentía al ver a su padre abrir la boca por última vez.

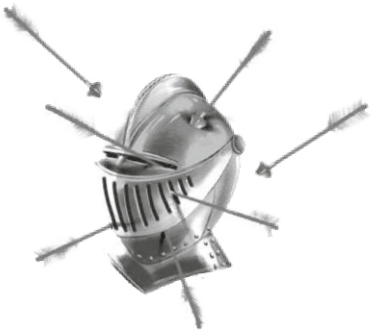
—Es… un… monstruo —dijo con dificultad.

Ella sabía a quién se refería.

Evie le soltó la mano y le puso una en la mejilla.

—Al final todos somos monstruos. Al menos los míos no se esconden.

Y entonces su padre, el traidor, cerró los ojos.



CAPÍTULO 55

EL VILLANO

Trystan estaba empapado hasta los huesos.

Cabalgaba con furia por el bosque, saltando arroyos y peñascos, apenas capaz de ver por culpa del aguacero. Llegó a la bifurcación del camino y se sintió aliviado al ver luz dentro de la casa de Sage. Nada malo podía ocurrir dentro de una casita tan acogedora.

Dioses, ¿la va a matar?

No; no sería capaz. Pero aquel hombre literalmente había colocado una bomba aun sabiendo que podía acabar con ella. Con ese pensamiento grabado a fuego en la mente, El Villano saltó del caballo, se apresuró a meterlo debajo del porche que había al final del camino de entrada y luego abrió la puerta principal de una patada.

—¡Evie! —gritó.

Si quedaban secretos en esa casa, estaba a punto de descubrirlos uno a uno. Pero no hubo respuesta, solo un pequeño sollozo procedente del pasillo. Trystan corrió en esa dirección y se detuvo en seco al ver quién estaba sentada allí.

Lyssa Sage era bajita y el pelo le crecía en todas direcciones. Estaba seguro de que no había nadie sobre la faz de tierra con quien tuviera menos cosas en común, pero ella lo miró como si confiara en él y, entre lágrimas, dijo:

—Señor Maverine, creo que mi papá le está haciendo daño a mi hermana.

Se arrodilló a su lado, pero manteniendo las distancias para no asustarla. Algo raro en él, sobre todo porque ese solía ser su objetivo, y más cuando buscaba respuestas.

—¿Dónde están, Lyssa? —le preguntó apartándose los mechones empapados de la cara.

—En el despacho. —Señaló una puerta cerrada a la derecha. Dentro solo había silencio—. He oído gritos y luego a Evie llorando y después se ha oído como si alguien se cayera.

Se aclaró la garganta, intentando que no se le notara el pánico.

—Estoy seguro de que solo habrán tenido una pequeña discusión. —Se giró hacia Tatianna, que entraba a trompicones detrás de él, sacudiéndose la lluvia de la capa y luego de las trenzas.

—Lleva a lady Lyssa a la mansión —le pidió.

Le tendió una mano a la niña y esta se la aceptó de buen grado. Las Sage parecían ir sobradas de coraje.

—Pero y el tema de…

Tatianna podría haber acabado aquella frase de mil maneras diferentes. ¿Y el tema de Evie? ¿Y el tema de secuestrar a niñas? ¿Y el tema de llevar a menores a un lugar donde la gente se dedica a robar, asesinar y torturar? Por no hablar de que albergaba criaturas mortíferas y personas obscenas… y cabezas decapitadas en la entrada.

—Llévala por la entrada trasera. Asegúrate de que esté a cubierto de la lluvia —dijo él.

Tatianna cubrió a Lyssa con su propia capa repelente al agua y la niña se acurrucó a su lado como por instinto.

—Soy amiga de tu hermana. Te vas a quedar con nosotros un tiempo —le dijo Tatianna con tacto mientras la llevaba hacia la puerta, hacia los relámpagos y la lluvia.

—Evie no trabaja como criada en esa casa, ¿verdad?

La voz de la niña, para su sorpresa, le arrancó una sonrisa, como tantas veces hacía su hermana. Pero solo duró un segundo antes de que recordara por qué estaba ahí y se acercara sigilosamente a la puerta del despacho.

Apoyó la oreja, pero no se oía nada. El silencio hizo que le palpitara el corazón.

Trystan apoyó la mano en el pomo y lo giró despacio. La puerta se abrió con un chirrido quejumbroso. Al ver la escena, se quedó de piedra y con la boca abierta.

Estaba allí, viva. Dejó escapar un suspiro de alivio que le estremeció el alma antes de asimilar el resto de la situación. El cuerpo de un hombre, que Trystan supuso que era su padre, yacía tendido en el suelo.

Evie lo miró. Tenía los ojos tristes e inyectados en sangre por culpa de las lágrimas. Le temblaban las manos.

—Lo he descubierto.

Él sintió que se le deshinchaba el cuerpo de puro alivio.

Evie dio una gran bocanada de aire.

—No está muerto. Pero le he dado un sedante, así que debería estar fuera de combate durante… No sé, ¿cuánto duran los sedantes? Quizá lo he matado. —Sonaba vacía, como si estuviera hablando para sí misma y no para él.

Empezó a caminar hacia ella, pero en ese momento se puso de pie y fue ella la que se acercó y levantó la mano antes de que pudiera hablar. Después de respirar hondo, Sage empezó a hablar muy rápido:

—Ya sé que el traidor era él. Quiero decir, no lo sabía antes de esta noche, pero…

—Ya sé que no lo sabía —interrumpió él.

—Shhh —le riñó ella.

Él obedeció y sintió como se le erguía la espalda bajo su atenta mirada.

—No lo sabía, pero cuando me he ido de la mansión esta tarde sí, y sabía que querría llevárselo y torturarlo para obtener información, pero también sabía que tendría un conflicto porque es mi padre.

Bueno, lo cierto es que ante *eso* sí que tenía algo que objetar.

—Sage, no es que quiera desilusionarla, pero esa moralidad que me atribuye… Este hombre ha saboteado mi negocio y mis planes de venganza, por no mencionar que es la razón de que muchos de mis guardias estén muertos. No habría tenido reparos en hacerle daño.

—Sí, sí que los hubiera tenido. —Sonaba tan convencida que él mismo empezó a dudar—. Me habría dado la opción.

Y entonces supo que tenía razón. Habría sido una tortura no capturarlo, no matarlo, pero habría dejado que ella decidiera. Esta traición ya no le pertenecía solo a él; la compartían. Ahora esa carga los unía, y él habría acatado sus deseos. Porque le importaba lo que ella quería.

—No habría habido muchas opciones —refunfuñó.

Sus labios se curvaron, aunque no lo suficiente como para considerarse una sonrisa, pero aquel suave brillo en los ojos sí estaba presente.

Doy gracias a la vida por ello.

—No estaba segura de cuánto tardaría en hacer efecto el sedante, así que supongo que he tenido suerte. —Sage suspiró, se acercó a la puerta del despacho, que seguía abierta, y fue hacia la cocina. Sacó el corcho de una botella de vino y dio un buen trago, luego otro y otro—. ¿Qué se supone que tienes que hacer después de sedar a tu padre, que además te ha traicionado de todas las formas imaginables? ¿Cuál es el protocolo?

Arrugó la nariz de una forma que resultaba adorable, y él odió el hecho de que hubiera algo que le resultara adorable. Sobre todo teniendo en cuenta que, en ese momento, Sage no parecía ella misma.

—No lo sé. Nunca he tenido el placer de comprobarlo —contestó él en tono serio—. Creo que esta vez va a tener que improvisar.

Vio que se agarraba los lados de la cabeza a la vez que entraban dos de sus mejores guardias uniformados de pies a cabeza. Señaló el despacho.

—Saquen al señor Sage por la ventana, si pueden. No quiero que ella tenga que verlo otra vez. Llévenlo a los sótanos y procuren meterlo en una celda limpia, a ser posible.

—No hace falta que esté limpia —dijo Sage mientras tomaba otro gran trago—. Me sentí sucia durante semanas después de que el señor Warsen me atacara. A veces todavía me pasa. —Su mirada se perdió en algún lugar fuera de su alcance, y eso lo asustó.

—¿El señor Warsen? —Inclinó la cabeza hacia la botella, curioso por saber cuál era el grado de alcohol.

—Mi padre me «ofreció» a él —dijo, y se echó a reír.

A medida que asimilaba las palabras, él se fue dando cuenta de lo que significaban.

Habló con cuidado.

—¿Está diciendo que su padre es la razón por la que el señor Warsen le hizo daño?

Evie empezó a vomitar toda la historia: Otto Warsen le había dejado muy claro que la deseaba y ella le había dejado muy claro que ella a él no. Hizo caso omiso y se abalanzó sobre ella de todos modos. Al intentar huir, le había arrancado la manga del vestido y le había clavado el puñal en la espalda. Recordaba haber tenido que robar una capa de un tendedero para cubrirse de camino a casa.

Entre lágrimas, siguió contando como había subido al piso de arriba sin hacer ruido y se había lavado la sangre.

Mientras ella hablaba, Trystan escuchaba, conteniendo su furia para no asustarla. Esto no iba sobre él.

Ella lo miró al fin, con sus hermosos ojos vidriosos, llenos de dolor y cinismo.

—No consiguió lo que sea que planeaba porque me escapé, pero aún hay ratos en los que tengo miedo.

Sacó los papeles y el tintero que su padre había utilizado para engañarla. También las cartas del rey Benedict que mostraban que había jugado con su padre y con ella como peones y lo desesperado que estaba. Trystan asintió, asimilando la información con una serenidad de la que ni siquiera sabía que era capaz.

—Y ahora he hecho que lo encierren. A mi propio padre. —Se dirigió hacia la cocina con una mirada maníaca en los ojos. Bebió otro buen trago de vino—. ¿Significa eso que ahora soy malvada?

Trystan negó con la cabeza, incapaz de seguirle el ritmo, pero Sage continuó.

—Ay, por favor… Mi padre es un monstruo y mi madre me ha abandonado. ¡Por supuesto que ahora soy malvada! Es la típica historia que

hay detrás de todo villano, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, solo quería tranquilizarla.

—Usted no es malvada, Sage —dijo convencido—. Ha tomado una decisión difícil. —Otro trago—. Em… qué tal si me da esa…

—¿Quiere un poco?

Se le había ido un poco la tristeza de la cara y sus ojos incluso parecían tener más brillo… pero de todas formas él debería tratar de…

—¡Evie! —exclamó perplejo al ver que se había bebido la mitad de la botella.

Ella se detuvo y se quedó de piedra por la sorpresa de oír su nombre.

—Sage —se corrigió Trystan, y carraspeó incómodo. Tuvo que aflojarse el cuello de la camisa porque sentía que le faltaba un poco el aire—. Soy consciente de que esta situación ha sido… estresante.

Lo miró como si tuviera tres cabezas. Y quizá las tenía. Acababa de decir que el día que había dejado fuera de juego a su padre tras descubrir que la había traicionado había sido «estresante», como si fuera un día de mucho papeleo en el trabajo, o un día en el que el peluquero no había acertado con el corte de pelo que Trystan quería.

—Más que estresante —se apresuró a decir—, lo que está experimentando debe ser devastador y confuso y… —Dioses, se le daba fatal eso de consolar a la gente.

Ella también se había dado cuenta, sabía que aquel era uno de sus puntos débiles.

Pero, aun así, sonrió, y él pensó: *Tan malo no seré*.

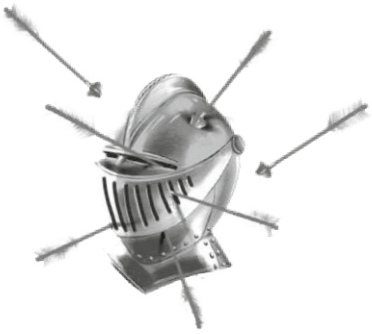
Pero entonces la sonrisa desapareció y apareció una mirada de acusación en su rostro.

—Se lo he preguntado, pero no ha querido decírmelo. ¿Usted lo sabe?

—¿El qué? —Trystan sentía que en ese momento era capaz de darle y confesarle cualquier cosa con tal de devolverle esa sonrisa a su cara.

—¿Para qué quiere el rey a los gubres apareados?

Mierda.



CAPÍTULO 56

EVIE

Ambos se sentaron en el desgastado sofá, Evie jugueteaba con las manos; apretando y soltando, apretando y soltando.

El silencio impregnaba el aire, solo se escuchaban los crujidos de los viejos cimientos.

No estaba segura de por qué su corazón latía tan rápido, pero sentía que algo importante iba a suceder.

Su jefe tenía cara de estar sufriendo. Ver como apretaba los labios hacía que a ella le doliera el pecho. Cruzó los brazos, luego los descruzó y finalmente los posó sobre los muslos. A Evie no le habría importado poner allí las manos también.

Concéntrate, papanatas.

Pero en lugar de hablar, El Villano se quedó inmóvil. De repente, se giró y se inclinó para agarrar algo que estaba por encima del hombro de Evie. Ella ahogó un grito ante su cercanía, su calor y su olor, pero no tardó en volver a apartarse para quedarse en su lado del sofá, esta vez con algo en la mano.

—¿Reymundo? —No tenía ni idea de que la ranita también había venido.

El animal croó como única respuesta mientras los miraba inexpresivo.

—Serás polizón —gruñó El Villano—. Ha debido de aprovechar que estaba despistado para colarse en mi alforja. Podrías haberte matado, insensato.

Evie se inclinó y le enderezó la corona que milagrosamente nunca abandonaba su cabecita.

—Estaba preocupado por nosotros, ¿verdad que sí, cosita bonita? —dijo Evie mientras acariciaba a Reymundo.

A su jefe le vino un tic en el ojo y colocó a la rana sobre la mesa de centro antes de decir:

—Quédate quieto, te lo pido *por favor*.

Reymundo no parecía haber traído los cartelitos consigo, porque lo único que hizo fue asentir.

El jefe se volvió hacia ella con expresión de angustia.

—Me enteré de lo de los gubres cuando era aprendiz del rey Benedict, hace casi diez años de eso.

Evie se quedó muda. No se le ocurría ni una sola cosa que decir, algo que no le pasaba desde… Bueno, algo que no le había pasado nunca. Él la seguía mirando, pero ella mantuvo la vista al frente.

¿Debería enfadarse por no habérselo dicho antes? No sentía enfado, pero habían pasado muchas cosas ese día, así que tal vez su cerebro había desactivado las emociones por instinto de supervivencia.

No tenía la sensación de que se lo hubiese ocultado a propósito, pero era evidente que le resultaba doloroso hablar del tema. Con solo haber dicho la primera frase, ya parecía que acababa de sacarse púas de metal de la boca.

—Si no quiere… —empezó a decir Evie. No quería que se lo contara porque se sintiese obligado.

Él levantó la mano para detenerla.

—Tranquila, lo que pasa es que… no he hablado de ello con nadie desde que ocurrió, pero si hay alguien con quien estoy dispuesto a compartir esto, es con usted.

—De acuerdo —dijo Evie mientras le ponía una mano en el hombro con cuidado—. Pero cuéntemelo solo si quiere. No quiero que sienta que le estoy apuntando con una espada.

La idea era sonar comprensiva, pero, en cuanto las palabras salieron a la luz, Evie se dio cuenta de lo explícitas que sonaban.

El frunció el ceño y apretó los labios.

—Lo que… lo que quería decir es que tampoco se crea que voy a inmovilizarlo o… ¿Sabe qué? —Hizo un gesto como si se cerrara los labios con una llave imaginaria y abrió la mano del jefe para colocarla en su palma.

Sus miradas se cruzaron y él estuvo a punto de entrelazar los dedos con ella, pero enseguida volvieron a apartarse y ponerse como estaban en un principio.

—Conocí al rey Benedict cuando tenía diecinueve años. —Tensó la mandíbula y apretó los dedos contra el sofá—. Estaba considerando asistir a una universidad cercana a la ciudad y, en una de mis visitas, llamé la atención de un especialista en magia. La mía aún no había despertado, pero percibió algo en mí.

Evie quiso preguntar cómo un especialista podía sentir la magia si aún no había despertado, pero se quedó callada. Sabía que tenía que dejarlo terminar.

Él la miró. Percibió que tenía preguntas con solo verle los ojos.

—Mi magia es muy particular y eso facilita su detección. El especialista me remitió a alguien que creía que podía «impulsar» mis habilidades al máximo.

Hubo otro silencio, y Evie supo que estaba reuniendo fuerzas para contarle la peor parte, la razón por la que arrastraba a hombres del pelo a través de la oficina, la razón por la que había cabezas decapitadas tan a menudo dándole la bienvenida cuando llegaba a trabajar, la razón por la que se mostraba incómodo ante cualquier muestra de afecto.

La razón por la que su jefe se había convertido en El Villano.

—El rey se reunió conmigo al día siguiente. —Evie no podía ver su poder, pero sí que sintió que el aire de la habitación cambiaba y algo vibraba en el interior de Trystan—. Me ofreció trabajar en su casa de verano

como su aprendiz personal. —Suspiró, cerró los ojos una vez más y se rascó la barba que le salía a la altura de la mandíbula—. Acepté muy rápido, demasiado rápido. Pero es que el rey sabía exactamente qué quería oír. Sus palabras eran como telarañas. Cuando me di cuenta de que estaba atrapado, ya era demasiado tarde. Me dijo que tenía potencial, que podía llegar lejos.

Los ojos oscuros de Trystan brillaban con el reflejo del fuego mientras miraba el crepitar de la chimenea.

—Nadie me había dicho algo así nunca. —Se rio entre dientes—. Y nadie me lo ha vuelto a decir desde ese día. —Eso hizo enfurecer a Evie. Visualizó a un Trystan joven y vulnerable mendigando elogios porque no estaba acostumbrado a recibirlos—. Las primeras semanas fueron… increíbles. Mi madre y mi padre dudaban en si dejarme ir, pero yo estaba decidido. Me había obsesionado con complacer al rey, con hacerlo feliz. Hice todo lo que me pidió. *Todo*.

Evie se sintió abrumada por sus palabras, ya que conocía bien ese sentimiento. La desesperación por hacer felices a los demás, por sentir que merecía ocupar un lugar en el mundo según los criterios de otra gente.

Sus miradas se encontraron y Evie se dio cuenta de lo reconfortantes que le resultaban todas las partes de su rostro. Esas arrugas en las comisuras de los ojos; esa sonrisa cuando se dignaba a aparecer; esa boca tan poco expresiva y que atraía su atención con demasiada frecuencia.

Y entonces procesó lo que acababa de decir y comprendió a qué se refería con *todo*.

—¿La gubre?

Él asintió. Por fin se le había secado el pelo y le caían los mechones un poco rizados sobre la frente.

—Lo ayudé a capturar a la gubre. Había teorías sobre que el veneno de una cría de gubre actuaba como una especie de cura para todo. Me decía que el fin justificaba los medios. En ese momento no sabía lo que quería decir, y nunca tuve la oportunidad de averiguarlo.

Evie se levantó, con la falda enredándosele en los tobillos mientras se alejaba del sofá.

—¿Por qué? ¿Qué pasó después?

El Villano se quedó muy quieto un momento antes de decir:

—¿Le importaría sentarse… mientras le cuento el resto?

Seguía estando rígido, pero había una vulnerabilidad en él que había dejado a Evie muda. Se acercó de nuevo y se sentó a su lado. Él exhaló con fuerza.

—El rey me hizo trabajar con un especialista en magia durante el mes que estuve con él, y con cada sesión el especialista se volvía más y más distante. Hice todo lo posible para que se sintiera cómodo en mi presencia, pero algo lo inquietaba y, tras otra extraña sesión, decidí que ya había tenido suficiente.

Evie apretó los puños.

—¿Y qué pasó?

—Le pregunté al rey… Bueno, a decir verdad, le *exigí* saber por qué todos los sirvientes de su casa de verano me evitaban, por qué los Guardias Valerosos daban media vuelta cuando me veían por el pasillo. Qué había hecho mal.

—¿Y? —insistió ella.

—Me dijo que mi magia era peligrosa. —Evie se sobresaltó al ver que se levantaba de repente y se acercaba al fuego para avivarlo con el atizador—. Había pasado semanas y semanas con ese hombre; me había crecido tanto que sentía que era intocable. Cuando me dijo que lo que estaba latente dentro de mí podía hacerle daño a la gente, me hizo pedazos.

—Pero su magia aún no había despertado, ¿por qué le dijo eso? —preguntó Evie. Empezaba a ver por dónde iba la historia.

—Alegó que me había traído allí para ver si se podía tratar el problema antes de que fuera demasiado tarde, pero que, tras haberme observado con detenimiento, no había esperanzas. Me dijo que si me dejaba en libertad, sería un peligro para mí mismo y para toda la gente que amaba. —*No*. El corazón de Evie se rompió al pensar en aquel joven que solo buscaba tener cabida en algún sitio—. Me dijo que su prioridad tenía que ser el resto del reino y que no era algo personal. Que era por mi propio bien.

—¿El qué? —preguntó Evie con cuidado.

—La Guardia Valerosa me detuvo en ese mismo instante. —La voz de El Villano parecía de acero cuando se giró hacia ella—. Le supliqué al rey, le dije que intentaría ser mejor, pero no me escuchó. Me llevaron a los

sótanos y me encerraron en la oscuridad. No había ventanas ni antorchas. Estábamos ahí atrapados juntos, la oscuridad y yo.

Evie se agarró con fuerza de la tela del vestido.

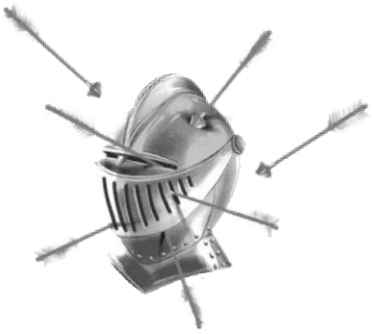
—¿Cuánto tiempo… cuánto tiempo le tuvieron ahí abajo?

—Un mes.

Un mes. Un mes de oscuridad sin esperanza de que fuera a acabar, sin poder salir.

—¿Tardaron un mes en dejarle salir?

—No. —Sus labios se curvaron un poco—. Encontré la forma de salir yo solo.



CAPÍTULO 57

EL VILLANO

Sage tenía una expresión poco habitual en ella. No era de lástima, tampoco de horror, pero fuera lo que fuese, le hacía sentir bien, lo cual era insólito teniendo en cuenta que estaba reviviendo su peor pesadilla. Trystan caminó de nuevo hacia ella y se volvió a sentar en el sofá.

—¿Se escapó? —dijo incrédula mientras asentía de forma entusiasta.

Los sedosos mechones de pelo de Sage le rozaron el brazo y tuvo que reprimir un escalofrío.

—El rey no previó que sus esfuerzos por proteger a los ciudadanos harían que desatara toda mi furia sobre ellos. —Sonrió, y esta vez de verdad. Sage lo imitó—. Un día, los guardias se cansaron de escucharme. Llevaba una cantidad vergonzosa de tiempo suplicando que me soltaran, y ya estaban hartos.

—¿Qué le hicieron? —preguntó ella, vacilante, como si no quisiera pedir más de lo que él estaba dispuesto a dar.

No era consciente de que ya era dueña de todo su ser.

Se lamió los labios resecos y continuó:

—Tenían algo que les permitía ver en la oscuridad. Nunca sabía cuándo llegaría el siguiente golpe. De repente notaba sus puños contra mi cuerpo y el dolor.

Sage inhaló fuerte. Tenía una mirada sincera. No se movió ni un centímetro y, sin embargo, él sintió el calor de su presencia.

—Espero que les hiciera sufrir.

Aquella malvada predisposición que se fundía con la bondad de su corazón a él le resultaba tremendamente embriagadora.

Sintió que sus ojos se abrían de par en par ante la sonrisa torcida que se dibujaba en los labios de Sage. Desprendía una encantadora malevolencia. Dioses, iba a acabar con él.

—Fue entonces cuando despertó mi magia. Sentí que me palpitaba debajo de la piel. Iluminó toda la habitación y me curó. Logré ver la puerta de la celda, la luz que desprendían los guardias… Y los masacré a todos.

Ella se mordió el labio y se retorció las manos.

—Bien hecho.

—Escapé por un túnel que me llevó hacia el primer atisbo de luz que veía en semanas: el amanecer —siguió con tono sombrío—. Ese día juré que si el rey me consideraba un villano… eso era exactamente en lo que me iba a convertir.

Recordaba haber contemplado los colores del cielo al salir el sol por encima de la colina, como si su propósito cobrara luz ante él.

—Se le da bien el papel —dijo Sage con amabilidad y tristeza a la vez —. Pero, si el rey Benedict de verdad cree que es tan peligroso… ¿por qué ha esperado tanto para acabar con usted?

—¿Quién dice que no lo ha intentado antes?

Evie cayó en la cuenta de repente.

—Madre mía, los hombres de la mazmorra. Los que tortura. Debe haber más de tres docenas por lo menos.

—Todos enviados por nuestro bondadoso rey para capturarme o acabar con mi vida. Sigue siendo un misterio por qué se complicó tanto usando a tu padre para llegar a mí —dijo Trystan.

Se dio cuenta demasiado tarde de lo desconsiderado que era aquel comentario. Al mencionar al hombre, el rostro de Evie, antes tranquilo, se

volvió blanco como la tiza y se le oscurecieron los ojos.

—¿Por qué habrá hecho eso? —Se puso de pie y se fue de vuelta a la cocina para tomar otro buen trago de vino.

Él la siguió con impotencia.

—Sage, le pido disculpas. No debería haber mencionado…

Ella se inclinó, como si le costara respirar.

—Ay, dioses —dijo medio ahogada—. Usted aquí contándome sus traumas y yo hiperventilando como una egoísta. —Alzó la mano sin levantar la cabeza—. Deme un momento. Enseguida estoy con usted.

—Lo mío pasó hace mucho tiempo, Sage. Me parece que tiene derecho a estar disgustada por la traición de su padre, que ha ocurrido hace literalmente una hora.

—Están pasando demasiadas cosas. Mi cerebro no puede procesar. —Soltó un gemido y levantó la cabeza.

Tenía el pelo alborotado y despeinado como si acabara de…

No iba a terminar esa frase.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó con intención de ayudar.

Sage asintió para sí misma, se pasó una mano por la melena y se echó los mechones por encima del hombro.

—Creo… creo que necesito un abrazo… por favor.

Fue el *por favor* del final, más flojito que el resto de las palabras, lo que acabó de destruirlo por completo.

—Sage, no se me dan bien los abrazos. Aquella vez en el bosque, me cogió desprevenido. No puedo dar «abrazos» de forma habitual.

—Pero lo hizo muy bien esa vez.

Los ojitos de aquel torbellino se entrecerraron, confundidos, y él reprimió la gratificante sensación de saber que ella había disfrutado tanto de su abrazo que quería repetir.

—De acuerdo. Está bien. Un abrazo. —El Villano levantó la ceja. No veía otra salida posible. Alisó la parte delantera de su capa, que seguía húmeda—. ¿Así?

Se acercó a Evie y ella abrió aquellos ojos tormentosos de par en par. Dio un paso hacia él, como si ni ella supiera cómo se hacía aquello. Él sabía que no era así; en la oficina la había visto dar abrazos como forma de

saludo a todo el mundo. Nunca había deseado recibir uno de esos, pero… Vale, eso era mentira.

No quedaba espacio entre ellos, y si uno de los dos no se movía pronto, Trystan estaba seguro de que se iba a evaporar hasta el último gramo de autocontrol que había reunido a lo largo de los años e iba a hacer algo imperdonable.

Era a la vez espantosamente terrible y devastadoramente maravilloso que aquella minúscula mujer hubiera sido capaz de tumbar los muros que llevaba años construyendo a su alrededor. Que hubiera sido capaz de derribar los pilares que lo alejaban de ella.

Su torbellino, su… Tragó aire al ver que ella levantaba los brazos y le rodeaba el cuello. Tuvo que ponerse de puntillas debido a la diferencia de altura. Siempre había pensado que ser alto y grande era un punto a favor, pero nunca había pensado en que esa distancia lo separaría de su abrazo.

Sintió que le rozaba el pelo con los dedos y se inclinó hacia ella, sintiéndose igual que un gato desesperado por recibir atención. Pero lo peor aún estaba por llegar. Porque cuando sintió que su cuerpo se apretaba contra el suyo, creyó conocer por fin la verdadera tortura. No como la que infligía a aquellos hombres en las mazmorras de su mansión, sino la tortura real, la que pone la vida de una persona patas arriba. Nunca había tocado nada tan afilado como las curvas de ese cuerpo que tan rápido se amoldaba a él y respondía ante su presencia.

Por muy rota y negra que tuviera el alma, Trystan nunca había sentido que le faltara nada. Hasta ese día.

Su cuerpo y su poder se aplacaban ante la presencia de aquella mujer. Seguían estando ahí y seguían siendo mortales, pero le daban la bienvenida a ella. De hecho, estaba seguro de que se reavivarían cuando llegara el inevitable momento de separarse. Aquel pensamiento le infundió valor para levantar los brazos y rodear con cuidado su espalda.

Trystan apoyó la barbilla en su hombro y se dejó acomodar contra ella. Su cuerpo dejó escapar un suspiro de satisfacción tan profundo que casi parecía un gruñido. Era como si la hubiese estado esperando y, ahora que sabía lo que era tenerla ahí, estuviera condenado a vivir sintiéndose solo la parte de un todo; siempre a la espera de poder volver a estar completo.

Joder.

Bueno, ahora ya sabía cómo se sentían los gubres.

Ella habló contra su cuello, lo cual provocó que le bajara un escalofrío por la columna.

—Se le da bien dar abrazos.

Notó que tenía la piel húmeda y se dio cuenta de que era porque Sage estaba llorando. La agarró aún más fuerte con los brazos, pensando que si alguien osaba acercarse a ella en ese momento, no habría nada ni nadie en el mundo que pudiera impedirle que le arrancara la cabeza.

—He de admitir que he perdido práctica, así que me alegra oírlo.

¿Su voz sonaba normal? Le daba miedo asustarla si notaba el anhelo que sentía en ese momento. No había necesidad de añadir su falta de autocontrol a sus ya de por sí cargados hombros.

—No me diga que no les da una sesión de abrazos a los aprendices después de las Jornadas de Dispersión…

¿Era consciente del efecto que tenían sus dedos cuando jugaban con los mechones de pelo de su nuca? No, era imposible. De ser así, se habría apartado de él y le habría dado una bofetada. Estuvo a punto de dársela él mismo.

—Las he reducido a una vez al mes.

—¿Las sesiones de abrazos? —Sonrió contra su cuello. Él no podía verlo, pero lo sabía.

—Las Jornadas de Dispersión —dijo en tono neutro.

Ella soltó una risita y él no pudo resistirse a enterrar aún más la cabeza en su cuello. Cerró los ojos con fuerza, como si aquello le resultara doloroso, y es que en cierto modo así era. Pero, por el momento, iba a darse el gusto de disfrutarlo e intentaría guardar aquel recuerdo en su corazón hasta el día de su inevitable muerte, que ya le daba igual cuándo llegara porque se moriría habiéndola abrazado.

—¿Podemos quedarnos así un ratito más? —preguntó Evie. Sus labios casi volvieron a rozarle el cuello.

Para siempre, pensó él. Pero, en lugar de soltar eso, tosió incómodo y dijo:

—Si eso es lo que quiere, estoy seguro de que podré soportarlo un rato más.

Reymundo apareció por encima del hombro de Sage. Se lo veía tan minúsculo ahí en medio de la entrada. Y, aun así, con un leve movimiento de cabeza le mandó a Trystan el mismo mensaje que si lo hubiera gritado a los cuatro vientos.

Cuando se separaron, Trystan se quedó sin aliento al ver lo cerca que tenía su cara. Por cómo abrió Evie los ojos, parecía estar igual. Sin embargo, ambos se quedaron a esa distancia. Incluso después de aquella terrible noche, seguía siendo tan bonita… Y ese aliento con olor a caramelos de vainilla…

Tragó aire al ver que ella acercaba un poco más el rostro, como si no pudiera evitarlo, como si se sintieran atraídos. Él inclinó la cabeza hacia abajo, puso una mano en la parte trasera de su vestido y la acercó otro poco más. Sus labios estaban tan cerca que casi podía saborearlos.

Y entonces se oyó un fuerte estruendo. Ambos se apartaron asustados y buscaron el origen del ruido. Era Reymundo, que se había subido a la mesa de la cocina y había tirado un plato al suelo.

Voy a matar a esa rana.

Pero la rabia pronto se convirtió en agradecimiento; si volvía a besar a Sage, ya no habría vuelta atrás.

Él la miró con timidez, al igual que ella a él.

—Voy a… coger algunas cosas para mí y para Lyssa. —Se dio la vuelta y subió las escaleras a toda prisa.

Trystan y Reymundo se quedaron solos.

Miró a la rana con otros ojos y, por primera vez en diez años, se sintió aliviado de que Reymundo siguiera siendo una rana… y no el amable y noble príncipe que era antaño. Porque si volvía a su forma humana, era consciente de lo mucho que contrastarían sus carencias frente a la benevolente caballerosidad de su viejo amigo.

Trystan solo quería disfrutar de ese momento con ella, en el que había podido fingir que era bueno, que era todo suyo. Todavía sentía el calor de su cuerpo envolviéndolo. Saboreó aquel recuerdo, pues era todo lo que se

podía permitir tener. Porque las mujeres como Evie Sage no terminaban con hombres como El Villano.

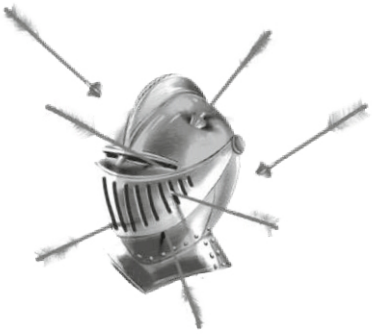
Fue ella quien lo sacó de sus cavilaciones al aparecer con dos grandes bolsas.

—¿Listo para irnos? —preguntó vacilante.

—Listo —respondió con los labios un poco curvados.

Ella se adelantó y cogió a Reymundo de camino a la puerta. El Villano la siguió, dejando atrás el recuerdo.

Ahí era donde debía estar.



CAPÍTULO 58

EVIE

Media hora después, Evie estaba desmontando del caballo con las manos de El Villano agarrándola de las caderas. Por si no había sido lo bastante duro estar pegada a él durante todo el trayecto, ahora además estaban cara a cara mientras ella se iba deslizando por su cuerpo.

Debería haberlo besado. Quiso hacerlo. En cuanto lo tocó, sintió como si una llama se hubiera encendido bajo su piel. Ya no podía respirar ni pensar bien.

Se habían quedado ahí pegados lo que parecía una eternidad, pero no había sido suficiente.

Se había asegurado de meter en la bolsa todos los juguetes favoritos de su hermana, sus pergaminos para colorear e incluso una de sus almohadas. Quizá eso suavizaría un poco el golpe cuando Evie le contara a Lyssa la verdad, toda la verdad. Algo que Evie nunca había tenido el gusto de saber.

Sin embargo, no se arrepentía de nada. Puede que eso la convirtiera en un monstruo, pero, si algo había aprendido, era que para ser un monstruo hacía falta algo más aparte de hacer monstruosidades. Ya no tenía ni idea de

dónde estaba su límite moral, pero se limitaría a protegerse a sí misma a toda costa.

Su padre creía que cumplía con su deber y eso no lo convertía en un monstruo. No obstante, el modo como lo hizo, la forma en que eligió sacrificarla a ella para sus propios intereses… Sacudió la cabeza. Se alegraba de poder garantizar que Lyssa nunca sería sometida a ese tipo de crueldad.

Siguió a Trystan al interior de la mansión, rechazando el absurdo impulso de alargar el brazo para cogerle de la mano, como si le perteneciera.

Ella llevaba una bandolera en la cintura con la daga dentro y cuando estaban entrando se dio cuenta:

—Ay, no —dijo tanteando la bolsa.

—¿Qué pasa? —Trystan se giró hacia ella.

Aún era demasiado temprano para ver los primeros rayos del amanecer, pero la noche no era tan oscura a esa hora; el cielo estaba un poco más claro. Ya tendría tiempo de sobra más tarde para entrar en pánico por el hecho de que, como a partir de ese día viviría allí, iba a poder verlo *todas* las noches a cualquier hora.

El verdadero terror no había hecho más que empezar.

—Mi cuaderno. Me lo he dejado en el despacho de mi padre.

—Le compraré otro, y antes de que diga que no, considérelo parte de su presupuesto para suministros.

El Villano estaba siendo muy amable.

—Necesito ese. Tiene cosas importantes. —Sonrió para sí, recordando los dibujos de corazones—. Cosas sentimentales.

—Está bien. Habrá que ir a recuperar ese cuaderno suyo tan *sentimental* —contestó él con la ceja levantada mientras negaba con la cabeza—. Marv, lleve esto al ala oeste de la mansión. —Dejó caer las bolsas en las manos de su guardia y se dio la vuelta para sacar a Reymundo de uno de los compartimentos de la montura—. Y asegúrese de que este se queda en mi despacho. —Reymundo croó indignado, pero se fue de buena gana con el guardia.

—¿Nos quedamos en el ala oeste? —Evie se quedó boquiabierta—. ¿El ala donde vive usted?

Él ya estaba de camino hacia las puertas, sin su caballo.

—¿Caminamos?

Trystan se volvió a adentrar en aquel bosque de colores vivos a paso ligero y Evie se apresuró para alcanzarlo.

—No, no, espere. Necesito ver dónde vive. Dios mío. ¿Qué hace en su tiempo libre? ¿Tiene alguna afición?

—Torbellino… —refunfuñó en voz baja antes de volver a su volumen normal—. No haga que me arrepienta, Sage.

—¿Podremos jugar a juegos de mesa? A Lyssa le encantan los juegos de mesa —dijo mientras asentía—. Quizá podemos organizar alguna merienda los tres. A Lyssa también le encantan.

—¿Por qué hay que organizar una merienda? ¿No podemos merendar y ya está? ¿Qué necesidad hay de organizarla?

Su confusión hizo que ella estallara en una carcajada.

—Perdón. Ni siquiera tenía tanta gracia —dijo aún riendo, y entonces se le escapó un ronquido.

Él abrió la boca de par en par y empezó a reír también. El hoyuelo no podía faltar.

—Doy por hecho que, una vez me entere de lo que significa organizar una merienda, lo más probable es que mi ignorancia me resulte también muy graciosa.

Ella arrugó la nariz y le dedicó una última sonrisa antes de ponerse a bailar delante de él.

—Señor, creo que, si tomamos el camino que cruza el arroyo que hay más adelante, nos ahorraremos diez minutos.

Un sonido grave hizo que Evie se detuviera de repente. Se dio la vuelta y ahogó un grito al ver a su jefe desplomado en el suelo. Tiró la pesada bolsa y corrió hacia él.

—¡Señor! —Tenía los ojos abiertos, pero la cara contraída por el dolor.

La agarró del brazo con fuerza.

—Corra —dijo como pudo.

—¿Qué? —Evie negó con la cabeza, confusa, pero entonces el traqueteo de los caballos hizo que su corazón se acelerara.

Puso una mano en el hombro de Trystan e inclinó el cuerpo sobre el suyo para protegerlo. Aparecieron seis jinetes en grandes caballos y los rodearon. Uno de ellos tenía la mano levantada en dirección a El Villano.

—¡Ya basta! —le gritó mientras buscaba algo cerca que le sirviera como arma.

Lo único que tenía a su alcance era la daga a la que apenas podía acercarse, por no mencionar que su bolsa había quedado fuera de la barrera que aquellos hombres habían formado a su alrededor.

—¡No se mueva! —gritó uno de ellos. No podía verles la cara con los cascos puestos.

Un carruaje se acercó traqueteando. Llevaba un gran compartimento unido a la parte trasera y a Evie le entró el pánico. Evaluó todas las vías de escape, todos los medios de soborno o engaño, pero antes tenía que averiguar lo que querían, y no había forma de adivinar lo que sabían ya de ellos.

Miró a Trystan, que seguía inmovilizado por culpa del poder que el caballero más cercano a ella estaba usando contra él. Mantuvo la mano sobre el hombro de Trystan y apretó con fuerza cuando el carruaje llegó al centro del círculo. Los caballos que le habían abierto el paso volvieron a cerrarlo tras él.

El conductor del carruaje, un hombre corpulento vestido de blanco y plateado, se apresuró a abrir la puerta del compartimento trasero.

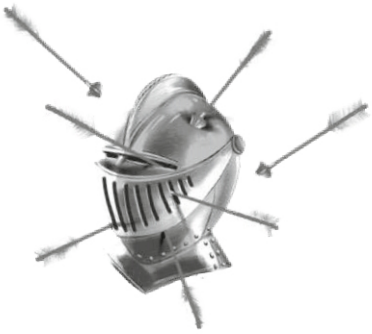
Una vez abierta, hizo una gran reverencia. Todos los caballeros desmontaron uno a uno y se arrodillaron.

—Hijo. De. Puta —logró decir Trystan mientras se incorporaba entre muecas de dolor.

La cara se le estaba poniendo roja y las venas de los ojos y de la frente se le estaban hinchando.

Evie lo supo de inmediato, aunque nunca lo había visto en persona. Así que, a pesar de que, técnicamente, solo era una suposición, cuando el hombre descendió los peldaños de la escalerita del carruaje, Evie dijo horrorizada:

—El rey Benedict.



CAPÍTULO 59

EVIE

—¡Señorita Sage! —Una amplia y perfecta sonrisa se extendió por el apuesto rostro del rey. Sin duda rondaba los cuarenta y muchos o cincuenta y pocos, pues tenía mechones grises entre su espesa melena rubia—. Por fin nos conocemos. —Se acomodó la capa de pelo de animal que llevaba y caminó hacia ella—. Haga el favor de encadenar a El Villano —dijo asintiendo hacia uno de los guardias—. Con las esposas *especiales*.

—No. —Evie puso su cuerpo delante del de Trystan.

—Sage, apártese —le dijo él con voz ahogada.

—No —insistió ella presa del pánico.

El rey sacudió la cabeza con simpatía y le hizo una seña a otro caballero.

—Haría bien en no complicarse la vida, querida.

Su voz desprendía tanta amabilidad. En otros tiempos, la antigua Evie se lo habría tragado.

El caballero se agachó en un instante, la agarró por la cintura y la apartó de Trystan.

—¡No! ¡Suélteme! —gritó ella mientras pataleaba, se agitaba y sacudía las manos.

El caballero la soltó un segundo y levantó el brazo para propinarle un revés que la hizo caer al suelo.

—¡Basta! —Fue la voz de El Villano, que no la de Trystan, la que atravesó el bosque. Era fría y mortal—. ¡Aléjate de ella! —rugió.

Cada movimiento que hacía iba acompañado del tintineo del metal de las esposas.

Evie rodó hacia un lado y lo miró. Notó como le resbalaba una lágrima por la mejilla. Se incorporó. Le salía sangre del labio inferior y tenía el pelo lleno de hojas.

—Sí, basta. No hace falta ponernos agresivos. Está encadenado. No puede hacer daño a nadie, y si no es usted capaz de manejar a esta mujer sin hacerle daño, quizá deberíamos replantearnos su puesto en la Guardia —dijo el rey con firmeza.

Trystan ya no parecía estar sufriendo tanto, pero era evidente que estaba debilitado. No estaba segura de si era por ese minuto de tortura o por las esposas.

—No quería llegar a esto, de verdad —añadió el rey tras chasquear la lengua—. Esperaba poder hacer las cosas bien, pero no me ha dejado otra opción. Se ha entrometido demasiado. Estaba dispuesto a dejarle representar su papelito de cuento de hadas durante tanto tiempo como fuera necesario. —Se acercó a El Villano y aquella gran sonrisa desapareció de su rostro para dar paso a la frialdad—. Pero se empeñó en querer arruinar mis planes. Y eso, me temo, no puedo permitirlo.

La respiración de Trystan estaba agitada. Tenía las ventanas de la nariz abiertas y los ojos vidriosos por la rabia.

—¿De qué… estás hablando? —preguntó con voz ronca.

El rey volvió a chasquear la lengua mientras lo miraba.

—Con el potencial que tenía… Menuda decepción. —Se arrodilló a su lado y le puso una mano en la mejilla. Trystan intentó zafarse—. Los gubres. Es de suma importancia que me los devuelva. Son necesarios para que Rennedawn pueda tener un… *brillante* futuro.

Trystan entrecerró los ojos antes de decir con voz entrecortada y casi sin aliento:

—Que. Te. Jodan.

—Secundo palabra por palabra —dijo Evie desde el suelo, lo cual llamó la atención de todos los hombres que la rodeaban.

—¡Y eso me lleva a usted, señorita Sage! —El rey se dio la vuelta y empezó a caminar hacia ella.

—No la toques, Benedict —le advirtió Trystan con dureza mientras tiraba una vez más de las cadenas.

—Se suponía que iba a ser mi dulce salvadora, pero resulta que está tan podrida como dijo su padre.

Ella se lo quedó mirando fijamente.

—Mi padre era un mentiroso. Pero vos… —Evie se levantó con gran esfuerzo, se quitó las hojas de la falda y se limpió la sangre del labio—. Vos sois un cobarde.

El rey esbozó una sonrisa. No una encantadora como la que tenía al llegar, sino una siniestra, vengativa. No parecía natural; era casi como… la de un villano.

—Me temo que necesito a mis gubres de vuelta, señorita Sage. Verá, al estar separada de su pareja, mi gubre ha sido incapaz de producir veneno durante todo el tiempo que ha estado conmigo. Pero ahora, al parecer, vuelve a disponer de él.

—Por encima de mi cadáver —contestó Evie con una sonrisa—. O del suyo.

—Me alegro tanto de que haya dicho eso. —El rey se dio la vuelta seguido por su capa y volvió hacia Trystan, que seguía retenido por dos caballeros—. Me temo que va a tener que venir conmigo. Parece que es usted más útil de lo que sospechaba. —Se giró de nuevo hacia Evie con la cabeza inclinada y una mueca de tristeza—. Sobre usted, querida, no puedo decir lo mismo.

Evie sintió que unos grandes brazos la rodeaban y un asqueroso aroma familiar inundaba sus sentidos.

—¡No! ¡Benedict! —Trystan se estaba volviendo loco, tiraba de las cadenas y de los caballeros con tanta fuerza que un tercero tuvo que unirse

para contenerlo—. Deja que se vaya, Warsen, o te juro que no volverás a ver salir el sol.

—¡Qué amenazas tan bonitas!

Al oír la repugnante voz de Otto Warsen en su oreja, Evie confirmó las sospechas.

—Gracias por las esposas, señor Warsen. Ha sido de gran ayuda. —El rey asintió en dirección al herrero.

—Te voy a matar —juró Trystan sin alzar la voz—. Voy a arrancarte el corazón y me quedaré sentado mirando cómo tus ojos van perdiendo la vida.

—Creo que los suyos perderán la vida primero —le replicó el rey en un susurro fingido antes de girarse hacia Evie y el señor Warsen—. Podéis acabar con ella como más os plazca; pero aseguraos de traerme el cuerpo. Me será útil cuando ya esté muerta.

Evie empezó a temblar, el pánico de encontrarse de nuevo en esa situación con Otto la invadió como un veneno.

—¡No, Benedict, no! Por favor. —La voz de El Villano se quebró, rebosante de dolor, y destrozó su compostura.

Evie sintió que las lágrimas le escocían en los ojos.

—Por favor, te lo ruego. Haré todo lo que me pidas, sea lo que sea. Cualquier cosa a cambio de que la dejes vivir. Por favor, te lo ruego. —Cuando Trystan, El Villano, cayó de rodillas, Evie empezó a llorar—. Te lo *suplico*.

Basta, quería gritarle, *no se rebaje por mí. No doblegue sus principios. No me lo merezco.*

El rey, por un momento, pareció sorprendido de verdad. Con los ojos muy abiertos, se puso en cuclillas para mirar a Trystan a la cara.

—Creo que he subestimado el cariño que siente por esta mujer. Creía que no era más que una trabajadora. Pero ahora me doy cuenta. Lo comprendo. —El rey Benedict sonrió y puso una mano en la mejilla de El Villano—. No, no lo haré.

Se levantó y le hizo un gesto a uno de los caballeros para que le trajera una jeringa de grandes dimensiones.

La mano del señor Warsen se cerró en torno a la boca de Evie antes de que pudiera advertir a su jefe.

—No te haré mirar.

Los ojos de Trystan se abrieron de par en par al oír aquellas palabras y abrió la boca para gritar, pero la aguja ya estaba clavada bajo su piel y el líquido se estaba adentrando en su sangre.

Evie gritó desde detrás de la mano del señor Warsen. Se retorció e intentó librarse, pero a Trystan ya se le estaban poniendo los ojos en blanco y, finalmente, cayó al suelo con un ruido sordo.

—Pónganlo en el carro de atrás y enciérrenlo. Con eso debería estarse quieto hasta llegar al Palacio Radiante.

El rey asintió mirando a Otto y Evie no se podía creer que solo hacía unos cuantos minutos estaba riendo con Trystan, planeando organizar una merienda en la oficina y pensando que las cosas iban a salir bien.

—Ustedes dos quédense —dijo el rey haciendo un gesto hacia dos de los caballeros—. Permitan que sea el señor Warsen quien la mate, pero luego asegúrense de que me devuelve el cuerpo lo antes posible.

—Sí, majestad —contestó uno de ellos.

Evie vio cómo el resto de los caballeros arrastraban a Trystan y arrojaban su cuerpo al carro sin ningún miramiento. Y entonces supo, con una certeza paralizante, que esa sería la última vez que lo vería. Que su último recuerdo de él iba a ser el de su cuerpo inerte y destrozado tirado en un carruaje.

Era demasiado trágico, demasiado injusto. Y todo porque ella quería su ridículo cuaderno y los ridículos sueños que tenía escritos dentro. Sueños que nunca se harían realidad.

El carruaje se alejó traqueteando y Evie se despidió en silencio del hombre que se había adueñado de su corazón, el que había cambiado todo su mundo; un mundo del que ella ya no iba a formar parte.

Cuando ya solo quedaban ella, los caballeros y el señor Warsen, se quedó inmóvil. Una parte de su ser ya solo esperaba lo inevitable. Nunca antes se había sentido tan desgraciada. Una vez más estaba atrapada bajo el control de alguien más fuerte, alguien a quien le gustaba tomar cosas.

Alguien que tomaba y tomaba y tomaba. Ese hombre le había robado la tranquilidad, la seguridad y ahora le iba a robar la vida.

Haz lo que se espera de ti, Evie. Haz lo correcto, Evie. Sé buena, Evie.

Otto la retuvo allí un rato, riéndose en voz baja contra su oído. Y hubo algo de ese sonido que la reactivó e hizo que el fuego se agitara en su vientre.

¿De qué coño le había servido ser buena?

¿Qué diría El Villano? *Dale su merecido, torbellino.*

Así que eso hizo.

Evie movió el pie y le clavó el tacón en la espinilla, igual que había hecho con su padre, salvo que esta vez también le dio un fuerte codazo en las costillas. Cuando Otto se dobló de dolor y quitó la mano para llevársela al estómago, Evie se escabulló y corrió tan rápido como pudo. Pero los otros dos caballeros la rodearon. Era evidente que querían acatar las órdenes y no involucrarse, pero también eran reacios a dejarla marchar. Y era consciente de que la superaban en número.

Lo siento, Trystan, pensó. *Lo he intentado.*

De repente, el señor Warsen estaba de nuevo encima de ella. Tenía la cara roja y era evidente que seguía dolorido, pero se había recuperado lo bastante como para dejarse llevar por la rabia. La levantó y la tiró contra el suelo.

La sujetó para que no escapara, le inmovilizó los brazos con las rodillas y le rodeó el cuello con las manos. Evie supo que hasta ahí había llegado. Luchó y trató de mover los brazos, pero se sintió abrumada por una oleada de dolor que no tenía nada que ver con que se estuviera quedando sin aire.

Miró a su alrededor y vio su bandolera abierta, la caja de la daga tumbada y la daga tirada en el suelo, tan cerca que podría haberla matado.

Excepto que no lo había hecho. Todavía.

Al mirar al señor Warsen y ver esa cara que tanto la había atormentado, supo que ya no quería seguir temiéndole…

Quería que fuera a ella a quien temieran.

El herrero aflojó un segundo y sonrió con esos dientes amarillos.

—Le estoy haciendo un favor al reino librándome de ti. Este no es tu sitio. Después de degradarte como lo has hecho, esta muerte es una

misericordia.

Evie entrecerró los ojos y el señor Warsen no se dio cuenta de que había conseguido soltar la mano derecha. Siguió agarrándola del cuello y se inclinó hacia su cara.

—¿Qué más puede pedir… la putita de El Villano?

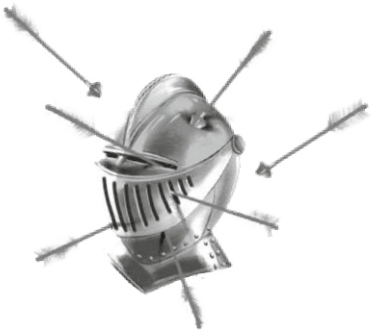
Evie cerró la palma de la mano y los ojos, sintiendo el dolor en cada poro de su ser, en cada latido de su corazón.

—En realidad… —dijo como pudo.

Y entonces volvió a abrir los ojos.

—Soy. Su. Puta. Asistente —susurró.

Y, con una sonrisa en la boca, blandió la daga y le cortó el cuello.



CAPÍTULO 60

EVIE

La sangre le salpicó la cara mientras el cuerpo del señor Warsen se le desplomaba encima con los ojos desorbitados. Evie se levantó empapada de sangre, respirando con dificultad y con el cuello dolorido.

La daga palpitaba en su mano. Pero el dolor había desaparecido.

Sonrió aliviada, mirando el arma como si se hubiera reencontrado con una vieja amiga, y esta casi pareció que le respondía.

—¡Serás bruja! —gritó uno de los dos caballeros mientras corría hacia ella.

Evie levantó la daga para luchar, dispuesta a acabar con él, pero el guardia se detuvo cuando una espada enorme le atravesó el tronco.

Ella ahogó un grito al ver cómo sacaban la espada y el caballero caía al suelo. El otro guardia, detrás de él, se quedó quieto con la espada goteando.

—¿Por qué…? ¿Por qué lo ha hecho? Quiero decir, no me quejo, pero ¿por qué me ha ayudado?

El caballero, su insólito héroe, no dijo ni una palabra. Se limitó a quedarse allí un momento, evaluándola, con toda la cara cubierta por el yelmo plateado, excepto los ojos. Evie se acercó a él con cuidado, pero el

movimiento pareció sobresaltarlo. Agarró las riendas del caballo, se subió de un salto y le dirigió una última mirada antes de alejarse.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Pero no tenía tiempo para hacerse preguntas. No después de ver un trozo de la camisa de Trystan en el suelo.

No estaba. Se lo habían llevado. Esa *gente*.

Le costaba respirar. Las lágrimas amenazaban con empezar a caer, pero no podía llorar; aún no. La daga le palpitaba en la mano como si compartiera su angustia, como si no quisiera que pasara por eso sola. Su corazón no había sentido más que dolor en las últimas horas, pero esto… Esto era insoportable. Cogió el trozo de tela y la apretó con el puño. Sus sentimientos eran demasiado erráticos. No podía dominarlos.

Solo de pensar en él atrapado en la oscuridad, reviviendo su pasado más traumático… Ni hablar, iba a buscar una solución; tenía que hacerlo. Si le hacían daño al hombre que estaba casi segura de que era dueño de parte de su alma, los destruiría.

La daga le volvió a palpitar en la mano. La sujetó con fuerza y notó que la inundaba una sensación de calma mientras se giraba hacia el cadáver de Otto.

Sonrió.

Regresó a la mansión a toda prisa por si el caballero que la había salvado cambiaba de opinión, pero se sintió mal al cruzar las puertas sin Trystan. Después de alertar a los guardias de lo que había ocurrido con una compostura de la que se sentía orgullosa, subió escaleras arriba.

Lo primero que hizo fue ir a ver a Lyssa, que estaba durmiendo en la cama supletoria de Tatianna con el dragón de peluche de Blade en sus manitas. Evie esbozó una sonrisa entre lágrimas y se dirigió al pasillo. En cuanto cerró la puerta, se echó a llorar. Lloró y lloró hasta que le entró hipo, hasta que sus piernas cedieron y se quedó sentada en el suelo, hasta que la cara se le hinchó y empezó a estar pegajosa por las lágrimas y decidió enterrarla entre las rodillas.

Sus sollozos fueron desvaneciéndose lentamente, y cuando por fin levantó la mirada, solo le quedaba la rabia.

Un rato después, Evie se encontraba en el pasillo de la entrada. Se había bañado y cambiado de ropa, y con ello había nacido en ella una renovada sensación de propósito mientras observaba a Marvin siguiendo sus órdenes. Al verse reflejada en el espejo que colgaba al otro lado del pasillo, sus ojos se detuvieron en el rojo de sus labios. Había usado el maquillaje de su madre. Luego pasaron a su pelo, que llevaba suelto. Se lo pasó por detrás de las orejas mientras sus pantalones anchos rozaban el suelo de piedra.

—Levántela más, Marv —le ordenó Evie mientras dejaba que una sonrisa perversa se posara en sus labios.

Becky apareció de repente a su lado con aspecto desolado y desamparado.

—¿De verdad se lo han llevado? —Se quitó las gafas mientras hablaba y limpió los cristales con la gruesa tela de su falda.

Evie, por un momento, sintió un extraño vínculo con ella. Le dio a Becky una palmadita tranquilizadora en el hombro.

—Lo rescataremos. Me aseguraré de que así sea, cueste lo que cueste.

Y a pesar de todo lo que había pasado entre ellas, a pesar de los insultos, las pullitas y la desconfianza, Becky miró a Evie con algo que se acercaba un poco al respeto.

—¿Qué tienes en mente?

Evie miró la marca dorada que le rodeaba el meñique.

—Bueno, primero… —Hizo una pausa y sonrió para sí misma—. Voy a necesitar que me mates.

Becky esbozó una sonrisa irónica y empezó a especular.

—Ya estabas tardando en pedírmelo.

—¡Todo listo, señorita Sage! —gritó Marvin, y Evie miró hacia el opulento techo para contemplar la nueva adquisición.

El corazón le palpitó satisfecho al oír el grito ahogado de Becky detrás de ella. La cabeza de Otto Warsen estaba colgando con los ojos para siempre congelados en una expresión de miedo y sorpresa.

Evie se dio la vuelta y lo dejó atrás para dirigirse a las escaleras que bajaban a las mazmorras. Se juró a sí misma que salvaría a El Villano…

O se convertiría en una en el intento.

FIN.

BUENO… POR AHORA.

AGRADECIMIENTOS

Por mucho que me gusten las palabras, es difícil expresarlas aquí, con el peso de tanta emoción sobre ellas. Estoy increíblemente emocionada de poder compartir por fin esta historia con el resto del mundo. Desde que era pequeña, me encantaban los cuentos de hadas, la narración de historias y la magia de reír tan fuerte que se te escapara un ronquido. He soñado con este momento muchas veces, pero la verdad es que no lo he hecho sola.

Brent Taylor, mi increíble agente, fue la primera persona que creyó en mí y en esta historia. No puedo agradecerle lo suficiente la paciencia, el apoyo y la amabilidad que me dedicó mientras me guiaba en el proceso de publicación de mi primera novela. A Liz Pelletier, que editó este libro y lo convirtió en la mejor versión de sí mismo mientras me ayudaba a ser mejor escritora y a superar los momentos en los que dudaba de todo. Muchas gracias a Lydia, Hannah, Stacy, Rae, Jessica, Heather y a todas las personas de Entangled que trabajaron conmigo sin descanso para dar forma a esta historia e hicieron que brillara con luz propia.

Muchísimas gracias a Elizabeth Turner Stokes por crear la increíble portada del libro. Captó la historia tan a la perfección que sentí como si se hubiera metido en mi mente. Pero, sobre todo, gracias por representar a Reymundo; ¡esta rana no sería nada sin ti! Y gracias a Toni por maquetarlo tan bien. Muchas gracias también a mi equipo de Kaye Publicity y a Meredith por hacer que este libro y yo lleguemos a tantos lectores.

Este libro nació de un conjunto de tantas cosas. De cada cuento que mi madre y mi padre se inventaban para contarme antes de dormir. (¡Saludad todos a Mark y Jolie! Estarán llorando mientras leen esto). De cada risa que me eché a lo largo de los años con mis hermanos y muchos, muchos, *muchos* y queridos primos. Mis personajes son la bondad en la sonrisa de mi *sitto* Georgann y la fuerza de mi abuela Rosalie. Me gustaría pensar que

su ingenio viene de mí, pero debo reconocerle el mérito a mi abuelo James, que ayudó a crear toda una nueva generación de nietos avispados (incluidos algunos de los muchos primos queridos). Este libro también está hecho de mi *giddo* Richard, que falleció mucho antes de que yo aprendiera a coger un bolígrafo, pero cuyo sueño de ser autor llevo adelante en nombre de los dos.

Tengo suerte de tener a tanta gente que incluir aquí, gente que me ha apoyado, que me ha animado, que me ha hecho sentir que las cosas que creaba eran importantes. Gente como la maravillosa artista Brittany Torres, que fue una de las primeras personas en dar vida a mi personaje. A todas las personas de TikTok que han seguido este viaje, tanto si estaban aquí desde el principio como si llegaron al final, gracias. A todos los que alguna vez me han dicho que les he sacado una sonrisa: vosotros me la sacáis cada día, incluso cuando creo que es imposible. Ese es un regalo que no tiene precio y que nunca seré capaz de devolveros.

A lo largo de este camino, he encontrado a alguien más que me hace sonreír: mi Michael, que no solo me quiere durante mis altibajos, sino que también me deja usar su espalda con total libertad cada vez que quiero a «El Villano» para un vídeo. Ah, y me lleva en volandas siempre que se lo pido y sin rechistar. Te quiero.

Gran parte de la motivación para escribir este libro es sentirme menos sola en el mundo. Mis personajes se han convertido en mi familia, en la familia que he encontrado. Lo que no esperaba era encontrarme también a un grupo de mujeres con un talento increíble que me hicieran olvidar lo que era la soledad. Fueron quienes me felicitaron tras cada victoria. A Stacey, Kaven, Amber, Maggie y Sam… gracias por acabar con mi soledad y sustituirla por cariño para toda la vida. La espera ha merecido la pena.

Y, por último, gracias a Evie Sage. Las encontré a ella y a esta historia cuando estaba en uno de mis peores momentos en cuanto a salud mental se refiere, y ella se convirtió en mi espacio seguro. Compartimos todos los momentos de incertidumbre. Me hizo más valiente, más audaz y más fuerte cuando creía que no me quedaban fuerzas. Ella me hizo querer luchar, querer sentir, querer reír. Evie Sage me salvó, igual que todos vosotros. Gracias a todos los que habéis escogido este libro. Espero que os haya sacado una sonrisa.

SOBRE LA AUTORA

Hannah Nicole Maehrer, conocida como @hannahnicolemae en TikTok, es una autora de novelas de fantasía y *booktoker* con predilección por los villanos. Cuando no está creando *sketches* cómicos sobre villanos y asistentes, se dedica a escribir al ritmo de las canciones de Taylor Swift. Sus mayores pasiones en la vida son el romance, la magia, las risas y encontrar formas de incluir esas tres cosas en todo lo que crea. Casi siempre os la encontraréis con la cabeza en las nubes y un bolígrafo en la mano.

Edición en formato digital: octubre de 2023

Título original: *Assistant to the Villain*

© Hannah Nicole Maehrer, 2023
Publicado originalmente por Entangled Publishing. Derechos de traducción gestionados por Alliance Rights Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados.
© De la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2023
© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN: 978-84-19988-01-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del *copyright.*

Descubre aquí el reino de Faeris:

Índice

Prólogo
Capítulo 1. Evie
Capítulo 2. Evie
Capítulo 3. Evie
Capítulo 4. Evie
Capítulo 5. Evie
Capítulo 6. El villano
Capítulo 7. Evie
Capítulo 8. Evie
Capítulo 9. El villano
Capítulo 10. Evie
Capítulo 11. Evie
Capítulo 12. Evie
Capítulo 13. El villano
Capítulo 14. Evie
Capítulo 15. Evie
Capítulo 16. Evie
Capítulo 17. Evie
Capítulo 18. El villano
Capítulo 19. Evie
Capítulo 20. El villano
Capítulo 21. Evie
Capítulo 22. El villano
Capítulo 23. El villano

Capítulo 24. Evie
Capítulo 25. El villano
Capítulo 26. Evie
Capítulo 27. Evie
Capítulo 28. Evie
Capítulo 29. El villano
Capítulo 30. Evie
Capítulo 31. El villano
Capítulo 32. Evie
Capítulo 33. Evie
Capítulo 34. El villano
Capítulo 35. Evie
Capítulo 36. Evie
Capítulo 37. Evie
Capítulo 38. Evie
Capítulo 39. Evie
Capítulo 40. Evie
Capítulo 41. Evie
Capítulo 42. El villano
Capítulo 43. Evie
Capítulo 44. El villano
Capítulo 45. Evie
Capítulo 46. El villano
Capítulo 47. Evie
Capítulo 48. Evie
Capítulo 49. Evie
Capítulo 50. El villano
Capítulo 51. Evie
Capítulo 52. Evie

Capítulo 53. El villano
Capítulo 54. Evie
Capítulo 55. El villano
Capítulo 56. Evie
Capítulo 57. El villano
Capítulo 58. Evie
Capítulo 59. Evie
Capítulo 60. Evie
Agradecimientos
Sobre la autora
Créditos